

PACIFICO

MAGAZINE

Julio
de 1921

Precio:
2 pesos

Vol. XVIII

Santiago de Chile, Julio de 1921

Núm. 103



SOTOMAYOR & MENDEZ

CORREDORES DE COMERCIO

SE ENCARGAN DE:

Compra-venta de Propiedades, Arriendos, Seguros,
Productos, Representaciones, Hipotecas y Comisio-
nes en general.

MORANDE 259

TELEFONO 735

SUMARIO

Julio - Núm. 103

	Págs.		Págs.
Señora Margot Mackenna de Edwards.	2	La jornada de una dama colonial, por Ever.	49
El suicidio de la momia, por Marcos Espinoza.	3	¿Tiene el arte del puñetazo su filosofía?, por el Doctor Saimbraun.	53
Tipos del Cine, por F. Blakeslee.	15	Srta. Ana Quesney Besa.	62
Cómo se realizó el raid aéreo Santiago-París, por Miguel de Fuenzalida.	17	¿Cuál es su ideal en amor?	63
La lengua castellana en los Estados Unidos.	29	El advenimiento de Carlomagno I, Emperador de Chile.	65
Un viaje en 1885, de Santiago al valle de Melipilla, por Roberto Balmaceda.	31	Nada, por Carlos Pezoa Véliz.	80
Solo conmigo, por Daniel de la Vega.	40	Estados Unidos, escuela de hombres.	81
El tonto petimetre, por Juan Duval.	41	El último Rey de los gitanos, por David Bari.	87
La Torre de Babel, por Jaime de Navarra.	43	El hombre de la muñeca, por Ch. Virmaître.	93
		El asesinato en las tinieblas, por la Baronesa Orczy.	97
		Cómo se domesticó Rayo Gris, por James Oliver Curwood.	107



Sra. Margot Mackenna de Edwards

MARGOT MACKENNA DE EDWARDS

PRESENTAMOS en nuestra portada un artístico retrato de la señora Margot Mackenna de Edwards.

El artista que tomó la fotografía no sorprendió a la señora de Edwards en su expresión habitual de desbordante alegría que da a su belleza un sello de esplendidez deslumbrante. Pero si no tuvo la suerte de fijar esa expresión que le es tan característica, tuvo en cambio la rara fortuna de trasladar al papel una expresión que es también muy suya y que refleja mejor su fisonomía moral.

La señora Mackenna de Edwards ha sido generosamente dotada por la naturaleza de belleza, inteligencia y bondad. Si en el retrato de la portada su hermosura ha perdido algo del esplendor que le da la vivacidad extraordinarias de su carácter, en cambio ha logrado reflejar en él por entero su alma bondadosa y pensadora. Ese retrato nos evoca su espíritu siempre generoso y dispuesto a todos los sacrificios para aliviar por doquier el dolor humano y nos recuerda también las excepcionales condiciones de observación de su inteligencia finísima.

En suma, creemos que el retrato que ofrecemos a nuestros lectores es una obra artística que honra las páginas de nuestra revista.



Por MARCOS ESPINOZA

A TRAVESABA en cierta ocasión, en una de las muchas peregrinaciones a que los negocios arrastran al hombre pobre y activo, la desolada cordillera de los Gemelos, que hay que cruzar para llegar desde el asiento minero de Caracoles, a la estación de Las Salinas, en el ferrocarril de Antofagasta a Bolivia.

La tristeza espantosa de esas regiones me había quitado las ganas de conversar y el amigo que me acompañaba, que no recuerdo quien era, hacía meritorios esfuerzos por interesarme en reminiscencias de la guerra del 79. Yo le escuchaba apenas, pero recuerdo que me contaba que arriba, en el mineral, había estado con un arriero muy viejo, que le dijo que se había librado una escaramuza entre una pequeña fuerza boliviana y un destacamento chileno, precisamente en esos mismos medios que nosotros íbamos atravesando.

Yo contesté, malhumorado, que jamás había visto mencionado en las más minuciosas crónicas de la guerra tal hecho. Y que la campaña de Antofagasta, la primera de la gloriosa guerra, iniciada con la ocupación de la ciudad, había sido un simple paseo triunfal para las fuerzas chilenas, para que hubieran ido a internarse a esas alturas inhospitalarias, en persecución de algún sargento de policía boliviano recalcitrante.

Mi amigo me alegaba que tal vez el mineral de Caracoles había hecho necesario el envío de algún pequeño grupo chileno

y que, por lo demás, el arriero no había hablado sino de un pequeño "entrevero", según su expresión, y sin dar detalles de ninguna clase.

—Me gustaría,—agregó—que nos encontráramos alguna reliquia de esos tiempos gloriosos, para que no fueras porfiado.

Yo me quedé callado, y callados marchamos durante largo tiempo.

Pero mi amigo debía tener su idea fija, porque, a eso de las cuatro de la tarde, en el momento en que transmontábamos una pequeña eminencia, gritó:

—¡Mira, Marcos! ¿Qué es aquello?

—Alguna mula muerta,—contesté viendo un bulto gris que yacía muy apartado del camino, al lado de una especie de resalte del terreno, y que se diseñaba con bastante fuerza, en la dura desnudez del suelo salitroso.

—Vamos a ver.

—¿Estás loco? ¿Vamos a desviarnos como media legua del camino a las horas que son, nada más que porque a ti se te ha puesto que te vas a encontrar con algún general boliviano penando en la pampa?

Tanto insistió, que al cabo torcí la cabeza de mi caballo en dirección al bulto aquel.

¡Cuál no sería mi sorpresa cuando algunos minutos después distinguía claramente un cadáver que, medio enterrado todavía en la especie de barranquita formada por la laja, parecía acabar de aparecer al aire libre por efecto de una resquebrajadura parcial o pequeño derrumbe

de dicha barranca! Y no podía ser de otra manera, porque si nó no habría quedado en un sitio relativamente traginado como era éste, o, por lo menos, se habría tenido noticia de su existencia.

—¿Qué será esto, Inocencio?—pregunté al arriero que nos acompañaba.

—No sé, señor. Nunca lo había visto antes.

Entre tanto, mi amigo no pudo contenerse más y, echando el caballo al galope, se nos adelantó rápidamente.

Pronto lo vimos saltar a tierra al lado del cadáver, y hacer grandes movimientos con los brazos en dirección a nosotros.

Sólo en ese momento se me ocurrió que podía tratarse de un crimen o accidente reciente y, galopando a mi vez, llegué al lado de mi compañero. Lo que causaba sus transportes era que el muerto, que a pesar de estar en perfecto estado de conservación, se conocía que estaba allí desde hacía muchos años, estaba vestido con un uniforme que, después de los primeros instantes de sorpresa, reconocimos como el de un oficial chileno, de la época de la guerra con Bolivia.

—¿No ves?—me gritaba triunfante mi amigo. En su entusiasmo creo que estuvo a punto de abrazar y besar al muerto.

Examinando a éste más detenidamente, vimos que estaba perfectamente momificado, como el aire seco de esas alturas sabe hacerlo, y como todos nuestros lectores habrán visto que lo están las momias de indios que se exhiben en nuestro Museo de Historia Natural.

Pesaba poquisimo, como que estaba reducido a poco más que los huesos y dándole vuelta a un lado y otro, vimos que el uniforme y las armas estaban bastante conservadas, aunque las telas estaban muy frágiles.

Registramos irreverentemente los bolsillos de la momia, y en medio de locos transportes del descubridor, aparecieron papeles de indudable origen militar, que acusaban una misión del teniente Santos Henríquez (he cambiado el nombre por razones obvias) al interior del territorio boliviano. No se mencionaba qué hubiera de llevar acompañamiento.

Para abreviar detalles que demorarían el llegar pronto a los hechos de verdadera sustancia de este relato, diré que nos disputamos la posesión de esta reliquia,

bien injustamente por mi parte, justo es confesarlo, porque yo por mi jamás la habría descubierto; que por fin convinimos en rifarla, y las manos puras de Inocencio, que estaba bastante escandalizado de esta negociación sobre un "finado", me la adjudicaron a mi, sacando una tirita de papel con mi nombre, a ojos cerrados.

Para consolar a mi amigo, le cedí todos los papeles y las armas.

Cargamos el muerto sobre la mula que traíamos de vacío, y seguimos nuestro viaje a la estación de Las Salinas.

No tuvimos incidentes de importancia, salvo que tanto allí como en Antofagasta, tuvimos que llenar algunos trámites para explicar la procedencia del fardo humano que llevábamos.

Estos trámites tuvieron, por cierto, que ser algo más formales en Antofagasta, donde, para permitirme embarcar mi momia, el Jefe de la Aduana me exigió autorización del Juez, quien, para darla, después de oír la declaración jurada de los tres que habíamos estado en el hallazgo, pidió un examen médico. Los doctores nombrados dieron un luminoso informe en que hacían un acabado estudio de la momificación por la acción del aire seco de las alturas, aduciendo los antecedentes prácticos del caso y su explicación teórica. Dicha la última palabra de la ciencia sobre la materia, el señor Juez no dilató más el embarque. En todo caso, la copia autorizada que yo me dice dar del expediente, me evitó el que se renovara más la enojosa tramitación, y pude desembarcar mi preciosa carga en Valparaíso, y fletarla con destino a una ciudad del sur donde entonces residía mi familia, y que no quiero nombrar para evitar molestias a las personas que figuraron en los sucesos que voy a narrar.

Paso por alto las diversas escenas e incidencias a que dió lugar entre las personas de mi familia y la población de la ciudad, la exhibición que hice de la momia. Baste decir que fué durante muchos días una verdadera romería. Que los periódicos locales publicaron fotografías y una relación del hallazgo y translación, y que esta relación fué reproducida en la prensa de Santiago que, como más audaz, llegó hasta fabricar una biografía al pobre don Santos Henríquez que, ajeno a esta bulla, estaba mientras tanto rígido y silencioso, de pie en mi escritorio, adosado

al marco de una puerta, al que le sujetaba un alambre que le pasé por debajo de los brazos para que pudiera hacer debido honor a tanta visita como tuvo por esos días.

Y llegó al verdadero principio de mi cuento.

Hacia ya varios días que las visitas habían mermado. Sólo uno que otro ciudadano que llegaba de Santiago o de otra parte y se encontraba con la novedad, solicitaba la audiencia de don Santos, cuando una tarde me anunció la sirvienta al doctor Bustillos, el único médico digno de tal nombre en la ciudad. (Vuelvo a repetir que todos los nombres que aparecen en este relato son supuestos).

—Vengo a hacerle una petición un tanto extraña,—me dijo después de los saludos convencionales.—Perdóneme el atrevimiento de llegar hasta pedirle un sacrificio, en atención a que lo hago en nombre de la ciencia.

—Diga no más, doctor; si algo puedo hacer en su servicio, será un placer para mí,—dije sinceramente, pues, aunque no era amigo del doctor Bustillos, soy servicial por condición y, además, en este caso particular, cualquiera habría estado deseando granjearse la amistad del facultativo, cuyos servicios pueden necesitarse perentoriamente cuando menos se piensa.

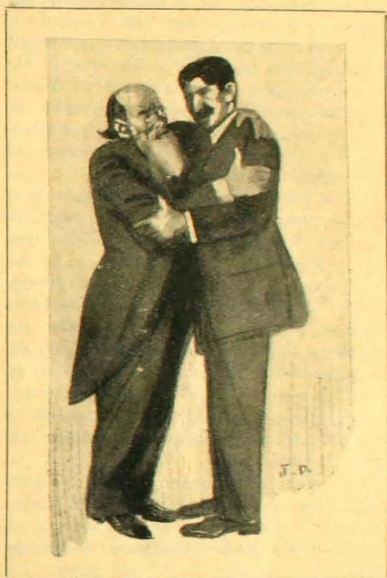
—Es el caso de que desde hace muchos años, desde mucho antes de recibirme de médico, vengo haciendo importantes estudios sobre el papel que desempeña el agua en los organismos animales, y tengo reunidos innumerables documentos experimentales para una obra que escribiré sobre tan importante materia, que es más nueva e inexplorada de lo que parece.

Aquí murmuré yo algunas frases de cortesía que, naturalmente, no he retenido para la historia.

—Usted sabe,—continuó el médico, algo doctoralmente,—que casi todos los cuerpos orgánicos, ya vegetales, ya animales, contienen una gran cantidad de agua, y para no citar más que unos cuantos ejemplos le diré que, de cien gramos de peso de un pepino, los noventa y cinco son de agua y solamente cinco de otras sustancias; que, excluida toda el agua que contiene una manzana, sólo nos quedaríamos con dieciocho centésimos de

su peso total; que un huevo contiene dos terceras partes de agua, y una papa tres cuartas partes, y que ciertos peces, finalmente, sólo contienen una quinta parte de su peso total que no sea agua, aunque esto parecerá menos notable ya que estos animalitos viven y se forman en ese elemento.

Una parte, pues, muy importante de mis experiencias ha consistido en establecer por medio de concienzudos análisis la proporción en que el agua se encuentra en



¡Valiosísima, mi amigo!—gritó ya entusiasmado el doctor, echándome los brazos al cuello.

los diversos seres. Usted, mi querido amigo, que debe pesar aproximadamente ochenta kilos, lleva en su cuerpo más de sesenta y cuatro litros de ese precioso líquido.

A estas terribles palabras yo no pude menos de echarme una mirada de pies a cabeza, temiendo que los dioses, en castigo de mi afición a la chicha, me hubieran convertido repentinamente en cuero.

—Ahora bien, uno de los experimentos

más delicados y útiles en mi gran investigación es el de desecar por ciertos procedimientos los ejemplares que puedo obtener de diversas especies animales y vegetales, anotando las modificaciones que en ellos se producen. Y otro experimento más interesante todavía, es el de devolver a dichos ejemplares el agua que les había quitado y observar los aspectos que presentan a medida que dicho elemento torna a ocupar su lugar en ellos.

Naturalmente, no he podido experimentar en ejemplares de la raza humana, por razones que usted se figurará. Y usted tiene en su poder una experiencia ya medio hecha, y aún más, tan perfectamente hecha como sabe hacer las cosas la Madre Naturaleza. Usted tiene un ejemplar de "Homo Sapiens" en un estado de desecación que difícilmente podría igualarse por procedimientos artificiales.

—No tengo el menor inconveniente,—le interrumpí yo,—en que usted haga toda clase de observaciones sobre esta momia, y puede disponer para ello de mi casa, tantas veces como desee; hasta tendré gusto en ayudarle, porque soy bastante curioso, en toda clase de materias. En cuanto a sacrificio, no lo diviso; hasta estaría dispuesto a regalarle la momia, si no fuera porque ya la he ofrecido al Director del Museo de Santiago, y ya me la ha aceptado en comunicación que tengo ahí sobre la mesa.

—Es una lástima,—me contestó;—porque lo que pensaba pedirle puede traducirse en la destrucción de esta momia.

—De todas maneras, dígame de qué se trata.

—Ya antes le he dicho que yo llevo mis experimentos hasta devolver el agua a organismos previamente desecados. Y cuando vine de los primeros a ver su hallazgo, inmediatamente se me ocurrió que sería un gran privilegio para mi poder obtener de usted que me permitiera devolver a este pobre militar el agua de que la sequedad de la pampa lo privó, anotar todas las fases de tan asombroso ensayo y, finalmente, procurar devolverlo una vez más al estado de momia en que por tantos años ha permanecido.

—Y si va a terminar devolviéndolo a su actual estado, ¿en qué estaría el peligro de destrucción?

—Es que es fácil que esta segunda fase del trabajo fracase, y entonces sobrevendría la descomposición, como a cualquier cadáver corriente.

—Bueno, doctor, el caso en que usted me ha picado la curiosidad, y le voy a escribir al Director del Museo que me desdigo por el momento de mi donación, con el objeto de permitir estos estudios.

—Ah! Pero cuide de no mencionar mi nombre ni la clase de estudios, porque me he esmerado en guardar el mayor secreto sobre mi investigación.

—Confíe en mí; y cuente también con mi casa y mi escaso dinero para los experimentos, y hasta con mi ayuda, si la cree útil.

—¡Valiosísima, mi amigo!—gritó ya entusiasmado el doctor, echándose los brazos al cuello.

Don Santos Henríquez presenciaba muy tieso y muy grave estos transportes, sin imaginarse los siniestros propósitos que el doctor Bustillos abrigaba contra él.

Ahorrando detalles, diré que instalamos en mi escritorio una tina de baño de fierro enlozado, a la que, por medio de dispositivos muy ingeniosos, dotó el doctor de agua mantenida a una temperatura uniforme de 40° centígrados, con graduación automática del fuego, para que, en caso de bajar o subir la temperatura del agua, se aumentara o disminuyera respectivamente la intensidad de la llama.

Este mecanismo debía funcionar noche y día sin perturbaciones, porque, según el doctor, el agua tardaría varias semanas en penetrar en las resacas moléculas del valeroso teniente.

Después de debidamente ensayado el aparato, limpiamos bien la momia, la pesamos, anotando veintidós kilos, la fotografamos en diversas direcciones; en fin, el doctor tomó una cantidad de medidas y anotaciones, examinó escrupulosamente cada pulgada cuadrada del cuero del pobre militar, y, por fin, lo zabullimos en el baño tibio, sin que pareciera dársele un ardite.

Yo seguí al principio el experimento con gran interés, y confieso que era curioso ver cómo el arrugado charqui se iba convirtiendo poco a poco en algo parecido al cuerpo humano.

Pero poco a poco el desenvolvimiento

de la cosa fué haciéndose más lento hasta llegar a ser imperceptible; pasaron los días, y yo, aburrido, abandoné completamente toda asistencia a la experiencia. Además, la permanencia del doctor en mi casa se había convertido en el más gemal de los clavos. Tenía el escritorio hecho una compasión, se metía en todas partes cuando necesitaba algún objeto, y con la suficiencia y con la ausencia mental de los sabios y de los maniáticos, se había convertido en el dueño de la casa y mandaba a todo el mundo para arriba y para abajo, todo el día.

Yo esperaba resignado que terminase aquéllo. Un buen día me asomé a ver cómo iba la endiablada experiencia: encontré al doctor presa de una gran agitación. Iba de uno a otro instrumento, revisaba libros, confrontaba anotaciones, revolvía unos frascos. Me acerqué al baño y vi, no sin cierta emoción, que la momia de don Santos Henríquez se había convertido literalmente en un cuerpo que parecía recién muerto: tan frescas parecían sus carnes, tan flexibles parecían sus miembros.

—Parece ya hora,—dije abrigando una secreta esperanza,—de terminar la experiencia, tomando definitivamente el peso de estos restos, y haciendo ya fuera del agua los demás exámenes que usted se proponía.

—En efecto, me pregunto si no estará ya la momia en su máximo de hidratación,—fué la contestación doctoral de Bustillos. Y se sacó la chaqueta, y empezó a arremangarse la camisa. Yo, complacido, iba a hacer lo mismo, creyendo que se trataba de ayudarle a finalizar la tarea que ya me tenía jorobado, cuando me hizo una seña de esperar, e introduciendo los brazos en el agua, empezó a pulsar la gordura de su víctima, como si se hubiere tratado de un cordero, pellizcándole con ambas manos, por los brazos, por las costillas. Cuando los dedos investigadores llegaron al abdómen, la momia no pudo más resistir la cosquilla y, encogiéndome ambas piernas, como habría hecho bajo tal trato cualquier hijo de vecino, sacó ambas rodillas fuera del agua.

Yo estaba paralizado de espanto, y aún el mediquillo sacó los brazos del agua con un movimiento instintivo de repulsión; pero reaccionó inmediatamente, e iba a

continuar su tanteo, cuando de improviso se sentó el cadáver en la tina, y prorrumpió en tres formidables estornudos.

Mis piernas alcanzaron a recogerse para huir del cuarto, cuando Bustillos me gritó con irresistible imperio:

—¡Ligero, ligero! el cloroformo!

De un salto alcancé el frasco que me indicaba con un gesto, mientras él sujetaba de los dos hombros al cadáver, impeliéndolo suavemente dentro del agua. Luego lo soltó de la mano izquierda y cogiendo el frasco derramó algunas gotas del anestésico, que bastaron para reducir al cadáver a su previa inmovilidad.

El doctor lanzó un suspiro de alivio.

—Si este hombre hace un solo movimiento más está perdido! ¿No ve que todas sus partes interiores están resacas todavía?

—Pero doctor, ¿usted cree que ese hombre está vivo?

—Evidente, pues hombre. ¿No lo oyó estornudar? Claro que ahora no sé si con los estornudos se le habrá roto algo, o si habrá cogido una pulmonía fulminante sacando el busto del baño.

—Y usted ¿se había dado cuenta de que la momia estaba volviendo a la vida?

—Hombre, le diré la verdad: desde ayer estaba notando algunos síntomas extraordinarios, pero por supuesto que rechazaba como alucinaciones el testimonio de mis sentidos.

—Y ahora, ¿qué vamos a hacer?

Por fortuna no estamos completamente desprevénidos,—contestó el doctor, jadeante todavía de emoción.—Ya ve que tenía listo el cloroformo. Ahí tengo también varias inyecciones indispensables para alentar este corazón verdaderamente heroico, que después de cuarenta años de haber cesado de latir se permite volver de nuevo a sus funciones.

Pero ante todo, tenemos que evitar el peligro gravísimo de que las funciones se precipiten antes de que sea total el reblandecimiento de las interioridades resacas: temo sobre todo por los intestinos, que he notado todavía muy duros al tacto. Tenemos que inmovilizar al paciente todavía por largas horas, y administrarle agua por dentro, como le hemos dado por fuera.

Y, en efecto, le inyectó agua por diversas vías, dejando después reposar al “en-

fermo" bajo la acción de una inyección narcótica.

Dos días después, con grandes precauciones, y después de haber oscurecido la pieza y de entregarme una bolsa con oxígeno, explicándome minuciosamente cómo debía estimular la respiración del paciente cuando se iniciara, le aplicó una inyección de no sé qué droga, y esperamos llenos de ansiedad por espacio de dos largas horas.

Luego empezaron a notarse ciertos ligeros estremecimientos de los miembros, acompañados de un casi imperceptible parpadeo, y un temblor un poco más notable de los labios y de las ventanillas de la nariz. Se sucedieron varios escalofríos que fueron aumentando de intensidad. A esta altura, Bustillos aplicó otra inyección, y sacando una pierna del "cadáver" —¿cómo llamarle?— fuera del agua, le hizo varias fricciones con agua fría, repitiendo la misma operación con la otra pierna y con los brazos. En seguida, sacó la cabeza y empezó a practicar la trác-

ción rítmica de la lengua, es decir, la operación que se practica con los ahogados y con los asfixiados, para devolverles la respiración.

El cadáver no había vuelto a moverse después de la última inyección, y yo veía correr, en gruesas gotas, el sudor por el rostro de Bustillos después de mucho tiempo de incesante trabajo, empezando a desesperar del resultado. El mismo doctor manifestaba algunas señales de desaliento, y otras inequívocas de agotamiento, cuando de repente dijo con voz ahogada:

—¡El oxígeno, don Marcos, ya...!

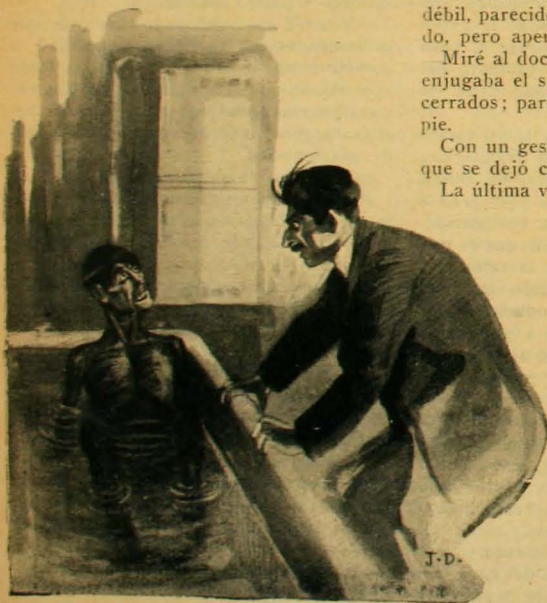
Empecé a expeler el oxígeno de la bolsa, aplicando la boquilla a la boca del cadáver y tratando de seguir los movimientos de Bustillos. De repente éste dijo, con la misma voz contenida: "Siga, siga". Y soltó la lengua del paciente, empujándosela a su sitio.

Acallado el ruido bastante desagradable que el doctor producía en las fauces del cadáver con la operación que había estado haciéndole, se dejó sentir un rumor débil, parecido al estertor de un moribundo, pero apenas audible.

Miré al doctor. Asesando con fuerza, se enjugaba el sudor, y tenía los ojos medio cerrados; parecía poderse apenas tener en pie.

Con un gesto le indiqué una silla, en la que se dejó caer aniquilado.

La última vez que lo miré estaba desva-
necido, pero no tuve
tiempo de acudir en su
socorro, ni de preocupar-
me más de él, porque el
teniente, con un fuerte
suspiro, volvió a incorpo-
rarse en su baño, y miró
a todos lados con espanta-
dos ojos. Finalmente
clavó la vista en mí por
un largo rato, como quien
se empeña en descifrar
un rudo enigma, y rom-
pió a hablar: la voz era
espesa y las palabras in-
teligibles, pero el gesto
era de interrogación. Me
cogió un miedo loco, un
irresistible impulso de te-
mor por ese hombre que



—¿Y mi coronel Sotomayor?—preguntó.

estaba tratando de comunicarse conmigo a través de lo que me parecía una barrera infranqueable: no se me borraba la sensación de que ese hombre había estado muerto por más de cuarenta años. Aquella misma voz pastosa y medio gutural que no acertaba a articular palabras confirmaba mi impresión y, llevado del deseo de acallarla, empecé a tranquilizar a mi hombre, como se haría con un enfermo delirante.

El me miraba con asombro, y seguía moviendo los labios.

Después, la terrible voz volvió a hacerse oír, y poco a poco fueron haciéndose más nítidos algunos sonidos, hasta que comprendí que preguntaba lo que cualquier otro hombre habría preguntado en su lugar:

—¿Dónde estoy?

Le nombré la ciudad.

—¿Y mi coronel Sotomayor?—volvió a preguntar.

Repasé mentalmente las nociones de Historia de la Guerra del 79 que últimamente había estado refrescando, con motivo del hallazgo de la momia, en un lugar no mencionado en los Anales de la guerra, y recordé el nombre del militar chileno que había ocupado a Antofagasta, dando así principio a las hostilidades y a la conquista.

Se producía, pues, para mí la gran dificultad: explicar a este individuo su extraña situación. Abría ya la boca para contestarle, y no sé lo que iba a decirle, cuando el doctor, volviendo a la conciencia de repente, me gritó:

—¡Cállese!

Y sin hacer caso del verdadero susto que su repentina intervención produjo en la mente débil del teniente, se dirigió tranquilamente a la mesa y, cogiendo un frasco de soporífero, se lo administró al paciente y lo obligó a sumergirse nuevamente en el baño.

No es necesario seguir detallando la vuelta a la vida y la entrada a la conciencia del teniente Santos Henríquez. El hecho es que algunos días después, restablecida ya la plenitud de su salud, y conociendo en todos los detalles su extraordinaria aventura, el teniente comía a mi mesa, con toda mi familia, y comentaba de buen humor el extraño salto de cua-



¡Cállese!

renta años que había dado a través del tiempo.

Era indudablemente un espíritu superior, y con relativa facilidad parecía imaginarse de la entidad del fenómeno y apreciar en todo su significado la idea propuesta por Bustillos, que también nos acompañaba a la mesa, de aprovechar antes que se esparciera la noticia de la resurrección del teniente, para dar un golpe teatral, invitando a toda la ciudad, que había desfilado por mi casa para conocerle en el estado de momia, a comparecer ante él una vez más, con cualquier pretexto, para gozar todos nosotros del espeluznante efecto que produciría su resurrección.

El bravo teniente, lejos de amilanarse ante la idea de ser objeto de tal curiosidad, ni causa de semejante sorpresa, reía a gritos, imaginándose el horror de los espectadores.

—Me dicen ustedes que en aquellos días me tenían sujeto a la pared, y en pie,

muy tieso; pues, para principiar, deberé colocarme inmóvil en la misma posición, y vestido de mi antiguo uniforme. Aunque, a la verdad, me produce un poco de repugnancia la ropa esa. ¿Están ustedes bien seguros de que mi cadáver no estaba apollado, ni agusanado?

—¡No sea puerco, hombre! ¿No se fija que estamos a la mesa?

Y el bueno de don Santos redoblaba su hilaridad.

Nos íbamos acostumbrando ya a su sociedad.

—Bueno, quedamos en que hoy mismo invita usted, don Marcos, a toda la gente de la ciudad a venir a verme. ¿Qué motivo va a dar?

—Puede decirle que ya que usted va a mandar la momia al Museo de Santiago, les ofrece una ocasión para verla por última vez—sugirió Bustillos.

—Pero,—contesté yo,—eso va a dejar sin venir a mucha gente.

—Es que se hace circular al mismo tiempo cualquier rumor misterioso,—corrigió “la momia”.

Dicho y hecho.

Al día siguiente, mi casa y sus alrededores estaban que no cabían de gente. No sé qué paparrucha habían contado misteriosamente, y con encargo de no repetirla a nadie, las sirvientas de la casa, a cuanto comadre tuvieron al alcance, y yo mandé una circular a todo el mundo anunciando la próxima partida a Santiago de la momia, a la cual consideraba como una propiedad de la ciudad entera, y me consideraba, en consecuencia, obligado a proporcionar una oportunidad para verla por última vez.

Para el acto, don Santos se había disfrazado “de momia”, y con ayuda del doctor se había embadurnado la cara con un tinte amarillento, y asumió en el escritorio la misma postura rígida en que estaba cuando la exhibíamos. Eso sí, cambiamos de ubicación, pues lo colocamos en frente de una puerta bastante ancha que daba acceso directo a la calle, y como mi casa estaba en la plaza del pueblo, una gran cantidad de gente podía verle al mismo tiempo en el momento dramático.

Cuando vimos que se había reunido una enorme concurrencia frente a la casa, introdujimos en el escritorio a todos los que

cupieron, cuidando de mantener despejado el espacio frente a la puerta. Me dirigía yo a ésta, al tiempo que Bustillos se preparaba a descorrer la cortina con que habíamos tapado al teniente. Abrí la puerta, descorrió el doctor la cortina y apareció ante los ojos de más de quinientas personas la misma momia de antes, no sin que se notara en muchos de los circunstantes una decepción, que demostraba que habían venido en pos de una novedad.

Cuando iban ya a manifestar su impaciencia, la momia levantó lentamente el brazo derecho, e hizo con gran solemnidad el saludo militar. Nada de su rigidez ultra cadavérica parecía haber desaparecido, y un estremecimiento de horror recorrió las filas de los espectadores. El estremecimiento se convirtió en precipitado movimiento de retroceso, cuando la momia, bajando el brazo, empezó a avanzar lentamente hacia la calle.

Cuando apareció ya en la vereda, se produjo tal pánico que el primer movimiento de fuga quedó paralizado en su propia confusión, lo que dió lugar a reaccionar al sentimiento de curiosidad, que es en muchos hombres impulso más poderoso que el miedo.

Aprovechando un silencio, don Santos empezó a decir con voz poderosa, al mismo tiempo que esbozaba con el brazo un gracioso saludo colectivo:

—¡Señoras y señores...!

Un clamor de espanto acalló su voz por un momento, pero Santos Henríquez había sido instructor militar. Su garganta era poderosa, y dominó el tumulto.

—Señoras y señores: Interesará tal vez a ustedes saber que soy militar que hace más de cuarenta años partió al Norte, abrigando en su corazón sueños de gloria y desmedida ambición. Un torpe accidente me derribó sin vida al principiar la gloriosa guerra del 79, que ustedes conocieron en la escuela, y que yo sólo he venido a oír relatar en la hospitalaria casa del señor Espinoza.

Vuelto a la vida después de un reposo forzado de cuarenta años en la pampa de Caracoles, pienso ocupar en ella un puesto útil, pero antes de abandonar la situación de notoriedad que mi aventura me ha creado, para confundirme modestamente con los que trabajan para ganarse

la vida, quiero aprovechar vuestra presencia para agradeceros la atención de vuestras visitas y al mismo tiempo recomendar a vuestras bondades, pues desde este momento paso a ser un cesante que busca trabajo honrado.

La nota cómica que había en los agradecimientos de don Santos a los curiosos que habían acudido a verle, hizo reaccionar la mente de algunos de los más ilustrados, y pasado el primer momento de sorpresa, se llamaron a engaño.

Un grupo bastante numeroso se dirigió a mí.

—¿Qué significa esta chacota, don Marcos?—me interpeló don Sisenando Rojas, respetable dueño de la botica que hacia esquina encontrada con mi casa.—¿Dónde está la momia? ¿Quién es este sinvergüenza?

—Este sinvergüenza,—interrumpió el teniente,—tiene la sangre bastante caliente, a pesar de haber resistido tanto tiempo las heladas noches de la pampa. Sepa que no tolero insultos, y que para mí es el mayor de todos que se ponga en duda la sinceridad de don Marcos Espinoza, que me ha salvado la vida y que me da hospitalidad en su casa.

Aquí intervino el doctor Bustillos, que gozaba de gran prestigio como hombre de absoluta seriedad, y explicó en pocas palabras lo ocurrido.

Para dar término a la escena, yo invité a almorzar a los más conspicuos, y en una gran mesa de mantel largo les presenté a mi huésped, que siguió dando muestras de su humor privilegiado, y que se ganó las simpatías de todos, sin que quedara ya uno solo que dudara de la verdad de nuestra historia.

Al calor de los varios blancos y tintos que se destaparon en ese almuerzo, surgió la idea de presentar al teniente, que era un mozo de treinta años más o menos, a la sociedad de la población, ofreciendo en su honor un baile en el Club

Social. Esta idea mereció unánime aceptación, y luego fué modificada en el sentido de que el baile fuera de trajes, y que se procuraría que muchos de ellos fueran de la época en que anteriormente había vivido el teniente, para despertar en su alma gratos recuerdos.

En pocos días, toda la gente bien de la ciudad estuvo preparada, y se verificó el baile, de cuyos detalles hago gracia al lector.

Ya se figurará éste que Santos Henríquez fué el héroe de la fiesta, y que las niñas lo cortejaban sin pudor alguno. El hizo gala de su donaire sin igual y en su escepcional situación demostró ser gallo de estacas largas, porque se pavoneaba



—¡No sea puerco, hombre! ¿No se fija que estamos a la mesa?

entre sus rendidas admiradoras como si nunca hubiera hecho otra cosa.

Debo confesar que ya se había extendido entre los demás hombres de la concurrencia un bajo sentimiento de celos, que nos habría llevado muy pronto a hacer comentarios despectivos contra el bizarro teniente, cuando se pudo observar con evidencia que el hombre había sido flechado.

Terminado un animado vals, que según se comentó después, lo había valsado íntegro con Gracia T..., contrariamente a lo que hasta ese momento había estado sucediendo, que las muchachas se arrebatában unás a otras al gallo, en medio de una gran algazara, se apartó con ella a un sofá.

Por consentimiento tácito, se respetó el aparte, aunque no sin que de todos la-

dos se les observara agudamente. Nada pudo notarse de particular, salvo que la conversación era animada, y que debía ser muy agradable, porque el teniente expresaba en su cara una dicha intensa y Gracia T..., que era muy jovencita, el rubor de las que aman por primera vez.

Así terminó la fiesta, porque ya era sumamente tarde. Henríquez acompañó a la niña hasta la salida, y volviendo después

Una media hora habría estado leyendo en el absoluto silencio de la casa dormida, cuando me sobresaltó violentamente la detonación de un revólver, dentro de la misma casa.

Un impulso extraño me llevó directamente al escritorio, donde, a la luz de una vela que ardía sobre la mesa, pude ver, de espaldas en un sillón, al teniente Henríquez con mi revólver todavía humeante en la mano derecha y una carta entre los dedos crispados de la izquierda. Un hilo de sangre corría de su sien derecha y su cara, con los ojos cerrados, expresaba la serenidad con que había sabido darse la muerte el pobre militar.

Después de enterarme de que estaba bien muerto, cogí de su mano, con la mía temblorosa, la carta que había querido dar al mundo, seguramente con la explicación de su terrible determinación.

En honor a la verdad, debo decir que no me hacía tanta impresión, como sería de figurarse, este suicidio. ¿Sería por la tranquilidad con que lo había cometido el suicida, que minutos antes se había despedido de mí sin demostrar la menor agitación, o sería porque es menos terrible ver volver al reino tenebroso a uno que fué arrancado de él? No sabría decirlo.

El sobre cerrado estaba dirigido a mí y la carta decía:

"Buen amigo Marcos:

Sólo a usted, cuya casa perturbé con mi extraña presencia en ella, y voy a perturbar mucho más con una trágica salida, debo una explicación sobre la resolución que en unos momentos más voy a ejecutar, y se la doy con muy pocas palabras porque me corre prisa hacer saltar



Pude ver, de espaldas en un sillón, al teniente Henríquez con mi revólver todavía humeante en la mano derecha.

por su sombrero, me invitó desde lejos a que nos retiráramos.

En el camino a mi casa guardó absoluto silencio, que yo respeté, sonriéndome al pensar en la nueva y sabrosa aventura a que daba lugar el notable resucitado. Nos deseamos buenas noches, él se dirigió al escritorio, que le servía todavía de habitación, y yo a mi dormitorio, donde me puse a leer vestido, como tenía por costumbre cuando me recogía tarde.

mis sesos, para librarlos de la obsesión de la situación horrible que se me ha creado. Hace cuarenta y un años, estuve yo de guarnición en este mismo pueblo, que hoy ha sido tan hospitalario conmigo.

Por mi desgracia, me favoreció con una entusiasta amistad don Carlos T..., hombre rico y de alguna edad, que se había casado hacia poco tiempo con una niña pobre y muy hermosa. Cometí una gran maldad, de que cuando termine esta carta voy a castigarme con mi propia mano: burlé al amigo generoso y corrompí a una mujer buena. Esta consiguió engañar completamente a su marido, porque, a su

debido tiempo, estando yo trasladado a otra guarnición, recibí una carta en que con muchas expresiones de amor, ella me anunciaba: tu hijo ha sido bautizado con el nombre de Carlos T... y será, por consiguiente, rico y dichoso.

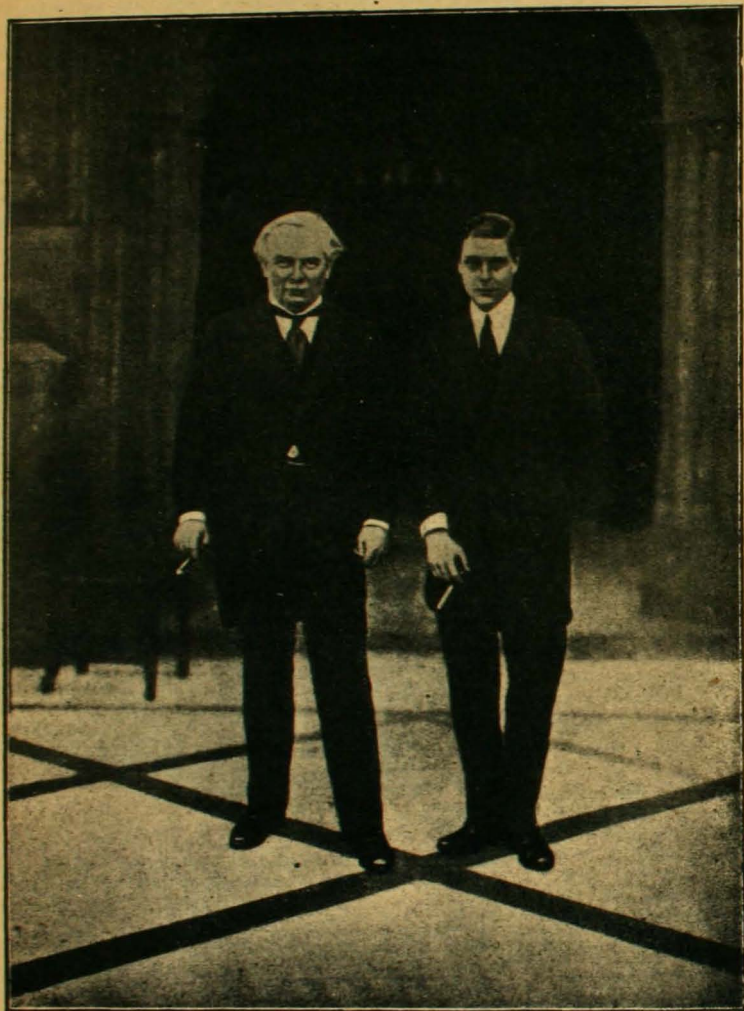
Usted me habrá visto hoy, don Marcos, transportado al quinto cielo en compañía de la encantadora Gracia T... Me le declaré y ella correspondió mi amor. Conversamos mucho y... aprendí que Gracia T... era hija de aquel segundo Carlos T..., mi hijo!

¡Me he enamorado de mi nieta...!

¡Adiós, don Marcos!"



DE INGLATERRA ◇ ◇ ◇



El Príncipe de Gales, acompañado de Lloyd George, visitando el Parlamento inglés ::



◆ ◆ TIPOS DEL CINE ◆ ◆

Por F. C. BLAKESLEE

ES en verdad admirable que en el Cine casi toda la gente del campo sea buena, y casi todos los habitantes de la ciudad sean malos. Siendo yo personalmente un hombre de la ciudad, no me agrada mucho ver a mis semejantes siempre empeñados en arrastrar niñas inocentes a su ruina. Aunque parezca extraño, conozco gente de la ciudad que nunca ha hecho eso; tampoco le he hecho yo. No tengo un conocimiento inmediato de la vida del campo, pero me han dicho que algunos de los Diez Mandamientos son quebrantados ocasionalmente, aún en las granjas y haciendas.

Es cierto que parece haber una excepción a la general perversidad de los habitantes de la ciudad, y es el ingeniero civil. Si ustedes ven en el campo un individuo con camisa de franela abierta en el cuello, con los puños arre-

mangados, pantalones de kaki y polainas de cuero manchadas de barro, no pasen cuidado: es un ingeniero civil y muy correcta persona, aunque venga de la ciudad; pero, si el individuo que ustedes topan, lleva una casaca obscura, brillantes botas de montar y va en coche o en auto, guárdense de él. A veces, sin embargo, puede encontrarse sobre la pantalla a un autor o periodista que resulta una persona tolerablemente decente; pero, sin duda, se trata en este caso excepcional de una precaución de alta política, porque los cinemistas saben muy bien que necesitan mantenerse en buenos términos con esos poco deseables ciudadanos...

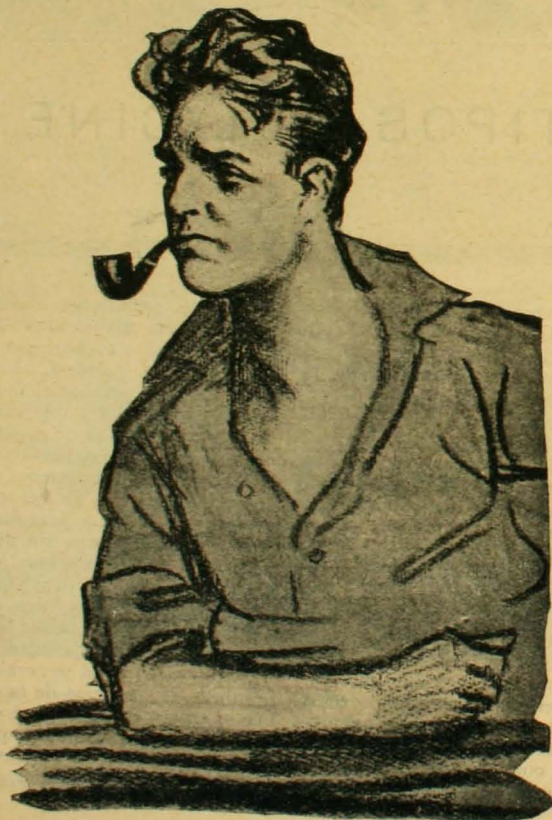
Según el Cine, la generalidad de los hombres de negocios de la ciudad, tienen o tratan de tener una estenografía con fines más personales que mercantiles, y los trabajos que esas pobres niñas padecen para escapar a los avan-

ces de sus patrones, ponen los nervios de punta a cuantos ignoran las pecu-
liarias condiciones actuales de las ofi-
cinas de negocio.

Las mujeres de la ciudad en el Cine,
se dividen en dos clases, unas, las po-
bres, son buenas, otras, las ricas, son
malas. La vida de la niña pobre es una
lucha constante contra los hombres ri-
cos, en tanto que las damas opulentas
pasan el tiempo tomando té, bailando
o jugando al bridge con personajes dis-
tintos que sus maridos, de seguro, la
dama de ciudad pierde una gruesa su-
ma de dinero al bridge, lo que la colo-
ca a merced del traidor, el cual es casi
siempre irresistible para el bello sexo.

La deuda de bridge equivale en la ciu-
dad a la hipoteca en el campo.

Las niñas de campo son seres en-
cantadores e ingenuos, a lo menos so-
bre la pantalla, y uno no sabe si es su
manera sumaria de comer u otros re-
cursos rurales lo que las hace tan atra-
yentes, porque, a fin de cuentas, to-
das se casan con hermosos y ricos in-
genieros civiles, que las llevan a la ciu-
dad, donde es de presumir muy luego
degenerarán en jugadoras de bridge y
otros condenables excesos. Es posible
que algún día los cinemistas nos mos-
trarán esta transformación inevitable de
sus heroínas bajo el título de "Diez
años después".





Cómo se realizó el raid aéreo

◇ ◇ ◇ Santiago-París ◇ ◇ ◇

Por MIGUEL DE FUENZALIDA

Todos los datos en que se funda este artículo son rigurosamente científicos. Nada hay en ellos de fantástico ni que exceda los recursos técnicos actuales.

DESDE que comenzaron a armar el Titania, aquel poderoso aeroplano se convirtió para todos los alumnos de la Escuela Militar de Aeronáutica en una verdadera obsesión. Nuestras imaginaciones juveniles soñaban prodigiosas aventuras. El Titania era con mucho superior al Vickers de 5.000 kilómetros de radio de acción en que nuestro compañero Araos había intentado con éxito, pero sin el permiso de sus superiores (como es la tradición de nuestro Instituto) el raid aéreo Santiago-Río de Janeiro.

Hace ya dos meses y me parece que fué ayer. Los tenientes Vidal, Molina y yo contemplábamos al Titania ya enteramente listo para lanzarse al espacio, que reposaba majestuosamente en el sitio de honor del nuevo hangar.

—¡Quince mil kilómetros de radio!— exclamó Vidal, que era táctico y militar sobre todas las cosas...—Aquí, para entre nosotros, no veo la utilidad de un po-

der de acción tan desmesurado... En Europa no se ha creído necesario ir tan lejos.

—La Europa es pequeña y la América es grande,—contesté.—Allá en el Viejo Mundo los destinos de los pueblos se deciden en territorios bastante reducidos. Napoleón cometió una locura yendo a Moscou, que no está más lejos de París que Lima de Santiago, y el ejército chileno ha ido y vuelto tres veces de la capital del Perú... y siempre con gloria.

Tienes razón,—dijo Molina;—en una campaña como la de la Sierra en 1881, un aparato capaz de volar quince mil kilómetros sin renovar su nafta habría sido de gran utilidad.

El demonio de las aventuras comenzó a tentarnos.

—¡Qué raid podría hacerse con esto!— dije tímidamente...—Podríamos ir acaso hasta Panamá...

—¡Bah! Eso está a un paso... Ya no tendría gracia ninguna,—interrumpió Mo-

lina...—Montados en el Titania podríamos ir a Europa... A Londres o a París, si tenemos hígados para ello...

—¡A Europa!

—Ya lo creo... ¿Cuántos kilómetros te imaginas que hay desde aquí a París?

—No lo sé.

—Ni yo tampoco; pero es fácil calcularlo... Seguramente menos de quince mil kilómetros.

—¿En línea recta?

—El término línea recta no es científico tratándose del camino entre dos puntos situados sobre la superficie de este planeta, que ya va siendo pequeño para el hombre,—repuso Molina, que era matemático y calculador como una tabla de logaritmos.—Entre dos puntos de la superficie de una esfera, la línea más corta es el arco de círculo máximo que los une. Conociendo la latitud y la longitud de dos puntos, bastan muy pocos minutos para calcular sus distancias siguiendo el círculo máximo. La fórmula la saben ustedes, o, a lo menos, deben saberla...

—Por supuesto.

—A calcular entonces.

Como colegiales que meditan ya una picaresca que no se atreven aún a formularla, nos dirigimos los tres al alojamiento de Molina. Por entonces una tabla de logaritmos y un volumen de la *Connaissance des Temps* era todo cuanto necesitábamos.

Molina se puso a borrar números en su libreta. Vidal y yo nos paseábamos nerviosamente de un lado a otro de la pieza.

—El arco de círculo que une a Santiago con París,—dijo nuestro compañero, después de un breve rato, es de ciento cuatro grados y cuarenta y cuatro minutos.

—Aquel dato, así enunciado, poco o nada nos decía.

—O sea,—continuó Molina, después de trazar con rapidez algunos números,—a sesenta minutos por grado, 6.285 minutos o millas marinas sobre la superficie de la tierra.

—¿Y eso en kilómetros?—preguntamos con verdadera ansiedad.

—Son 11.640... Nos sobran algunos, como ustedes ven.

Desde ese momento quedó resuelta la

calaverada. A los tres nos parecía que después de terminado aquel sencillo cálculo lo que quedaba por hacer no valía la pena de detenerse a considerarlo.

Molina quedó encargado de la parte geográfica y matemática de la expedición; Vidal de los detalles técnicos, y yo de allegar los recursos financieros indispensables.

El trabajo encomendado a Molina, aunque no presentaba ninguna dificultad técnica, era largo y minucioso. Cuando se sigue un arco de círculo que no sea meridiano, sobre la superficie de la tierra, el rumbo ha de variar continuamente con relación al norte astronómico y, por lo tanto, al norte magnético. Molina debía calcular dicho rumbo de cien en cien kilómetros, y trazar en seguida sobre la carta el itinerario obtenido por el cálculo, a fin de que los accidentes del terreno nos sirvieran de guía, a lo menos mientras volásemos sobre los continentes y para conocer también la altura de los obstáculos que habríamos de franquear.

Dejamos a Molina engolfado sobre la tabla de logaritmos, y nos fuimos, Vidal y yo, a estudiar detenidamente el Titania, para calcular los recursos de que teníamos precisión.

—Hé aquí una soberbia máquina,—dijo Vidal con aire de importancia científica, una vez que nos encontramos frente al aparato.—Su área de resistencia es de 6.275 pies cuadrados; pesa 13.376 kilos y puede llevar además una carga de 15 ó 16 toneladas. Debemos comenzar por reparar esa carga. Desde luego, nosotros tres.

—Pón ochenta kilos por cráneo. Más vale equivocarse por exceso en casos como éste.

—Y es un peso que no nos cuesta nada. Sean los 240 kilos,—repuso Vidal, apuntando el número en su libreta.

—Agua y comida para los tres: treinta y cinco kilos,—continué yo.

—¡Bábaro!, piensas devorar como un Heliogábalo.

—Y aún temo quedarme corto. El agua sobre todo pesa mucho, y en las altas regiones de la atmósfera la transpiración cutánea es muy activa, aunque se echa poco de ver... Y como vamos a comer tanto charqui.

—No digas más. Sean los treinta y cinco kilos.

—Agrega otros treinta y seis kilos para agua de reserva.

—Convenido.

—Ahora viene el punto grueso: la bencina.

El Titania lleva,—dijo Vidal,—dos motores Rolls Royce de 375 caballos de fuerza cada uno, que consumen unos 160 litros por hora. Esto hace 11.000 litros para 70 horas.

—¿Por qué calculas 70 horas? 11.640 kilómetros a 200 kilómetros por hora, hacen sólo poco más de 58.

—Hay que tomar en cuenta las desviaciones inevitables, aún suponiendo muy perfectos los cálculos de Molina; podemos topar con vientos contrarios. Además, el aparato con la carga que va a llevar, no hará 200 kilómetros, sobre todo al principio del raid, cuando tengamos intacta o casi intacta la provisión de bencina. Hay que tener también en cuenta que todo aconseja conservar una gran altura para encontrar una atmósfera más constante, y bien sabes que allí el enrarecimiento del aire multiplica el trabajo del motor.

—Estoy por las grandes alturas, mientras atravesemos los Andes y acaso la Argentina, pero en la zona de las calmas ecuatoriales y sobre el mar no hay inconveniente para viajar más abajo.

—Sí; pero vale la pena ponerse en el peor caso.

—En más de las nueve décimas partes del trayecto, desde Tucumán hasta París, no encontraremos en nuestro trayecto un cerro de más de 200 metros de altura. No habremos, pues, de temer las corrientes encontradas de los países montañosos y estoy seguro de que navegaremos mucho más bajo de lo que piensas.

—Me mantengo en los 11.000 litros de bencina y no rebajo. Soy, en este capítulo, tan inflexible como tú cuando se trata de bucólica.

Hube de inclinarme. La técnica había pronunciado su fallo.

—Aceite, y en virtud de las razones expuestas, 1.800 litros,—continuó Vidal con imperioso aplomo.

Y, sin esperar mi opinión, apuntó la cifra en su libreta.

—Estanques para el agua y la bencina: 1.500 litros.

—Eso cae de su peso.

No caerá. Colchones para dormir: 30 kilos.

—Conforme.

—Motores: 900 kilos.

—Tú lo sabes mejor que yo.

—Por supuesto. ¿Se nos olvida algo?

—No, me parece.

—Pues, a sumar: son 15.541 kilos que, unidos al peso de la máquina, o sean 13.376 kilos, hacen un total de unas veintinueve toneladas. Ya es algo, pero no demasiado. Iremos a París. Te convido a almorzar "chez Paillard" el domingo próximo.

Un remordimiento me asaltó.

—¿Y habremos de costearnos el pasaje tomando de los almacenes del Estado la bencina, el aceite y lo demás? Ello suma buenos pesos. Una cosa es la disciplina y otra la honradez.

—Tú estás encargado de buscar honradamente los elementos necesarios. En cuanto a mí, ha terminado mi misión.

II

Si los procedimientos que empleé para conseguir los recursos necesarios a nuestra expedición fueron o no honrados, eso Dios lo sabe. Esa misma tarde topé con un millonario bastante generoso que, rara avis in terra, no encontraba medios de gastar el dinero que le sobraba. Su generosidad hubo de costarle algunos miles; pero no me parece que nuestro aviador pecuniario haya pagado demasiado caro la inmortalidad que se aseguró. No lo digo por ingratitud sino por espíritu de justicia: fué nuestro comanditario y, como tal, socio y participe de la utilidad en gloria del negocio en que él arriesgaba su dinero y nosotros nuestro pellejo y la disciplina militar. Váyase lo uno por lo otro.

A la hora de comer di, triunfante, cuenta a mis compañeros del éxito de mis gestiones.

—Entonces partiremos el martes,—dijo Molina.

Estábamos en viernes y en el mes de Junio de este año de 1923.

—¡Diablos! ¿No puede postergarse?

—¿Para qué? El triple problema técni-

co, geográfico y financiero está resuelto. Lo que falta es muy poco y el tiempo no puede ser más favorable: en esta época del solsticio de invierno los días son muy largos en el hemisferio norte: en París, por ejemplo, apenas hay noche efectiva. Además, el miércoles es luna llena. Sabemos lo que necesitamos y ello está en nuestro poder. ¿Qué podríamos esperar?

Molina hablaba a jóvenes tenientes de veinte o pocos más años. Su argumentación nos pareció irredargüible.

—¿Y el itinerario? ¿Y el rumbo?

—Terminados.

—¿Por dónde pasaremos?

—Quiero reservarnos el agrado de la sorpresa. Fijemos, sí, la hora de la partida y la disciplina que conservaremos durante el viaje.

—Saldremos por la mañana temprano.

—Mal cálculo: yo soy aquí el geógrafo: conviene partir a las tres de la tarde.

—¿Por qué?

—Es largo de explicar. ¿He preguntado algo a Vidal sobre sus preparativos técnicos? Necesito confianza absoluta.

—En cuanto a la disciplina,—dijo Vidal,—lo más práctico es que los tres desempeñemos por turnos de seis horas las funciones de piloto y de mecánico. Estas últimas, que requieren una atención mucho menos constante, equivalen ya a un medio de descanso. Así, cada uno y cada dieciocho horas, pasaremos seis en el timón, seis vigilando la máquina y seis durmiendo o descansando, como se pueda.

—¿Por qué turnos de dieciocho horas y no de doce?—pregunté.—Me parece preferible turnarnos con mayor frecuencia.

—Con turnos de doce horas,—dijo Vidal,—nos tocaría trabajar siempre a las mismas horas, lo que sería poco cómodo, para el que tuviera el timón después de media noche, por ejemplo. Adoptando, en cambio, dieciocho horas, quedarán mejor repartidos los sacrificios y las fatigas.

—Tienes un talento de organización maravilloso,—dijo Molina a Vidal.

—Los turnos deberían comenzar a las seis de la mañana, a las doce del día, a las seis de la tarde y a media noche. Así, como íbamos a partir a las tres de la tarde, el primero que tomara el timón iba a tenerlo sólo por tres horas; pero las dificultades del paso de la cordillera compensaban esta ventaja.

tades del paso de la cordillera compensaban esta ventaja.

Disputamos bastante sobre el orden que observaríamos en los turnos: todos deseábamos estar en el timón a la hora en que el Titania tomase tierra en el aeródromo de Issy-les-Molineaux o, a lo menos, en el instante de la partida. Lo primero no podíamos calcularlo, pero si lo segundo. Al fin, se acordó sortear la partida. Molina fué el favorecido. Vidal iría a cargo de la máquina y yo en descanso.

Al día siguiente, acompañados por nuestro Mecenas, adquirimos las provisiones y elementos para el viaje. El hombre se portó con esplendidez: todo fué de primera calidad: Nafta purísima, aceite de ricino cuidadosamente elegido y rectificado, colchones de crin vegetal, sumamente ligeros y bastante cómodos; charqui vacuno, que, aunque parezca inverosímil, también suele encontrarse; conservas de las mejores marcas; galleta inglesa de lujo; agua destilada y licores de primera elección... Habíamos resuelto que nuestro viaje no sería dry...

La batería de instrumentos, además de la brújula compensada con exquisito cuidado que formaba parte del equipo del Titania, llevamos un magnífico barómetro Fortin y dos aneroides, uno de los cuales señalaba las diferencias de alturas con aproximación de dos metros; tres cronómetros de bolsillo contruidos en Suiza y arreglados a la hora del meridiano de Santiago; una cámara fotográfica para películas planas, de muy pequeñas dimensiones pero de magnífico lente y enorme costo; un antejo de larga vista montado en aluminio y de gran poder, y, por último, un sextante para tomar la altura cuando estuviésemos sobre el mar.

Molina manifestó no pocas dudas sobre la utilidad de este último instrumento, cuyas indicaciones serían muy poco exactas, dadas las condiciones especiales de la navegación aérea. Por de pronto, como no es fácil conocer a punto fijo la altura del aparato sobre el mar, no es posible corregir sino groseramente la depresión del horizonte. Además, un aparato que corre dos grados geográficos en una hora no se presta, sin duda, para las observaciones astronómicas. Con todo, embarcamos el sextante, porque más valía



Interior de un "expreso aéreo" que hace el viaje entre París y Londres.

tener observaciones incompletas que estar privados de ellas en absoluto.

No revelaré al público los procedimientos de que nos valimos para cargar en el *Titania*, sin que nuestros jefes se percataran de ello, los materiales que dejó referidos, ni la forma en que logramos se nos destinara a los tres conspiradores, el día y hora fijadas para la partida, a efectuar un pequeño raid, desde la Escuela de Aviación. Esta reserva es muy explicable. No queremos privar a nuestros compañeros de los medios de que pudieran valerse para mandarse cambiar el día menos pensado, a Cochinchina o al mismo infierno.

Pocos minutos antes de las tres de la tarde de aquel memorable martes 26 de Junio de 1923, nos encontrábamos instalados a bordo del *Titania*, Molina, Vidal y yo. Algunos alumnos nos miraban hacer los preparativos con la indiferencia de personas acostumbradas a casos semejan-

tes. Ninguno de ellos estaba en nuestro secreto.

El *Titania* tomó vuelo con más pesadez de lo que el oficial que mandaba la maniobra hubiera esperado; pero estos detalles se escapan fácilmente al más práctico. Debíó, sí, llamarle la atención que nos eleváramos rápidamente siguiendo una larga espiral. A las tres en punto el barómetro señaló 4.000 metros de altura.

Molina, que piloteaba, tomó entonces rumbo. Según sus cálculos, debíamos empezar nuestro raid en dirección norte $40^{\circ}38'$ al Este. Como ya he dicho, cada cien kilómetros debíamos variar el rumbo, acercándonos más y más al Norte, hasta atravesar la línea ecuatorial. En seguida el rumbo iba a cambiar de nuevo paulatinamente inclinándose hacia el Este, para llegar a París en dirección Norte $55^{\circ}36'$ al Este. Los rumbos de que hablo son astronómicos y al reducirlos al rum-

bo magnético señalado por la aguja era preciso tomar en cuenta la declinación de la brújula en cada punto. Por otra parte, Molina tenía minuciosamente anotados todos estos detalles para cada momento. No es cómodo a bordo de un aeroplano entregarse a fastidiosos y continuos cálculos.

Nuestra dirección nos llevó rápidamente hacia las nevadas cordilleras que limitan por el norte la hoya del alto valle del Mapocho. A nuestros pies desfiló rápidamente el abrupto cajón del Arrayán. Franqueamos esa primera línea de alturas a 4.800 metros sobre el mar, pasando casi perpendicularmente encima del portezuelo de Río Blanco, junto al nevado del Plomo. Teníamos por delante las cordilleras del Juncal con el antiguo paso de Uspallata.

—Nuestro círculo máximo es providencial,—observó Molina desde el timón.—Nos lleva derecho a uno de los pasos menos altos de la cordillera en esta región.

Miramos la carta que teníamos delante. Allí, con tinta roja, figuraba nuestro recorrido. Atravesaba, en efecto, la línea alticinal y la frontera por el portezuelo de Navarro, de sólo 4.150 metros de altura, y muy pocos kilómetros al Sur del Cristo Redentor. A nuestro frente se alzaba la gigantesca mole del Aconcagua, que parecía servirnos de guía.

—No nos tropezaremos con ese infranqueable escollo,—dijo Molina, siempre tranquilo y sonriente.—Pasaremos a más de doce kilómetros al este de la cumbre. Más allá será otra cosa, porque habremos de atravesar la parte más alta de la cordillera del Tigre, al oriente del Río de las Vacas. Felizmente el tiempo es bueno y de una serenidad admirable. Si ustedes hubieran leído a Pissis sabrían que esta hora es muy preferible a la del amanecer para atravesar la cordillera.

Los intrincados cordones, entre cuyos pliegues nacen los riachuelos que forman más abajo el caudaloso río de Aconcagua, pasaron rápidamente bajo el Titania. Algunos minutos y el portezuelo Navarro quedó atrás: estábamos en territorio argentino. El barómetro señaló entonces 5.300 metros sobre el mar.

El colosal Aconcagua iba quedando a nuestra izquierda. Al frente se perfilaba

bruscamente la ancha y altísima meseta del Tigre.

—Es el peor obstáculo entre París y nosotros,—dijo Molina,—y le temo más que al Atlántico. La carta le da 5.000 metros de altura máxima, pero conviene ser precavidos, aunque nos zumben los oídos.

El barómetro señaló 5.860 metros. Fue el record de la altura alcanzada. Pero éramos jóvenes y pasamos sin novedad.

Después, la tantas veces vencida cordillera comenzó a bajar y a redondearse hacia la pampa. Nos mantuvimos con todo sobre los 5.000 metros. Un país amarillento, árido, bastante monótono, aunque todavía cuajado de montañas, se deslizaba bajo nuestras plantas.

De pronto una faja de verdura y una mancha blanquizca se encontraron bajo la vertical del Titania. Nuestros cronómetros señalaban las cuatro y cuarenta y dos minutos.

—San Juan,—dijo Molina...—No hemos caminado sino a razón de 165 kilómetros por hora. Volamos a mucha altura y con excesivo peso... Mañana será otro día...

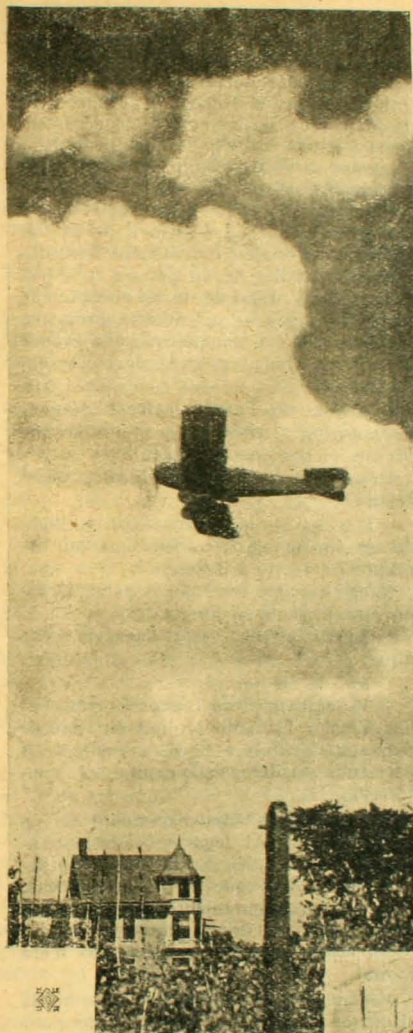
—¡Buen paso de carretas!

A las seis tomó el timón Vidal. Un cuarto de hora después pasamos por sobre La Rioja. Examinando sus cálculos, Medina, que no consentía en dormir, aunque le tocaba el turno de hacerlo, encontró que nuestra marcha había mejorado. Volábamos ahora a 180 kilómetros por hora.

Era ya de noche en esa estación de invierno. La Rioja sólo pudo ser discernida por las luces de alumbrado, tenue luciérnaga apenas perceptible desde la altura en que nos encontrábamos.

A las ocho anuncié la comida. Esa función me correspondía como encargado de la máquina. No fue un banquete: charqui machacado, jamón y galleta. Se destapó además una botella de excelente Oporto en honor de ese buen país de Portugal que, según nos lo anunció confidencialmente Molina, acaso íbamos a vislumbrar en nuestra loca expedición.

El Titania volaba sobre los oscuros contrafuertes de las cordilleras de Tucumán, débilmente alumbrados por la luna medio oculta todavía entre los stratus del oriente. No divisamos la ciudad que, se-



532
532
¡Belem do Pará!—exclamé después de consultar la carta.

gún los cálculos, debíamos dejar un poco hacia el este.

La atmósfera estaba muy tranquila y entrábamos en un

país más llano. Vidal, después de una rápida consulta, acordó bajar un tanto. Media hora más tarde el barómetro señalaba 2.200 metros. No nos pareció prudente una menor altura.

A los últimos repliegues de los Andes sucedieron las monótonas llanuras del Chaco Argentino. Poco después de las 10 de la noche, una cinta de plata que reflejaba los débiles rayos de la luna nos anunció el río Bermejo. Según la tabla de distancias, habíamos caminado desde La Rioja a razón de 183 kilómetros por hora.

Los motores funcionaban a las mil maravillas La regularidad de sus golpes era tranquilizadora.

A las doce de la noche, cuando me tocó el turno de tomar el timón, volábamos ya sobre territorio boliviano. Si nuestro rumbo era bueno, habríamos de pasar perpendicularmente sobre la pequeña población de Santiago. Molina, encargado ahora de la máquina, escrutaba con cierta nerviosidad el horizonte. Era, como se comprende, importantísimo en esas soledades fijar un punto que nos permitiera reconocer exactamente nuestro rumbo.

—Creo que pierdes el tiempo,—dije a Molina.—Santiago es una aldehuela de 250 almas donde, seguramente, no hay alumbrado público, y en cuanto a los habitantes, roncarán ahora con el mismo entusiasmo que nuestro compañero Vidal. Divisar esas chozas medio perdidas en la verdura y a más de 3.000 metros, me parece absurdo.

Y así fué, en efecto. Nada vislumbramos de la humilde homónima de la capital de Chile.

A pesar del entusiasmo de la aventura y de mis cortos años, al fin comencé a sentir verdadera fatiga. Ansiaba el momento de reemplazar a Vidal sobre el colchón. Me pareció que, en efecto, los turnos de seis horas eran demasiado largos, y, como la necesidad es ingeniosa, discurrí un arbitrio que apresurara mi liberación.



Antes que los cronómetros indicaran las cinco, era ya de día claro. Esta circunstancia me recordó que, volando como volábamos hacia el oriente, íbamos al encuentro del sol y que, probablemente, en el sitio en que nos encontrábamos eran ya las seis, aunque en Santiago de Chile, cuya hora marcaban nuestros instrumentos, no eran sino las cinco.

Consulté el caso con Molina.

—¿Supongo,— le dije,— que nuestros turnos se arreglarán a la hora oficial de los sitios que atravesamos?

Mi compañero se sonrió.

—¿Sabes, acaso,— repuso,— qué hora oficial rige en el Estado Brasileiro de Mato Grosso, sobre el cual estamos?

—Supongo que sea la de Cuyabá, que debe adelantar algo como una hora sobre la de Santiago.

—Suponer y algo como, son vocablos que no se admiten en matemáticas. Lo mejor es que te resignes a esperar que nuestros cronómetros señalen las seis. Cuando te toque el turno de dormir vas a agradecerme el consejo, y, en todo caso, contra tu opinión hay aquí dos: la mía y la de Vidal, que la acompaña elocuentemente con sus ronquidos.

Como no hay plazo que no se cumpla, llegó el ansiado momento de entregar a Molina el timón y de que Vidal me cediera su sitio en el codiciado colchón, para encargarse de la máquina.

Despertó restregándose los ojos.

—Soñaba que habíamos tropezado con la torre de Eiffel,—dijo entre risueño y malhumorado.

Dormí como un lirón las seis horas de mi turno.

Cuando desperté o, mejor dicho, cuando me despertaron, el Titania volaba muy bajo, envuelto por una atmósfera de fuego, de una transparencia y de una calma perfectas. A pocos cientos de metros brillaba a nuestros pies el espléndido verde esmeralda de la selva amazónica.

—No son ya estos los cinco mil metros de tus cálculos,—dije a Vidal.

—Con esta calma y sobre estas interminables llanuras no hay inconveniente sino ventaja navegar a poca altura,—repuso mi compañero mientras se disponía a reemplazar a Molina en el timón y después, de

beberse el último sorbo de agua de su almuerzo.

A la una y dos minutos (hora de Santiago) pasamos por la vertical de un río caudaloso: era el Tauary, o, al menos, así lo supusimos. La inmensa soledad comenzaba a poblarse; algunas plantaciones y fazendas se abrian como claros en la interminable selva.

Bajamos más todavía en medio de esa atmósfera candente e inmóvil de las regiones ecuatoriales. Percibíamos hasta los menores detalles de un paisaje soberbio. De pronto, a orillas de un río ancho como un golfo, apareció por nuestra proa una inmensa mancha blanquecina, una grande y soberbia ciudad rodeada de exuberantes jardines.

—¡Belem do Para!—exclamé, después de consultar la carta.—No es posible que Molina pierda este espectáculo.

Despertó renegando, pero al instante se repuso.

—Este es el momento,—dijo, sacando de un rincón cierto objeto que por de pronto no acerté a definir.

Luego escribió unas pocas palabras sobre una hoja de su libreta.

—Oigan ustedes este mensaje,—nos dijo.

. Y leyó lo siguiente:

“Los tenientes José Bustos Correa, Felipe Vidal y Eduardo Molina, en viaje de Santiago de Chile a Paris, saludan a los hermanos brasileiros de la capital del Amazonas”.

Comprendimos inmediatamente de lo que se trataba. Al llegar sobre la perpendicular de Belem, cuyas calles estaban llenas de personas que nos contemplaban, sin imaginar, seguramente, que veníamos de tan lejos, el Titania detuvo un instante su rápida marcha y planeó una lenta espiral.

Molina entonces dejó caer por la borda el extraño objeto que antes le viéramos sacar y que no era sino un paracaídas de fina seda y de un metro de diámetro, al que sirvió de lastre una botella vacía y el mensaje cuya lectura acabábamos de escuchar.

Esa fué la primera noticia que tuvo el mundo de la aventura que habíamos emprendido. Pocas horas después el telégra-

fo la comunicó a todos los confines de la tierra.

III

Cuarenta minutos después de dejar a Belem, el Titania rebalsó la línea que separa las inundadas riberas de la llanura amazónica de la soledad inmensa del Atlántico...

A nuestro frente se extendía el mar sin límites.

No pronunciamos una sola palabra. Por primera vez, desde que habíamos partido, la emoción había vencido a nuestro aturdimiento y a nuestra audacia.

Maquinalmente miré el reloj: señalaba las dos y cuarenta y tres minutos de la tarde... En esas comarcas eran ya las cuatro y veintiséis.

Poco menos de media hora de silencio... Abajo el mar brillaba bajo los rayos de un sol tropical.

De pronto Molina sacó otro objeto, esta vez muy conocido... Una botella de champaña, cuyo tapón saltó con estrépito.

—Es preciso,—dijo,—beber una copa a la salud de la línea ecuatorial, que en este momento atravesamos.

El champaña nos devolvió la locuacidad y el ánimo.

No fué por mucho tiempo. El sol descendía rápidamente hacia su ocaso. Presa de un extraño terror, le vimos hundirse tras el mar incommensurable y desierto.

Me tocaba de nuevo el timón. Apesar de la calma que reinaba en la atmósfera, creí prudente subir sobre 2.000 metros. En esas regiones equinociales, de ordinario tan apacibles, suelen producirse rápidos chubascos y no era prudente exponerse sin necesidad.

El cielo era sereno, pero hacía todos los puntos del horizonte se divisaban lejanos cúmulos que de cuando en cuando iluminaban fugitivos relámpagos.

Pocas palabras crucé con Molina, que estaba a cargo de los motores. Vidal dormía.

A las doce en punto llegó mi turno de descanso.

Cuando me despertaron, el sol estaba ya bastante alto sobre el horizonte. El mar azul, ligeramente aborregado, que caracteriza la zona de los alios, se extendía a 1.500 metros por debajo de nosotros.

—La máquina funciona a las mil maravillas,—me dijo Molina al dejar el timón.

—Este Vickers es un aparato prodigioso y no pudimos soñar tiempo mejor. Lo que me inquieta es el rumbo... Hemos procurado corregir en lo posible las desviaciones probables que nos hacen sufrir los vientos aquí reinantes; pero, con todo, marchamos casi a ciegas... Una observación astronómica no vendría mal... ¿La encuentras posible?

—Nos hace falta casi todo,—le repuse. —Sería buen momento para tomar la longitud por la hora, pero no conocemos la latitud... Además, ¿a qué altura sobre el mar nos encontramos? ¿Cómo calcular la depresión del horizonte?

—Bajaremos cuanto sea necesario,—dijo Molina,—y, en cuanto a la latitud, supongamos que el rumbo haya sido correcto... y que nuestra velocidad haya sido la misma que en Pará.

—Suponer es un verbo no admitido en matemáticas, — contesté parodiándolo... —Mejor es que esperemos medio día... Entonces conoceremos nuestra latitud exacta, independiente de toda apreciación antojadiza, salvo la depresión del horizonte, y tres horas más tarde tomaremos la hora y, por tanto, la longitud, con muchas mayores probabilidades de acierto, porque en tan corto tiempo, el error que cometamos al apreciar la rapidez de nuestra marcha no puede ser muy considerable.

Así se convino.

Efectuamos las dos observaciones. La hora fué tomada a las 12, hora de Santiago, cuando eran, por tanto, cerca de las tres de la tarde en el sitio en que creíamos encontrarnos. El resultado fué que a esa hora debíamos estar (si las observaciones eran correctas) a 27°48' de latitud Norte y a 25°52' al Oeste de Greenwich.

Debe haber una Providencia especial para los aviadores indisciplinados.

Molina se manifestó muy satisfecho.

—No hemos perdido,—dijo,—casi nada de nuestro rumbo; porque en nuestro caso, doscientos kilómetros no son para to-

mados en cuenta, y si Dios nos ayuda, y andamos con la misma suerte, nuestros cronómetros no habrán señalado las doce de la noche, cuando divisemos las costas de Europa...

—¿Las costas de qué país?

—No sé tanto... las de España o las de Portugal... Ambas tendrán que disputarse este honor, como siete ciudades de Grecia se disputaron el de haber sido la cuna de Homero.

El turno que comenzaba a las seis de la tarde del jueves tenía, pues, su interés. Dicho se está, que, gracias a la indiferencia de meridiano, a las seis de la tarde vigente en el Titania, era ya noche muy oscura, pues nos habíamos acercado al oriente de cerca de cuatro horas.

Molina, según el turno establecido, debía tener el timón desde las seis de la tarde hasta las doce de la noche. Por primera vez se lo entregué con pena, y me fui al colchón resuelto a dormir sólo dos o tres horas y a estar despierto cuando avistáramos las costas europeas... ¿No ha conservado la historia el nombre del marino de Colón que avistó el primero la tierra de América? ¿Por qué habría de olvidar el del que descubriera a Europa desde lo alto de un aeroplano?

No sé por qué ese viejo e histórico continente ejerce sobre nosotros los americanos una especie de fascinación. Es la tierra romántica, la cuna de nuestros antepasados, y su historia es la de nuestra civilización.

Mi sueño fué bastante inquieto, y cuando desperté, los cronómetros señalaban las nueve y media de la noche.

Ningún vestigio todavía. Soplaban, según me informó Vidal, un viento del suroeste bastante fuerte pero, afortunadamente, muy constante.

Volábamos a mil metros sobre el mar. El cielo, cubierto a trechos de negras nubes de aspecto un tanto chubascoso, dejaba sólo de tiempo en tiempo penetrar los rayos de la luna llena hasta el Titania. Manchas de mar iluminadas por el astro de la noche aparecían aquí y allá, caprichosas y fantasmagóricas.

¡Aquel cielo y aquel mar eran ya el de Europa!

Molina continuaba con su imperturbabilidad de matemático con las manos so-

bre el volante del timón. Vidal tenía en la mano el sextante.

—Acabo de tomar por cuarta vez la latitud con la polar,—me dijo,—pero a esta altura el error de depresión es muy considerable... Me imagino, con todo, que vamos bien.

Escrutábamos ansiosamente el horizonte, algo nebuloso, del poniente. Una y otra vez paseé el anteojo por la línea mal definida que separaba las aguas del cielo.

¡Nada y siempre nada!...

De pronto me pareció ver brillar una luz fugitiva que se apagó casi instantáneamente...

Era casi en la dirección de nuestra proa.

La débil estrellita brilló una vez más..

—¡Un faro!—exclamé...

—¡Un faro!...

Molina volvió la cabeza sin apartar las manos del volante...

—¿Con intervalos de diez en diez segundos?—preguntó, como si se tratase de la cosa más trivial del mundo.

Volví a mirar... Conté anhelante la duración del eclipse...

—Sí, Molina, así parece... sí... brilla de diez en diez segundos.

—Entonces,—continuó el imperturbable piloto,—es el faro que señala la desembocadura del Miño...

—¿En España?

—Ni en España ni en Portugal...

—¿Hemos llegado al África, entonces?

—Nó... Penetraremos en Europa por la frontera entre España y Portugal. Ambos países tendrán la honra de ser los primeros en recibirnos.

Nunca he experimentado una sensación más intensa... Me parecía volver de otro planeta al mundo de los vivos. Pensar que la antevíspera estábamos en Santiago y ahora a la vista de Europa...

.....

Los cronómetros del Titania señalaban las 10,56 P. M. cuando rebalsamos el mugiente cordón de espumas que señalaba el principio del continente de Europa... No sé si intencionadamente Molina varió un tanto su rumbo; pero la primera tierra que tuvimos debajo de nuestros pies fué tierra española, tierra de Galicia... El Miño corría algunos kilómetros más al sur.



Todos querían recibir siquiera un apretón de manos...

Cuando en Santiago de Chile son las once de la noche, en España, que rige su tiempo por el meridiano de Greenwich, son ya las tres y cuarenta y tres minutos de la mañana, y en aquellas latitudes y en el solsticio de verano el alba comienza a clarear...

—Tuve razón al fijar la hora de la partida,—dijo Molina muy satisfecho de sí mismo.

La verde y poblada Galicia se deslizaba rápidamente por bajo del Titania. Los menores accidentes del terreno eran visibles... ¿Sabían esos aldeanos que divisábamos como hormigas por los caminos a la luz aún incierta de la aurora, lo que significaba el paso del gigantesco aeroplano que cruzaba su cielo apacible?

IV

—Debemos aún atravesar el golfo de Gasuña,—dijo Molina al dejar el timón.

Nos encogimos de hombros. Después de cruzar todo el Océano, aquel mar renombrado y temido nos hacía el efecto de algo menos que un estanque.

Dejamos la tierra española por el Cabo de Busto, sobre el Cantábrico, uno de los puntos de mira señalados en el itinerario de Molina.

—Son las 12.22 A. M., hora de Chile,—dijo éste entonces...—De aquí a París sólo hay 904 kilómetros. Cuestión de poco más de cinco horas... Vidal, tú que ahora tomas el volante, no lo dejarás sino después de aterrizar en Issy-les-Moulineaux, entre una turba de franceses y de

francesas...; esto último no te parecerá mal.

El resto de nuestra travesía me hace el efecto de un sueño. Cruzamos el Cantábrico, ya de día claro y en tres horas cuarenta minutos... Saludamos la tierra francesa en Saint-Gilles-sur-Vie, aldea del departamento de Vendée. Sucesivamente desfilaron bajo el Titania, Angers y sus viejas contrucciones que se miran en las aguas del Loira, la histórica Le Mans, y, por último, Chartres, dominada por su catedral soberbia.

—¿Ves aquello?—me dijo Molina señalando algo en el horizonte...

Tras las colinas, allá en lontananza, se alzaba una aguja inconfundible... la torre de Eiffel...

El campo de aviación de Issy-les-Moulineaux se hacía estrecho para contener la inmensa muchedumbre que nos aguardaba triunfalmente. Por el mensaje que arrojáramos sobre París, se tenía noticia de nuestra tentativa, y el telégrafo había señalado nuestro paso, desde la ciudad de Lugo, en Galicia...

Tomamos tierra a las 5.12 A. M., hora de Santiago, y cuando los relojes de París iban a dar las diez...

Al bajar del Titania, miles de brazos se extendían hacia nosotros... Todos querían recibir siquiera un apretón de manos.

Un señor condecorado con la Legión de Honor fué el primer ser humano cuya voz oí al pisar de nuevo tierra firme, tierra de Francia, tierra de París...

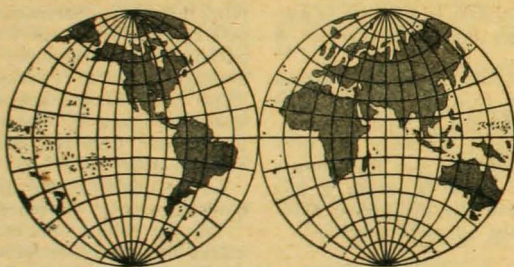
—¿Vienen ustedes de Chile?

—Sí, señor...

—Chile... Lo conozco... Cerca de Patagonia y de Bogotá... ¿Cómo se porta el Presidente Wilson?

Tal es la rápida y descarnada historia de nuestra travesía. Habíamos dejado a

Santiago el martes 26 de Junio, a las 3.00 P. M. y llegado a París el viernes 29 de Junio a las 10.00 A. M. Esto parece hacer 67 horas de viaje; pero, si se toma en cuenta la diferencia de meridianos, el tiempo realmente empleado no alcanzó a 62 horas.



LA LENGUA CASTELLANA EN LOS ESTADOS UNIDOS

DLA por día se extiende más y toma creciente incremento en los Estados Unidos la lengua de Castilla, y en la actualidad es el idioma extranjero que prima por sobre todos los otros en las asignaturas de universidades y colegios. Es verdad que en la misma medida crece y se ensancha la condición cosmopolita del país, pero ha de advertirse que no es el elemento hispano el que prevalece después del nacional en la composición étnica de este pueblo, sino que por sobre ese elemento están el italiano, el alemán, el irlandés y muchos otros. La lengua española, pues, y nó la raza, es lo que se está desarrollando aquí de modo sorprendente.

Antes de la guerra, el alemán ocupaba el primer puesto entre los idiomas extranjeros que se estudian en los Estados Unidos, y acaso en cuarto o quinto lugar venía a quedar el español, pero en los últimos años se ha efectuado notable cambio: el alemán bajó al último término, y el pujante desarrollo del comercio con el mundo ibérico levantó al español al primer puesto. El francés vino a ocupar el segundo lugar.

Existen en la ciudad de Nueva York 410 maestros de lenguas extranjeras, en las escuelas de segunda enseñanza, de los cuales 110 desempeñan las cátedras menores, y 300 las mayores. En las clases mayores de segunda enseñanza hay 31,334 estudiantes de español, 22,245 de francés, 14,000 de latín, 886 de alemán y 240 de italiano. En las clases menores de segunda enseñanza hay 8,743 estudiantes de francés, 6,000 de español, 2,000 de latín y 246 de italiano.

En esas partidas se comprenden los estudiantes de ambos sexos.

Los maestros mismos que enseñan esas lenguas, no se explican cómo ha podido despertarse tan grande afición a la lengua castellana. Arriba hemos indicado que la

expansión del comercio de los Estados Unidos hacia los mercados hispanos, ha tenido buena parte en ello, pero es evidente que si el cálculo ha podido muy bien estimular en tal sentido a los padres y tutores de las generaciones que hoy se están educando, el agente que ha despertado tan vivo entusiasmo en aprendices y aprendizas permanece oculto.

Es muy digno de observarse que los niños que estudiaban alemán antes de la guerra, no abandonaron su estudio para adoptar el del español, sino que sencillamente dejaron de estudiar la lengua de Goethe, y algo después salieron de la escuela por haber terminado su educación; y sin embargo, la estadística escolar demuestra que el estudio de ambas lenguas está hoy en proporciones muy semejantes a las que existían antes de la guerra, con la sola diferencia de que los términos se han alterado: el español se elevó al primer puesto y el alemán cayó al penúltimo. Por su parte el francés se ha mantenido en el mismo auge de que viene gozando desde hace años, y ocupa hoy el segundo lugar.

Ciertamente la mayor parte de los que estudian español en las escuelas de segunda enseñanza, son estudiantes de comercio, pero entre ellos hay muchas niñas que ningún estudio comercial piensan hacer, y el número de los que no llevan una mira comercial en ese estudio es hoy mucho mayor que el total de estudiantes de lengua castellana antes de la guerra. Por otra parte, ha de advertirse que fuera de las escuelas a que nos venimos refiriendo, hay muchas particulares y tenemos también las clases privadas de diversas lenguas, entre las cuales prepondera la cátedra de español.

La expansión del español es hoy mayor en todo el mundo que lo fuera ahora diez años, y en este sentido ocupa el tercer lugar entre los idiomas principales del uni-

verso, siendo el inglés y el francés los dos primeros. Pero, consideradas las lenguas por el número de seres que las hablan, se exhiben en el orden siguiente: Inglés, 150.000.000 (en números redondos); español, 75.000.000; alemán, 64.000.000; francés, 47.000.000; italiano, 37.000.000 y portugués, 30.000.000.

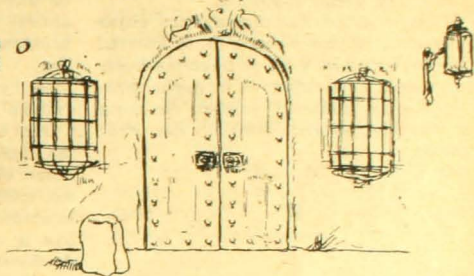
La difusión de la lengua castellana en los Estados Unidos ha de contribuir a la consolidación del panamericanismo, con mayor eficacia que cualquiera otro de los elementos que se han puesto en juego para alcanzar la fraternidad ambicionada. Una lengua desconocida para un pueblo, viene a ser la barrera más formidable que lo separa del vecino, hasta el punto de que las mayores distancias, por tierra o por agua, interpuestas entre dos países de una misma habla, quedan poco menos que suprimidas ante las grandes ventajas que

en todos sentidos ofrece el idioma común.

Por eso, cuando contemplamos el movimiento predominante hoy en tal sentido, cada maestro y cada estudiante de lengua castellana en esta gran metrópoli nos parecen infatigables obreros empeñados en demoler la muralla que con mayor tenacidad se opone al cruzamiento de ideas, a la divulgación de ideales, a la propaganda de principios con que se promueve la comunidad de intereses y se establecen lazos propicios a la felicidad común. Las cátedras de inglés levantadas en la América Hispana desde hace mucho tiempo han venido dando a conocer allí, contra inveterados prejuicios, las verdaderas peculiaridades del pueblo de los Estados Unidos; y la multiplicidad de esas cátedras, de concierto con la difusión del castellano en este país, vendrá a completar la meritoria labor.



~ Un Viaje en 1885 ~ ~ Ve Santiago al Valle de Melipilla ~



S. J. Balmaceda
114

Por ROBERTO BALMACEDA BELLO

CLARA noche del mes de Diciembre. La luna plateaba las techumbres recalentadas por el fuerte calor de aquellos días.

En el cielo, de un azul profundo, parpadeaban innumerables estrellas. Junto al surtidor de la pila de mármol, de los grandes patios empedrados con menudos guijarros, en caprichosos dibujos, entre los cuales verdegueaba el musgo, toda la familia reunida aspiraba el fresco de la noche y el aroma de los naranjos, diamelos y floripondios.

Al través de las rejas de fierro, que cerraban la entrada a "la casa", y de los grandes claros oscuros proyectados por la luz en los ángulos, brotaban frescas risas, murmullos de animadas conversaciones que llegaban hasta las calles solitarias.

La servidumbre, en las puertas de calle, esperaba la vuelta de sus patrones de sus acostumbradas visitas familiares.

¡Qué de sabrosas pláticas y "cuentos de ánimas" en la dulce intimidad de las gradas de mármol del zaguán!

En la esquina, no muy distante del des-

pacho de don Julio, el italiano, débilmente alumbrado por una lamparilla de petróleo, el paco, triste, incesantemente envuelto en la penumbra, soplaba en su pitito, semejando el chirrido melancólico de un gran grillo.

El rosquero con sus sabrosas sertas, el allullero que daba al aire su quejumbrosa y doliente canción, turbaban sólo un instante el muerto silencio de las calles.

De media en media hora, el carrito aparecía trabajosamente arrastrado al trote-cillo de los escuálidos caballos, en medio del rechinar de ruedas y vidrios.

Era de ver cómo los solitarios pasajeros de las 9 de la noche trataban de conciliar el sueño, cabeceando en medio de aquellos inverosímiles estruendos.

La luz blanca de los carros de Alameda, la roja de los de Catedral, la verde de Agustinas, son ya recuerdos lejanos de otros tiempos...

Quando las puertas se cerraban a las 10 de la noche, y uno que otro atardado transeunte recogíase apresuradamente a su morada, por un instante el grito de los muchachos vendedores de periódicos turbaba la tranquilidad ambiente:

¡La Libertad Electoral tengo!

¡El Estandarte Católico!

Después... nada; el silencio que ni el aire turbaba. No existía otra **vida intensa** que la de los gatos en los tejados.

La ciudad, envuelta todavía en las telarañas de la Colonia, dormía aplastada y pequeña su sueño soporoso.

Mientras tanto, los campanarios cuyas voces cantaron los himnos de la libertad a nuestros abuelos y las de triunfo a nuestros padres, destacaban en la noche serena sus altos perfiles y velaban en santa paz los patriarcales anhelos de otros tiempos.

II

Para los muchachos, el viaje de vacaciones era el punto final de los encierros en los patios y de las lobrequeces de la vida colonial.

Ninguna novia fué esperada jamás como las carretas del fundo.

¡Qué grata impresión producían en nuestro ánimo la llegada de los cajones de conservas y provisiones pedidas al barato Weir Scott de aquellos tiempos! Al contar su número, nos parecía que aquello era para un viaje sin regreso.

Al fin, una mañana, la vieja sirvienta, al llevarnos el desayuno, nos despertaba alegremente con la gran noticia:

—¡Niños: llegaron las carretas!

¡Qué de gritos y saltos, qué locas manifestaciones de contento y, sobre todo, qué batalla campal de almohadonazos para celebrar el contecimiento.

¡Cómo olvidar el imponente espectáculo de las tres grandes **carretas entoldadas** con sus inmensas chiguas de paja a sus costados, llenando materialmente la calle y ostentando, uncidos al pértigo y a las cuartas, las mejores yuntas de bueyes del fundo!

En el borde de la acera encontrábamos sentados, en la actitud de los beduinos, fumando sus cigarrillos de hoja, a los carreteros que esperaban el despertar de sus patrones.

Feliciano, el capataz, desmontado de su caballo, como hombre que no sabe perder el tiempo, sobaba una correa.

A las 10, el primer cajón caía ruidosamente sobre el tablado de la carreta.

La carga había comenzado. Las voces de orden, los golpes de las maletas, el arrastrar de los cajones, los gritos para amonestar a los bueyes que no sabían estarse quietos durante la maniobra, formaba una algarabía indescriptible, que hacía abrirse los balcones de todo el vecindario, acostumbrado a la paz absoluta de sus calles.

—¡Feliciano! este es el catre de la "mama" Estefanía. ¡Mucho cuidado!

Más anciano, por supuesto, que la "mama" era el tal catre, endeblucho y doblado como ella por la edad; pero ña Estefanía cifraba su orgullo en un inverosímil laberinto de fierros torcidos que formaban la cabecera, semejando largos tallos de flores terminados en rosas de plomo pintadas de violentos colores.

Su cofre de madera forrado en cuero de "vaca afrutillada" con todo su pelo, fileteado por cintas de latón, sujetos a él por una constelación de clavos de cabeza dorada, era para la servidumbre toda una obra de arte, siempre respetuosamente admirada.

El Angelus, al caer la tarde, mezclaba la voz de sus campanas a la de los carreteros que concluían su larga faena.

Un momento después toda aquella casa colocada sobre ruedas rechinaba, crujía, bamboleaba un instante y, al fin, se ponía en movimiento.

Todavía me parece contemplar sobre los toldos, sobrepasando los mismos tejados, como espléndida coronación, la paila de cobre para el dulce de membrillo, el caballo overo de balanza del chico regalón, la silla de doblar de la guagua.

¡Felices, mil veces felices todas aquellas cosas que arribarían antes que nosotros a la tierra prometida!

III

El día del viaje, los tironcillos de orejas andaban a la orden del día.

Debíamos haber partido a las 7½ de la mañana y todavía a las 9¾ el problema no se resolvía.

Los muchachos en nada precipitábamos

su solución. Al contrario, ajenos a toda preocupación, sólo nos dedicábamos, felices y encantados, a inspeccionar los coches de la hacienda, que lucían sus hermosos troncos de retintos y alazanes.

Cada carruaje llevaba un arriero para lo que pudiera ocurrir en el camino.

Manuel Oyarce, el antiguo y experto cochero, contestaba bondadosamente a nuestras mil variadas interrogaciones.

—¡Niños! ¿Se han ocupado de algo para ustedes? ¿Echaron sus abrigo y sus chales? ¿Todo está listo?

El "papá" que dirigía con imperturbable paciencia aquella complicada maniobra, no comprendía cómo, al momento de partir, podía brotar aquel no interrumpido raudal de paquetes que, con mejor acuerdo, pudieron viajar cómodamente en las carretas.

Por fin, desde el coche se daban las últimas instrucciones a la sirvienta de confianza que quedaba al cuidado de la casa y que enjugaba sus lágrimas en el umbral de la puerta y... ¡en marcha!

Tócame ¡ay! en suerte partir en uno de los asientos delanteros del coche de trompa y al lado del ama que llevaba en sus brazos, envuelta en un amplio velo azul, la última guagua.

Mi alegría había desaparecido súbitamente. El olorillo de los cueros que tapizaban aquel coche tenían la maravillosa virtud de marearme con anticipación.

Mientras oía las voces de ¡Adiós!, ¡Felicidad!, ¡Hasta la vuelta! y la guagua

lloraba y el cochero con un silbido especial animaba los cuatro caballos y hacía sonar bravamente su fusta, la ciudad quedaba lentamente a nuestra espalda.

Los paquetes con el movimiento y como animados de una vida interior, iban por sí solos recobrando su centro de gravedad.

Los que llevaba, como apretados e intolerables cojines a mi costado, escurriéndose discretamente a nuestros pies; pero sólo para cederles su sitio a otros que venían sin cesar de más arriba.

De súbito el ruido ensordecedor del coche, al rodar sobre los empedrados y adoquines, cesaba.

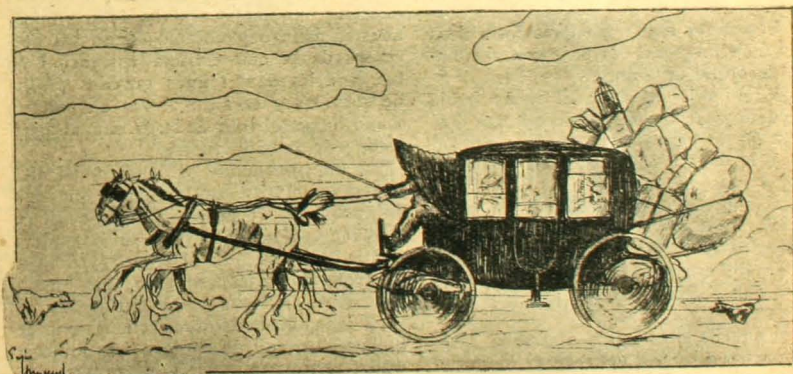
Era la entrada al camino de "Los Pajaritos" cubierto por una gruesa y profunda capa de polvo impalpable, característica del camino real.

Hubo que detener la marcha en "Los Cerrillos" porque uno de los postillones había cortado su tiro de gruesos látigos torcidos.

Muy cerca de Maipú alcanzamos un coche que había precedido en la marcha al nuestro.

Una inmensa nube de tierra, que doraba el sol de la mañana, delataba su presencia.

No había más que pasarlo, trabando una lucha peligrosa — muy en boga en aquella época — que la presencia de la guagua hacía imposible, o dejarlo distanciarse para librarnos de aquel polvo asfixiante.



Era la entrada al camino de Los Pajaritos...



La muchacha del vaquero que se ocultaba.

Alguien intentó subir los cristales del carruaje.

—Si los suben—exclamé con las últimas energías que me restaban, — me muero!

Un malestar indecible, que el aire de la mañana no permitía hacerse más intenso, me agobiaba.

Mi protesta no fué oída, y mientras cerraban las ventanillas de un costado, por el otro me entregaba, ya inerte, al obligado desahogo del más horrible de los mareos.

Ah! cuánta razón teníamos los chicos para bautizar aquel carruaje con el nombre de **coche de gomitar**.

En Santa Cruz, como el sueño había sucedido a mi fatiga y ansiedad, nos despertaron los gritos de los rapaces que salían a la puerta de los ranchos a presenciar el paso del convoy.

Allí nos esperaba la **primera muda** de caballos. Los que llevábamos fatigados y sudorosos se reemplazaban.

Con qué asombro los mirábamos revolcarse una y otra vez en el fino polvo del camino.

¿Y aquella otra muda amarrada sosegadamente a la vara del relevo?

Eran los caballos del tío X, que pensó

ir a recorrer su hacienda hacia cuatro meses, pero el frío, las lluvias, la salud y, por último, la política, lo habían retenido, como siempre, en la ciudad de día en día y todavía, desde entonces, mañana a mañana, los caballos esperaban, amarrados a la vara, el paso del patrón.

Nos despedimos, dejando siempre a la espera los mozos y caballos del tío.

Frente a Malloco, el camino presentaba grandes charcos, y al atravesarlos nuestros caballos, se convertían en cortinas de agua que rompían la monotonía de los escasos accidentes del viaje.

A las 12½ del día, el coche entraba a Talagante.

En su única calle, el camino real se agrupaba el pobre caserío. En la puerta de todas las viviendas colgaban las sartas de ollas, lebrillos y cántaros de greda, la industria local, entre tejidos de esteras y sopladores fabricados con totora.

Pasamos, encorvándonos, por bajo la nueva **vara** que defendía el frente de la casa de ña Remigia y ¡oh placer! en la gran pieza enladrillada que cubría orgulloosamente una gruesa alfombra de totora, sobre la mesa de álamo vestida de un hule blanco, cuidadosamente lavado, humeaba la sabrosa cazuela de gallina.

Ocupaban las cabeceras los jefes de la familia: el papá y la mamá; luego, en escala descendente, una interminable fila de cabecitas rubias: siete niños alegres y vocingleros.

Annie, la institutriz inglesa, sentada en un extremo, rígida y correcta, moderaba nuestros impulsos y trataba de armonizar nuestro apetito y voracidad con los preceptos de la más estricta corrección en los modales dando unos grandes ¡Aoh! de sorpresa y espanto al ver empuñar a mano limpia el **tuto** de la gallina, al agraciado con tamaña suerte.

En un rinconcillo, cuidándola del aire, se sentaba el ama con la guagua que, desenfundada de su asfixiante velo azul, reclamaba con agudos gritos su mamadera.

A la cazuela seguía el jugoso y succulento beefsteack asado al palo; los huevos a la copa, el tierno pollo con arroz...

¿Y las gallinas fiambres rellenas con cebolla y el perril de cordero frío preparado en Santiago?

Eso se comería en el camino, a medida

que el apetito de los viajeros lo exigiera.

Se trataba luego de pasar el río, el San Francisco del Monte, con sus tres brazos y sus ásperos y anchos pedregales. Mi padre tenía orgullo en su tiro de cuatro caballos tordillos pecosos. En un invierno, ellos le habían salvado la vida. El coche cayó a una canal del río y sólo merced al empuje y resistencia indomable de aquellos caballos pudieron ganar la otra orilla. Estos fueron enganchados al coche de trompa.

Mi mareo había conmovido a mi padre, que resolvió llevarme en su victoria, en compañía de mi hermana.

El vadeador entró al río precediendo al coche de trompa. Dos arrieros, uno a cada lado de las puertas, lo acompañaban. Desde la orilla contemplábamos la maniobra del pasaje. El primer brazo no ofrecía peligro. El carruaje hizo un prolongado zig-zag para tomar el vado; los caballos entraban a la marcha; grandes pedruzcos, que el río rodaba y que podían dar vuelta el carruaje, obligaban a tomar precauciones. Los deshuelos de Diciembre habían aumentado enormemente su caudal.

El segundo brazo era un torrente impetuoso. Los cocheros no podían mirar sus aguas: la rapidez de su curso desvanecía.

En un momento dado, el coche de trompa pareció que navegaba. Contra su caja el río rompía furiosamente, envolviéndolo en cintas de blanca espuma; por instantes los caballos tomaban el través de la correntada mientras el coche se torcía en dirección de su curso, desviado por la violencia de las aguas. Era un momento emocionante; pero para eso estaban los pecosos!

Pronto estuvo el coche al otro lado. Desde ahí, por las ventanillas, veíamos agitarse los pañuelos jubilosamente. El peligro había pasado. Tocábanos ahora el turno. En el primer brazo, mi pequeña hermana que nos acompañaba y que sólo había viajado con la mamá, preguntó, llena de miedo, pero con un tono reposado: —¿Es tiempo de llorar, papá?

Al otro lado, el pintoresco cacerío del Monte se dibujaba. Al pasar frente a una de sus casas, mi padre nos narraba que,



Ña Ciriaca...

de vuelta de uno de sus viajes en invierno, el mal estado de los caminos le obligó a pedir alojamiento en la mansión campestre de su amigo el señor X.

Le fué proporcionado amablemente; pero qué de afanes, órdenes y tragines para recibir al huésped, qué de carreras para matar el pollo para la comida.

El pollo corría como un gamo y tuvo tiempo de hacer una asomada al salón en busca de refugio, perseguido por una cocinera gorda, jadeante y rabiosa y una turba de muchachos cegados en su persecución.

Fué alojado en la pieza del dueño de casa. No bien había apagado su luz cuando los chillidos, peleas y alboroto de los ratones y por último la palmatría de fierro que cayó con gran estrépito, lo hicieron levantarse desesperado.

Observando de dónde podría salir aquella turba de roedores, encontró que la base de las murallas de adobe era una larga y no interrumpida cueva. ¿Qué hacer?... ¿Cómo dormir? ¿De qué modo defenderse de aquella horda?

¡Idea salvadora! De una percha, los pantalones del dueño de casa pendían con unas rodilleras formidables que parecían el lomo de un dromedario.

Tomarlos y comenzar a taconear con ellos prolijamente las cuevas fué todo uno. En la precipitación de la partida, olvidó retirarlos.

El señor X, durante varios años, al encontrarse con mi padre, saludábalo apen- nas.

¿Qué pasó? ¿Los roedores no dejaron vestigios de ellos y el señor X creyó que mi padre se los había llevado?

¿O la dignidad del señor X se sintió herida con el destino dado a su indumentaria? ; Misterio!

Chinigüe y El Marco eran fundos extensos en donde no existían sino sus posesiones. Melipilla se conserva tal cual es hoy día. Nada ha variado allí. Sólo en la plaza su reja de madera blanca, materialmente cubierta de cardenales rojos, ha desaparecido.

Dos leguas más adelante, resonando el trote de los caballos en las duras llanuras toscosas de Puangue, el aire de la costa comenzaba a respirarse.

Atardecía ya cuando por fin, allá en el fresco valle azul, destacaba su blanco techo en medio de los eucaliptus seculares el torreón de las casas del fundo.

En la última llanada, al bajar al estero, todo el inquilinaje esperaba a sus patrones.

El patrón para aquellas gentes era el todo: el padre, el banquero, el juez, el médico y el amigo. Ellos daban su trabajo; el patrón el salario, la casa, el sustento, la protección para ellos, para sus hijos y sus familias.

¿Son, acaso, más felices hoy día, hoscos, recelosos y agrios al influjo de las turbias ideas sociales modernas que han deformado su alma primitiva?

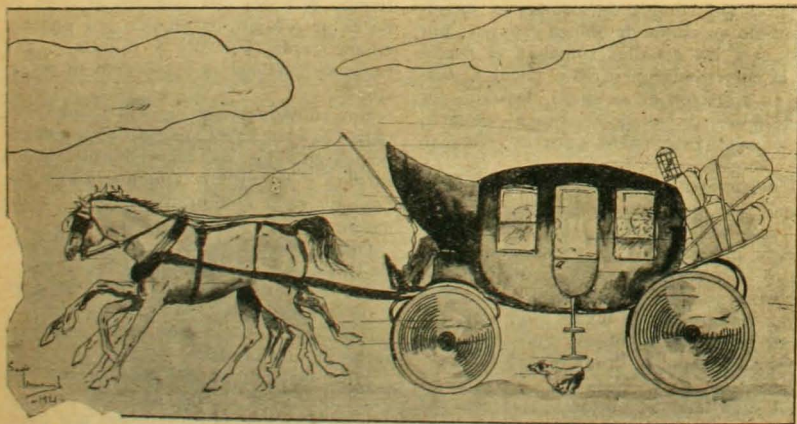
Al bienestar de patriarcas que disfrutaba en aquel entonces ha sucedido el descontento, la lucha entre el impulso del que desea producir y el espíritu del indio adormecido y que hoy día se rebela para imponer el descanso sin leyes, sin dirección y sin respeto, abolido insensatamente en ellos el sentido de la fraternidad de los seres.

Este sueño de **dolce far niente** no sería sino la vuelta a la vida de las selvas.

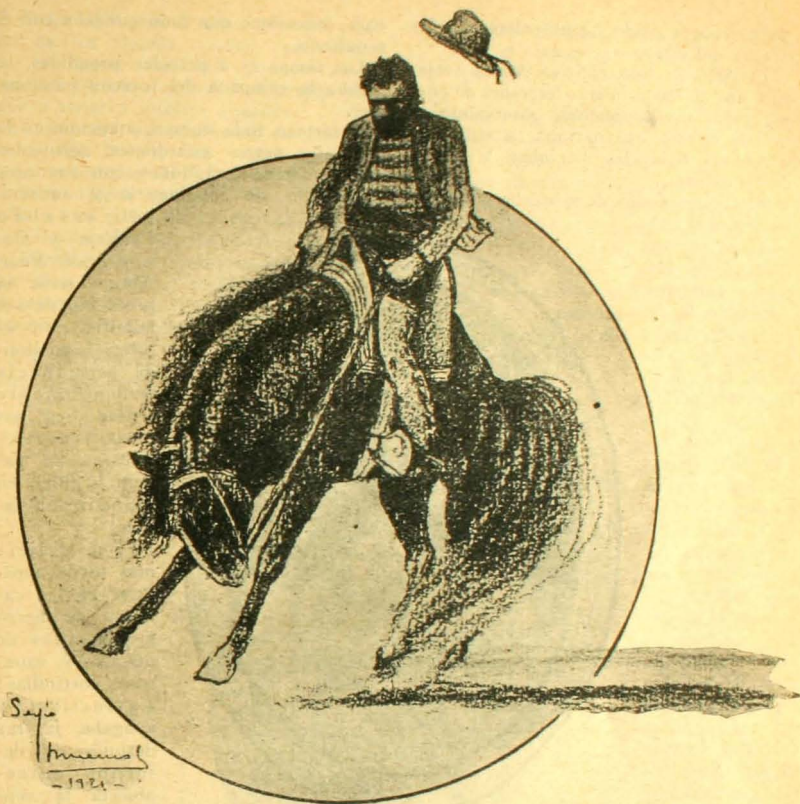
IV

Entró el coche al gran patio de las casas después de haber dividido en dos, en la Alameda, el tropel de terneros de la lechería que iban a guardarse a su encierro.

Observábalos mi padre con sostenida y curiosa atención de propietario. Probablemente aquélla sería la única ocasión de hacerlo. Su permanencia durante lar-



Un coche en viaje



Juan, el domador de potros...

gos años en Europa, sus lecturas y el estudio de todos los problemas de su época chocaban con los hábitos campesinos, las madrugadas y el precepto que dice: "Al ojo del amo engorda el caballo".

En los extensos corredores de las casas y sus aleros, las mujeres lucían, esperándonos, sus mejores trajes; la chupallita engalanada con la cinta roja y el fresco vestido de percal; todas llevaban en sus manos el regalo de pollos atados en un haz y la canastilla de huevos acunados con yerbecillas olorosas, recién cortadas en las faldas del cerro. El amor de los seres es, sin duda, el fin soberano de la vida.

¿A qué sensación comparar la que experimentábamos de sentirnos rodeados por el afecto de todas aquellas gentes sumisas y buenas, que eran para nosotros la prolongación de la familia?

Este nos llevó en brazos, en nuestros paseos a caballo, cuando niños.

Aquél nos enseñó a usar la misma primitiva honda de David. El puso en nuestras manos la primera arma que nos hizo sentirnos dominadores del mundo.

La muchacha del vaquero, que se ocultaba ruborizada tras la enredadera, fué la alegre y esforzada compañera de mil peligrosas excursiones, por nadie igualada

para recoger piedras multicolores en las arenas del estero.

El viejo Bartolo, capataz de las ovejerías, nos dió las primeras lecciones de cosmografía. En las noches, observando la bóveda celeste, nos narraba su vida, cuyas horas todas las marcaban la salida de los astros.

Na Ciriaca pobló de misterios y fantasías nuestra imaginación con sus cuentos de ánimas y entierros.

Cuando la familia regresaba a Santiago, las casas, los corrales, los patios, el fundo entero se convertía, según ella, en un vasto escenario en donde actuaba el diablo, los fantasmas, las candelillas y los aparecidos.

Juan, el domador de potros, era para nosotros la excelsa representación del esfuerzo y del valor. El viejo ño Cruz Jeria, que conoció a nuestros abuelos y que a los cien años, ya inválido de sus piernas, se hacía cargar sobre el caballo para venir a abrazar, con lágrimas en los ojos, a su patrón, tenía para mí el indefinible atractivo de todo corazón noble y fiel.

Andando los años, en un invierno crudo, asistí a su entierro. Seguí su ataúd hasta el cementerio del pueblucho vecino. Ya mis ojos no miraban del mismo modo el mundo y cuando la tierra cayó sobre sus cuatro tablas, sentí que con el fiel ño Jeria enterraba también todo un pasado.

Tradiciones, honradez, respeto, fidelidad; noble y fructífero consorcio, ya desaparecido, entre el que dirige y el que tra-

baja, parecióme que todo quedaba con él sepultado.

Las lámparas a petróleo prendidas, se tocaba la campana del torreón para comer.

Absorbían toda nuestra atención, en la mesa, los perros guardianes, agrupados en la puerta, mirándonos con sus ojos chispeantes de inteligencia y amistad.

Allí estaban Huáscar y Coronel. Sólo Buen Amigo tenía el privilegio de ser admitido en el interior, en donde permanecía tranquilamente sentado en sus patas traseras, junto a su patrón, a quién no abandonaba jamás.

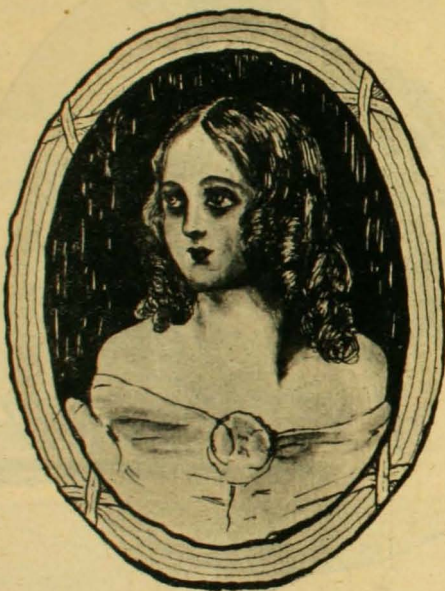
¡Qué delicia más tarde acostarse en las camitas de fierro guarnecidas de blancas y vaporosas cortinillas! La institutriz apagaba la luz después de dejarnos entreabierta la ventana.

Mientras nuestros ojos se cerraban, escuchá-

bamos la voz de los sapos, melancólica plegaria de los campos; alguna lechuzza que llegaba a posarse en los tejerales descubiertos del corredor, nos hacía estremecer. En la loma vecina, a ratos, sentíamos el toser de las ovejas o el ruido del ganado que, en tropel, cambiaba bruscamente de sitio. Un enjambre de grillos ocultos en los yerbales vecinos, cantaba su monótona canción.

El fresco olor de la menta saturaba el ambiente. A intervalos, el lejano bramido de las vacas, rompía el silencio.

Aquel fundo no tenía para nosotros deslindes ni confines. Eramos libres y dueños del espacio.



La delicada silueta de la prima...

Al día siguiente, al dorar el sol las copas de los álamos, ¡cómo correríamos por los llanos extensos! ¡Cuántos nidos, cuántas tórtolas, cuántos pajarillos íbamos a tener a nuestra guarda!

¡Cómo nos agruparíamos después, en torno del horno, con nuestro apetito aguijoneado por las brisas del mar, a esperar la dorada galleta!

Sólo una nubecilla enturbiaba el alma: la delicada silueta de la prima que quedó en Santiago; sus trenzas rubias, sus pardos ojos rasgados, en donde fulguraban extrañas luces; su voz que se velaba dulcemente para hablar...

¡Cómo no decir con el poeta, al evocar estos recuerdos!:

¿No podremos jamás,
en el océano de las edades,
anclar un solo día?

Ah! si otra vez, volviendo al pasado, pudiéramos, junto a los seres amados, a los que duermen ya el eterno sueño, que formaron nuestra alma y mecieron nuestra niñez y nos abrieron las puertas del jardín de la vida, disfrutar un solo instante, un solo segundo, de esas impresiones que al llegar al fondo sacudían nuestro sér; de ese sueño que en la noche plateada vigilaba poéticamente el viejo torreón que, ¡quién sabe!... habrá ya desaparecido!

Abril de 1921.



SOLO CONMIGO

Aspero, amargo y solo, va mi espíritu. Cada día voy penetrando mejor la claridad y la altura que esconde la noche y la alborada, el agua y la armonía, la tierra y la verdad.

Mis virtudes son rudas, terribles y conscientes, como los viejos vicios de un señor feudal; tienen orgullos sólidos, tienen gestos ardientes y una intensa y viril tristeza intelectual.

Mi orgullo fuerte y hondo adora el casto brillo de la escondida senda que muy pocos verán. Bendito eternamente será el vivir sencillo, y benditas las flores y la risa y el pan.

Profundamente solo seguiré por la vida, algunos ojos hondos me mirarán vivir... Mientras yo, firme, mudo, con el alma encendida, iré como una proa rompiendo el porvenir.

A mis viejos rincones no llegan los halagos ni las injurias. Sueña en la altura mi hogar. Vivo solo. Mis ojos son distraídos, vagos y hondos, como de tanto meditar frente al mar...

Me asomo a mi ventana a mirar el camino. Pasan los caminantes con precipitación. Y yo me quedo solo, cara a cara al destino, pues sé que no me tiembla jamás el corazón.

Me escupirán los odios, me gritarán las dudas, cruzaré por abismos de tedio y de rencor, pero cada mañana estas manos desnudas volverán más ardientes que nunca a la labor.

DANIEL DE LA VEGA

EL TONTO PETIMETRE

Por JUAN DUVAL

FRANCAMENTE, los tontos constituyen una de las variedades humanas más matizadas. go, la expresión estúpida del rostro y la carencia de frente acusada por la encasquetadura del tongo pequeño, hasta soste-

Cuando no son inoportunos o lateros, resultan indiscretos y chismosos; si no aparecen tontos-literatos, pésimos plagiarios de prosa ajena y peores imitadores de los poetas de verdad, se producen de súbito tontos - pillos, firmantes de cheques sin fondos y reos de otras averías por el estilo; así como molestan en política, instituidos en congresales que ocupan toda la hora de la sesión en formular ineptias a granel, desempeñan cargos diplomáticos para dejar en ridículo el nombre del país.

Tarea de nunca acabar es la de exhibir la amplia galería de tontos conocidos, familiares, aún para nosotros que los tenemos bien estudiados por un verdadero vicio de permanente observación. Dividiremos ese esfuerzo psicológico.

El objeto del presente suelto de revista es analizar una especie de tontos bastante inofensiva y común en nuestro medio actual: el tonto "elegantón", cultor del buen vestir, preocupado, como la mayoría de las criaturas femeninas, de los trajes.

Hace pocos días, encontramos en el recinto del Correo el "specimen" que metimos en nuestra cartera de caricaturistas de afición para ofrecerlo a los lectores de "Pacífico".

Mezcla rara de hombre y cuye, en nuestro retratado es característica, desde lue-





nerse, más que en el mate, en unas orejas descomunales de asno humano. Tal falta de la bóveda del cráneo no ha permitido el desarrollo de un cerebro normal; los sesos de este hombrecillo, compresados entre la línea bajo del testuz y el paladar, son necesariamente los rudimentarios de un pingüino.

Se nota a primera vista en el mal dibujo inserto que el caballerete de la frente deprimida tiene una idea en el cacumen, por lo menos: la de su flamante indumentaria cuyo corte y colores revelan acuciosas selecciones. Es un petimetre de entallado gabán que se combina con la recta planchadura de los pantalones a rayas, de corbata bicolor, guantes grises y zapatos de Peal cubiertos de polainas.

Pues han de notar nuestros benévolo lectores, si observan con justeza, cómo las llamativas composturas de este ejemplar de "tonto petimetre" hacen más notoria la estupidez de su semblante.

Cabe consignar aquí que el exceso de refinamientos materiales no compensa, en modo alguno, la exigüidad de los atributos

psíquicos, aunque no lo justiprecie de tal guisa, lo sabemos bien, la generación contemporánea.

Abundan entre nosotros los incultos elegantes, los necios figurines. Esos jovenzuelos de hoy saben más de marcas de automóviles que de historia patria; más de formas de botines que de letras castellanas y disponen mil veces un buen almuerzo antes de trovar algún mediocre madrigal. Y ello importa uno de los múltiples aspectos de nuestra decadencia.

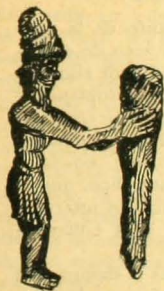
Nosotros somos afectos a las elegancias de todo orden, morales cuanto físicas, pero preferimos los Petronios literarios, como el clásico, y admiramos más al Lord Rosebery Primer Ministro de Inglaterra y apologista de Napoleón que al mismo Lord Rosebery propietario del ganador del Derby y dandy de monóculo y gardenia.

Para ser francos, se nos figura que a la mentalidad del mozo caricaturado en este artículo correspondería tal vez una vestimenta de mezclilla o, dada su afición a la elegancia inglesa, de "over-all".





Por JAIME DE NAVARRA



Es aquí que las últimas investigaciones arqueológicas comprueban parcialmente el relato bíblico de la Torre de Babel. La ciencia oficial desprecia, por cierto, las **leyendas** del Génesis y de todo el Deuteronomio. Pero más de una vez, tras lar-

gos viajes, prolijos estudios y costosas excavaciones, han llegado los sabios a confirmar lo que cuentan los libros sagrados. El Diluvio Universal, en la forma en que lo relata Moisés, con su arca de Noé para bultos y pasajeros, es tenido por fábula en todas las universidades; pero en todas las universidades se acepta ya que la civilización de los cazadores de reno, cuyos grabados en huesos del mismo animal, hechos con pañosa habilidad técnica, se conservan todavía, desapareció a consecuencia de un fenómeno geológico obscuro, una época de lluvias torrenciales y de calores húmedos. Así, el día menos pensado, al remover ruinas de

enorme antigüedad, va algún doctor a encontrar restos, quien sabe de qué especie, que acrediten las aventuras de Jonás en el vientre de la ballena.

Pero volvamos a la Torre de Babel. Además de la Biblia, nos había dado noticias de ella un sacerdote caldeo, llamado Beroso. Nada se sabía de su emplazamiento ni de su forma; aunque se suponía, por el conocimiento de otras torres antiguas de esa misma región, que se compusiera de varias torres piramidales escalonadas, con un santuario, que a la vez servía de observatorio a aquel pueblo de astrónomos, en lo alto de la terraza. La construcción sería maciza, con pocas piezas cavadas en lo interior del edificio, y una rampa continua que permitía llegar hasta la cumbre. Así es, por ejemplo, la famosa torre de **Etemenanki**, que Nabucodonosor, que vivió unos mil quinientos años después de la construcción de la Torre de Babel, restauró, según se lee en una inscripción de la época, en la creencia de que era el famoso monumento de la confusión de las lenguas.

Pero Herr Wilhelm Krahm, de la Universidad de Bohn, acaba de hacer, en 1920,



investigaciones que demuestran el error del rey de Babilonia. La Torre de Babel no estuvo en esa ciudad, sino más al sur, en la Baja Caldea, cerca de la ciudad de Ourouk. Sus ruinas, como todas las de las ciudades asirias, construídas de ladrillos sin cocer, esto es de adobes, se deshicieron con los siglos, formando en apariencias un simple montículo.

Herr Krahm, que desde antes de la guerra había concebido el proyecto de explorar esa prominencia, equipó para ello una magnífica expedición. Llevó aeroplanos y telégrafo sin hilos para comunicarse con el mundo civilizado, potentes barrenos, palas y explosivos poderosos; no faltó siquiera el aparato cinematográfico, que le ha permitido dar extraordinario interés a la lectura de un informe a la Universidad.

Han mostrado esas vistas la llanura, sin una piedra, donde se encuentran las ruinas; la prominencia recubierta de musgo; los primeros dinamitazos, sin resultado, porque sólo removían la parte maciza de la Torre; el hallazgo de una gran cámara, templo dedicado al culto de Istar (Venus), adornada con monumentales leones de cinco patas, con barbado rostro humano y alas gigantescas; la pequeña cámara de Sin (la luna), con paredes de ladrillos mal esmaltados; y toda clase de muebles y útiles domésticos, de piedra pulida y huesos de animales.

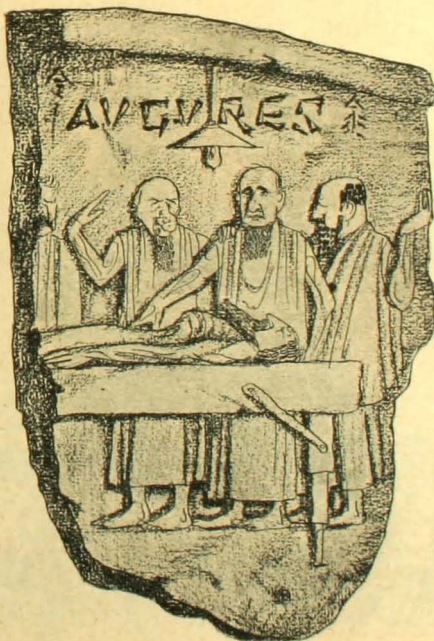
Pero el descubrimiento más interesan-



te fué el de una sala espaciosa, dividida, como un panal, por paredes de ladrillo cocido, que dejaban, de trecho en trecho, pequeños intersticios. Al tomar en las manos uno de estos ladrillos, que estaban sueltos, vió Herr Krahm que en ambas caras tenía grabadas figuras en forma de cuñas. ¡Era la biblioteca! Los ladrillos eran más toscos que las tablillas de greda en que se escribió más tarde en Babilonia, de manera que resultaba difícil, para quien no fuese letrado o albañil, distinguir un libro de una columna, y una biblioteca de un muro. Los caracteres cuneiformes eran parecidos a los caldeos, muy conocidos de Herr Krahm, quién, gracias a un diccionario en tres paredes que halló luego, pudo traducir gran parte del archivo, y establecer de un modo irrefutable, sin vuelta de ladrillo, la historia de la Torre.

Antes de referirla, conviene citar una conjetura, que parece aventurada, hecha por Herr Krahm. Como los ladrillos del suelo estuvieran removidos, y faltaran en absoluto los muebles en la biblioteca, supone Herr Krahm que las noticias del día se consignaban en el pavimento, constantemente cambiado, el cual venía a servir a sí a modo de diario. Si fuera cierto, la prensa andaba por los suelos.

La biblioteca no es contemporánea de la Torre, sino posterior. Se formó después de los hechos que voy a recordar, tomándolos del informe de Herr Krahm. La historia de la Torre comenzaba ya a ser leyenda.



Quando murió el rey Nimrud, de la Baja Caldea, su pueblo padecía de hambre. Aunque el territorio era fértil, no se habían labrado todavía los grandes canales de regadío que allá por el año 2100

antes de Jesucristo, en el primer imperio Babilonio, hizo construir el rey **Hammou-rabi**. Las conquistas habían aumentado extraordinariamente la población y las cosechas eran escasas para mantenerla. Para mayor desgracia, **Nimrud** era un rey sin entrañas, que vivía en el más costoso desenfreno, sin preocuparse de las penurias de su pueblo. Hasta su figura repelía: pequeño, moreno, sin carnes, y con un ceño duro, en que jamás había florecido una sonrisa.

Y a ese pueblo, exasperado por el hambre y la tiranía, trajo la muerte del monarca una gran agitación política. Era costumbre que los sacerdotes designaran al heredero consultando las entrañas del rey difunto. Y en esta ocasión, según dice uno de los ladrillos de la biblioteca, tal vez en sentido figurado, la consulta no pudo hacerse porque **Nimrud** no tenía entrañas.

Para librarse del hambre y la anarquía, pensaban ya algunas tribus en emigrar. Querían esparcirse por todo el haz de la tierra, como dice la Biblia al hablar de la Torre de Babel.

Entonces apareció un extraño personaje.

Era forastero. Había llegado a través del Eufrates, cruzándolo, según contaba, en un odre lleno de viento. No tenía pelos en el rostro, lo que era una novedad en esa tierra en que todos llevaban largas barbas rizadas; ni los tenía tampoco en la lengua, porque en fogosos discursos hablaba contra todos los po-

derosos del país. Decía que el hambre se debía a la codicia de los ricos; que los pobres y esclavos debían unirse para dominarlos; que si él fuese rey, pondría toda su autoridad al lado de los menesterosos; que arrebataría sus bienes a los dueños de la tierra para pagar con ellos el trabajo de los necesitados; y que construiría obras públicas abundantes en que todos pudieran ganarse el sustento.

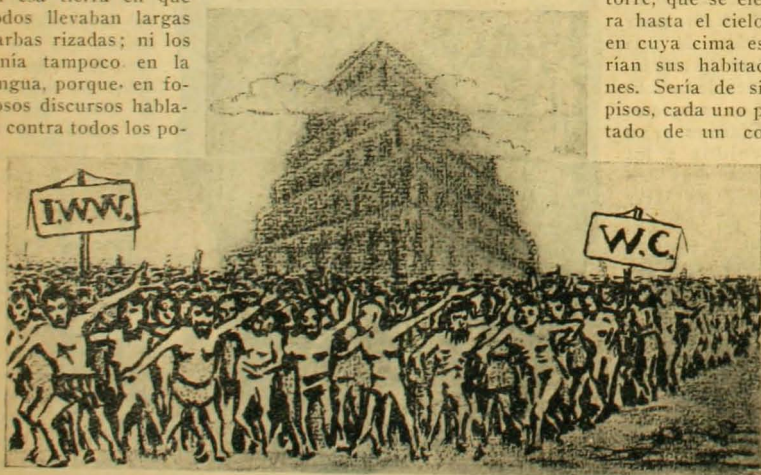
El pueblo se amotinó y quiso proclamar rey a Borsippa, que así se llamaba el extranjero. Los augures, temerosos unos de que éste se convirtiera en tirano demagogo, tímidos otros ante los desmanes de las turbas, y ganados algunos por halagos, se reunieron de nuevo, y después de examinar las entrañas de un gato, declararon, con pocos votos en contra, que los dioses querían a Borsippa por monarca.

Subió el nuevo rey al trono, y en el acto impuso a los ricos—exceptuados sus amigos—grandes tributos.

Su primera medida fué establecer una gigantesca fábrica de ladrillos para repartir proclamas a la plebe.

Pensó luego en las obras públicas prometidas. Desgraciadamente, no se le ocurrió hacer trabajos reproductivos, canales como los que más tarde trazó **Hammou-rabi**. Se acordó del Diluvio y quiso colocarse en una altura donde jamás le llegara el agua al cuello; resolvió hacer una

torre, que se elevara hasta el cielo, y en cuya cima estarían sus habitaciones. Sería de siete pisos, cada uno pintado de un color

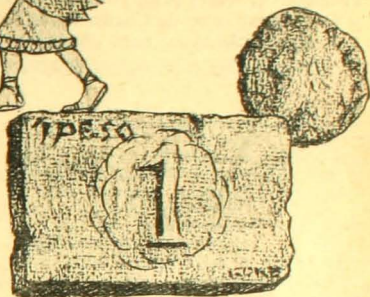


diferente, y dedicado cada uno al culto de uno de los siete principales dioses de Caldea. Allí habría trabajo para muchos, y dándole pan al pueblo, ganaría él honra y provecho. Los planos fueron encargados a los más hábiles arquitectos.

Entre tanto, había que dar hospedaje a todos los trabajadores que se reunirían en la ciudad. Borsippa hizo construir enormes albergues, y allí vivieron los desocupados. Un sacerdote iba diariamente a darles conferencias contra el alcoholismo, que había cundido mucho desde el tiempo de Noé.

Comenzaron los trabajos de la torre. Al principio todo iba bien para los obreros. Pero en los campos, donde los labriegos ganaban menos que los asalariados del nuevo edificio, y donde la propaganda de Borsippa había hecho desaparecer el respeto por los patrones, los trabajos agrícolas se desorganizaron. Unos emigraban a la ciudad; otros, sindicándo-

se, exigían a los dueños de la tierra aumentos de salarios y disminución de las horas de labor. La producción ese año fué muy mala y subieron los artículos alimenticios mucho más rápidamente que lo que se elevaba la torre.



La agitación renació.

Al anoecer, pobladas siniestras vagaban por la ciudad. Borsippa, que no podía dar pan al pueblo, le daba circo diario, hablándoles desde la azotea de su palacio. Pero la efervescencia seguía y hasta empezó a circular el rumor de que Borsippa acumulaba ahora para sí el dinero que había quitado a los ricos. Y el pueblo llegó a creerlo, al ver pobres a los antiguos ricos, sin que mejorara su propia condición. Pero el primer ministro, un etiope habilidoso, sugirió un arbitrio para calmar a la multitud. Anunció una emisión de ladrillos convertibles y garantidos con la escalera de oro, que nadie conocía, del templo de Istar. Negó que Borsippa acumulara dineros para sí, y negó a los sacerdotes el derecho de oponerse a que se dispusiera de los bienes de la diosa.

El populacho estuvo engañado algunos días, creyendo que el ladrillo-moneda traería una era de prosperidad. Pero luego se vió que la vida se hacía cada vez más difícil. Borsippa trató de desviar de sí la indignación de la multitud: habló de nuevo contra los ricos, que ya eran pobres y dirigían modestamente, como arquitectos o capataces, los trabajos de la



torre. Los obreros se federaron y exigieron que se destituyera a los ex-ricos de esos puestos y que se les diera jefes designados por ellos mismos. Era un absurdo: no podrían entender siquiera los planos del monumento. Pero Borsippa accedió, y los antiguos propietarios emigraron a Babilonia.

Entonces los obreros llamaron a Borsippa a lo alto de la torre. Apenas se había concluido el tercer piso, pintado de azul, y dedicado al culto de Chamach (el Sol). Borsippa no debió ir; pero obedeció.

Y se vió entonces algo extraño. Los obreros mandaban y el rey se sometía. Los súbditos hablaban el lenguaje de los monarcas, y éstos el de los vasallos.

¡Se habían confundido las lenguas!

Y parece que ocurrió un gran desorden... No se encuentran en la biblioteca más rastros de Borsippa...

Pero el etiope que hacía de primer ministro afirma, en un autógrafo que se conserva en varios ladrillos,—tal vez proclamas—que no había llegado a su ministerio noticia de ningún disturbio.



LA JORNADA DE UNA DAMA COLONIAL

Por EVER

HACE algún tiempo, la curiosidad de un periodista quiso averiguar qué hacían nuestras damas desde la mañana hasta la noche. Naturalmente, no lo supo todo o no dijo todo lo que supo; pero de sus observaciones podían desprenderse curiosos temas de meditación, en especial comparándolas con épocas antiguas, poniendo en frente la jornada de una santiaguina de este siglo y la de cualquiera contemporánea del Obispo Villarroel, por ejemplo.

Es el interés de la Historia. Algunos creen que la historia interesa por sí misma.

Error. ¿Qué nos importa lo que hicieron hombres y mujeres muertos hace tantos años; qué tenemos que ver con sus pequeños asuntos, sus costumbres íntimas, sus esperanzas, sus dolores y sus temores? Nada. Lo que nos atrae y domina es hoy, el presente; y sólo para conocerlo mejor viajamos a lo largo del pasado y detenemos una mi-

rada curiosa sobre los interiores remotos, y por el corte de un vestido o la hora del almuerzo tratamos de adivinar el modo de sentir la existencia y la importancia atribuida entonces a cuanto ahora constituye nuestra preocupación.

Por eso la historia política interesa a los políticos, la militar a los militares, la literaria a los literatos y la particular a los simples particulares. La de civilizaciones por completo muertas, como se observó a propósito de Salambó, sólo atrae a aquellos espíritus disgustados de su época, que desean huir lo más lejos posible y constituirse allá un refugio seguro. El mismo Flaubert lo confesó, cuando exclamaba en carta íntima: "El mundo no sabrá nunca cuán triste ha sido necesario estar para querer resucitar Cartago!"

Levantar de su sepultura a una señora santiaguina de hace doscientos años no resulta empresa tan difícil, ni requiere la fuerza de melancolía del gran novelista. Basta entrar una tarde cualquiera en el Museo Histórico y te-





ner un poco de curiosidad y de paciencia. Cuando se les interroga de cierto modo, sin muchos escrúpulos, los retratos antiguos saben responder y hasta hacen comentarios...

He aquí a esta señora grave, con sus largas caravanas en fondo obscuro, ovalada en oro destefido.

Al despertar, en su amplia pieza de altísima techumbre, a través de la ventana ancha, baja, resguardada por barrotes de hierro macizo, no llegaba hasta sus oídos el rumor que ahora ensordece las calles, por la mañana; ni carretelas, ni carretones, ni tintineos de campanitas eléctricas, ni rebullir de cascabeles que se acercan, se detienen, callan un instante y siguen su camino, bulliciosamente. La luz entraba silenciosa y esta calma le daba el ritmo de todo su día, la paz de la pereza musulmana. Una mirada semi-soñolienta a su habitación le mostraba los muebles habituales, de curiosa talla, encuadrados entre los cortinajes de la gran cuja de pabellón y columnas estilo Renacimiento, cuadros de santos terribles y una Venus que parecía Virgen, con su amorcillo convertido en ángel.

De entre las sábanas de Holanda, el brazo mórbido se estira hasta el alto velador y coge un espejillo azulejo, pesado, con su mango y sus guarniciones de plata cincelada: contemplábase con la insaciable curiosidad de las mujeres de todos los tiempos, examinando no sin temor los estragos que en su rostro marcaba el abuso del solimán crudo y luego, incorporada, sería, traza sobre su frente la señal de la cruz y empieza a rezar.

Un reloj de pesas, alto como un ataúd de pie, da las nueve y media; la puerta del fondo se abre y los pasos tácitos de la mulata familiar rozan la alfombra amarilla, van a la ventana, que deja penetrar viva la claridad matinal y hacen volver el rostro a la señora; luego rondan por el dormitorio en los menesteres del levantarse.

El acto de vestirse esta señora constituye su primer caso de conciencia. ¿Cómo lo hará? Tiene que ir a Misa y la elección del traje constituye un problema, un serio conflicto entre lo que manda la moda y lo que ordena la autoridad episcopal. La dama reflexiona, perdida la vista en las gasas, las sedas, las batistas y los faldellines que la mulata sacó de la cañuela laboreado y ha extendido

sobre una mesa y colgado del respaldo de una silla rígida. Son las elegancias traídas por el último corsario contrabandista, terror y encanto de los apartados colonos. Piensa en su talle

ceñido, en el vestido más alto que el de la amiga de enfrente, en la pierna provocativa asomando bajo las sayas y calzado de raso negro. Recuerda la última pastoral del Obispo en que, so pena de excomunión y "pérdida de las basquiñas de encima", ítem más, negativa de los sacramentos en la iglesia, ordena bajar los vestidos hasta el tobillo, como la decencia manda.

Al fin se decide, por cierto no a favor de las ordenanzas episcopales, y sale dejando orden a la mulata de tenerle el desayuno para la vuelta, porque va a comulgar.

La iglesia de la Compañía, más elegante y suntuosa que la pobre Catedral, está llena de fieles cuando nuestra devota llega. ¿Dónde ubicarse? Se empina, observa, y diviso un claro entre los mantos negros, amontonados, tira la alfombrilla como quien lanza un anzuelo, y, ya dueña de media





vara, pugna por alcanzar hasta su propiedad. Llega, se instala y reza. De pronto, al mirar al presbiterio, palidece: está oficiando un reverendo conocido por su severidad contra las recientes modas y su vestido va a provocar tal vez un escándalo. ¿Comulgará? Su conciencia de mujer bonita no le dice nada; pero su conciencia de mujer estricta teme, y resuelve abstenerse. Al llegar el instante solemne, atisba con el rabillo del ojo, entre las manos juntas: dos, tres, cuatro... la mitad de la fila de comulgantes se queda sin el pan eucarístico. El sacerdote no las ha visto, no ha querido verlas. Y una onda murmurante recorre el templo, poblado de plegarias y de comentarios.

Terminado el sacrificio, regresa a prisa, contenta de haberse librado del bochorno. El día está claro, los naranjos perfuman el aire, en la ciudad compuesta de casas-quintas, con grandes solares plantados y la acequie corre a tajo abierto, alegremente, por el centro de la calle. Una amiga la detiene en mitad de la acera para contarle los últimos sucesos: la violencia ejecutada por el Presidente en el capítulo de San Agustín, su tío que saltó las tapias del Convento, escapando de los soldados por milagro, las heridas en la frente que recibió su sobrino en la batalla a pedradas del lecho del río, con el bando de la Cañadilla. Hablándose, se examinan, se critican interiormente.

Sigue su camino la devota. Pasa un Oidor en su calsada y se cambian saludos reverentes, de la acera a la portezuela. Preocupada, la señora apura el paso: acaba de sentir que dan las diez y media en la torre de la Compañía y tiene que escribir varias cartas.

De antemano la asustan estas cartas: son a una tía abadesa de Lima que le manda oraciones y consejos, más ciertas reliquias llegadas de Roma por el último galeón. Oe pronto, un grito la sorprende y la obliga

a levantar los ojos, que llevaba muy puestos en la acera para evitar las acequias y los hoyos del pavimento: el mulato de los señores Mesías, Condes de Sierra Bella, que bañaba la calesa en plena calzada, ha bañado a una dama de mantilla, que regresaba como ella del templo. Gran conflicto, protestas, aficciones y excusas. La señora se detiene un instante y prosigue su camino, haciéndose la reflexión de que algún santo patrono la protege cuando se ha librado de un nuevo percalce.

Llega a su casa, atraviesa de prisa el ancho portón, el patio empedrado con sus naranjos florecidos por la primavera y se dirige al comedor, donde ya está la familia tomando el desayuno. Allí se despoja de la mantilla, deja el rosario y el libro de oraciones sobre la mesa y mientras alterna el tazón de chocolate espumante con los bocados de bizcochuelo, comenta sus observaciones de la mañana, oye las noticias de la Frontera, donde pelean sus dos primos y se levanta antes que los demás terminen.

Entonces empieza una larga tarea, la lucha ante vargueño dorado y esculpido como retablo, entre la pluma de ganso, el papel apergaminado y su pequeña mano torpe que traza gruesos caracteres vacilantes, mirando con envidia la letra larga, puntiaguda y monjil de su tía abadesa, cuya carta responde. Las horas de la mañana se le pasan sin sentir en este trabajo donde la ortografía queda sacrificada a la necesidad de decir algo, cueste lo que cueste; llegan

las dos de la tarde y el sonido de la campanilla anunciadora del almuerzo resuena por toda la vasta casona. Termina entonces, de cualquier manera, con una fórmula devota y respetuosa, y va a reunirse con la familia en el comedor.

El comedor colonial era la pieza más oscura de la casa y el lujo de la vajilla de plata repujada hacía contraste violento con la estrechez del recinto, donde la mesa enorme, capaz para una tribu, apenas permitía la circulación de la esclava con las fuentes y bandejas del servicio. Los platos de carne con ají y excesivos condimentos excitaban el apetito y la sed, que



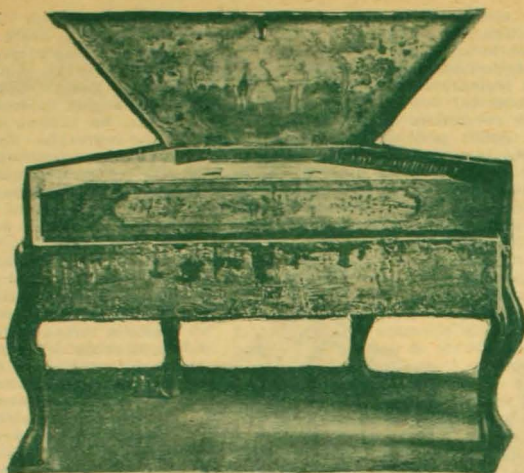
se apagaba con los vinos regionales, ásperos y fuertes, olientes a las vasijas mal preparadas todavía. Era la hora de la gran conversación y de los infinitos cuentos sobre los mismos temas de monjas, de frailes, de capítulos, de competencias entre la Audiencia, el Presidente y el Obispo, los dos y los tres cuchillos que se afilaban sin descanso sobre las piedras de la ciudad, para partir en cuatro los más sutiles pelos de las prerrogativas reales y tradicionales.

Por lo demás, excelente preparación para la siesta consiguiente.

Entre bostezos, la familia se encamina después de almuerzo a sus dormitorios, ciérranse ventanas y puertas como a media noche y la señora, junto con toda la casa y toda la ciudad, se entregan al sueño, hasta las seis de la tarde.

Entonces comienzan las visitas.

Calesas y viandantes circulan al atardecer y los salones inmensos, con los estra-



dos cubiertos de cojines para las mujeres y con las rígidas sillas de vaqueta, de cuero estampado, alineadas en filas junto a las paredes, para los hombres, se pueblan de concurrencia ceremoniosa y murmuradora, entre miradas a las basquiñas que descubren por debajo los encajes interiores. Se habla de la corrida de toros, de una fiesta en Palacio, ofrecida

por la señora del Presidente. Circulan bandejillas con mistela, una joven se sienta al clave y las parejas danzan el "Cuándo" a la voz de una cantante algo enronquecida. A través de las rejillas historiadas asoman caras curiosas y populares. Una anciana pide mate y luego en torno se forma un círculo que chupa sucesivamente en la misma bombilla de plata, sin limpiarla...

A las nueve, la cena, copiosa, pesada y y larga.

Y luego, la grande ocupación colonial, el principio, el fin y el centro de la existencia: el sueño...



¿Tiene el arte del puñetazo su filosofía?

LAS DISCUSIONES ALREDEDOR DEL ULTIMO GRAN BOXEO
Y SUS RELACIONES CON LA CULTURA

I

El match Dempsey-Carpentier ha conmovido al mundo. Las masas han discutido semanas enteras la preparación del gran encuentro. Han asistido a él, en cuerpo o en espíritu, docenas de millones de espectadores fervidos. Los inúmeros comentarios sobre el resultado durarán no poco. Un acontecimiento mundial—"superior—palabras del sesudo "Times"—a la Conferencia de Versalles".

Se comprende. La admiración del buen pueblo ¿puede hallar motivo de expansión en una combinación diplomática, siquiera de ella pendan los Atlas durante cincuenta años? No puede el hombre normal y sanote—abierto, sincero, gritador—comprender los zigzagueos de la astucia política, ver claramente las obscuras tortuosidades de los pactos, sacar entusiasmos de las frialdades subterráneas de los jefes de gobierno.

El pueblo necesita aparatosas hazañas para franquearlas con su fervor. A una conferencia de Bergson en el Colegio de Francia acuden cincuenta entusiastas de la filosofía y cien viejas entusiastas de las suaves estufas que caldean tibiamente el ambiente invernal. Mientras el filósofo declamaba admirablemente sus amables panteísmos en aquella pequeñina sala, cuatrocientos mil espectadores, la lluvia sobre las impávidas espaldas, contemplaban en Villecoublay, entre hurras entusiastas, el primer vuelo ondeado de un audaz aviador. Las hazañas científicas,—el nombre mismo—de ese formidable historiador

que es Toribio Medina, no las conoce el buen pueblo chileno, ni aún el 98 por ciento de los profesionales chilenos, que se han conmovido ante las hazañas musculares del popular Jorquera.

Naturalísimo. Sólo los que olvidasen las condiciones que el entusiasmo popular exige, podrían extrañarse de ello.

No se han limitado, algunos, a lamentar ese popular olvido de los nombres sabios. Era este un aspecto comprensible de la crítica. Avanzando un paso más, han querido negar al deporte su fondo espiritual, reduciéndolo a una sucesión de secos puñetazos respuntados con gotas de sangre. Entonces, el entusiasmo popular devendría inmoral: la apoteosis de la brutalidad.

Esos críticos—por las noticias que hasta aquí han llegado—proceden de cuatro distintos puntos geográficos y espirituales:

a) La "Oficina Internacional de Reforma" marcha a la cabeza. Es una Asociación yanqui de ambiente puritano, que, al margen de las iglesias, persigue un estrictismo moral divorciado del sentimiento. Los cables han traído y llevado los andares de sus miembros supremos ante las autoridades jerseyanas para que prohibiesen el match. Sus razones eran las siguientes:

El combate boxeril es un espectáculo grosero, puesto que la fuerza bruta es la suprema decididora;

La organización de ese match conculca en ciertos detalles los requisitos reglamentarios del Estado de New Jersey.

b) Algunos órganos periodísticos de

Sud América, especialmente argentinos. La oposición de algunos era fruto de sus simpatías por Carpentier, cuya derrota adivinaban. Otros se oponían por razones de un snobismo intelectualista propio de los neófitos literarios o moralistas. Sus argumentos daban vuelta alrededor de uno solo: brutalidad.

c) El profesor Seignobos, notable en París por sus apreciables historias de la civilización, declamó en su cátedra la más razonada de esas críticas, resumible como sigue:

El box es el predominio de la fuerza bruta. En una pelea de box, el bruto de Jack Jhonson vencería al propio Bergson;

Una lucha boxerial no tiene interés histórico alguno, no mereciendo, por lo mismo, preocuparnos seriamente;

Los premios que se adjudican son inmorales. Mientras Dempsey cobraría 300 mil dólares (unos 3 millones de pesos), el sabio más eminente, con sus inventos inapreciables, recibe una cantidad mínima.

d) En Alemania también ha opinado una sociedad gimnástica. Se aducían sus razones, reducibles a dos:

Tanto como es útil la gimnasia, por ser integral y equilibrada, es perjudicial el box, que es ejercicio unilateral y exclusivamente muscular;

Siendo los ejercicios calisténicos—pausados, elegantes,—lo conveniente, el box—violento, feo, brutal,—es deplorable.

e) En Chile se han elevado—por lo que hemos leído—dos voces contra el gran match. Las ha traído "El Mercurio", avaloradas por Omer Emeth y el profesor L. Lira. Sus razones coinciden con las anteriores. Extrayéndolas de sus invectivas, tendremos:

Ese match no producirá resultado histórico alguno (O. E.);

Ni Francia ni Estados Unidos perderán o ganarán nada con la victoria o la derrota del respectivo paisano (O. E. y L. L.);

Mientras motiva ese espectáculo un entusiasmo y atención universales, los grandes problemas (Irlanda, huelgas, carbón, cambio, etc.) no merecen atención alguna (O. E.);

Es injusticia destinar a esos boxeadores cantidades enormes de plata, que se regatean a los sabios (O. E.);

La cantidad (materia), una vez más, va

a ahogar a la calidad o espíritu (L. L.)

Los argumentos, como se ve, se reducen a dos categorías. Unos van derechos a lo brutal del espectáculo, atacándolo en su misma raíz. Otros escarban en la corteza, con observaciones externas al match. Inútil advertir que la disputa versa sobre lo primero, es decir, sobre la brutalidad del espectáculo, que es el eje del asunto.

Una cosa se nota ya a primera vista: que los vituperadores del match, para contradecirlo, apelan a recursos discutibles y bamboleantes, cuando existían en contra razones mucho más serias que ellos no han encontrado.

Una, fundamental, aparece a primera vista. El desafío de Carpentier a Dempsey, muy gallardo, era antireglamentario. Un atleta de peso medio no puede encararse con uno de peso pesado. No podía ser aceptado ese pugilato, por razones claramente reglamentarias. El resultado era indudable. Y lo era, precisamente, por esa diferencia de masa, antireglamentaria.

Otras razones, menos importantes, podrían invocarse.

El match debía haberse celebrado en un ambiente físico igual para los dos contrincantes, y no en un clima para el cual el más débil debía aclimatarse.

El ring debía haberse construido de 24 pies y no de 18. Dempsey tenía la masa y el clima en su favor. Lo menos que podía hacerse era poner el ring en favor de Carpentier, dotándolo de la mayor anchura reglamentaria, favorable al peso medio, es decir, a la ligereza defensiva.

Los guantes debían ser menos pesados. Guantes de 8 libras embarazan enormemente a un peso medio, almahadando sus golpes, y en nada estorban a un pesado.

Todas estas razones hubieran llevado a los contrarios a la conclusión siguiente: **este match no es una manifestación espiritual**, por cuanto la diferencia de peso y otras circunstancias venían a dar una invencible primacía a Dempsey. **Este match será pura manifestación de fuerza mecánica.**

Pero los opositores, demasiado ávidos, no se contentaban con censurar **este pugilato**. Aspiraban a condenar al box en block e hilvanaron las razones arribas catalogadas contra el deporte en general.

Razones desgraciadas, que no podrá

admitir quien ame los fueros de la verdad y sepa penetrar en el interior de los torneos deportivos.

II

He ahí, en la portada misma del asunto, dos contradicciones flapantes:

a) Las historias con infulas educativas— la de Seignobos inclusa—cantan las bellezas y la sana influencia de los grandes juegos griegos. Atribuyen en parte el equilibrio helénico a la eficacia de sus juegos anuales. Moralistas, higienistas, sociólogos, gobiernos, proclaman la necesidad de resucitar hoy día aquellos espectáculos al aire libre. Con aplausos de todos, las Olimpiadas han revivido en nuestros tiempos. Nadie había hablado hasta ahora de su ferocidad. Francia acaba de votar 90 millones — 40 de ellos,—el Estado—

para la próxima a celebrar en París. Para todos eran esos juegos un buen instrumento de cultura.

Pues bien: los juegos griegos no eran otra cosa que violentos ejercicios a base de profesionales. Los atletas abrumaban por su musculatura aplastante. Los turistas reventaban carros y caballos. Las cursas acababan, no pocas veces, en la muerte violenta de los aspirantes a la plaza del premio y a la gloria del triunfo.

Peregrinaba el pueblo por las fragosidades helénicas para asistir a esos violen-



Carpentier boxeando con su novia, quién lo venció por knock out.

tos espectáculos. Eran ellos lazo esencial de la nación. Los más grandes líricos cimentaron su fama cantando esos combates. Magistrados, filósofos y artistas presidían.

El equilibrio integral del pueblo griego procedía, en buena parte, de esos juegos atléticos. Los mismos juegos, hoy día, desequilibrarían y brutalizarían. Contradicción manifiesta.

Notable cosa. Mientras Grecia entera,—los artistas, es decir, los equilibrados, al frente—asistían a esos juegos, ya enton-

ces el seco intelectualismo los abominaba. Mientras Pindaro cantaba, las críticas de los eruditos hablaban, ya, de "embrutecimiento".

b) El pueblo griego, que ponía esas violencias en la base de su nacionalidad, es, entre los antiguos, el pueblo artista, es decir, dulce y equilibrado por excelencia. Aquellas brutalidades, sentidas como cosa nacional, debían animalizar al pueblo. Aquel pueblo formó, por burla del acaso, el modelo eterno de la belleza—y precisamente de la belleza humana—cuya esencia es hacer latir el espíritu por entre los poros de la materia. El artista griego sacó de la piedra, no la sublimidad brutal de las pirámides, sino la suave delicadeza de una armonía interior. La estatua griega ha realizado el milagro de hacer vibrar en la materia el alma, vivificante, desapareciendo eclipsadas por tan viva manifestación las bajezas de la sensualidad.

El pueblo admirador de atletas, creador de la armonía y del espíritu.

Es que la grosería material—telescopio necesario para llegar a las lejanías internas—desaparecía ante la alta espiritualidad que esas violencias delataban. Así desaparece ante los ojos del astrónomo el enorme ecuatorial, a pesar de tenerlo pegado a la cara y de ser instrumento necesario para llegar a los misterios del cielo.

No agradaba al grácil griego la fuerza bruta. De entonces data ya la división de los atletas en pesados, medios y ligeros y la prohibición estricta de pelear entre sí distintos pesos, para evitar el peligro de que la masa del voluminoso aplastase ciegamente el espíritu del menos pesado. Ponían a los contrincantes en igualdad de condiciones materiales. Pues que la materia es necesaria para lides de espiritualidad, querían que esa materia, igual en los dos contrincantes, no fuese causa de victoria, es decir, de brutalidad.

Tienen los griegos una historia,—una leyenda, tal vez—que delata el alto sentido espiritual de sus pugilatos y de sus atletas. Milón de Crotona fué, en una de las épocas más entusiastas de los juegos helénicos, el atleta que iba a la cabeza. Su corpulencia era enorme. Luchaba con

toros y les partía la nuca de un puñetazo. Cargaba un caballo sobre sus espaldas hercúleas. Se tragaba, de un tirón, un buey asado. Ganó cuarenta y dos veces la corona triunfal. Pues bien: ese monstruo no gustaba ni aún al populacho. No era un grosero ignorante, cierto. Asistía a la escuela de Pitágoras y tenía un intelecto cultivado. Era pequeño filósofo y matemático. Aún así, su enorme masa corpórea, que ahogaba todo intento de lucha de los contrarios, no gustaba a los helenos. Amaban ellos el libre juego espiritual; no la mole amorfa y grasienta que cae pesadamente y aplasta sin mérito. Y los historiadores griegos cuentan con fruición el fin desastroso del atleta. Marchando por un bosque, dió con un árbol que los leñadores iban a convertir en leña. Lo tenían ya hendido de arriba abajo, por medio de una cuña. Milón agarró el árbol con ambas manos por la hendidura y con fuerza hercúlea logra abrirlo un poco. Cae la cuña. El árbol cierra la hendidura y las manos de Milón quedaron en ella presas. ¿Le salvaron los leñadores? No. No amaban la fuerza brutal del coloso. Le abandonan. Y no pudiendo desprenderse, vienen las fieras y lo comen. La leyenda es altamente simbólica. Por la fuerza bruta Milón ganaba. La fuerza bruta de un árbol y los dientes impasibles de los lobos acabaron con él. La fuerza sufre el castigo de una fuerza mayor.

✓ No perdonaban al atleta el ahogamiento de la espiritualidad. Lo brutal desaparecía o era castigado.

A través de los siglos continuó esa significación espiritual anidante en la fuerza del músculo. La caballería medioeval—la caballería militar de los cruzados y la caballería amorosa de los torneos por una bella—¿no fueron, a pesar de su barbarie externa y ensangrentada, una alta escuela de espiritualidad y delicadeza? El teatro español de capa y espada de los siglos XVI y XVII, a base de espadachines embozados y chulos matones, ¿no era—a base de la fuerza bruta,—una condenación decidida de la fuerza bruta? Eran la maña, la agilidad, el chic interior, la delicadeza inclusive el alma de ese atletismo, que Francia y Castilla crearon con admirable poesía. Calderón de la Barca, el gigante

¿TIENE EL ARTE DEL PUNETAZO SU FILOSOFÍA?

Alto, 6 pies
1½ pulgadas.

Cuello, 17
pulgadas.

Tórax, 42 pul-
gadas.

Alcance del
brazo, 78 pul-
gadas.

Cintura, 29
pulgadas.

Muslo, 23 pul-
gadas.

Pantorrilla, 18
pulgadas.

Peso, 189 li-
bras.



Alto, 5 pies
9½ pulgadas.

Cuello, 17
pulgadas.

Tórax, 40½
pulgadas.

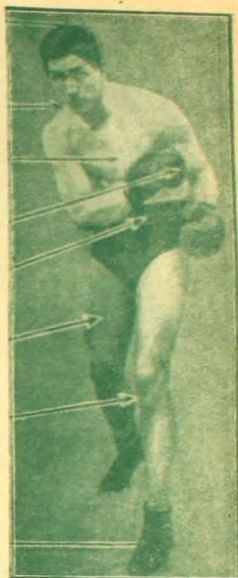
Alcance del
brazo, 69 pul-
gadas.

Cintura, 29
pulgadas.

Muslo, 22½
pulgadas.

Pantorrilla, 18
pulgadas.

Peso, 172 li-
bras.



de la dramaturgia, prodigaba sangre y espadazos en sus inmortales creaciones. Pero

... "advertido
que es forzoso vencedor
más el orden que el valor;
más que la fuerza, el ardid".

Quien considere que aquella clasificación griega en atletas de peso fuerte, de peso medio y de peso ligero es base esencial del box moderno, no podrá, en manera alguna, defender que en él decida la brutalidad y mucho menos la cantidad, como ha dado en decir un protestador chileno. Hubo en el match Dempsey-Carpentier una infeliz victoria de la fuerza bruta, cierto. Es que las espirituales bases del box fueron conculcadas por los organizadores. Luchaba un atleta de gran peso con uno de peso mediano. Ese defecto de organización no podía ni debía ponderarlo el gran público.

Es enorme la candidez de los que quisieran manifestaciones de espiritualidad sin intromisión de excesos materiales.

No hay posibilidad de una manifestación puramente espiritual. La más noble acción del espíritu humano viene forzosamente envuelta y condicionada por la materia. No hay en la tierra margen para otra cosa. El músculo y el nervio son los canales forzados de la inmaterialidad. Tal es el postulado de nuestra vida.

Ahora bien. Si una acción normal del espíritu exige forzosamente una acción normal del cuerpo, una acción extraordinaria, anormal y violenta del espíritu exigirá forzosamente una acción extraordinaria, anormal y violenta de la materia.

Piénsese en el "surmenage", que ha degenerado en 50 años a los profesionales de Europa y mantiene en Chile mismo en acartonada palidez a la población de los liceos. Se trata de una violencia espiritual horrible. Hacer trabajar al espíritu más de lo que su capacidad permite, traspasar el margen de resistencia espiritual, degenerar el alma con excitantes, sobrealimentación y hambre artificial. A esa violencia espiritual responde al tiro una igual violencia corpórea: la escrófula, la clorosis, la anemia, la tisis. La degenera-



Jack Dempsey, el campeón del mundo de peso pesado.

ción corroyendo generaciones enteras.

¡Ah! Es aquí en esa "violencia mental continuada y degenerante", donde deberían pegar los que se escandalizan por la "violencia momentánea y fortificadora del boxeo. ¿O es que se estará tan sordo, que sólo lo ruidoso será percibido? ¿Es que una gota de sangre, roja y caliente — voluntariamente derramada — de Carpentier, es más digna de compasión que la sangre amarillenta de tanta chiquilla forzada y degenerada y los esputos estriados de tanto joven marchitado por las violencias continuas de una educación deformadora, a base de violencias mentales?

Véase la labor de los grandes sabios. El otro día el Gobierno francés condecoraba a tres nobles mártires de la espiritualidad. Uno, buscando incógnitas en las profundidades de los rayos X, se fué quemando los dedos uno por uno y quedó luego envenenado. Otro, experimentando sueros en el propio cuerpo, se intoxicó de muerte. Otro, hurgando en

las huatas podridas de los tíficos, halló la muerte en sus búsquedas humanitarias. A la acción intelectual violenta de los sabios tuvo que corresponder una acción violenta material. La violencia material es necesaria a ciertos actos supremos de espiritualismo.

¿No unió el mismo Dios una terrible violencia material a la más alta acción moral que haya sido? La inmolación del Hijo podía hacerse sin mayores violencias. A esa soberana acción espiritual divina quiso unir esa soberana violencia corpórea que es el Gólgota teñido y empapado de sangre y de torturas.

Hay violencia, materia, fuerza. Hay dentro—dirige dentro—una alta idealidad. "Mens agitat molem".

Olvidase demasiado, al hablar de "excesos corpóreos que entorpecen la mente", que no hay tales excesos en detrimento del espíritu. El entrenamiento para un match es el noviciado espiritual más noble. Los bajos fondos son ahogados. El estómago gritón es puesto a raya. "Abstine venere" es lema forzoso. Se estudia cuidadosamente toda posibilidad. Se buscan los puntos débiles del contrario. Se forran de fortaleza los propios miembros, a fuerza de energía. Un método riguroso es impuesto. Aún de la propia voluntad se abdica. ¿No se sabrá ver en todo ello un método espiritual, en que la carne es puesta al servicio del espíritu?

¿Qué atleta puede citarse que sea una mente cerrada? Carpentier es un espíritu cultivado. Dempsey igualmente. Los atletas antiguos se formaban en los pechos de los filósofos. Los modernos estudian noblemente. Y quien, para denigrar, hablara de "la cara de bruto" de los atletas, ignoraría que la faz del 80 por ciento de los sabios tiene la cara de la estulticia. ¡Nunca han podido tomarse en serio las líneas de la cara para graduar la espiritualidad interior! El más grande poeta español del siglo XIX tenía cara de imbécil.

Nótese, luego, que el atletismo no obliga al público a ser atleta. Concediendo graciosamente la degeneración mental del luchador ¿cómo podría corromper al pú-



Jorge Carpentier

blico, que no es luchador, sino simple espectador? Las violencias mentales del "surmenage" corrompen a todos. La violencia corporal de cien atletas no representaría nada contable en la inmensa masa humana.

Tiene el atletismo, notoriamente, su ventaja ejemplar, aún admitiendo graciosamente su desequilibrio.

Ha vivido el mundo centenares de años de degeneración corporal, por excesos anímicos y falta de ejercicio. Ahora mismo, la juventud se mustia en los talleres, la plebe se pudre en la cueva alcohólica, la neurastenia se asienta en todas las gerencias. El mismo cinema atrae a su atmósfera irrespirable y a sus innoblesces espirituales al pueblo entero. Si la sangre del boxeador lograrse llevar al aire libre y a la admiración de la fuerza y del espíritu a parte del pueblo, ¿cómo no ganaría el progreso? Admitamos, si queréis, la violencia del atletismo. Un millón de veces preferible a la degradación cinemática. La risa franca y ruda substituirían a la maliciosa sonrisa del que ve abrirse malamente sus ojos. El ansia brava tendría la plaza del morbosismo pasional. Unos ojos abiertos y claros substituirían a las hondas ojeras cloróticas de tanta muchacha desequilibrada por el mentalismo. La vida, la fuerza, la violencia matarían el dulzarronismo, la decadencia, el pauperismo integral de las gentes. Epoca de corruptor intelectualismo, no ha sonado la hora—todavía—de declamar contra los excesos del organismo.

El mundo, saliéndose de su punto normal, ha descendido a la liquefacción pútrida de su sér. Para volver al punto normal ¿será necesario volar al otro extremo, a la violencia, según leyes de reacción? Si así fuese, esa violencia devendría necesaria y saludable.

La actual enfermedad del mundo—¿quién no conviene en ello?—es pauperismo moral, falta de energía y rigidez moral. El intelectualismo impera y abusa. En vez de temer por la mente, encaremos la regeneración energética—física y moral—hacia la cual va la energía. La misma conquista del cielo requiere violencia, según máxima feliz del Evangelio, que debería ser aplicada a todo negocio. No es por el intelectualismo—suave, dulzaino, infecun-

do... y abusador—por el que hemos de temer.

Seignobos, en su célebre perorata sobre el boxeo, habló demasiadamente ligero. El fondo de su disertación es desgraciado. Vió la corteza del box. No supo ver, al través, una gran nobleza y un feliz síntoma de reacción anti-intelectualista. La medida, cierto, hay que aplicarla a todo. Yo he oído a Seignobos en su cátedra. Es ella completamente mentalista y antipedagógica, igual, por lo demás, a la general instrucción surmenagista, que tan bravamente abominaron Demolins y su tristemente fracasada "Ecole de Roches". He ahí un método mental infeliz, degenerador, que requiere preferentemente los beneficios de la "mesure"...

III

Rechazada la leyenda de grosería con que se intentaba atacar al boxeo en su misma esencia, fácilmente pueden inutilizarse otras razones que sólo afectan a su corteza exterior.

a) "Las hazañas del box—dice Seignobos—carecen de valor histórico".

Notable cosa: El profesor francés, en las filas de los que confunden el "valor histórico" con los hechos ruidosos y guerreros. Ese método desacreditado ya ha sido desterrado. La historia actual prefiere lo usual, las costumbres, lo ordinario, a lo ruidoso y extraordinario. La vida interior de un pueblo le preocupa más que las conquistas. La degeneración de la raza, el surmenagismo, los gustos públicos, los juegos, cuanto dice relación con el pueblo anónimo es objeto preferido por la verdadera historia. Sus consecuencias no son catastróficas, muchas veces ni tan sólo claramente señalables. No por eso deja de formar aquella vida popular el eje de la historia de un pueblo.

Si el fervor público por el match es un colosal caso de general locura y desviación, ¿cómo no será un gran hecho histórico?

b) "Dempsey—añade el propio profesor francés—hubiera derrotado a Napoleón".

Sacar de ahí la grosería del box, sería deducir la grosería del arte de hacer zapatos por la razón de que, en este arte, Napoleón o cualquier otra noble fi-

gura histórica hubieran sido derrotados todo un mundo espiritual, tanto en el por cualquier aprendiz del oficio.

Singular manera de argumentar. Si Edison fuese batido por un carpintero en trabajar la madera, ello no delataría bastarda en el oficio de carpintero, sino estupidez en el sabio aspirante a vencer en lo que ignora.

c) "El premio a un boxeador es incomparablemente mayor que el de cualquier sabio".

Sabios millonarios existen, a causa de sus estudios. Médicos que ganan su millón anual se cuentan por docenas. Esto aparte, ¿quién no sabe que el precio no dice relación con la cosa misma, sino con la diferencia entre la oferta y la demanda? Piénsese que la plata es uno de los premios de la vida, y su escasez la Naturaleza, siempre justa, la compensa abundantemente por otros lados, mucho más gratos al paladar espiritual del sabio.

Nó. Las apariencias engañan cantidad de veces. Bajo ese decadente intelectualismo mansurrón que declina, se oculta la degeneración de la raza. Bajo el golpe material y sangriento del boxeador late

todo un mundo espiritual, tanto en el atleta que lucha, como en el público entusiasta que admira la gracia, la estrategia y la energía.

Sandow, el niño-tísico que, a fuerza de voluntad y de método, devino el hombre-atleta, levantaba dos toros, luchaba con un león, vencía a la vez a doce hombres forzudos. Bajo esa enorme fuerza material vibraba un alma elevada, que repetía continuamente, como bandera contra la grosería: "It is well to set one's ideal high". Dentro de la materia, haced vibrar el espíritu, que es quien vence.

Hay que guardarse de apartar demasíadamamente la vista del pueblo, de la sangre energética de luchadores artistas. Necesitamos hacer converger todo su horror hacia la degeneración corpórea y el instruccionismo decadente, que corroen las mismas entrañas populares.

En el culto del esfuerzo integral, aún del violento, no hay peligro, sino salud. En el culto del intelectualismo y del facilismo radica, no ya un vital peligro, sino la enfermedad real más grave que, desde muchos siglos, está carcomiendo al mundo.



12806

Señorita

ANA QUESNEY BESA

12806

Foto. K Nanyo





¿Cuál es su ideal en amor?

ESTA pregunta que sería romántica si no fuera de todas las épocas, es la que formula "Pacífico Magazine" a sus lectores y lectoras.

La pregunta es en realidad amplia, tan amplia que a no mediar una ligera explicación sería tan difícil contestarla como hacer caer su respuesta en los estrechos límites de una revista.

Acaso la interrogación hubiera sido más precisa en esta forma: ¿Qué cualidades físicas y morales exige usted en una persona para que sea digna de su amor?

Se ruega, sí, a las lectoras, y, en especial a los lectores ser exigentes, profundamente exigentes, al señalar sus condiciones.

"Pacífico Magazine" no es una agencia matrimonial y, apesar de sus buenos deseos, no podrá complacerlos proporcionándoles el ideal apetecido; pero, en cambio, les facilita la ocasión de darlo a conocer, de proclamarlo, de enseñar el zapatito de la Cenicienta, que todos llevamos en el pecho, si nó con la seguridad, con la esperanza de que habrá por allí un príncipe o una princesa encantada a quien le calce.

Por cierto que hay personas, particularmente entre los caballeros, que llevan consigo una zapatería, donde es difícil que haya un tipo de mujer que no encuentre horma apropiada. ¡Tanto peor para ellos!

Les será más difícil contestar; pero hay maneras de salir del paso.

—¿Cuál es su tipo?—preguntamos hace poco a uno de ellos.

—El de las once mil vírgenes,—respondió sin vacilar.

En cambio, hay otros espíritus de aspiraciones más concentradas y precisas, para las cuales sólo existe un "specimen" digno de ser amado. Lleguen hasta ellos nuestros parabienes si han logrado encontrarlo en este mundo.

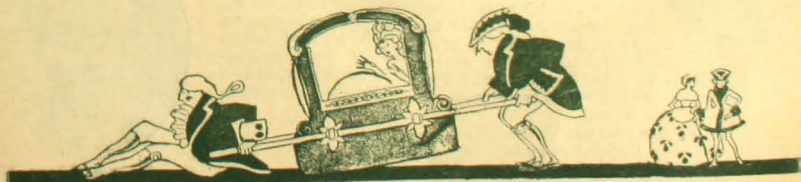
En todo caso, sea cual fuere el modo de pensar del lector, le recomendamos que antes de dar una respuesta, haga un esfuerzo de imaginación y suponga por un instante que el Supremo Hacedor, en un rapto de buen humor, ha delegado sus facultades creadoras en "Pacífico Magazine".

"Pacífico Magazine" grave, omnipotente, bondadoso, con una lengua barba, encumbrado en un tro-

no elevadísimo, se dirige en tono confidencial a sus favorecedores y dice a cada cual:

"Tengo facultad para crear un sér, uno solo, el que usted me pida. Estoy autorizado, además, para exigirle que lo ame tanto como usted desea. Aquí está la arcilla y voy a modelarlo. ¿Cómo quiere usted que lo haga?"

Con menos fantasía, ni tanta gravedad y omnipotencia, pero con el mismo tono confidencial y mucho interés, si cabe.



"Pacífico Magazine" se ha dirigido, anticipadamente, a algunos de sus lectores y ha obtenido numerosas respuestas, entre las cuales figuran las que honran hoy sus columnas.

Queda, pues, abierta la encuesta.

Los amables lectores que deseen tomar parte en ella pueden dirigir sus respuestas a la Redacción de esta Revista, Imprenta Cervantes, Moneda 1170.

En el hombre admiro, ante todo, la grandeza moral y la superioridad intelectual.

Me gusta que tenga gran cultura y temperamento artístico, sin neurosis; que dedique sus esfuerzos al servicio de una causa, de una idea, o que persiga un gran propósito en su vida. Refinado en sus gustos, delicado en sus sentimientos,

con gran ternura de alma, pero sin pasión; ni sentimental ni enamorado; tímido y reservado en sus afectos; más bien esquivo que solícito. Que sea generoso, franco, tranquilo, prudente y reflexivo. Elocuente, mas no verboso, espiritual sin ser gracioso.

Como carácter me gusta enérgico, de gran voluntad, pertinaz en sus propósitos y resuelto en sus actos. Ambicioso, pero sin vanidad; orgulloso, sin altiveces.

No me gustan los Adonis, pero le doy gran importancia a una bonita cabeza, a un cuerpo esbelto, elegante y distinguido, manos largas y finas, y un semblante que refleje su personalidad.

En suma, en el hombre como en el arte, me fascina lo que me causa emoción y sólo me conmueve lo que admiro. Pero al hombre lo prefiero con defectos, porque toda perfección aleja y me gusta tener algo que perdonarle.—Martina Barros de Orrego.

¿Mi ideal de mujer?
;Hace tantos años, que ya no me recuerdo!—Manuel Ruiz Valledor.

No me gustan las "bajas" y cuando encuentro alguna que no lo es y que me agrada, detesto las "postergaciones". Hay cuestiones en las cuales no admito el criterio burlesco.—Gustavo Ross.

¿Cuál es mi ideal de mujer? Aún no conozco el número suficiente para dar una opinión.—Juan Agustín Barriga.

Me gusta que mi amor sea temido.—María de la Luz Ossa Concha.



Sr. Alvaro Orrego Barros

No acierto a comprender con precisión el verdadero sentido de la pregunta. Formulada así en términos generales, no podría contestarla derechamente, porque es sabido que los más variados tipos femeninos y los más diferentes caracteres logran interesar vivamente a un mismo individuo.

Si usted preguntara qué condición estima indispensable para que una mujer nos captive, yo diría que para mí pasan inadvertidas aún las mujeres más hermosas si carecen de finura. La más refinada será siempre la que más me atraiga.—Alvaro Orrego Barros.

Un hombre de rostro varonil y que comprenda el refinamiento de la mujer. No me gustan los buenos mozos. Me encantan, en cambio, los narigones porque es señal de distinción. Para mí, el ideal sería un Napoleón bailarín, con barba y sin Josefina.—María Luisa Edwards de Lyon.



Sra. María Luisa Edwards de Lyon.



Sr. Ricardo Valdés.

Hasta los veinticinco años Elena de Juan de Agreive; después de esa edad, Teresa del Lys Rouge, asignándoles a ambas (aunque ello no se desprende del texto de esas obras) perfil helénico.—Ricardo Valdés.



Sr. Manuel Ruiz Valledor

Una mujer lo suficientemente enamorada para no encontrarle ningún defecto a su marido y encontrárselos a los otros.—Alfonso Claro Melo



Sr. Alfonso Claro M.

El advenimiento de Carlomagno I, Emperador de Chile

RECUERDOS DE UN OCTOGENARIO

Por EL VIZCONDE DE LLAMPAICO

I

EL "Pacífico Magazine" me ha pedido para el número que prepara en celebración de su primer centenario algunos recuerdos personales sobre los épicos sucesos que ocasionaron el advenimiento al trono del glorioso abuelo de su Sacra Real Majestad, el Emperador Nuestro Señor, a quien Dios tenga en su Santa Guarda.

No referiré en detalle la historia de aquel tiempo, porque ella se la saben de memoria hasta los chicos de la escuela y no tendría novedad alguna para los ilustrados lectores de ésta Revista. El mérito de mis desordenados apuntes no será pues otro que el de estar redactados por uno de los pocos testigos sobrevivientes de los sucesos de 1970, por un hombre que ha vivido, puede decirse, en dos períodos de la evolución humana y cuyo envejecido cerebro conserva, como las vagas reminiscencias de un sueño, algunos vestigios de esa mentalidad hoy desvanecida que predominó cuando la segunda invasión de los bárbaros.

He nombrado, casi sin quererlo, el trágico acontecimiento que hemos convenido en considerar como el principio de la historia contemporánea. Se ha dicho y con mucho acierto, que la mencionada invasión tuvo maravillosa semejanza con la que encabezaron Genserico, Alarico y Atila. Por una parte, una civilización muerta en el alma, desnuda de sus antiguos ideales, presa de la peor de las guerras civiles (la de las inteligencias y la de las voluntades), dominada por la envidia y el odio, juguete de retóricos y sofistas, mustia y triste como todo lo que se aca-

ba, vacilante entre la desesperación y las esperanzas más insensatas.

Cuando las hordas del soviet chino-ruso-hindú-tártaro cayeron sobre Europa como una nube de langostas, apenas hubo resistencia seria... Como en el siglo IV de la era cristiana, la penetración pacífica de los bárbaros había precedido a su entrada violenta. En uno y otro caso, la ruina del mundo antiguo estaba ya en las almas antes de que quedara consumada en los hechos...

En Chile y en casi toda la América latina, los bárbaros no vinieron de fuera: hunos, vándalos, ostrogodos y alanos residían desde mucho tiempo atrás en medio de nosotros. Comprimidos por la fuerza de una civilización superior y extranjera, fueron los instrumentos manuales indispensables al progreso, como los esclavos en Grecia y en Roma, como los siervos en la Edad Media, como los indios de encomienda y los inquilinos en el Chile antiguo, como los obreros de las fábricas en el siglo XIX y a principios del pasado... como los humildes, felices y resignados vasallos de los grandes del Imperio en la época actual. La civilización humana ha sido siempre la misma: jerárquicamente dispuesta, fundada en el mando y en la obediencia, profundamente desigual, como sucede con todos los organismos superiores, a lo menos en este planeta. Pueden variar los nombres y las exterioridades de las cosas: su fondo es inmutable.

Veo que estoy repitiendo vulgaridades que hoy nadie ignora; es una mala costumbre que adquirí en esos ya lejanos tiempos de confusión...

Tampoco recordaré que los retóricos

fueron los primeros en preparar el advenimiento de los bárbaros. Estas enfermedades periódicas del cerebro humano, continuán siendo un misterio aún para la ciencia de nuestro tiempo. Las creencias dominan con tanta mayor fuerza y rapidez cuanto son más absurdas. Cien años antes de la invasión de la barbarie, hombres inteligentes, ilustrados, casi sabios, sostenían ya que el progreso humano consistía en entregar a los bárbaros el poder social. No se crea que miento ni exagero: ese absurdo, inconcebible para nuestros cerebros de ahora, fué erigido en dogma de fé, y hubo tiempo en que no era dable negarlo, sin sentar plaza de extravagante. Es que las palabras hacían prodigios en ese siglo de retóricos: no llamaban a la barbarie, barbarie, como lo hacemos nosotros, sino con neologismo griegos cuyo sentido apenas se puede comprender ahora. ¿Ha oído alguno de mis lectores hablar de la democracia? Probablemente no; con ese eufemismo se designaba el reinado de la barbarie, el origen (divino o cosa por el estilo) de sus derechos regios.

Nunca los hombres, ni menos los niños, comprenderán las almas de otros tiempos distintos de aquellos en que viven. Recuerdo que cuando mis nietecitos estudiaban historia en el colegio, les maravillaban más las creencias de nuestros antepasados en el poder civilizador de la barbarie, que el culto egipcio del cocodrilo y del buey Apis. Aunque no fui contemporáneo de los Faraones, alcancé a los tiempos en que se adoraba todavía (a lo menos por fórmula) el salvajismo, y esta circunstancia me ha hecho más tolerante... Hago esta declaración sin temor de que ella me lleve a uno de los calabozos del castillo que el padre de Nuestro Amado Soberano ha hecho edificar en Matucana, y cuyo estilo, de ese esquisito gusto clásico que caracteriza al actual renacimiento de la civilización, soy el primero en admirar... Los arquitectos de la Bastilla no lo habrían hecho mejor.

Si trato de explicar (no por cierto de justificar) las absurdas quimeras de esa época, es porque temo que de otra manera encontraría tantos incrédulos como lectores.

Entonces nos educaban con esas ton-

terías desde la primera infancia, y hasta el mismo lenguaje contribuía a extraviarnos. Si ahora emplease la estúpida jerga de ese tiempo nadie entendería una palabra, o entendería lo contrario de lo que yo quisiese decir. Por ejemplo, los partidarios de que las naciones fueran dirigidas por los hombres más cultos, instruidos y bien nacidos, eran calificados de atrasados y retrógados; a los que por el contrario preferían la dominación de los bárbaros, se les titulaba progresistas y avanzados... ¿Parece un cuento de las Mil y una Noches, no es verdad? Pues juro a Dios y a mi ánima que no exagero...

Conservo recuerdos muy vagos de la época del derrumbe de la llamada antigua civilización. Es cierto que cuando nací, allá por los años de 1930, todavía subsistían vestigios de ella. Aprendí las primeras letras por el sistema infra-cultural-democrático-evolutivo... No perderé mi tiempo en tratar de explicar ese galimatías, aunque entre los pomposos títulos que era entonces costumbre de dar a las cosas, el referido es uno de los más breves e inteligibles.

Una verdadera epidemia de palabras caracterizó a esos años confusos. Los antropólogos han descrito la influencia milagrosa que tienen los términos sonoros y sin sustancia sobre los salvajes de todos los tiempos. Así es que por un momento pareció que la palabra iba a gobernar al mundo... Nadie puede hoy tener una idea de semejante diluvión de frases. Gobernar era hablar. Los bárbaros se dejaban conducir como mansos corderos por unos cuantos charlatanes, más o menos histriónicos, comediantes o juglares de oficio... Los ídolos de la barbarie prometían hablando y cumplían sus promesas... hablando también. Custros gestos histéricos, y una voz convulsa de falso profeta o de cómico de la lengua hacían prodigios... Ello es natural... ¿Qué son para el salvaje, la ciencia, la experiencia, el talento o la virtud? Nada, absolutamente nada... Desde los albores del mundo hasta nuestros días, sólo se han ensayado prácticamente dos sistemas de domar al bárbaro: la fuerza y el ruido... A éste último llamaban razón en los años de mi niñez.

Si no asistí a la inauguración del reino de la frase, presencié en cambio a lo menos el período final de su derrumbe.

Al principio (según oí a mi padre) todo pareció caminar en forma no excesivamente intolerable. Se hablaba y se escribía mucho; pero los charlatanes eran pocos y lograban entenderse entre ellos hasta cierto punto... Repito que no conocí esa época relativamente feliz, que por otra parte, duró muy poco.

Los libros de historia que leemos habitualmente nos dan una idea equivocada e incompleta de ese período, porque los documentos en que se fundan están escritos en el lenguaje anfibiológico y embustero a que he hecho antes referencia, y es más difícil penetrar su sentido que el de una inscripción cuneiforme.

En 1940, cuando yo salí del colegio, dominaba ya la barbarie en el país, si bien la antigua civilización no había aún perecido del todo en la vida privada. Procuraré hacer una rápida descripción de aquel estado de cosas.

Comenzaré por el gobierno, o lo que llevaba este nombre. Como se sabe todos los funcionarios eran elegidos por la mesa común de los bárbaros y por alguno que otro civilizado bastante inocente para acercarse a las cajas de madera en que se depositaban los sufragios. Como reinaba la frase, todos los elegidos eran charlatanes de diverso mérito en cuanto a la verba, pero inútiles para todos los demás. Desde el jefe electivo el gobierno, que se llamó Presidente hasta 1935, y se llamaba ahora el Gran Sirviente, para dar a entender que lo era de los bárbaros, hasta el último portero, las funciones de toda esa gente se reducían sobre poco más o menos a hablar.

La máquina administrativa era aparentemente muy complicada. Había setenta y tantos ministros. La cartera de trabajo, creada en 1924, se fué subdividiendo hasta lo infinito. Recuerdo el ministro de Armonía Social, el de Renovación Perpetua de Valores, el de Huelgas y Lock-outs, el de Manifestaciones Pacíficas, el de Arbitraje, el del Palacio-Obrero, etc. etc. El cuerpo legislativo, que era el principio electivo, quedó abierto para todos los salvajes que quisieran opinar desde 1938. Fué ese según se dijo entonces el mayor

progreso democrático de que hubiera memoria en los anales del mundo, a lo menos desde la edad de la piedra labrada... porque ya en la edad de bronce el espíritu retrógado (lo que nosotros llamamos civilización) lo había reemplazado por la monarquía y otras instituciones mucho más atrasadas, en concepto de mis contemporáneos.

Se promulgaban anualmente miles y miles de leyes, precedidas de largas y verbosas discusiones, para asegurar al mundo una felicidad idílica. Hablaban, pues, los legisladores, y el ejecutivo hablaba también.

La administración era numerosísima. Por un momento casi el cincuenta por ciento de la población estuvo enrolada en ella. Se pagaban sueldos muy elevados: el portero más infeliz percibía cincuenta millones mensuales o sea cinco billetes de diez millones cada uno. Es cierto que el kilo de pan (cuando lo había) era pagado a dos millones y medio.

Aunque existía un sistema completo y perfeccionado de contribuciones, según el plan trazado por un sabio profesor de cierta universidad alemana, el recurso más pingüe del gobierno era imprimir billetes... Creo que a más de hablar, era ésta la única función efectiva de la administración.

Estas máquinas complicadas que ruedan en el vacío caracterizan la mentalidad bárbara. En las primeras edades de la Historia, en tiempo de Sósotris y Sardanápalo, casi todo el gobierno consistía en hacer reverencias al salvaje reinante, en adularle y complacerle. Para dicha de esos antiguos pueblos, el objeto de ese culto oficial, era un solo individuo... ¿Se comprende la complicación que trajo para el mundo la peregrina idea de ver en cada salvaje (y eran muchos) un soberano?

Pero los Faraones del antiguo oriente, comían en vajilla de oro y vestían de púrpura; en tanto que los soberanos de Chile no tenían para saciar su hambre y cubrir sus desnudeces, sino palabras de adulo y una pompa irrisoria de genuflexiones y frases.

Porque, dicho está, toda esa máquina sólo producía viento-sonoro.

Nunca hubo menos armonía social, que



La tropa fué armada con fusiles Mardones.

bierno. Las atribuciones y deberes de los magistrados se reducían al privilegio de hablar desde más alto o desde más bajo. En 1940 la fuerza efectiva estaba ya en otra parte, o, mejor dicho, no existía ya.

La barbarie se organizaba y desorganizaba en grupos temporales, más o menos numerosos, y los caudillos efímeros que el capricho de las imbéciles muchedumbres levantaba y hundía diariamente, en cada gremio, en cada villorrio, en cada

fundo de campo, acabaron por ser más poderosos que los charlatanes con título oficial.

Fué una guerra civil de palabras; una sedición latente y continúa, en que los funcionarios públicos, desde el Gran Sirviente hasta el último guardián de policía, no luchaban ni por la dominación ya que el único privilegio del mando, que era hablar, estaba al alcance de cualquiera, ni por el sueldo, porque también lo tenían (aunque no oficial) los conductores que cada grupo de bárbaros alzaba sobre el pavés.

Vagos vestigios de la idea de orden, de la vieja y ya casi desvanecida noción de Estado, llevaron al gobierno a hacer un último esfuerzo por restablecer siquiera un fantasma de organización... Se acudió al ejército...

Pero los servidores del Estado no podían fusilar a su soberano y señor ni en todo ni en parte, y soberanos o parte de soberano, eran todos aquellos cuyos desmanes hubiera sido preciso reprimir. Reemplazar la palabra por las bayonetas y las balas, parecía enorme.

Entonces un ingeniero, de apellido Mardones, inventó la famosa utilería de guerra que fué a la vez la última esperanza del sistema y una de las causas más eficaces de su ruina.

La tropa fué armada con fusiles Mardones, en forma de trompeta que arrojan cincuenta palabras elocuentes por minuto a una distancia respetable. En el Museo Militar se conservan algunas muestras de esas máquinas famosas. Cuando el desorden pasaba de castaño a obscuro, sa-

lían los regimientos a persuadir... Después de las tres intimaciones de ordenanza, los fusiles tronaban. Como la cantinga democrática era de una desesperante monotonía, cada fusil sólo llevaba una docena o poco más de discursos, aplicables a todas las ocasiones. La táctica militar suprema consistía en elegir el más apropiado.

Los cañones Mardones eran poderosísimos, pero no se consideraba humanitario emplearlos con frecuencia. Su alcance llegó a veinticinco kilómetros, eran de retrocarga muy perfeccionados en todas sus partes. No digo nada de las ametralladoras: tenían la fuerza oratoria de cinco diputados, y largaban mil palabras sin sentido común en sesenta segundos. De allí la superioridad que los técnicos del Estado Mayor acabaron por reconocer a esta arma.

El éxito del nuevo armamento fué tan rápido como efímero. Al principio todo marchó muy bien. Se comprende el efecto que haría sobre muchedumbres histéricas, impresionables y veleidosas, un regimiento de novecientos soldados hablando cada uno como un Cicerón por boca de su fusil. Con elocuencia arrebatadora, con entonaciones dignas de un barítono de ópera, se prodigaban al enemigo (llamésmole así) las frases más cariñosas y halagüeñas... Muy brutos eran esos salvajes, pero aquello les impresionó al principio de veras. Sin embargo a todo se acostumbra el hombre, y un buen día de esos, el gran Sirviente supo aterrizar que un regimiento entero había sido degollado por el auditorio, apesar de que en el instante supremo, y como quien cala la bayoneta, había disparado el discurso más elocuente del propio Supremo Magistrado, corregido y pronunciado fonográficamente por el más célebre tenor del mundo.

Al día siguiente el ejército se declaró en huelga, y no hubo Armonía Social ni Revisión de Valores que consiguiera que un solo soldado volviera a salir a campaña.

Algunos días más tarde, otra huelga, la del papel moneda, puso fin trágico al gobierno. Una mañana, por acuerdo unánime, los diferentes gremios, federaciones y grupos colecticios (que eran ya el verdadero gobierno) acordaron no recibir el billete en pago de nada y a ningún precio.

Los empleados públicos, desde el Gran Sirviente hasta el último Zuche, vinieron a darse cuenta entonces que era peligroso y cansado, el continuar hablando de balde... Cada uno se fué a su casa o a buscar en que ganarse la vida, y el gobierno se acabó de hecho... Fué la Huelga del Silencio...

Cosa curiosa. Aquella palabrería era más útil de lo que había parecido. Las gentes, acostumbradas al arrullo de la palabra oficial, sintieron un enorme vacío cuando la bulliciosa máquina dejó de funcionar o de resonar. Hubo ataques de nervios, neurastenias y hasta casos de locura. Un lector del "Amigo del Pueblo" que se desayunaba todos los días leyendo las sesiones de la Asamblea Legislativa, y los discursos y promesas de los setenta y dos ministros, y de todos los demás funcionarios públicos, se disparó un balazo de desesperación, al encontrarse de la noche a la mañana sin el pan de cada día.

II

A la época de la Huelga del Silencio (Septiembre 18 de 1940) se refieren mis primeros recuerdos bien nitidos.

Mi padre, el número 156 A, de la Federación Agrícola de Marga-Marga, vallecito de costa en la ex-provincia de Valparaíso, me había inscrito bajo el número 277, al nacer yo, diez años antes, en el Registro Incivil de la respectiva circunscripción. El acto de la Inscripción consistía en un discurso democrático-constructivo-genésico. Por lo regular, el funcionario olvidaba la anotación en el Registro, por muchas razones, entre otras porque desde muchos años atrás no había libros. Estaba prohibido usar de nombres de pila y mucho menos de apellidos... Nada más contrario a la igualdad que la circunstancia de que un individuo se llamase Floridor y otro Baldomero... Cada uno tenía su número y eso era todo.

He dicho algo acerca de mi primera educación. Oí hablar de un profesor sin entenderle hasta que cumplí diez años. Cuando vino la huelga del Silencio, mi padre no quiso que yo permaneciese analfabeto, y me envió secretamente a completar mis estudios a un sofosterio, que

se había instalado en las serranías de Caléu.

Se sabe que esos sofosterios, prestaron en la época a que me refiero los mismos servicios que los monasterios cuando la otra invasión de los bárbaros. Allí se refugió lo que quedaba de ciencia y allí se conservaron los elementos que han servido más tarde para reconstituir la industria.

Algunos se maravillan de la subsistencia de esos institutos en el seno de la barbarie; pero el milagro no es tan imprevisible.

En realidad los salvajes no odiaban a la ciencia ni quisieron deliberadamente la ruina de la industria. Al contrario, sus confusas creencias en un porvenir mejor para el linaje humano, se armonizaban con la idea de un gran mejoramiento de la vida material, con el auxilio de los grandes descubrimientos de la civilización antigua. El progreso, en todos los órdenes, era uno de los vocablos favoritos de su jerga, y admiraban ingenua y sinceramente los milagros del saber y de la industria.

Es cierto que la destrucción efectiva y voluntaria, contribuyó en buena parte a la parálisis completa de la antigua industria. Pero esa obra no fué sistemática. Cada desorden o huelga dejaba una ruina tras de sí: minas de carbón inundadas, fábricas entregadas al fuego, puentes y túneles volados por la dinamita. La civilización material fué desapareciendo por parte, como en tiempo de Genserico y Atila, sin que nadie hubiera querido deliberadamente ese resultado.

La obra demoledora de la mística bárbara fué todavía más rápida aunque menos visible en un principio. La mentalidad y las pasiones de esos salvajes les incapacitaba para comprender que toda esa gran máquina de la civilización, como todo organismo superior, como el Universo mismo, era hija de la desigualdad, de la jerarquía, de la diferenciación de los órganos, del mando y de la obediencia; que su funcionamiento exigía cerebro y brazos. Cuando los bárbaros tomaron la dirección colecticia de aquel antiguo y delicado instrumento, vino poco a poco su parálisis gradual.

Cada día era más difícil reemplazar o

componer lo que se gastaba o destruía. Los instrumentos de producción acumulados en largos siglos de cultura, formaban en la civilización antigua como ahora, un vasto y delicado engranaje. Para construir una locomotora se necesitaba de máquinas, de hierro, de carbón. Para producir esos elementos eran también necesarias las locomotoras. Los dientes del engranaje fueron faltando uno tras otro. Hacia 1935 el triunfo de la barbarie oriental en Europa, la horrorosa anarquía de Norte América, y la falta de medios de cambio, aislaron a Chile como a casi todos los países del resto del mundo. Entregados a nosotros mismos, el fin no tardó en venir. La última locomotora dejó de recorrer la última línea (entre Santiago y San Bernardo) pocos días antes de la Huelga del Silencio. No había ya maestranza capaz de repararla.

La ciencia corrió una suerte parecida. Los bárbaros no la odiaban en sí misma; pero el insensato furor que les producía toda superioridad, el ansia de nivelar cuanto existía, trajeron su ruina. Quisieron que todo el mundo fuera igualmente sabio como querían que todos fueran igualmente ricos: El sistema infra-cultural-democrático-evolutivo de que antes he hablado, tenía ese propósito: la ignorancia universal tuvo el mismo origen que la miseria también universal... Vagas nociones, frases que se repetían sin entenderlas, pomposas declamaciones sin sentido, profesores que no eran sino charlatanes (como que los elegía la barbarie bulliciosa e histérica), tal fué la enseñanza que se dió en los tiempos que precedieron a la ruina total del gobierno en 1940. Los discípulos de tales maestros eran buenos para nada y se creían capaces de todo. Cuando la huelga del Silencio cerró los últimos liceos y las últimas escuelas nada se perdió sino al contrario.

Desde entonces sólo subsistieron los sofosterios como centros de cultura. Nada más sabio que la "regla" de su ilustre fundador el gran Francisco de Alhué... La barbarie no quería pagar hombres de ciencia, porque solo le inspiraba respeto el esfuerzo del músculo; en el sofosterio se hubo pues de alternar el trabajo agrícola y el ejercicio de las artes manuales con la meditación y el estudio, como en los



...que tomaba un sorbo de agua en un viejísimo sombrero de forma extraña...

conventos de la Europa bárbara. La "regla" prescribía también el silencio; era prohibido al miembro de un sofosterio hablar a los bárbaros sino en el lenguaje de su propia barbarie y lo menos posible. Sin esa precaución prudentísima, la institución habría perecido, porque los caudillos de aquellos salvajes no habrían

tolerado la exhibición de una ciencia superior a la de ellos.

Los sofosterios se instalaron en sitios agrestes y montañosos, más o menos estériles, para evitar que las tierras que ocupaban despertaran la feroz codicia de los bárbaros. El primero fué fundado en Alhué, sobre los cerros de Aculeo. Des-

pués vinieron otros muchos, entre ellos el de Caleu, donde ingresé como estudiante en 1940.

Los tiempos eran de horrible confusión.

Ese mismo año, el día que celebrábamos la fiesta de Lavoisier (protomártir de la barbarie), el sofosterio tuvo que rechazar a mano armada el ataque de una banda furiosa y famélica que recorría los campos buscando qué comer.

En efecto, la Huelga del Silencio tuvo por resultado la despoblación casi repentina de las antiguas ciudades, donde desde años atrás se habían acumulado inmensas muchedumbres de bárbaros, en busca de palabras y de alimento fiscal. Esta invasión de los campos tuvo caracteres atroces. No había en parte alguna medios de resistencia. Cada valle, cada hacienda antigua, cada pedazo de suelo se hallaba ocupada por tribus informes que obedecían poco o nada a reyezuelos de ocasión que, con el título de "Sirvientes del Pueblo", eran elegidos y destronados por los caprichos mudables de sus propios súbditos, o vencidos en las interminables guerras que les promovían las tribus vecinas. Cuando la holganza, el caos, la desobediencia, el desorden producían el hambre en una tribu, ésta emigraba en masa sobre otras para arrebatarles sus granos y sus ganados... Ya entonces se hablaba menos en el campo: había que empuñar alternativamente el arado y las armas, para no morir de hambre y para defender el alimento de cada día... Los hombres de guerra y de fuerza comenzaron a reemplazar a los charlatanes.

Apenas se concibe el desorden que se produjo cuando el colapso del Gobierno lanzó a los salvajes de la ciudad sobre la campiña. Todo fué talado y devastado... La yerba no crecía bajo las plantas de los bárbaros... Hubo hambres atroces y casi las tres cuartas partes de la población pereció de inanición o por el hierro.

Como he dicho, el sofosterio de Caleu fué entonces asaltado también por una horda, felizmente no muy numerosa, que, ignorante de la topografía de la región, quería lanzarse desde Santiago sobre las ricas campiñas de Aconcagua y tomó por camino el valle del estero de Puangue. Venían armados de groseras picas y masas de hierro, torpemente construídas por

ellos mismos, fundiendo al efecto los rieles del ferrocarril de San Bernardo. Cinco interminables días duró el asalto. El sofosterio estaba bien fortificado, y pudimos salvarle, así como lo mejor de nuestras cosechas y ganados.

Entonces salió por primera vez a campaña. Se me envió en compañía de otros estudiantes a reconocer las gargantas de Rungue, en previsión de otro asalto.

Apenas había un alma en aquellas desoladas serranías, dode quedaba sin embargo testimonio del reciente paso de los bárbaros. Por otra parte, nuestra pequeña tropa, forrada en hierro y con armas regulares, debía imponer cierto respeto.

Al segundo día de nuestra expedición, al desembocar en una quebrada fragosa, no lejos de las ruinas de Tiltit, encontramos a un pobre hombre, vestido de harapos, y medio muerto de cansancio y de hambre que tomaba un sorbo de agua en la copa de un viejísimo sombrero de forma extraña. Era algo así como un alto cilindro de terciopelo negro o acaso de piel.

Llenos de compasión, le llevamos al sofosterio... Por el camino nos refirió sus cuitas; pero, a la verdad, no conseguí entenderle una palabra.

—Soy,—nos dijo,—un liberal probado. Como tesorero del partido doctrinario aliancista de Putaendo, me dirigía a la Convención que debe celebrarse en estos días, para declarar una vez más que nadá queremos con los conservadores y que debe continuar el régimen de la alianza liberal. Por desgracia, el lamentable estado en que ha puesto al país el funesto régimen de las coaliciones creo que no me permitirá llegar a mi destino.

Aquello no era precisamente el lenguaje de los bárbaros, pero, lo repito, tampoco pude entenderlo.

Al llegar al sofosterio, salió a bajar el puente levadizo mi sabio profesor de historia de Chile. Le repetí lo que nos había dicho aquel pobre diablo, manifestándole mi sorpresa de que nada hubiera en sus lecciones capaz de darme la clave de sus palabras enigmáticas.

Con verdadero pasmo de todos sus discípulos, el ilustre historiador recibió al estafermo en cuestión con el regocijo del geólogo que descubre en las capas del te-

rreno terciario, los vestigios de un plesiosaurio o de un megaterio.

—Pase usted, señor,—le dijo;—tendremos mucho gusto en proporcionarle hospitalidad en este santuario de la ciencia. Usted, un liberal probado, un hombre de progreso, apreciará sin duda nuestros trabajos... Nó... no tenga cuidado... Aquí no somos coalicionistas... Le hago esta declaración porque, conociendo sus antecedentes y la firmeza de sus doctrinas, estoy seguro que, de no hacerla, usted preferiría ser despedido allá afuera por algún salvaje... perdón..., he empleado un mal término... por uno de sus dignísimos aliados, a celebrar con nosotros infames contubernios.

El tipo, mal seguro con el lenguaje de mi profesor, atravesó la poterna del sofisterio, con la desconfianza de quien pisa sobre alacranes.

Refiero este incidente, aunque nimio, porque son muy pocas las personas que sepan de la existencia de esos pájaros raro. Nuestro profesor tuvo la bondad de darnos al día siguiente una lección sobre ellos.

El preparador trajo al liberal doctrinario aliancista y lo puso sobre una tarima. El nos miraba un poco sorprendido.

—Los jóvenes alumnos de esta clase,—dijo el maestro,—desean de la firmeza incontestable de su probado liberalismo, que les haga una conferencia sobre sus gloriosos principios.

Mientras pronunciaba estas palabras, nuestro profesor, a hurto del liberal doctrinario, nos hacía señas bien elocuentes de que no molestásemos al bicho exhibido, y le oyéramos como si tuviese sentido común.

El liberal doctrinario habló media hora larga. Nadie le entendió una palabra. Su lenguaje era a veces el de los bárbaros, pero siempre sin concierto ni sentido. Insistía en mantener el régimen de la alianza liberal y en que no debía pactarse en ningún caso la coalición. Con diferentes frases, a esto se redujo todo su discurso. ¿Qué quería decir?

Cuando hubo terminado, el preparador se lo llevó para afuera.

—No está de más,—dijo entonces el maestro,—que ustedes hayan conocido el rarísimo ejemplar fósil, que nuestra bue-

na fortuna acaba de proporcionarnos. No me pregunten lo que significa esa alianza liberal y esa coalición que constituyen todo el tema de ese señor. El mismo no sabría explicarlo. Ello debió tener algún sentido en otro tiempo, como parece desprenderse de ciertos documentos, no muy claros por otra parte. Fué seguramente en la época en que comenzó el reinado de las palabras que acaba de terminar. Hasta no ha mucho, había sin embargo algunos ejemplares de esta especie que se creía extinguida. Su cerebro es rarísimo. Se imaginan que todo gobierno, régimen o caos, de los que se han sucedido desde la invasión de los bárbaros es obra y propiedad de ellos; los denominan alianzas liberales y juran mantenerlos a todo trance. Hace mucho tiempo que los bárbaros no hacen caso alguno de ellos, pero añáño parece que halagaban su inocente manía. Ultimamente los empleaban en barrer las calles y en lustrarles las botas, y ellos cada día más felices gritando por su alianza liberal.

—Debo confesarles, sin embargo,—añadió nuestro sabio maestro,—que el tipo que acaban de oír ha burlado mis esperanzas. Ustedes saben que trabajo desde hace algunos años en mi obra sobre "La Mentalidad de la Época Pre-Barbárica" y creí que ese liberal doctrinario podía ser un sobreviviente fósil de aquel período. Por desgracia, sólo pronuncia frases y palabras sin sentido exacto.

Ello viene con todo a corroborar una sospecha mía, y es que la jerga ininteligible que oímos a los bárbaros, estaba ya en uso antes de la invasión. Se habían introducido en el lenguaje ciertas palabras raras cuyo sentido la gente no penetraba y cuyo alcance verdadero quizás nunca llegue a averiguarse. Traducimos hoy, por ejemplo: "democracia" por "gobierno de los bárbaros"... Estoy seguro de que se entendió entonces la cosa así. No habrían escrito en tal caso esa palabra como sinónimo de progreso, y puedo citar muchos textos en que así aparece.

He estudiado en estos días la historia del Presidente Wilson que armó a su país (Norte América, según entiendo) contra ciertas naciones de Europa en nombre de la democracia. Ello sucedía antes de la invasión, y Wilson no era bárbaro ni parti-

dario de los bárbaros... ¿Qué entendía él por aquel término? Nó lo que nosotros, seguramente. Mis investigaciones parecen conducirme a resultados tan extravagantes, que temo volverme loco. Aún a riesgo de perturbar los jóvenes cerebros de ustedes con disparates, al parecer inverosímiles, voy a participarles el resultado de mis investigaciones.

La civilización antigua, como todas las civilizaciones del mundo, admitía el principio de la herencia. En las naciones con que guerreó el Presidente Wilson, el hijo heredaba, por ejemplo, no sólo el título con que su soberano había premiado al padre por sus servicios al Estado, sino la fortuna que hubiera dicho padre adquirido, por ejemplo, prestando dinero al cuarenta por ciento a las clases menesterosas. El señor Wilson, cosa increíble, no admitía que se heredaran otras ventajas que las que proporcionaba el dinero bien o mal adquirido y enviaba a las cárceles o suprimía esa especie de herencia. En cambio, declaraba la guerra porque se suprimiera la herencia de los títulos alcanzado en premio de empresas heroicas o útiles para el Estado. Creo que una cosa por el estilo es lo que ese señor llamaba "democracia" y nó, como ahora traduciríamos, "gobierno de los bárbaros".

El estudio de la extravagante mentalidad de ese tiempo, acaso nos dé la clave de los orígenes de la invasión. En cuanto a las palabras pronunciadas por el pájaro raro que acabo de exhibir, nada pueden, por desgracia, enseñarnos. ¡Clase perdida!

He referido con cierto detalle la anterior lección de cosas, porque ella puede dar una idea de las dificultades inmensas que los sabios de los sofosterios tenían que vencer, para conservar en medio de las obscuridades de la época algunos vestigios de civilización. Después de tamaña sacudida en el mundo, ni el lenguaje de la vieja cultura era comprensible sino a medias para esos abnegados maestros, precursores del actual renacimiento, de las luces.

Ese mismo sujeto que conferenciaba a medio día sobre la mentalidad de la época pre-barbárica, había estado arando toda la mañana una agria y estéril ladera de las serranías de Caleu, y acaso en la tar-

de habría de calzar la armadura para defender nuestras vidas y nuestras provisiones contra las bandas salvajes que desolaban el país.

Mientras la vida se deslizaba con relativa quietud en el sofosterio, el desorden comenzaba a organizarse. En el valle de Marga-Marga, por ejemplo, se había constituido una especie de estado, republicano al principio, como era natural entre salvajes. Los que poblaban la comarca, elegían sus jefes, cuya autoridad, efímera y discutida, en los comienzos, se fué robusteciendo hasta cierto punto. Algunos duraron en el mando hasta cuatro y cinco meses. Ellos ordenaban las siembras, distribuían las cosechas, hacían componer los senderos, pero su función principal era defender a esa comunidad informe de los ataques de los vecinos.

El lenguaje de la época anterior a la Huelga del Silencio fué poco a poco olvidado. Se vivía miserablemente por sin frases... Este progreso lo consideraron los filósofos de nuestro instituto como la señal evidente de que se aproximaban tiempos mejores. Por otra parte, ¡oh dicha!, no había ya preceptores que enseñaran a los salvajes lo que antes se llamó deberes cívicos y derechos del hombre... Fué la aurora del renacimiento.

Las comunidades de Lepe y de Curacaví, en el valle de Puangue, acabaron por ser sometidas a la autoridad de nuestro sofosterio. En otras regiones del país, la reconstrucción iba aún a paso más rápido. En 1954, el valle de Aconcagua tuvo su primer duque. Esa fértil comarca, objetivo principal de las invasiones de la barbarie, fué ocupada sucesivamente por muchas hordas que no tardaban en ser vencidas por otras llevadas allá por la codicia o el hambre.

Al fin la Providencia suscitó entre esos bárbaros un caudillo que supo imponerles una obediencia ciega. Auxiliado por los consejos del Abad del sofosterio de Jahuel, el nuevo duque logró someter a todo el valle, y pronto hubo allí una especie de gobierno regular. Muchos jefes de tribus comarcanas buscaron la protección de ese poderoso señor, se constituyeron en sus vasallos, y, desde entonces, a tan alto abrigo, no sólo consiguieron mante-

EL ADVENIMIENTO DE CARLOMAGNO I, EMPERADOR DE CHILE

nerse en el mando, sino transmitirlo a sus hijos.

Varios principados de parecida índole surgieron en distintas regiones del país. Por desgracia, las comarcas que rodeaban más de cerca nuestro sofisterio, seguían devoradas por la anarquía. Llampaco (mi



...salió a bajar el puente levadizo mi sabio profesor de Historia de Chile...

futuro feudo) estaba dividido en siete comunidades republicanas en continua lucha interna y externa. Valparaíso, desierto, era presa del último ocupante. En Marga-Marga ya he dicho que los jefes electivos de los bárbaros solían durar hasta cuatro meses. Tanto Melipilla como Casablanca pululaban de tiranuelos efímeros. Santiago, en ruinas, sirvió primero de reparo a los merodeadores, y, en seguida, una banda de éstos, comandada por un nuevo Rómulo, fortificó el centro de la antigua ciudad y ofreció protección a cuantos quisieran cultivar la tierra al am-

paro de los pobres muros de la antigua capital.

Con ser aquello el caos, por lo menos había ya el germen de una organización. Casi en todos los puntos del país alguien mandaba, sin preocuparse mucho del origen de su derecho, pero obedeciendo sin embargo.

Todos los hombres experimentaban, después de tanta miseria, la necesidad de un señor, de un protector, de un padre. La barbarie era extremada, las violencias inauditas, las nacientes monarquías débiles y vacilantes; pero, gracias a Dios, lo

más duro del camino estaba andado...

Fué entonces cuando surgió Carlomagno, nuestro grande y poderoso Emperador.

III

Nació entre los bárbaros. Nadie supo de su origen. Su estatura de coloso, su noble rostro encuadrado en espesa y luenga barba rubia, su mirada dominadora, sus fuerzas hercúleas, la majestad de su porte, su personalidad entera, en fin, será inolvidable para cuantos tuvimos la dicha de acercarnos a él.

Tartamudeaba un poco al hablar y su palabra estaba muy lejos de ser fácil... Quizás fué su mayor ventaja... Tras la ruina del verbo todos suspiraban por la acción. Un soberano capaz de hilvanar cuatro frases con mediana sintaxis habría parecido entonces ridículo.

Mi deber de hombre honrado y de fiel vasallo del Emperador me obliga a desmentir aquí dos patrañas torpes y malévolas que han llegado a encontrar albergue hasta en libros impresos.

La primera de estas calumnias indignas envuelve un delito de lesa majestad, y, con el mayor respeto, creo que nuestro amado soberano sobrepasó casi los límites de su infinita clemencia, limitándose a encerrar en un calabozo del castillo de Matucana, al historiador Pedro de Cuncumén que osó proferirla. Aquel mal vasallo debió ser dsecuartizado por potros chúcaros.

¿No se atrevió el insensato a insinuar la hipótesis de que Nuestro Amado Soberano y Emperador el Gran Carlomagno, debió su primitivo poder en el valle de Marga-Marga a la elección de un grupo de bárbaros? Sólo la ignorancia crasa del historiador mencionado de lo que era una elección en el periodo de las invasiones, explica si no justifica, tamaño desacato. Para ser elegido por los bárbaros era necesario carecer de sentido común o de sentido moral, ser un bufón truhanesco o un charlatán embustero. ¿Quizo el follón y traidor Pedro de Cuncumén afirmar que nuestro Santo Emperador era lo uno o lo otro?... Prefiramos caritativamente suponer que no supo lo que dijo.

Nó! La Soberanía del Gran Carlomag-

no no tuvo tan bajo y repugnante origen.

Tal elección es una fábula. Carlos de Marga-Marga, después Emperador de Chile, gran Palatino de Arequipa, Margrave de Salta y de Jujuy, señor Soberano del Paraguay y del Perú, apareció por primera vez a los ojos de sus futuros súbditos, a la cabeza de cien caballeros vestidos de hierro, troncos hoy de las más nobles familias del Imperio.

El valle de Marga-Marga, tierra bendita donde se reveló al mundo, hubo de admitirle como señor, porque así a Dios le plugo... No faltaron salvajes que quisieran resistirle; pero las cabezas de esos miserables clavadas en sendas picas, fueron por muchos años testimonio de su Paternal Justicia.

Otra invención torpe de historiadores mal informados, pero no tan insolentes y deslenguados como Pedro de Cuncumén, es la que atribuye a la influencia de los sofosterios los rápidos progresos del poder de Carlomagno.

Testigo de los sucesos y muy cercano, como que yo residía entonces en el Sofosterio de Caleu, vecino a Marga-Marga, puedo afirmar que tal sospecha carece en absoluto de fundamento.

La idea de orden y de civilización existía si en los sofosterios, y todos albergábamos en ellos la vaga esperanza de que la Bondad Divina suscitara en un tiempo próximo brazos capaces de restablecer la obediencia y de hacer justicia. Pero a la verdad, hubiéramos considerado una quimera, una ilusión propia de cerebros enfermos, lo que fué tan luego una espléndida realidad... Creíamos que la monarquía única y fuerte no podría establecerse sino dentro de muchos siglos, que el país no estaba preparado para recibirla, y nuestras más atrevidas expectativas se fundaban en la consolidación de pequeños principados que, a ejemplo del de Aconcagua, pusieran orden siquiera hasta donde alcanzara el brazo y la fuerza de sus señores.

La primera visita de Carlomagno al sofosterio de Caleu, se verificó el día 15 de Octubre de 1954. Todavía me parece ver la soberbia cabalgata penetrando por el puente levadizo. Nuestro abad besó la espuela de su señor (le había rendido homenaje por las tierras del sofosterio) y

le entregó las llaves en señal de sumisión.

—Te confirmo en tu feudo y recibo tu homenaje,—respondió bondadoso el señor de Marga-Marga.

Aquella tarde tuvo lugar una imponente ceremonia en el gran salón de conferencias del sofosterio. Carlomagno ocupaba un elevado sitial bajo un dosel, rodeado de sus guerreros armados de punta en blanco. Nuestro abad tomó la palabra...

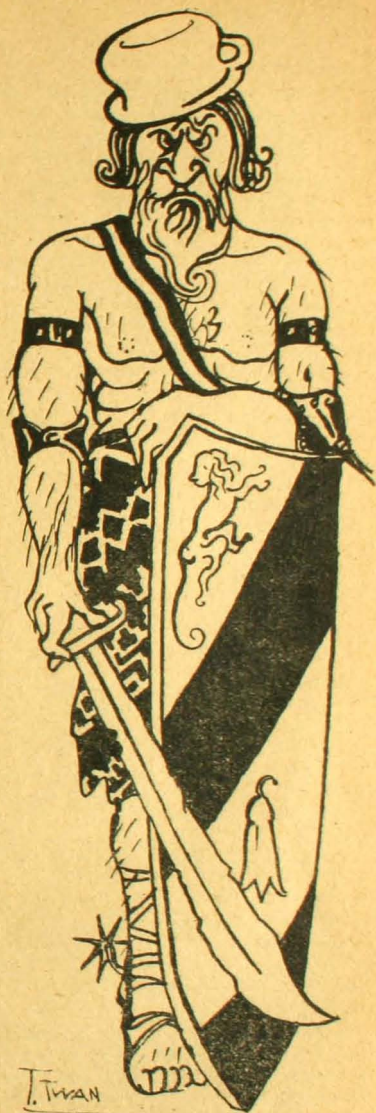
—Sabed,—dijo,—que los males del mundo están a punto de terminar... El espíritu infernal de la barbarie está vencido, porque ya no hay sobre el haz de la tierra nada que demoler ni nada que envidiar... La aurora de esa civilización que constituye el fin principal de nuestro Santo Instituto está cercana.

Carlos de Marga-Marga, nuestro soberano y señor feudal, ha resuelto usar del poder que de la Providencia ha recibido, para restablecer la paz en todas las tierras que se extienden sobre el Aconcagua y el Maipo. Será el padre bondadoso de todos los que se sometan a sus leyes, así sabios como ignorantes, caballeros como bárbaros... Será el juez implacable de los rebeldes que desconozcan su poder.

En adelante, el débil no será la presa del fuerte, ni el justo del ambicioso, ni el sencillo del intrigante... Todos tendrán un protector y un juez.

En esta virtud, la Alta Sabiduría de Nuestro Señor ha dispuesto que los indignos tiranuelos que con el nombre de Sirvientes del Pueblo azotan las tierras de Llampaico, Valparaíso, Limache, Melipilla y Cuncumén sean desposeídos de los feudos que con artes villanas han usurpado, y, colocados fuera de la ley, cualquiera que ejecute en su Santo Nombre está justicia, le suceda en el goce de dichos feudos, bajo la Superior Soberanía de Carlos, señor de Marga-Marga por la gracia de Dios, y de hoy en adelante Duque de las Marcas de Valparaíso, Casablanca y Puangue.

Hoy día sería muy difícil comprender el entusiasmo que estalló dentro de nuestros pechos al oír un lenguaje tan diverso a aquel a que estábamos acostumbrados. Fué algo como la sensación del hambriento que encuentra su pan asegurado,



del desnudo a quien se viste un traje magnífico, del que vaga sin hogar y sin techo y recibe la seguridad de que en adelante

vivirá al alto abrigo de un palacio magnífico.

estar de que comenzaron luego a gozar hicieron el resto.

En 1958 tomé posesión de la habia y valle de Valparaíso, que desde que habían perecido el comercio y la navegación, se encontraba abandonado. Este acontecimiento tuvo gran importancia en el desarrollo ulterior de los sucesos. Hice edificar una torre en el cerro que queda a las espaldas de las ruinas de la Intendencia y puse allí una guarnición a nombre de mi señor.

Por aquel tiempo ya Carlomagno había pacificado una gran extensión de país. Sus dominios abarcaban por el norte hasta el valle de la Ligua, por el sur hasta el Maipo. Al oriente estaban limitados por la punta de Chagres, que los separaban de las tierras del duque de Aconcagua y por la cuesta de Prado. Santiago y todo el valle del Mapocho estaban casi desiertos desde que, cegados los antiguos canales de regadío, la aridez había vuelto a reinar en esas tierras de secos cascajos.

En la antigua capital de Chile dominaba algo qué se titulaba Gran Federación Obrera, pero que no pude averiguar a punto fijo en qué consistía. Al reparo de los edificios medio destruidos de la gran ciudad de antaño, vivían algunos centenares de individuos cuya única profesión conocida era el pillaje. Felizmente no se atrevían a llevar sus depredaciones ni a nuestras tierras ni a las del duque de Aconcagua. En tiempos de cosechas salían en bandas armadas hacia el sur, llegando a veces hasta el Maule.

El Gran Carlomagno no pensó por entonces en extender su poder a ese rincón miserable y árido. Le preocupaba la organización de su ducado. En 1958 tenía ya en trabajos algunas minas de cobre, telares algo menos primitivos, varios molinos y se habían formado una docena de pequeñas poblaciones donde se iniciaba poco a poco alguna grosera industria y un principio de comercio.

En 1959 comenzó a acuñarse moneda de cobre. Ese mismo año se promulgaron las primeras leyes escritas que haya conocido el país después de la Huelga del Silencio. Eran tan breves y sencillas, como complicadas las de la época anterior.

Pero noto que, sin quererlo, he ido

Las tierras de Llampaco, de que se me dió la investidura, eran la comarca más desierta, agreste y salvaje del nuevo ducado. En ellas reinaba la barbarie en absoluto. Casi toda la población había perecido de hambre y desnudez. Las treinta y tantas familias que habitaban todavía allí, embrutecidas por la absurda palabrería de una época que ya felizmente iba pasando en casi todo el resto del país, continuaban llamándose la Federación Agrícola de Llampaco. Sin comprender el lenguaje que continuaban repitiendo, hablaban mucho y trabajaban poco, lo estrictamente necesario para no morir de hambre, y aún menos, porque el hacerse todos los años el repartimiento de las cosechas, siempre resultaba que la ración de cada uno de esos miserables no era suficiente para su alimento. De allí las horribles e interminables luchas que nadie era capaz de evitar, porque los Sirvientes del Pueblo estaban sometidos al capricho salvaje y no conocían otra política que la de las arengas pomposas a cuyo ruido se había derrumbado la civilización. Hasta los telares en que algunas mujeres industriosas fabricaran hasta una época reciente algunas jergas groseras, habían sido destruidos en los espasmos de la guerra continua o sacrificados a la envidia brutal de los menos industriuosos. Las gentes parecían espectros, vestidos de pieles de zorros u otros animales salvajes... pero continuaban hablando del progreso, de la armonía social, de la renovación de valores, de los santos derechos de la barbarie... No he visto nunca espectáculo a la vez más grotesco y más lamentable.

La conquista fué cuestión de pocas horas y obra de una pequeña tropa de doce hombres armados entre los cuales repartí la mitad de las tierras, reservándome el resto. Los salvajes fueron igualmente repartidos en encomienda y en calidad de siervos: no servían para otra cosa. Para hacerlos trabajar hube al principio de apelar al látigo y a otros instrumentos de convicción aún más eficaces; pero luego se acostumbraron a respetarme como a su señor. La tranquilidad y el relativo bien-

abandonando el plan que me había trazado, de anotar únicamente mis recuerdos personales e íntimos. Chocheces propias de la edad... En realidad, he ocupado ya todo el espacio que esta Antigua y Venerable Revista, única que, refugiada en el sofosterio de Huemul, sobrevivió a la invasión de los bárbaros, me había ofrecido.

Puede que, con la benevolencia de sus propietarios, si Dios me concede vida y

salud, relate en otro número mis recuerdos concernientes a la época en que el Gran Carlomagno organizó este espléndido Imperio, orgullo hoy de la civilización americana.

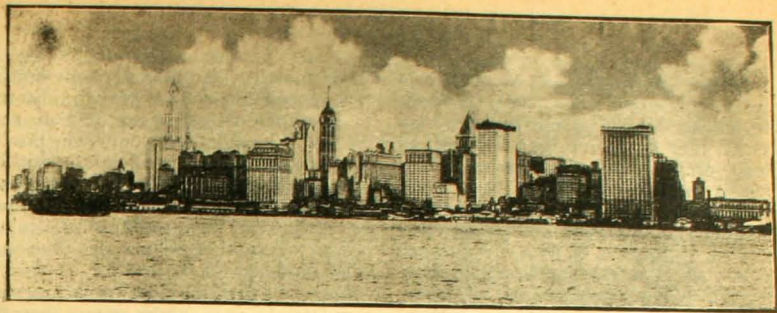
El Vizconde de Llampaco, Caballero de la Gran Cruz del Cóndor Azul, Doctor en Ciencias, Chamberlán Honorario de Su Majestad el Emperador Carlomagno III.



NADA

Era un pobre diablo que siempre venía
cerca de un gran pueblo donde yo vivía;
joven, rubio y flaco, sucio y mal vestido,
siempre cabizbajo... Tal vez un perdido!
Un día de invierno lo encontraron muerto
dentro de un arroyo próximo a mi huerto,
varios cazadores que con sus lebreles
cantando marchaban... Entre sus papeles
no encontraron nada... Los jueces de turno
hicieron preguntas al guardián nocturno:
éste no sabía nada del extinto;
ni el vecino Pérez, ni el vecino Pinto.—
Una chica dijo que sería un loco
o algún vagabundo que comía poco,
y un chusco que oía las conversaciones
se tentó de risa... ¡Vaya unos simplones!
Una paletada le echó el panteonero;
luego lió un cigarro, se caló el sombrero
y emprendió la vuelta... Tras la paletada,
nadie dijo nada, nadie dijo nada!...

CARLOS PEZOA VELIZ



ESTADOS UNIDOS ESCUELA DE HOMBRES

EL SEÑOR G. H. ILLANES,
UN "SELF MADE MAN"

A PROVECHAMOS la corta estada en el país de este compatriota nuestro para presentarlo a los lectores de Pacífico, como ejemplo de lo que da de sí la juventud chilena, cuando junto con la oportunidad, tiene la fortuna de encerrar en su pecho voluntad de formarse a sí misma, y de vencer en la ardua lucha de la vida.

El señor Illanes se encontraba en California cuando se celebró la famosa Exposición de San Francisco, en 1915. Era empleado del Gobierno de Guatemala en esa Exposición, y compartía con muchos extranjeros la idea de que la Exposición sería un fracaso, por la ausencia de las naciones europeas y de muchas de las sudamericanas.

Pero los Estados Unidos habían decidido que la Exposición debía ser un triunfo, y sin duda que lo fué, como lo comprueba simplemente el número de visitantes, que pasó de veinte millones.

Fué sin duda el ambiente de esfuerzo y de éxito en que se encontró envuelto en esos meses de trabajo, lo que fijó el destino de nuestro amigo el señor Illanes.

El, como todos los demás jóvenes sudamericanos que se encontraban representando a países latino-americanos en los trabajos de la Exposición, vivía al día, sin preocuparse para nada del mañana.

Fué una mujer, una señorita americana, del condado de Santa Clara, la que, en una conversación ocasional, le dijo la palabra que había de lanzarle en un nuevo derrotero.

—¿Qué piensan hacer todos ustedes, jóvenes sudamericanos, y centro-americanos, una vez que se termine la exposición?

Como jamás se le había pasado esta idea por la mente, nuestro compatriota replicó que por el momento había seis meses por delante, y que en ese tiempo lo pensaría. Ella insistió, y con su espíritu práctico yankee, llamó la atención a que, lo que podía hacerse en seis meses, debía iniciarse sin demora.

La conversación con esta niña, dejó reflexiones en la cabeza del señor Illanes, y en una reunión que tuvo poco después con doscientos cincuenta latino-americanos, les repitió la pregunta, es decir qué iban a hacer después de

la exposición. Todos, con excepción de once, regresaban a los países de donde habían venido, y aquellos once no tenían idea de lo que iban a hacer, es decir, estaban en las mismas condiciones de nuestro amigo.

El les sugirió que se quedaran trabajando, y estudiando en los Estados Unidos, y propuso el plan, de que cada uno de ellos escribiera una carta a cien fabricantes americanos, ofreciendo sus servicios. Esta idea fué echada a la chacota por los compañeros.

Illanes la puso en práctica, y de 100 casas a que se ofreció, 98, le contestaron sintiendo no poder aceptar, una casa de Boston informó que le aceptaría, si después de verle y de conversar con él, les parecía que podía ser útil, y la casa número 100 ofreció un empleo seguro por sesenta días, a condición de que si después de ese tiempo no les convenía, presentaría su renuncia.

El señor Illanes entró a trabajar el 11 de Diciembre de 1915 como último empleado de un departamento de exportación, compuesto de ocho alemanes y un español, algunos de los cuales trabajaban allí desde hacia siete años.

Después de diez meses de un trabajo constante de casi doce horas diarias en la oficina y cuatro horas de estudio en la escuela de comercio de la Universidad de New York, fué llamado por el presidente de la casa quien le informó que después de haber vigilado su trabajo tanto en la oficina como en la Universidad y siendo su conducta intachable, en su ocupación como en su vida privada, le comunicaba que desde el día siguiente sería el Gerente del departamento de exportación. El nombre de esta casa es "Kny-Scheerer Corporation".

El señor Illanes se retiró de ella después de haberse graduado en la Universidad pasando a pertenecer a una organización de la cual podía sentirse orgulloso de formar parte, y adonde también tuvo oportunidad de servir a muchos compatriotas; esta Institución se llama "The National City Bank of New York".

Empezó en calidad de auditor extran-

jero, puesto en que día y noche son lo mismo con respecto al trabajo. En esta Institución llegó a ser jefe de sección y fué respetado y querido por la mayoría de sus altos oficiales. Uno de sus mejores amigos de hoy, es el señor John H. Allan, actual presidente del American Foring Banking Corporation y Vice-Presidente del National City Bank en su tiempo.

De esta Institución se retiró nuestro compatriota para pasar como secretario y Gerente de la casa Snows Limited de donde se retiró para trabajar por su cuenta.

En la actualidad hace una jira comercial por los países de América trayendo la representación de una casa americana que cuenta con 90.000.000 de pesos oro americano de capital.

Llegar donde ha llegado el señor Illanes, le ha costado muchas noches en vela, estudiando; muchos meses comiendo una vez al día con el objeto de ahorrar para pagar los estudios; muchas humillaciones; mucho descorazonamiento, pero todo es posible, si uno lo desea y está preparado moral y materialmente para la lucha.— "Yo no me considero en absoluto en más que ninguno de mis compatriotas no ha dicho este hombre de acción y tengo la convicción que todo chileno que desee hacer lo mismo, lo puede, pero no debe olvidarse de lo siguiente: **que hay que estar preparado moralmente y contar también con un cuerpo sano.**— Estas son condiciones indispensables para el éxito de un hombre, ya sea en Estados Unidos o en la China".

"Un caso práctico, nos agregó todavía nuestro amigo: el español que mencioné a ustedes que era empleado de la casa K. Scheerer Corp. lo encontré pocos días antes de venirme, y preguntándole las condiciones sobre las cuales estaba trabajando me contestó: "No todos tienen la **suerte** suya amigo Illanes, yo sigo ganando treinta dólares semanales".

Yo no quise contestarle, que cuando él se iba a bailes con chiquillas, yo estaba en clase en la Universidad, que cuando él daba una comida a los amigos y amigas y después al teatro, yo

por comida tenía solamente una taza de chocolate, por lo tanto la mía no fué suerte sino única y exclusivamente perseverancia, moral en todo el sentido de esta palabra”.

El señor Illanes nos expresó el deseo de que se mencionara especialmente en este artículo que debe todas las enseñanzas morales que ha aplicado durante su carrera, al distinguido doctor George Alessander, presidente del Consejo de la Universidad de New York y uno de los hombres más prominentes de los Estados Unidos.

En una de las conversaciones que hemos tenido con el señor Illanes en su alojamiento del Savoy, quisimos que nos concretara sus impresiones sobre los compatriotas que van a Estados Unidos, convencidos como estamos de que aquel país es una de las mejores escuelas que podemos desear para la formación de nuestra juventud de élite.

—Empezaré por clasificar un poco a los diferentes chilenos, con quienes he tenido contacto por allá,— nos contestó, —ya por amistad o por simple presentación.

En primera línea colocó a los chilenos que han sido criados en su patria con todas las comodidades y el respeto social que su familia ha podido procurarles, y que a pesar de ello, se olvidan al llegar a Estados Unidos de las comodidades de ayer, y empiezan a trabajar, sin pedir un centavo a sus familias.

—Pocos serán esos, señor Illanes...

—En efecto, son muy pocos, son verdaderas excepciones, pero a estos hombres excepcionales debería pertenecer el manejo de Chile en el futuro. Es lástima que sean tan pocos, que talvez

podiera contarlos con los dedos de una mano, pero Ud. sabe que la aptitud se encuentra en el menor número.

—Creemos que los más tendrán medida de aquí.

—Precisamente, la mayoría de los jóvenes compatriotas que van a educarse a Estados Unidos, son mantenidos por una mensualidad que su familia les envía.

—No son muy meritorios.

—No, eso no. Le aseguro a Ud. que la gran mayoría de estos estudian a conciencia, y se portan a la altura de todo chileno que quiere honrar a su patria; y tengo la completa seguridad de que al regreso a Chile son de gran utilidad.

Siguen en mi clasificación los compatriotas favorecidos por la fortuna que van a Estados Unidos como simples turistas. Estos convencido de que el cincuenta por ciento de ellos van a divertirse, sin importarles el dinero que gasten, y sin pensar jamás en los bienes que podrían hacer a su paso por allá, con una

pequeña parte de ese dinero, proporcionándolo a personas dignas de tal ayuda.

—Sirvase aclarar su pensamiento.

—...e voy a mencionar un caso práctico: Me encontré en New York con un caballero chileno que me dijo que venía a gastarse en dos meses, ocho mil dólares; yo pude cercionarme de la efectividad de lo que decía, porque estaba por ese tiempo en el National City Bank.

Traté de convencerle de que con cuatro mil dólares podía vivir como un millonario, y de que dejara los otros cuatro mil en poder de alguna institución,



Señor G. H. Illanes

para costear la educación de un compatriota.

—Y, ¿qué le contestó?

—Amigo Illanes, Ud. erró la vocación: en vez de banquero Ud. debía haber estudiado para cura.

Este caso pinta de cuerpo entero a la mitad de los turistas chilenos. Esta gente vuelve a Chile sin ninguna clase de ideas sobre el carácter verdadero de los americanos; no tienen sino palabras de crítica, sin acordarse de que lo que ellos alcanzaron a ver por allá, fué solamente la superficie de poblaciones enorme, superficie que está formada por masas flotantes y cosmopolitas provenientes de todos los rincones de Europa, y que no tienen más Dios ni ley que el dólar.

—Luego, para formarnos una idea de los verdaderos americanos, ¿a donde debemos mirar?

—Si Ud. le pregunta a uno de estos chilenos, si alguna vez fué invitado a una casa de familia americana, y le contesta afirmativamente, tenga la seguridad de que está mintiendo.

Es cierto, también, que estos individuos son los que menos daño hacen a los Estados Unidos, porque la opinión de un ignorante dada a una persona culta no perjudica sino solamente al ignorante que la da; pero desgraciadamente en este país la mayoría de nuestros compatriotas que no han viajado, miran al individuo que ha tenido esa facilidad en la vida como una persona culta, por torpe que esta persona sea, y a éstos compatriotas míos que no han viajado es a los que quisiera imponer de mis ideas para que juzguen en el futuro al individuo que critique una nación y llega de allá sin siquiera hablar el idioma.

—Quisieramos saber a quien deja Ud. para ser creído...

—La otra mitad de los turistas son hombres serios que han trabajado muchos años y que emprenden viaje a Estados Unidos en vía de descanso y al mismo tiempo, si algún negocio se presenta, darle un poco de tiempo; para esta clase de compatriotas no tengo sino una observación que es, que también juzgan a Estados Unidos sin co-

nocerlo; le pondré un ejemplo de un caso práctico que me pasó con un oficial de alta graduación del Ejército chileno, con el cual nos hicimos muy amigos; un hombre muy culto y muy educado y que había ido a Estados Unidos por vía de descanso.— Cada vez que me encontraba con este caballero lo primero que echaba en cara era lo mal educados, insolentes y groseros que los americanos eran, después de cansarme con argumentos que debido a la edad del caballero no sirvieron de nada, decidí llevar mis argumentos a la práctica.

—Eso es lo más seguro.

—El pueblo donde yo vivo es completamente formado por residencias de familias netamente americanas, siendo yo el único extranjero en él. Las familias que residen en esta ciudad son todas lo que se llama en Estados Unidos "Well to do", que no son millonarios pero que tampoco son pobres; por ejemplo el vecino a la derecha de mi casa es dueño de una fábrica de gomas elásticas; al frente tengo por vecino al sobrino del famoso millonario americano de los relojes Ingersonn; en la parte de atrás tengo un hermano del señor Ingersonn; y así todo el resto del pueblo se compone de esta clase de jente, es decir del americano puro, del que hace a Estados Unidos grande, de donde sale el Congreso, los Presidentes, los inventores, Banqueros, Ministros, comerciantes etc. etc.

—Y que es el que debiéramos conocer e imitar en Chile.

—Evidentemente; pues bien, le expliqué el caso de este amigo mío a diferentes americanos, e hice un plan con siete de ellos para invitar a comer al oficial chileno a la casa de cada uno de ellos un día de la semana. Empecé por llevarlo a mi casa, donde tuve como invitados a mismo tiempo que a él dos familias americanas que no estaban en mi combinación; y así sucesivamente lo hicimos por cuatro días, al quinto día al encontrarme con este caballero me dijo: señor Illanes, no me avergüence más, yo me he dado cuenta perfectamente la primera noche de su invitación de que yo estaba completamente equivocado, y doy a Ud. todas las explica-

ciones del caso; el día que yo regrese a Chile haré ver a mis compatriotas que ellos en su mayoría que vienen acá no conocen al americano verdadero y que lo que Ud. me dice que la mayoría de nosotros juzgamos al americano por lo que veíamos en las calles, sin acordarnos que casi todas las partes públicas donde nosotros asistimos, ya sean restaurants, hoteles etc. son atendidas por europeos de baja clase, pero como en los Estados Unidos hay tanto rubio de baja clase como de la alta nos confundimos.

—Es una lástima que tales experiencias no puedan repetirse muchas veces.

—Sí, pero la molestia que me tomé en convencer a este caballero, la encuentro mil veces pagada; y de estos casos podría relatarle lo menos veinte. Mi idea no es la de solamente hacer que se reconozca al americano su valor, sino tan importante es que se le haga justicia a un pueblo el cual tiene los mejores deseos de ser amigo sincero de nuestra patria. Al chileno se le mira en Estados Unidos como una raza de blancos y con franqueza he de decir que este es el honor más grande que a una nación le puede hacer Estados Unidos, especialmente si esa nación es Sud-Americana.

—¿Entonces algunas naciones americanas son menos consideradas?

—Ud. vera ¿Qué ha sacado, por ejemplo, el peruano con habérsele ido a humillar como un perro a los pies del americano? Absolutamente nada. Estados Unidos mira a Chile con respeto y al Perú como una raza de indios; esta opinión la doy con conciencia y sin apasionarme. Hace ocho años que yo he estado en los Estados Unidos y que mi vida diaria desde que empecé mi lucha en ese país ha sido entre ellos, en cada oportunidad que he tenido he tratado de sondear la opinión de ameri-

canos y su contestación ha sido la siguiente: Con los chilenos, señor Illanes, nos consideramos de igual a igual; el peruano, demasiado bajo para ser nuestro amigo. Pero esto no quiere decir que nosotros debemos insultarlos y desacreditarlos a ellos, sino por lo menos al criticarles sus faltas, también reconozcámosles sus méritos; a mí me han llamado americanizado muchos de mis compatriotas entre ellos, nada menos que un alto oficial del Gobierno de Chile en Estados Unidos, por la sencilla razón que yo no asisto a los 18 de Septiembre. Pero en cambio le dije yo a este caballero, yo consigo cada tres años dos becas para mis compatriotas en la Escuela de Comercio de la Universidad de New York, en donde yo me gradué, además tengo 17 compatriotas colocados en casas americanas, recomendados por mí y dos de ellos con fianza mía y para terminar la conversación con él, le dije: esos tres chilenos que Ud. en días pasados echó del Consulado para que regresaran a Chile, y a los cuales Ud. desanimó, yo los tengo colocados, a dos de ellos en una fábrica de locomotoras en Philadelphia y al otro en una fábrica en Deyton, Ohio, siendo que Ud. tenía la obligación material y moral de ayudarlos, sino con dinero al menos infundiéndoles valor, por lo tanto el que no es patriota es Ud., porque a mí no me pagan para ello y a Ud. sí.

—Mucho agradecemos, señor Illanes...

—Una palabra antes de terminar para los compatriotas que están en Chile y que algún día llegarán a ir a los Estados Unidos; la unión hace la fuerza; traten de ser unidos y no despedazarse los unos con los otros y si es imposible esa unidad, mejor que vivan separados; trabajen para el fin que se han propuesto, terminenlo y regresen a la patria para servirla.





El último rey de los gitanos



EL ULTIMO REY DE LOS GITANOS

Por DAVID BARI C.



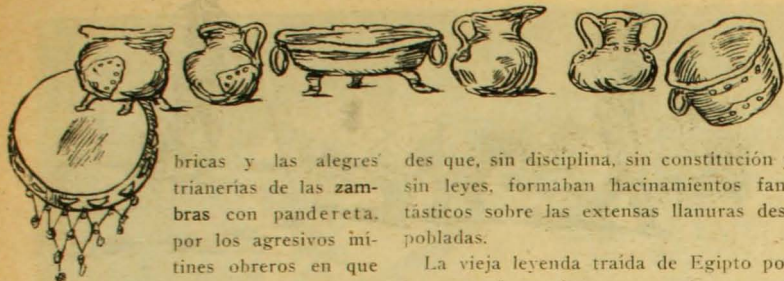
A raza triste y vagabunda que ha arrasado la policromía de sus vestimentas y la amargura de sus cantares por todos los países de la tierra, ha empezado a perder el encanto de su vida libre y

turbulenta y comienza a aburguesarse, oprimida por el ambiente de la cultura moderna, que ya no celebra a sus histriones y que se hace sorda a sus vaticinios para el porvenir.

Excepto en estas ciudades de América, en donde se conserva todavía mucho de la ingenuidad primitiva de los hombres y en donde las pitonisas gitanas tienen aún una clientela, numerosa, en el resto del mundo han establecido tiendas y bazares, han llevado al monte de piedad las **zaran-dajas** de oro y hasta envían al colegio a los **churumbeles** harapientos que pregonaban sus habilidades en las ferias.

Andalucía, la clásica tierra gitana, el admirable escenario florido que supo de sus insurrecciones, de sus andanzas y de sus turbulencias, está reemplazando el tintineo de los cascabeles por las sirenas de las fá-





bricas y las alegres trianerías de las **zámbras** con pandereta, por los agresivos mítines obreros en que se habla de reivindicaciones y de libertades. Y los gitanos bohemios, sorprendidos por esta mutación extraña que les impide ser ociosos, que hasta les niega el derecho de divertirse a las gentes que ya no quieren divertirse. porque necesitan comer, se van diseminando poco a poco, se van plegando a la colmena productora y se aburren dignamente tras el mostrador, mientras contemplan los magníficos **cármenes** llenos de claveles que les hablan de la bella vida aventurera por las carreteras inundadas de sol.

Siempre fué costumbre que los gitanos tuvieran un rey; un príncipe de su raza lleno de atributos gloriosos y fantásticos como su reinado ideal, un rey que presidía las **zámbras** bulliciosas, que administraba justicia y que era lo más representativo, lo más pintoresco y lo más hermoso del clan.

Desde Zindelon, el más antiguo de sus reyes, el que invadió las llanuras de la Hungría y la Moldavia, con sus interminables caravanas hambrientas, todos los príncipes que le sucedieron conservaron el prestigio de su realeza deienéda por esas turbas nóma-

des que, sin disciplina, sin constitución y sin leyes, formaban hacinamientos fantásticos sobre las extensas llanuras deshabitadas.

La vieja leyenda traída de Egipto por los mercaderes tártaros, contaba que sus reyes habían sido obligados por Dios a viajar con su pueblo, incansablemente, por haber negado hospitalidad a la Virgen, cuando huía con Jesús de las amenazas de Herodes. Y los bohemios desamparados, llevando en los ojos la amarga tristeza de un destino que nunca merecieron, viajaban, viajaban siempre, como el Judío de Sué, y desde el Mar del Norte hasta las vegas gaditanas, iban poniendo una nota de policromía alegre sobre la tristeza del paisaje.

Hubo épocas en que el espíritu fanático de los tiempos se ensañó con ellos y la injusticia de los hombres les enseñó a ser malos, le enseñó a desconfiar de las leyes que se hacían para que otros las burlaran, y aprendieron a desconocer la propiedad ajena, porque en sus largos peregrinajes aventureros observaron el fondo de explotación y de miseria que había en el carácter de la propiedad feudal.

Guardaron esta herencia de perversión social, transmitida de padres a hijos, conservada como un credo propio a través de muchas generaciones, y así se vieron rechazados y maldecidos en todos los países, a los que llegaban arrastrando sus grandes barracas móviles, donde se agitaba todo el es-





De la vida gitana

píritu inquieto de la raza ambulante y perseguida.

En España, las intemperancias religiosas fueron para ellos tan severas, que las hogueras de la Inquisición se alimentaron durante mucho tiempo con los bohe-

mios gitanos, acusados de maleficios y de brujerías.

Fué necesario que Carlos III de España dictara en 1783 una pragmática concediéndoles derechos y prerrogativas ciudadanas para que cesara, si nó la persecu-



ción privada, por lo menos la crueldad de los tribunales de justicia, que no considerándolos como hombres, los enviaban al patíbulo, inmolándolos en las plazas públicas para desagrar al cielo cuando la peste y el hambre asolaban las secas llanuras castellanas.

II

Todas estas viejas añoranzas de la raza triste se agolpan en el recuerdo del viajero cuando tiene ocasión de conocer personalmente al rey actual de los gitanos, al pobre idiota cubierto de harapos multicolores, que vende su retrato por una **perra gorda** en las amplias avenidas de la Alhambra de Granada.

Siguiendo la trayectoria fatal de todas las grandezas humanas, la realeza bohemía, en plena decadencia, parece que se extinguirá para siempre con este último heredero del título glorioso, que tuvo, como todos los reinados, su alcázar defendido por la adulación, el vasallaje, la ambición y el interés.

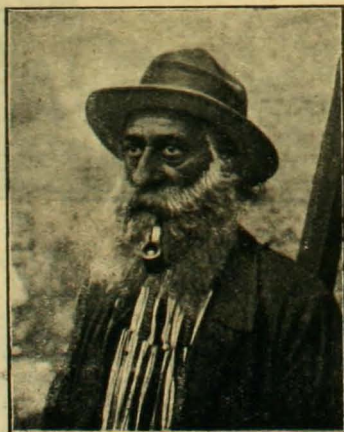
¡Cuántas centurias han transcurrido desde que el obispo Segismundo necesité

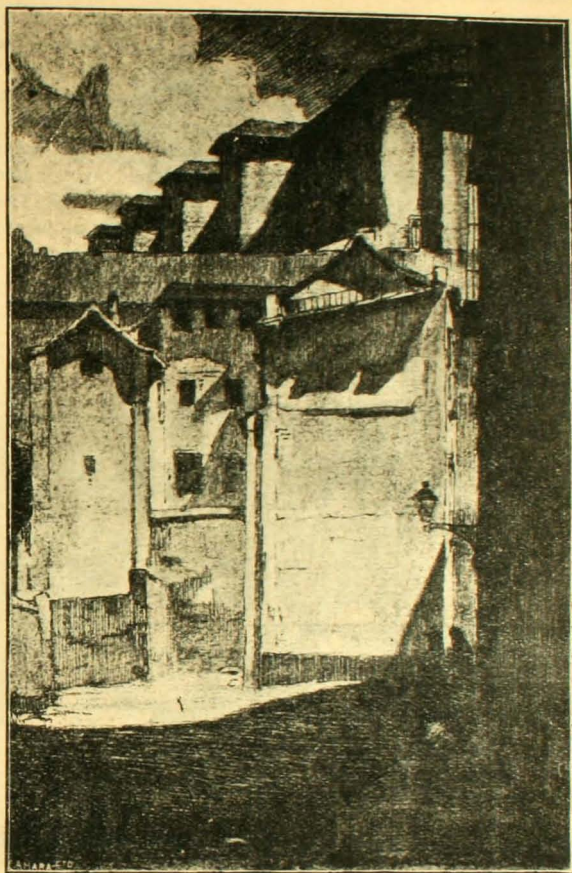
e imploró el auxilio de Tomás Polgar, uno de los reyes gitanos del siglo XV, hasta hoy día en que la majestad bohemía, desarrapada y andrajosa, asciende todos los días penosamente la cuesta de Gomez para coleccionar unos cuantos céntimos entre los turistas que visitan el palacio moro!...

Sabe una vieja historia de los antiguos reyes, que alguien ha grabado en su pobre cerebro enfermo a fuerza de hacerse la repetir quizás durante meses enteros, y que él salmodia como una letanía, con un tono de voz invariable y cansado, mientras sus ojos inexpressivos de idiota, parecen reflejar el alma muerta de las cosas que nunca más han de existir.

Sentado horas enteras frente a la vieja puerta carcomida del palacio de los musulines, permanece insensible ante las bur-las de los muchachos que ensayan sus precocidades de futuros hombres incompasivos, y sólo se levanta cuando, distinguiendo a algun visitante con aires de señor, puede detenerlo para repetirle la vieja historia que siempre empieza así:

"Mis nobles antepasados, los reyes Zidclon y Algomengar, llegaron desde tie-





"Nocturno en el Albaicín", cuadro de Alfredo Lobos



rras desconocidas, con una corte de vasallos numerosa..."

...Y luego de tomar aliento después del largo párrafo mil veces repetido, extiende una mano para recibir la ofrenda, mientras con la otra y con una actitud que hasta parece digna, hace el obsequio de su fotografía, en donde el artista irónico le ha dado un sello de grandeza a su pobre físico desmedrado y débil.

Un día, después de anochecido, bajamos con él por el Paseo de los Tristes hasta su vieja morada en las cuevas del Sacro Monte y allí, bajo una bóveda blanqueada con carburo, sobre un camastro endeble y desartelado, la majestad gitana se tiende sin ceremonias palaciegas a descansar de las torturas que le impone su exhibición constante, los rudos gajes de su reinado ideal.

Aparte de la vieja historia, es incapaz de coordinar dos frases con sentido, y cuando alguien le urge con preguntas insistentes, se limita a decir:

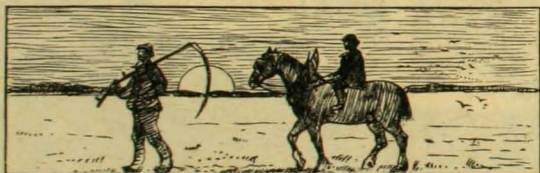
—No es bueno que sepan nuestras cosas los **busnós**. (1)

Todos los días, poco después de amanecer, dos gitanas viejas que atienden a sus menesteres, le ayudan a vestirse, lo envuelven con las típicas prendas de los

rom (2) descoloridas por el uso, y lo acompañan cariñosamente por la carretera del Darro, hasta el pie de la cuesta de Gomerez, desde donde continúa solo, cabizbajo y triste, arrastrando sus pesadas botas por las avenidas perfumadas de la Alhambra, desde cuyos minaretes de arabescos complicados, el Tiempo parece condolerse de sus ojos inexpresivos y de la ironía cruel de su reinado...

(1) Hombre blanco de otra raza.

(2) Hombre gitano.





EL HOMBRE DE LA MUÑECA

Por CH. VIRMAITRE

NO voy a referir un cuento sino una historia verdadera, tanto en su fondo como en los menores detalles. Únicamente, por razones que fácilmente se comprenderán, callaré el nombre verdadero

de la persona que sirve de protagonista a este relato.

Hace algunos años, "El Hombre de la Muñeca" era, sin duda, el más original de

los charlatanes y titiriteros de la plaza de la Bastilla, en París.

Se trataba de un tipo extraordinario.

Tendría unos treinta años y era muy moreno, con cabellos muy largos pero bien cuidados, un bigote fino y retorcido, el rostro pálido, los ojos brillantes pero algo melancólicos, hundidos bajo cejas espesas. Vestía siempre con mucha corrección, usaba ropa interior muy limpia y sombrero de pelo. A primera vista se adivinaba que aquel era un hombre distinguido, obligado por la desgracia a ganarse su vida haciendo de saltimbanquí.

Siempre estaba solo; no dirigía a nadie la palabra, no entraba a ninguna taberna. Llegaba diariamente a la plaza, trayendo bajo el brazo una pequeña mesa de madera negra, cuyo pie formaba una especie de caballete y un saco de terciopelo negro.

Comenzaba por instalar su mesita, la cubría con una carpetita bordada con franjas de oro, y, en seguida, desataba los cordones del saco, del que salía una magnífica muñeca, tan grande como un niño de tres años, toda resplandeciente de sedas y encajes. La colocaba delicadamente sobre la mesa, acostándola sobre un cojín bordado, y, después, sin decir palabra, se retiraba algunos pasos, paseándose silenciosamente por la plaza.

Poco a poco se iban agrupando los curiosos. Cuando nuestro hombre creía que el auditorio era suficiente, se acercaba a la muñeca, apartando a los espectadores con mucha cortesía; saludaba a diestra y siniestra, se levantaba las mangas de la levita y empezaba a ejecutar una escena de ventriloquía.

Su talento en este sentido era maravilloso.

Recogía siempre bastante dinero, aunque él nunca pedía nada. Terminada la función, guardaba sus monedas, ayudado

de algunos pilluelos, saludaba ceremoniosamente al público, tomaba sus trebejos y desaparecía.

Este hombre-enigma era objeto de muchos comentarios, y circulaban acerca de él las leyendas más extraordinarias; para los unos era un agente de la policía secreta, para los otros, un noble arruinado. Algunos afirmaban que era el hijo de un duque muy conocido en París por sus diamantes y su arte de escultor.

Tuve varias veces ocasión de asistir a su espectáculo y su fisonomía simpática me sugestionaba sin poderlo remediar. Un día me llamó la atención no encontrarlo en la plaza de la Bastilla en su sitio habitual.

Pocas tardes después le ví sentado en la terraza del café de los Príncipes, muy elegantemente vestido, con guantes nuevos y rodeado de muchas personas.

Me senté en una mesa vecina; hubiese querido conversar con él, pero me pareció tan silencioso como en la plaza de la Bastilla.

—Perdón,—le dije por último;—creo, señor, haber tenido el placer de verlo en otra parte.

—Puede ser,—me respondió con sequedad.

—En la plaza de la Bastilla,—agregué sin inmutarme.

—Tiene usted razón, señor,—me dijo sin manifestar la menor emoción. — Soy, o mejor dicho, era "El Hombre de la Muñeca".

—No quería hacerle un recuerdo desagradable,—dije.—Disculpe usted.

—Ese recuerdo está muy lejos de molestarme. No es vergonzoso pedir su vida al trabajo, en un oficio, infimo, pero no deshonesto. Su recuerdo, al contrario, me halaga, porque prueba que yo había logrado llamar la atención de usted.

—En efecto,—le dije,—su traje, sus ma-

neras, su lenguaje, hacían contraste entre los harapientos que le rodeaban.

—Confíese usted que desea conocer mi historia.

—Lo confieso.

—Bien... Ella no tiene nada de extraordinario. Soy americano; he devorado una gran fortuna y me vine a París para trabajar, mientras esperaba la muerte de un mi tío, bastante rico, y del cual yo era el único heredero. Ha muerto hace pocos días. Al día siguiente de heredar he abandonado la plaza pública, para volver a tomar mi rango en el mundo. Eso es todo.

—¿Cómo adquirió usted ese admirable talento de ventrílocuo?

—Es un talento natural... Encontrándome sin recursos, pensé explotarlo. La historia de mi primera función es bastante divertida... ¿Quiere usted oírlo?

—Por cierto... Con mucho gusto.

—Cuando me vine de New York, después de una ruina total, me detuve en Londres. Al bajar del tren, en la estación de Charing Cross, traía una criatura análoga a la que usted vió en la plaza de la Bastilla; pero no vestida con lujo como esa, sino envuelta en harapos y con semblante enfermizo. Al subir la gran escalera, puse al niño en uno de los peldaños y le hablé con extraordinaria dureza.

—Sube la escalera,—le dije;—no deseo llevarte más en mis brazos ¡holgazán!

—¡Ah, padre!—me respondió el niño con voz suplicante; llévame tú... Sabes

que no puedo subir solo la escalera con mis dos pies cortados por...

—Canciones...—le repliqué;—sube o te pego...

El pobre niño sollozaba, y yo le apliqué sin piedad un bofetón en la mejilla.

La indignación de los espectadores llegó a su colmo.

—¿Es suyo ese niño?—me preguntó uno.

—Eso no le importa a usted,—respondí...—No se mezcle en lo que no le atañe.

—Voy a llamar a la policía.

—Oh, nó, señor,—gritó el niño sollozando;—me matará como mató a mi madre y a mi hermana.

Yo llevé la mano a la faltriquera.

—Cuidado,—gritó el niño,—tiene un cuchillo y lo va a herir...

—Por cierto,—exclamé yo, sacando un puñal.

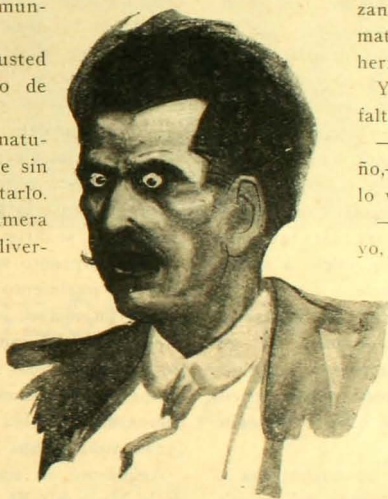
Todo el mundo se puso en salvo, menos dos hombres valerosos, uno de los cuales me cogió por el puño; pero su movimiento no fué bastante rápido para impedir que yo hundie-

ra el puñal hasta la vaina en el pecho del niño.

—¡Al asesino! ¡Al asesino!—exclamó el niño con agonizante angustia.

La escalera se vió invadida por una turba furiosa que quería lyncharme. Entonces yo saqué el puñal muy tranquilamente del pecho de mi víctima y con la otra mano tendí mi sombrero a los circunstantes.

—El niño es de madera,—dije,—y ésta es mi primera función en Londres.



Todo el mundo se echó a reír, yo hice una colecta espléndida y mi reputación quedó bien establecida. Conservo mi muñeca... Puede que algún día me sea útil de nuevo,—añadió melancólicamente.

—No se lo deseo,—repliqué.

En efecto, la lección no le había aprovechado. En poco tiempo devoró la herencia de su tío; abandonó a Paris, y se fué a las Indias Holandesas, donde contrajo matrimonio con una parisiense. Un día, al salir del teatro, su mujer murió de repente, dejándole una niña. Presa de la nostalgia del bulevar, liquidó sus pequeños asuntos y regresó a Paris.

En el camino hubo de recordar que su bolsa era menos que ligera y que ahora tenía dos bocas que mantener.

En sus peregrinaciones había visto de cerca a los prestidigitadores indios y adivinado la llave de los pretendidos misterios de los fakires. Resolvió servirse de estos conocimientos para dar funciones en Europa, y, al efecto, inició a su pequeña en sus designios.

Desembarcaron ambos en Marsella; allí daría su primera representación; pero antes quiso dar a la prensa y a algunos intelectuales el espectáculo de un ensayo general en el que obtuvo un éxito formidable.

Entre sus prodigios se encontraba el "Canasto Indiano". Después del ensayo, todavía instruyó mejor a la niña.

—Ten presente sobre todo, hijita, que yo debo aparecer matándote cuando tú

estás dentro del canasto; así, antes de hacer funcionar la trampa del escotillo, debes gritar y pedir auxilio, para aumentar la ilusión: mientras más grites y llores, tanto mejor.

Al día siguiente tuvo lugar la representación pública, con un lleno completo. Todas las prestidigitaciones de "El Hombre de la Muñeca" fueron aplaudidas con entusiasmo. Llegó el turno al "Canasto Indiano".

La niña avanzó al proscenio, y, después de una escena mímica, que produjo un efecto inmenso, entró al canasto; inmediatamente el prestidigitador atravesó el canasto con su larga espada. Se oyó un grito terrible, y "El Hombre de la Muñeca" mostró su espada, tinta en sangre, al público en delirio.

La orquesta ejecutó un trémolo.

Cuando estuvo seguro de haber herido suficientemente la imaginación de los espectadores, se dirigió al canasto y lo abrió.

Pero de pronto se le vió vacilar y caer sobre el pavimento gritando:

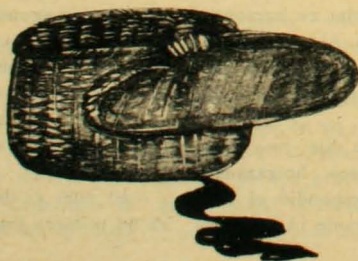
—¡Hija mía!... ¡Hija mía!...

Al fondo del canasto yacía la pobrecita, ensangrentada, inmóvil, con el pecho traspasado por la espada. La trampa, mal dispuesta, no había funcionado a tiempo. ¡¡¡La niña estaba muerta!!!

Acudieron en socorro de "El Hombre de la Muñeca". El abrió los ojos, silbando la conocida canción:

"Si muero, que me entierren..."

Se había vuelto loco.





EL ASESINATO

EN LAS TINIEBLAS

Por LA BARONESA ORCZY

Capítulo I

El misterio de la calle Fenchurch

DE manera que Ud. no admite misterio impenetrable en ningún hecho criminoso, ni siquiera en el Misterio de la calle Fenchurch? dijo la pequeña Polly Burton, reporter del "Evening Observer", a su extraño vecino de mesa en el restaurant, desconocido para ella has-

ta hacia un instante, en que ex abrupto le acababa de dirigir la palabra.

—Precisamente, en el llamado Misterio de la calle Fenchurch, menos que en ningún otro caso, contestó tranquilamente el viejo.

Polly le consideró un momento en silencio. Nunca había visto una cara más pálida, ni un cuerpo más flaco, ni un pelo más raro, lacio y desteñido hasta casi desaparecer, y cuidadosamente pegado sobre la parte ya calva del cráneo.

Lo que le daba al hombre un aspecto más tímido y nervioso era que jugueaba incesantemente con un pedazo de cáñamo, enrollándose y desenrollándose en los dedos, y haciendo y deshaciendo rápidamente en ellos nudos más complicados y maravillosos.

Ahora bien, el Misterio de la calle Fenchurch, tal se designaba popularmente aquel extraordinario crimen, había tenido durante cerca de un año a toda la población de Londres devanándose los sesos. La misma pequeña periodista le había dedicado muchos ratos de honda meditación, hasta terminar declarándolo, como todo el mundo, insoluble. Era, pues irritante la suficiencia de ese vejete insignificante, y con verdadero sarcasmo le replicó Polly:

—Lástima grande que Ud. no haya ofrecido sus luces a la policía, que por lo visto ha andado en esto, tan descaaminada como llena de buena voluntad.

—¿No le parece, pues?—replicó él.—La verdad es que a mí mismo me tuvo perplejo al principio: el 12 de Diciembre se presentó a la policía una mujer pobremente vestida, pero que evidentemente había conocido mejores tiempos, a dar cuenta de haber desaparecido su marido, sin ocupación, y aún sin domicilio muy fijo. Acompañaba a la mujer un amigo, un alemán gordiflón, que corroboró la relación de la mujer, con detalles que pusieron inmediatamente en acción a los agentes.

En síntesis, Karl Müller, el alemán, había llegado el 10 de Diciembre, más o menos a las tres de la tarde, de visita donde su amigo William Kershaw con el objeto de cobrarle un pequeño préstamo de diez libras que con anterioridad le había hecho. Le encontró en un estado de indescriptible agitación, y en cuanto intentó hablarle de la deuda, con aspavientos de enajenado lo hizo callar, lo dejó boquiabierto, pidiéndole perentoriamente otro préstamo de dos libras, que según dijo, serían el instrumento para labrar la inmediata fortuna de él, y del amigo que le ayudara en tan importante ocasión.

Después de un cuarto de hora perdido en indirectas, Kershaw se decidió a

confiar al alemán el secreto de sus esperanzas, el plan que a creerle, pondría muchos miles en sus manos.

Polly había dejado hacía mucho rato el diario que antes leía. El desconocido de aire nervioso y tímido tenía un modo tan sugestivo de contar su cuento, que, a pesar de serle todos esos detalles conocidos, la tenía fascinada.

—No sé si Ud. recordará—continuó el viejo,—la relación que hizo el alemán, y que fué confirmada en todas sus partes por la esposa o viuda. En resumen era esto: Más o menos unos treinta años atrás, Kershaw, que entonces tenía veinte, y era estudiante de medicina en uno de los hospitales de Londres, tenía un compañero de estudios llamado Barker, y compartía la vida de pensión con él y con un tercer compañero.

Ahora bien, este último trajo consigo una tarde una suma muy considerable de dinero, ganada en las carreras, y al día siguiente se le encontró asesinado en la cama. Kershaw pudo por fortuna probar una coartada concluyente porque había estado esa noche de turno en el hospital; en cuanto a Barker, desapareció en absoluto, por lo menos para la policía, más no para los vigilantes ojos de su amigo Kershaw, o por lo menos tal afirmaba este. Barker consiguió deslizarse habilmente fuera del país, y después de atravesar incontables vicisitudes, fué a dar finalmente con sus huesos en Vladivostok, en la Siberia Oriental donde, bajo el nombre supuesto de Smethurst, se labró una cuantiosa fortuna en el tráfico de pieles.

Como Ud. sabe, no hay quien no haya oído nombrar a Smethurst, el millonario siberiano. El cuento de Kershaw, de que antes se había llamado Barker no se comprobó nunca, ¿no es así? como tampoco el asesinato que le atribuía, cometido treinta años antes. Yo solamente me estoy refiriendo a la que Kershaw manifestó a su amigo el alemán y a su mujer, en aquella noche memorable del 10 de Diciembre. A estar a lo que él decía, Smethurst habría cometido una plancha fenomenal en su habil carrera, escribién-

dole cuatro veces a su amigo de otros tiempos, William Kershaw. Dos de dichas cartas no figuraron para nada, porque, escritas hacía como veinticinco años, Kershaw las había perdido, o por lo menos así lo aseguró. Pero se sabe por él, que la primera de dichas cartas la escribió Smethurst, alias Barker, en los momentos en que, gastado todo el dinero que sacó de su crimen, se encontraba en la miseria en New York.

Kershaw, a quien le soplaban a la sazón vientos propicios, le mandó un giro por diez libras esterlinas en recuerdo de los antiguos tiempos. La segunda carta fué cuando se había dado vuelta la tortilla, y Kershaw había empezado a declinar, por lo que Smethurst remitió cincuenta libras a su viejo amigo. A partir de ese día, Kershaw había apelado varias veces a la cartera cada día más gorda de Smethurst y había respaldado sus demandas con ciertas amenazas, que a la distancia en que ambos amigos se encontraban, bien comprenderá Ud. lo inútiles que eran.

Según el relato del alemán, Kershaw le había entregado, después de unos momentos de vacilación, las dos cartas que decía escritas por Smethurst, y que tan importante papel desempeñaron como Ud. recordará en el misterioso proceso de este crimen extraordinario. Tengo aquí una copia de las dos cartas—continuó diciendo el estrambótico viejo y, sacando un pedazo de papel de una cartera destrozada, lo desplegó cuidadosamente, y leyó lo que sigue.

“Señor: Sus absurdas exigencias de dinero son ya absolutamente insostenibles, y yo ya le he ayudado todo cuanto Ud. podría merecer; sin embargo, en recuerdo de los tiempos antiguos, y porque no olvido que una vez Ud. me ayudó en circunstancias terribles para mí, estoy dispuesto una vez más a dejar que Ud. se imponga a mi buen corazón. En pocos días más sale en su Yatch, para una larga gira por puertos europeos y asiáticos, un amigo mío ruso, comerciante, y me ha invitado a acompañarlo hasta Inglaterra. Como estoy cansado de la ausencia, y deseo de volver a ver mi tierra después

de treinta años, y aunque no sé que día preciso podremos estar en esas costas, yo le prometo que tan pronto como toquemos en algún puerto apropiado, volveré a escribirle, citándole para que nos veamos en Londres. Pero tenga muy presente que si sus exigencias son demasiado absurdas, no volveré a oír hablar de ellas, y no olvide que soy el hombre menos apropiado del mundo para someterme indefinidamente a un chantage insoportable. Suyo afectísimo.— Francis Smethurst.

La segunda carta estaba fechada en Southampton,— continuó con mucha calma el curioso viejo;— y lo más notable es que esta era la única de las cartas que Kershaw decía haber recibido de Smethurst, de la cual se hubiera tomado el trabajo de guardar el sobre, y la única que tenía fecha. Era bastante corta,— agregó, extendiendo de nuevo su pedazo de papel.

Querido señor: refiriéndome a mi carta de hace pocas semanas, debo informarle que el Tsarkoe Selo fondea el próximo Martes 10, en Tilbury, donde desembarcaré, y me dirigiré a Londres por el primer tren que alcance. Si Ud. quiere, podríamos encontrarnos en la estación de la calle Fenchurch, en la sala de espera de primera clase, en la noche. Como supongo que después de treinta años de ausencia Ud. habrá olvidado mi cara, me puede reconocer por mi grueso abrigo de pieles de astracán con gorra de lo mismo. Entonces no tendrá más que presentarse y atender a lo que Ud. tenga que decirme. Suyo afectísimo.— Francis Smethurst.

Esta última carta era la causante de la agitación de William Kershaw, y de las lágrimas de su mujer. Según expresión del alemán, se paseaba por la pieza como un animal bravo, accionando descompasadamente, y murmurando frases incoherentes. Mientras tanto, la señora Kershaw se encontraba poseída de temores vagos: desconfiaba del vagamundos, que tenía además, según la historia de su marido, un crimen en la conciencia y que no había de fijarse mucho en cometer otro, para librarse de un enemigo peligroso. En su deli-

cadeza femenina le desagradaba todo este negocio, y se acordaba de que la ley es severa con el que practica el chantage. La cita podía no ser más que una trampa habilidosa, y en todo caso era una cita bastante rara: ¿por qué, decía ella, no veía Smethurst a Kershaw al día siguiente en el hotel? Mil otros porques se presentaban a su imaginación ansiosa, pero el gordo alemán cedió pronto a la presión de Kershaw, que presentaba ante sus ojos la visión siempre irresistible del oro inesperado, y alojó las dos libras esterlinas necesarias para que su compinche se emperifollara un poco para el encuentro con su amigo el millonario. Media hora después salía Kershaw de la casa, y su desgraciada mujer no lo volvió a ver más.

La esposa esperó llena de ansiedad toda la noche, sin que volviera. Al día siguiente se lo pasó entero haciendo mal encaminadas averiguaciones por los alrededores de la estación, y al subsiguiente fué a la Brigada Central de Policía donde dió todos los detalles que conocía, y entregó las dos cartas escritas por Smethurst.

CAPITULO II

Un millonario en el banco de los acusados

Sólo el día 31 del mismo mes— continuó el hombre del cañamito, después de contemplar sonriente la cara de intensa expectación con que esperaba sus palabras Miss Polly Burton— vinieron a encontrar dos lancheros un cadáver en el más completo estado de descomposición, en el fondo de un lanchón abandonado que se encontraba amarrado al pie de una de tantas oscuras graderías que por todas partes bajan al río formando callejón entre un par de altos almacenes, en el barrio oriental de Londres. Tengo aquí una fotografía de ese sitio,— agregó, sacando trabajosamente una del bolsillo, y poniéndola ante los ojos de Polly.

—Como Ud. ve, habían quitado ya el lanchón cuando yo saqué la plancha, pero fácilmente se dará Ud. cuenta de lo apropiado que es el tal callejón para cortarle el cogote a un hombre con toda comodidad y sin testigos. El cadáver estaba, como dije descompuesto hasta el extremo de impedir su identificación, porque había permanecido allí probablemente veintinueve días, pero varios objetos, como un anillo de plata y un prendedor, fueron reconocidos por la señora Kershaw como de propiedad de su marido.

Por supuesto que la señora no trepidó en inculpar a Smethurst, y es claro que la policía hallaría grave la posesión de este, cuando, a los dos días del descubrimiento del cadáver, era arrestado en su lujoso departamento del Hotel Cecil, el millonario siberiano, como familiarmente le decían los hombres de negocios.

Sea dicho en honor de la verdad yo me encontré bastante perplejo al llegar las cosas a este punto. El relato de la señora Kershaw y las dos cartas de Smethurst habían visto la luz pública en los diarios, y siguiendo mi método habitual,— como amateur, se entiende —traté de descubrir ante todo el móvil del crimen que la policía atribuía a Smethurst: librarse de un chantageur peligroso... era la tesis adoptada por todo el mundo. ¿No le choca a Ud. lo mezquino del móvil?

Miss Burton hubo de confesar que nunca antes le había chocado.

—Pero, fíjese... Un hombre que había levantado por sus solos esfuerzos una enorme fortuna, no sería tan infeliz para creer que tenía algo que temer de una pobre ave como Kershaw. Debía haber estado cierto de que Kershaw no podía estar en posesión de pruebas condenatorias contra él, o por lo menos de que jamás sus pruebas serían bastantes a condenarlo a la pena capital. ¿Se acuerda de Smethurst?— agregó, registrando la cartera. Polly contestó que había visto los retratos publicados por los diarios.

Entonces el siguió, colocando ante sus ojos una pequeña fotografía:

—¿Qué es lo primero que le llama la atención en esa cara?

—Me parece que será la curiosa expresión como de asombro que tiene, debida seguramente a que carece de cejas, y la "pelada", tan divertida.

—La "pelada" tan al rape, que casi parece que estuviera afeitado. Exactamente: eso fué lo primero en que me fijé aquella mañana en el tribunal, cuando me abrí camino a punta de codos hasta la primera fila, y pude contemplar a mi sabor al acusado. Era un hombre alto, de marcial continente, que se mantenía muy derecho, y tenía la cara completamente bronceada y curtida. No usaba bigote ni barba, y llevaba el pelo completamente rapado, a la francesa. Pero, naturalmente, lo más notable de su facha era la total ausencia de cejas y de pestañas, que daba a su rostro un aspecto tan peculiar, un aire de asombro, como Ud. dice.

Se mantenía, sin embargo en una calma maravillosa; le habían proporcionado una buena silla como era millonario... — y en los intervalos que mediaban entre las declaraciones de los diversos testigos conversaba sonriente con su abogado, sir Arthur Inglewood, y cuando estaba declarando alguno, escuchaba placidamente, con la cabeza afirmada en la palma de la mano.

Müller y la señora Kershaw repitieron la relación que habían hecho ya a la policía. Creo haber oído a Ud que por recargo de trabajo no fué ese día al tribunal, así es que no habrá tenido ocasión de conocer a la señora. Bueno, aquí tiene Ud. una instantánea que puede sacarle en el tribunal. Esta tal cual: aparatosamente vestida, y con su grueso anillo de compromiso muy visible. No miraba por nada al acusado, y tuvo todo el tiempo los ojos puestos en el juez. Parece que quería al infelizote de su marido; estaba persuadida de que su victimario estaba allí presente, y le demostraba ostensiblemente su aversión. Me daba mucha lástima. En cuanto a Müller, estaba más gordo que nunca, lleno de pompa, y consciente de su importancia como testigo. Tenía aferradas en sus dedos gordos

las dos cartas, que acababa de reconocer; estaba seguro de que constituían su diploma de persona importante y notoria; pero sir Arthur Inglewood el defensor, lo dejó mirando, al declarar lacónicamente que no tenía que contra interrogarle.

Sin embargo, la expectación de la concurrencia iba aumentando a medida que se desarrollaba la sesión.

El guardián D 21 estaba declarando sobre las circunstancias de la aprehensión: el acusado, según dijo, había dado muestras de la más absoluta sorpresa, no entendiendo la causa de la acusación que pesaba sobre él, pero cuando se la hubieron explicado, y, dándose cuenta sin duda de la inutilidad de toda resistencia, había acompañado tranquilamente al policial al coche. Nadie se había dado cuenta en el elegante y repleto Hotel Cecil de que había ocurrido algo anormal.

Cuando retiraron al guardián, un suspiro de reconcentrada ansiedad se escapó de los pechos de los curiosos: estaba a punto de comenzar la verdadera función. Prestó el juramento de regla James Buckland, cargador, que en realidad no sabía gran cosa.

Dijo que a las seis de la tarde del diez de Diciembre, y en medio de una de las neblinas más densas que recordaba en su vida, había llegado el tren de Tilbury con un atraso de una hora más o menos. El esperaba en el andén, y luego lo llamó un pasajero envuelto en un enorme abrigo negro de pieles, con gorro de viaje también de pieles.

El pasajero traía mucho equipaje, todo marcado E. S. y dió orden a James Buckland de llevárselo todo a un coche cerrado, con excepción de un maletín de mano, que no le entregó. Después de ver cargar los bultos, pagó la propina al cargador, y, diciéndole al cochero que se esperara, se alejó en dirección a las salas de espera, con su maletín en la mano.

—Yo me quedé un rato conversando con el cochero, pero después me fui a mi trabajo, porque ya habían avisado el tren local de Southend,— terminó diciendo el cargador.

El fiscal exigió con insistencia que

se determinara con firmeza la hora en que el desconocido de paltó de pieles, después de vigilar el traslado de su equipaje, se había dirigido a la sala de espera. El cargador estuvo terminante:

—Eran las 6.15, ni minuto más ni minuto menos,— aseguró.

Tampoco tuvo contrainterrogación que hacer a este testigo sir Arthur Inglewood, y fué llamado el cochero de posta.

Confirmó lo dicho por el cargador, en lo referente a la hora en que el caballero lo había tomado, encargándole esperarlo. Y vaya que esperó. Esperó envuelto en la densa niebla, tiritando de frío, hasta que estaba ya dispuesto a ir a entregar el equipaje a la sección de cosas perdidas de la policía, cuando por fin, faltando un cuarto para las nueve, apareció muy apurado, el señor del abrigo de pieles, y metiéndose en el coche muy ligero, le ordenó llevarlo al Hotel Cecil. Aún estos hechos no merecieron comentarios del defensor, y, en cuanto al reo, se había quedado placidamente dormido en la atmósfera recargada de la sala de audiencia.

El testigo siguiente, guardián Tomás Taylor, se había fijado en un hombre miserablemente vestido que rondaba por la estación y salas de espera esa noche. Parecía estar vigilando el andén. Había observado que tenía pelo y barba algo extraños, como motudos.

Otros dos testigos habilmente pescados por la policía, declararon por separado que habían visto este mismo individuo miserablemente vestido paseándose por la sala de espera de primera clase el 10 de Diciembre a las seis y cuarto de la tarde más o menos, y que había salido resueltamente al encuentro de un caballero que entró a la sala cubierto con un pesado abrigo de pieles; conversaron un momento, sin que se les alcanzara a oír lo que hablaban, y de repente salieron juntos, ninguno de los dos testigos pudo decir en que dirección.

Francis Smethurst pareció salir por un momento de su apatía, cuchicheando algo con su abogado, quien le tran-

quilizó con una sonrisa. Los empleados del Hotel Cecil declararon sobre el arribo de Mr. Smethurst el 10 de Diciembre, más o menos a las 9.30 de la noche con mucho equipaje, y con esto se agotó la prueba rendida por la acusación.

Toda la concurrencia al tribunal vio prácticamente condenado a muerte al millonario siberiano, y solo por una especie de condescendencia se quedó a oír lo que tendría que decir sir Arthur Inglewood, el abogado de moda, con sus actitudes lánguidas y su manera de discursar como desganada, que hacen furor entre la juventud que busca modelos.

Apesar de que para todo el mundo, Smethurst estaba ya con la soga al cuello, un movimiento de emoción recorrió el auditorio, cuando el abogado, con estudiado ademán extendió por sobre la mesa sus largos brazos, y miró lentamente a su alrededor, esperando producir su efecto; sir Arthur nació para actor teatral, y no hay duda de que lo produjo, cuando con calma inimitable, dijo:

—Con relación a la supuesta muerte de un tal William Kershaw el Miércoles 10 de Diciembre, entre las 6.15, y las 8.45 de la noche me propongo solamente pedir, su Señoría, que se examine a dos testigos que vieron al citado William Kershaw, vivo, en la noche del Mártes 16 de Diciembre, es decir seis días después del pretendido asesinato.

Fué como si hubiera estallado una bomba en medio de la audiencia y hasta el mismo severo magistrado dió muestras inequívocas de haber sido tomado completamente por sorpresa.

En cuanto a mí mismo,— agregó el viejo de los nudos, con la mezcla extraña de nerviosidad y petulancia que asombraban a Polly Burton,— ya tenía formada mi teoría propia sobre la clave de la cuestión y no me encontré tan sorprendido como los demás.

Ud. se acordará talves del curioso desarrollo del caso, que tan completamente mistificó a la policía, y a todo el mundo, menos a mí: Torriani, y un mozo de su hotel de la calle Comercial,

declararon que a las 3.30 más o menos de la tarde del día 10 de Diciembre había llegado un individuo pobremente vestido, que pidió una taza de té; era simpático y hablantín, dijo al mozo que se llamaba William Kershaw, que muy luego se hablaría de él en todo Londres, porque estaba a punto de hacerse rico, muy rico, por un golpe inesperado de la fortuna, y así por el estilo, una cantidad de disparates sin término.

En cuanto acabó su té se mandó cambiar; pero apenas había dado vuelta la esquina, se encontró el mozo con un viejísimo quitasol, que se le había quedado al misero y charlatan hombrecillo. Como es costumbre en un establecimiento tan serio como el suyo, el Signor Torriani guardó cuidadosamente el quitasol, por si volvía el cliente a reclamarlo, y en efecto, una semana después, el Mártes 16, a la una más o menos de la tarde, se apareció el mismo pobretón a reclamarlo. Se hizo servir, algo de comer, y volvió a charlar con el mozo. La descripción que hacían el Signor Torriani y el mozo, de William Kershaw, coincidía en todas sus partes con los datos de la señora Kershaw.

Lo más curioso es que el hombre debía ser muy distraído, porque en esta segunda ocasión, apenas se había ido, cuando descubrió el mozo en el suelo una cartera llena de cartas y de facturas, dirigidas todas a William Kershaw. Se presentó la cartera, y Kearn Müller, que había vuelto a la audiencia, la identificó en el acto como perteneciente a su lamentado amigo "William".

Este fué el primer golpe que recibió la grave acusación, que empezó a desmoronarse ya como un castillo de naipes. Quedaba sin embargo la cita, y el encuentro no controvertido de Smethurst con Kershaw, y quedaban también aquellas dos horas y media de una noche de neblina, de cuyo empleo había que dar cuenta satisfactoria.

El extraño narrador hizo en esto una pausa muy larga, teniendo en espinas a la niña periodista. Todo el cáñamo estaba convertido en una cadena com-

plicadísima de nudos de la más diversa formación.

—Yo le aseguro,— continuó por último diciendo,— que en ese preciso instante fué para mí todo el misterio más claro que el día. Lo que me admiraba era que su Señoría parecía empecinado en perder su tiempo y el mío, en hacer al acusado preguntas que él creía de profunda investigación sobre su vida pasada, Francis Smethurst, cuya somnolencia había desaparecido como por encanto, hablaba con una entonación nasal muy curiosa, y también con una dosis casi impesceptible de acento extranjero. Con gran calma desmintió la historia hecha por Kershaw de su pasado; declaró que jamás se había llamado Barker, y que menos todavía se había visto mezclado en ningún hecho criminoso.

—Pero Ud tenía relaciones con el tal Kershaw, desde el momento que en una ocasión le escribió, insistió su Señoría.

—Con perdón de su Señoría,— contestó tranquilamente: Nunca que yo sepa, he visto a ese individuo, y puedo jurar que jamás le he escrito.

—¿Cómo, que jamás le ha escrito?— interpeló severamente su Señoría; es bien curioso que Ud. diga tal cosa, teniendo yo en este momento dos cartas suyas dirigidas a él, en mi mano.

—No he escrito esas cartas, su Señoría; no están con mi letra.

Lo cual podemos probar fácilmente,— intervino sir Arthur Inglewood, pasando al juez un paquete de papeles. Aquí tiene su señoría un montón de cartas escritas por mi cliente, después de llegar al país, y algunas ante mis propios ojos.

En efecto, aquello se podía probar fácilmente, y el acusado requerido por el juez, escribió unas cuantas líneas con su firma, repitiendo lo mismo varias veces. Fácilmente se comprendía en la cara de asombro que puso el magistrado, que entre una letra y la otra, no había ni la más remota semejanza. Había surgido un nuevo misterio: ¿quién había tenido entonces la cita con William Kershaw en la estación? El acusado dió una cuenta bastante satisfac-

toria del empleo de sus horas desde su desembarco en Inglaterra.

—Llegué en el Tsarkoe Selo—dijo—que es un Yacht perteneciente a uno de mis amigos. Cuando arribamos a la boca del Támesis reinaba una neblina tan espesa, que pasamos más de veinticuatro horas antes de que se considerara prudente desembarcar. Lo que es mi amigo, no quiso desembarcar por nada, porque siendo ruso, le desagradaba este país de nieblas, y quería seguir ruta inmediatamente a Madera. Yo desembarqué el Mártes 10 y tomé el primer tren a la ciudad. Tal como han declarado el cargador y el cochero, vigilé el carguío de mis bultos, y quise después buscar una cantina para conseguir un vaso de vino; al efecto llegué hasta la sala de espera, donde me abordó un individuo miserablemente vestido, que empezó a contarme una historia lamentable, hasta la fecha no sé quien sería: me dijo que era un antiguo soldado, que después de servir lealmente a su país, había sido dejado en la miseria; me rogó que lo acompañara a su vivienda, donde vería a su mujer y a sus hijos hambrientos, y me convencería de la verdad de lo que decía.

—La verdad, su Señoría,—agregó el acusado con noble franqueza:—Era mi primer día en la vieja patria, donde había vuelto después de treinta años, con los bolsillos llenos de plata, y esta era la primera historia de infortunio, que llegaba a mis oídos; pero al mismo tiempo soy hombre de negocios, y no estoy dispuesto a que me zorzaleen: asompañé a mi hombre a través de la neblina, por calles y más calles. El caminaba en silencio a mi lado, hasta que yo hube perdido por completo la noción de donde me encontraba. De repente fui a hacerle una pregunta, y me encontré con que se me había desaparecido. Viendo, probablemente que yo no me desprendería de mi plata, hasta que hubiera visto la mujer y los niños hambrientos con mis propios ojos, resolvió abandonarme a mi propia suerte, y buscar otro pez menos difícil.

Me encontré en un lugar fúnebre y

solitario, y no se divisaba ningún coche ni omnibus. Volví atrás, tratando de encontrar el camino de la estación, sólo para encontrarme en vecindades más solitarias y menos tranquilizadas; pero me perdi irremediablemente; no me extraña que puedan haber trascurrido dos horas y media mientras me debatía en la neblina. Lo que me sorprende es que al cabo encontrara la estación, o más bien no lejos de ella un guardián, que me la indicó.

—Entonces, ¿cómo explica Ud. que Kershaw conociera todos sus movimientos,—insistió todavía su señoría,—y sobre todo, la fecha exacta de su llegada a Inglaterra? En otros términos ¿cómo explica Ud. estas dos cartas?

—La verdad es que no me lo explico, ni sé de donde pueden haber salido esas cartas,—contestó tranquilamente el acusado;—pero he probado que yo no las he escrito, y que el tal Kershaw... ¿así se llama?... no ha sido asesinado por mí, ¿no es así su Señoría?

—¿Puede Ud. indicar a alguien que aquí o en otra parte pueda haber tenido conocimiento de sus movimientos, y de la fecha de su llegada?

—Mis empleados en Vladivostok supieron, por supuesto mi partida pero en ningún caso podrían haber escrito esas cartas, porque no saben una palabra de inglés.

—Entonces Ud. no puede ilustrarnos sobre estas cartas misteriosas, ni ayudar a la policía en la investigación de un caso tan raro?

—Para mí el asunto es tan misterioso como para su Señoría, y como para la policía de este país.

Por supuesto que se sobreseyó definitivamente respecto de Francis Smethurst, no encontrándose motivos para seguir procediendo contra él. Los dos puntos incontrastables de su defensa, que confundieron por completo a la acusación, fueron en primer lugar la prueba de que no había escrito las cartas en que se daba la cita, y en segunda, el hecho de que habían visto vivo y sano el día 16 al hombre a quien se suponía asesinado el 10. Pero enton-

ces ¿quién diablos era el que había impuesto a Kershaw de los rumbos de Smethurst, el millonario.

CAPITULO III

Cual era su teoría

El viejo del cáñamo echó a un lado la extraña cara flacuchenta, y clavó la vista en Polly; en seguida tomó la imprescindible hebra de cáñamo, y se puso a deshacer cuidadosamente todos los nudos. Cuando la tuvo completamente lisa, la dejó encima de la mesa.

—Si Ud. quiere, la conduciré punto por punto, a través del raciocinio que yo he seguido, y que la llevará inevitablemente, como me ha llevado a mí, a la única solución posible del misterio.

—En primer lugar,— dijo tomando otra vez el cáñamo, y haciendo rápidamente en el una serie de nudos que habrían avergonzado a un instructor de pilotines,— es absolutamente evidente que Kershaw tiene que haber tenido relaciones con Smethurst, desde el momento que estaba al cabo de su llegada a Inglaterra por medio de dos cartas. Ud. me replicará que se probó que no las había escrito el hombre que compareció ante el tribunal, lo que es absolutamente exacto. Tenga presente que Kershaw, que era un descuidado, había perdido ambos sobres, que no tenían importancia para él. Ahora, nunca se probó que Smethurst, no había escrito las dos cartas.

—Pero... interrumpió Polly.

—Un momento,... — la atajó el viejo, haciendo más nudos.— Se probó que seis días después del asesinato, William Kershaw estaba vivo y estuvo en el Hotel Torrianni, donde ya se le conocía, dejando en él convenientemente olvidada una cartera, para que no pudiera haber equivocado respecto de la persona que había estado. Pero a nadie se le ha ocurrido preguntar donde empleó esa misma tarde Mr. Francis Smethurst el millonario.

—Entonces, Ud. quiere decir...

—Aguárdese... —agregó triunfalmente. ¿Cómo se explica que haya sido traído ante el tribunal el dueño del Hotel Torriani? ¿Cómo supo sir Arthur Inglewood, o más bien dicho, como supo, su cliente, que William Kershaw había visitado en esas dos ocasiones memorables el hotel y que el dueño de este podía prestar el testimonio tan absoluto que debía eximir al millonario de responsabilidad en un asesinato?

—Seguramente,— fué a argüir Polly —los medios corrientes, la Policía...

—La policía tuvo cuidado de conservar en gran secreto el asunto hasta el arresto del millonario. Ni siquiera pusieron en los diarios el acostumbrado aviso preguntando por el paradero del desaparecido. Si el dueño de aquel hotel hubiera sabido la desaparición de Kershaw de una manera corriente, se habría puesto inmediatamente en comunicación con la policía. Pero lo que ocurrió fué que lo presentó Inglewood. ¿Cómo dió sir Arthur con ese rastro?

—Pero no supondrá Ud....

—Punto número cuatro:— continuó el viejo, imperturbable:— No se le ha pedido a la señora Kershaw que exhiba una muestra de la letra de su marido. ¿Por qué? porque la policía, tan hábil como Ud. la supone, no dió nunca con el verdadero rastro. Creyeron que había sido asesinado William Kershaw, y buscaron a William Kershaw.

—El 31 de Diciembre fué encontrado por dos lancheros, lo que se supuso ser el cadáver de William Kershaw. Ya le mostré la fotografía del sitio donde lo encontraron: obscuro y desierto como el que mas ¿no es cierto? Lo más apropiado para que un cobarde bribón sorprenda a un extranjero confiado, lo asesine y le robe sus valores, sus papeles, su identidad misma, y lo deje después podrirse. El cuerpo fué encontrado en un lanchón abandonado, que estuvo mucho tiempo amarrado al pie de la escala. Estaba ya tan descompuesto, que era imposible identificarlo; pero la policía lo aceptó como el cadáver de William Kershaw.

Jamás se les pasó por la cabeza que era el cadáver de Francis Smethurst, y que lo había asesinado William Kershaw.

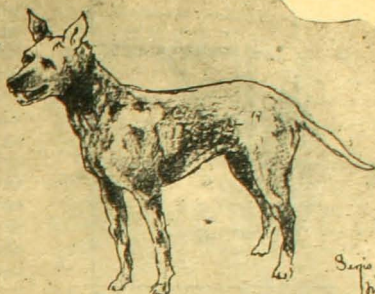
¡Ah esa es una concepción hábil, artística. Ese Kershaw es un genio! Fíjese: ese disfraz. ¡Kershaw tenía la barba, el pelo y el bigote de un color desteñido: se afeitó hasta las cejas! No me admira que ni su mujer lo reconociera. Otra cosa: Kershaw era débil, flacucho agachado. El Smethurst que conocimos podía haber servido en el ejército prusiano.

Ahora, ese rasgo amable, de ir a visitar otra vez el Hotel Torriani, después de dejar pasar los días necesarios para poder comprar una barba y una peluca postizas, iguales a la que se había afeitado. Disfrazarse de "sí mismo" ¿Había visto? Y esa cartera olvidada en el hotel... Ja ja ja. Kershaw no fué asesinado, claro que no. Estuvo en el Hotel Torriani, en tanto que, en esos mismos días, el milonario siberiano, se solazaba en la alta vida social. ¿Habían de condenar a un hombre semejante?



Como se Domestico' Rayo Gris

~VERSION INGLESA~



Por JAMES OLIVER CURWOOD

LA primavera ya había pasado y el verano llegaba a su término. Maravillosamente hermosas habían sido ambas estaciones y el otoño llegaba ya con sus noches ligeramente frescas, despertando a todos los seres a una nueva actividad; la actividad que los calores del verano tornan en somnolencia y en pesadez. Y en una noche, cuando los árboles tomaban ya los tintes grana y oro del otoño, Gastón Rouget y su esposa, la de negrísima cabellera, escucharon el graznido de los gansos silvestres, que buscaban otro clima.

Y como en respuesta, resonó en el silencio de la noche un largo y solitario aullido.

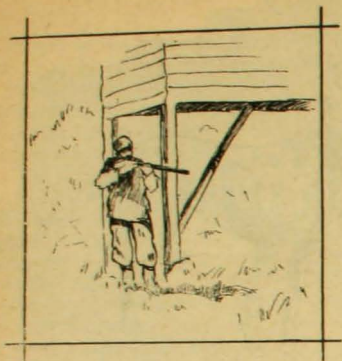
—Es el perro-lobo, Juanita mía. El verano ya toca a su fin y pronto no lo veremos más, porque se irá a reunir con los lobos, y en verdad, yo lo siento.

Allá, en el confin de la civilización, dos leguas más al interior del sitio en que Gastón y su esposa conversaban, Rayo Gris acababa de aullar. Una sola vez alzó su hocico hacia las estrellas y dejó escapar ese aullido; enseguida se sentó sobre las patas y quedó esperando y escuchando, aguardando aquello que parecía estar llamándolo

lo desde que se anunció el término del verano.

No era que lo llamaba y atraía la proximidad de las manadas de lobos blancos, entre los cuales había vivido y sido uno de los jefes, ni era que lo atraían las estepas desoladas del Ártico, dónde, veinte generaciones anteriores a la suya, el destino había llevado a su antecesora, la hermosa perra danesa. Los meses de vida casi ociosa que había llevado en esta comarca, lo habían hecho olvidar muchas de esas cosas, y a su memoria ya no acudían los recuerdos de los largos días, las semanas y a veces meses, durante los cuales había debido luchar con el hambre y con la muerte. La naturaleza es generosa con los animales; no destruye en ellos el recuerdo, pero es necesario un factor extraño para despertarlo nuevamente, quizá muchos años después.

Era Chispa, su hermosa compañera collie la que mantenía despierta en él esta otra vida, tan distinta a la suya antes que llegara Chispa, y este recuerdo era para el perro-lobo algo como un cáncer interior, que lo tenía desasosgado e intranquilo. El instinto heredado de su abuela, la perra danesa, lo hacía desear la caricia de la mano de



... Y un hombre le había disparado ...

un hombre, de la mujer y del niño, pero había crecido entre los lobos y creía que el hombre era el enemigo natural de los lobos. Y su compañera no podía hacerle comprender que nó era así, y la naturaleza no le permitía razonar sobre el por qué de las cosas.

Y desde hacía poco, había venido esto que lo tenía descontento e intranquilo. Chispa había sido criada entre los humanos y se había perdido en la selvas, pero hacía poco que había descubierto la cabaña de Gastón Rouget y había cedido al deseo de estar junto al hombre, de sentir la caricia de una mano infantil enredada entre sus pelos.

Pero Rayo Gris no podía explicarse nada de esto y luchaban en él el recuerdo heredado de la vida en el hogar, y el instinto salvaje del lobo, cuya sangre corría en sus venas.

El hombre estaba al fondo de todo. El era el que lo envenenaba todo. El hombre, cruel y terrible, el hombre que ejercía tan singular atracción y contra el cual se sublevaba su experiencia, ya que no su instinto. Porque la naturaleza, al permitir que se uniera la sangre del perro con la del lobo había cometido una crueldad. Rayo Gris no había olvidado todo lo que a él le había pasado con el hombre. Si su sangre era de lobo, su alma era de perro y lo había llevado repetidas veces al vecindario de los hombres, deseoso de ser el compañero, el amigo fiel. En una oca-

sión, este deseo lo había llevado a los ranchos junto a los glaciers y un hombre la había disparado, había vuelto, no una, pero varias veces, y el hombre siempre lo recibió como un enemigo, y una vez lo había herido con una lanza, y otra vez le había metido una bala por una paleta y en otra ocasión le había azuzado los enormes perros de caza.

Y sin embargo, era de creer que la naturaleza se había encargado de dar a su compañera, a Chispa, una sutil comprensión. Durante todo el verano la linda perra había tratado de hacerlo acercarse al hombre, pero nunca lo había logrado hacer pasar del límite que separaba la selva de la habitación humana. Muchas veces, con el corazón palpitante, Gastón y su esposa les habían observado y habían creído que llegaría hasta la casa, y lo deseaban, admirados ellos mismos de la misteriosa unión de la collie con el lobo.

¡Si Rayo Gris hubiera podido sospechar cómo ansiaba su presencia en el hogar este hombre y esta mujer!

Pero Chispa, con todo su amor, no sabía hacerlo entender. Todas las noches y todos los días, a toda hora, salía a jugar con él en compañía de Tesoro, el enorme mastín, y de la Llapa, su compañera, y juntos vagaban los cuatro por la selva y juntos corrían bajo la luz de la luna, pero siempre, a cierta hora, los perros volvían a la cabaña y Rayo Gris quedaba solo, solo con su creciente inquietud y desasosiego. Y muchos días, muchas noches, las pasó sólo, luchando contra el instinto de la sangre que lo llevaba a la cabaña y sin poder ceder al otro instinto que lo arrastraba a la manada. Pero ahora, con fuerza irresistible, este último lo hacía volverse hacia el norte y lo hacía aullar, en respuesta al llamado de la manada y vacilaba, sin saber a donde dirigirse.

Y en esta noche vino, como lo había hecho durante el verano, al borde mismo de la selva y emitió ese único aullido. Chispa, oyéndolo, se detuvo un momento a escucharlo y algo en ese aullido le arrancó una especie de gemido y despertó en ella un temor desconocido, una nueva comprensión.

Esta noche, Chispa venía sola y al ver que Tesoro y Llapa no la acompañaban, Rayo Gris se acercó a hociquearla con cariño. Pero al aproximarse a ella, el olor a gente lo hizo gruñir; era el olor a las manos del hombre y el olor del tabaco que fumaba en su gran pipa negra; el olor que le recordaba que había sido herido dos veces y que el mismo ser que lo había herido, le estaba robando el amor de su compañera. Porque no era lo mismo su vida de ahora, con la vida que había llevado antes que Chispa descubriera habitaciones humanas.

Aquel gruñidito le reveló a Chispa que estaba enojado, aunque no con ella. Así como Rayo Gris sentía que la cabaña, o sus habitantes, le habían quitado a su compañera, así Chispa sentía, allá en el fondo de su ser, que era llegada la hora de una gran crisis. Durante varias semanas Rayo Gris no había abandonado las inmediaciones de la cabaña y ella sabía que no le era necesario buscar mucho para dar con él, pero ahora sus ojos estaban enrojecidos y su mirada se perdía en la distancia. La perra no pensaba— si es que piensan los animales,—que era un creciente disgusto contra el ambiente humano que ella atraía consigo, sino que comprendía que iba a perder a este compañero de tantas semanas, al compañero que por ella había luchado y que por ella había conquistado el instinto que lo arrastraba a las manadas.

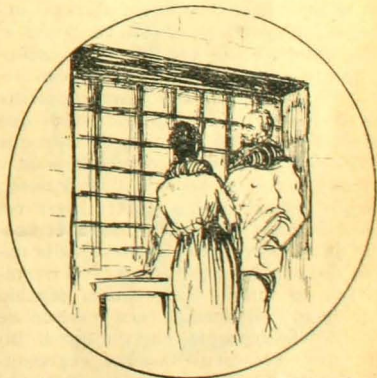
Pero esta noche no estaba juguetona como otras veces. Durante una semana había tratado de atraerlo hasta el corral de la cabaña, y se había ido ella, dejándolo solo, pero ahora, al escuchar muy a la distancia el aullido de los lobos, y al ver cómo el animal se ponía tenso y cómo temblaba todo, se arrastró a sus pies y lo llamó quedito. Y Rayo Gris, olvidando el maldito olor a hombre, la acarició con su gran hocico como en ocasiones anteriores. Y cuando llegó la hora de retirarse, en lugar de partir ella, Chispa dejó que él tomara el camino y lo siguió al linde de la propiedad de Gastón Rouget y continuó con él cuando tomó el camino de la selva. Estaba distinta y Rayo

Gris así lo comprendía. Era un algo misterioso que lo hacía detenerse cuando ella se detenía y que, cuando vió que iba a su lado camino de la selva, lo hizo levantar la cabeza orgullosamente, sintiéndose tan dueño de ella como antes que llegaran los humanos a habitar en la cabaña.

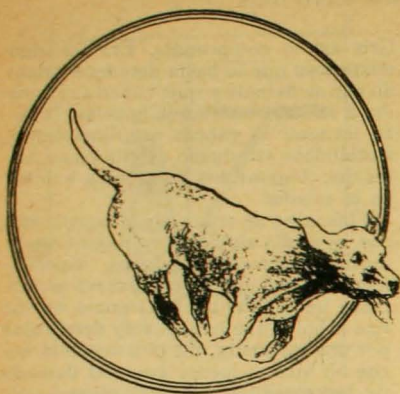
Chispa no se separó de él aquella noche, ni al día siguiente, y Rayo Gris se sentía vagamente inquieto, especialmente al ver que su compañera se formaba un nido entre los troncos de varios árboles que habían sido derribados por una tormenta. En esta segunda noche no hizo el menor caso del llamado de las manadas y salió a cazar solo, trayendo y depositando a los pies de Chispa dos conejos silvestres. Y al amanecer, cuando regresó de su expedición de caza, vió que Chispa lo miraba con ojos brillantes y oyó que lo llamaba con un gruñidito de placer. Y entonces comprendió...

Chispa era madre, y sus hijos eran los hijos de Rayo Gris.

Allí entre los árboles caídos, Chispa vibraba toda con el orgullo de su primera maternidad y a unos pasos de distancia, Rayo Gris permanecía quieto, como que se hubiera convertido en un animal tallado en piedra, pero aturdido también con el nuevo y misterioso sentimiento que lo agitaba.



¿Cómo ansiaban su presencia en el hogar este hombre y esta mujer!



... Y salió a buscar más caza...

Al principio no lo comprendió, pero pronto alzó la cabeza aún más orgullosamente y se paseó de un lado al otro, temeroso. Para él, la paternidad significaba mucho más que lo que significa para el perro, pues la naturaleza dá al lobo una sola compañera, y en esto vale el lobo mucho más que el perro. Para Rayo Gris, los hijos de Chispa eran sus hijos, carne de su carne y sangre de su carne, y en defensa de ellos daría su vida, pelearía hasta la muerte, tal como lo habría hecho en defensa de su compañera.

Durante la primera hora que siguió a su descubrimiento, Rayo Gris se aproximó cinco veces a olfatear a los pequeños a los cuales no podía ver, pues el nido estaba en la sombra y los cachorritos se ocultaban entre el espeso pelaje de la madre. Pero gradualmente Rayo Gris fué comprendiendo que aquel era un sitio sagrado, un sitio que debía ser defendido de toda intrusión y en sus venas se agitó un vivo deseo de que alguien o algo se permitiera venir a desafiar su derecho, para demostrar de qué era capaz. Desde aquella noche dorada en que Chispa y él resolvieron su unión, no se había sentido tan deseoso de luchar, tan poseído de una ridícula energía, energía que lo hizo salir nuevamente a caza, regresando con tres conejos más, que depositó entre las patas de Chispa. Y ésta sacó su roja lengua dándole lengüetadas de

placer, aunque no probó la carne. Aunque era perrita y él era lobo, no le gruñía, ni lo alejaba de su lado, comprendiendo el sentimiento de protección y de hidalguía que lo hacía obrar así.

Y cada vez Rayo Gris trataba de ver qué era lo que se ocultaba en el nido. Lo sabía; había oído los grititos con que los cachorros se metían entre el pelaje, pero no los había visto. Y cuando por fin logró meter el hocico y su nariz fría tocó a uno de aquellos pedacitos de vida, caliente y suave, saltó atrás como que se hubiera puesto en contacto con un fierro candente, y salió a buscar más caza, agregando otros dos conejos a los que ya había traído.

Aquella noche Chispa se comió uno, pero aunque aun restaban cuatro, Rayo Gris no descansó y formó una barricada de conejos alrededor de su compañera, cuyos ojos parecían arder cariñosos al otro lado. Y al fin sucedió lo inevitable. El olor de los conejos se hizo molesto y al regresar de una de sus expediciones, Rayo Gris encontró a Chispa ocupada del aseo casero, enterrando a los nueve conejos a veinte metros de distancia de su nido. Pero al terminar, se echó junto a Rayo Gris y se comió uno de los que acababa de traer, con lo cual éste quedó satisfecho.

Algunos días más tarde, Chispa le tenía otra sorpresa. Bajo algunos troncos, y en un sitio bien soleado, se encontraba con su familia de cuatro, y sus ojos vieron lo que para los ojos de un padre es la escena más encantadora y maravillosa: sus hijos jugaban, torpes y alegres, pasando de un lado al otro por encima del cuerpo de su madre. Seguramente, él estaba tan feliz y orgulloso como Chispa, pues la naturaleza no había sido exclusivista y de los cuatro cachorros dos eran amarillos y collies, verdaderas Chispas en miniatura y dos Rayitos Grises de plateado pelaje.

Durante aquellos días de gloria, Chispa no había tenido tiempo de pensar en la cabaña, en Gastón y su esposa, ni siquiera en la pequeña Juanita, la de ojos grandes y cabellos rubios. Sus cachorros la tenían demasiado preocupada y como casi toda joven madre, Chispa les había enseñado mal y eran insis-

tentes en sus requerimientos. El mejor momento de su vida fué aquel en que logró hacer que sus cachorros la acompañaran hasta el arroyo cercano, y el más dichosa de la vida de Rayo Gris fué aquel en que cogieron un conejo y lo hociquearon, arrancándole toda la piel. Y durante todo este tiempo, en la cabaña se creía que tanto Chispa como Rayo Gris estaban perdidos, y que no regresarían más. Pero el instinto de Chispa le estaba previniendo que sus hijos necesitaban mejor abrigo para las noches invernales, que ya se anunciaban, y el recuerdo de la cabaña se le presentaba insistente.

Quizá el desenlace no habría sido tan pronto y quizá las cosas habrían tomado otro rumbo, si el destino no se hubiera interpuesto, enviando a la región una tormenta como pocos recordaban en la comarca. Era un tornado era una legión de demonios enloquecidos que parecían querer destruir todo lo que encontraban a su paso. En este año, a fines de Septiembre, se anunció con una terrible tempestad de rayos y truenos, y a la media hora, en las proximidades de la habitación de Rayo Gris y Chispa, el cielo parecía un mar de fuego y la tierra se estremecía, sacudida por la terrible tempestad. Chispa se acurrucaba en su nido y sus cachorros se estrechaban gimiendo, contra ella, en tanto que Rayo Gris, con ojos muy abiertos, se hallaba echado a la entrada, como pensando que era su deber proteger a su familia contra este nuevo y terrible enemigo.

A la tempestad eléctrica siguió un diluvio y luego vino un silencio, mucho más horrible y una obscuridad espantosa. Y muy a la distancia, se escuchó un rumor que parecía quejumbroso y sordo. Este rumor fué creciendo y aproximándose y luego fué el rumor de una gran catarata y de pronto, como una avalancha, se dejó caer sobre la selva. Rayo Gris nada podía ver, pero oía, y sabía que jamás había llegado a sus oídos un ruido igual, y allá, a cinco millas de distancia, Gastón y su familia oían el mismo rugido y pensaban que en el sendero de la tempestad los gigantescos árboles se quebraban y caían, como que hubieran

sido débiles cañas, que los caminos se veían cerrados y los espacios abiertos se veían congestionados con el débris de la tempestad. Era como que una mano de gigante se ocultara en medio de la tormenta y arrancara, por puro gusto, árboles y casas, rocas y tierra.

Por encima del lugar en que tenían su habitación Rayo Gris y su familia, reventó el horror de la tempestad. Fué como que una lanza se dirigiera en contra de ella, como que las coyunturas de aquella mano invisible hubieran alcanzado hasta ellos y en medio de la explosión de la tempestad Rayo Gris oyó el rodar de las rocas y luego el derrumbe de los árboles a su alrededor, y enseguida el peso de algo sobre su cuerpo, el peso de algo que le impedía hacer movimiento alguno.

Veinte pasos más allá, Chispa se acurrucaba, protegiendo a sus cachorros con su cuerpo, pero la tormenta no se acercó a ellos. Vino luego otro diluvio, al cual siguió el silencio más absoluto, y de pronto escuchó un rumor que la hizo levantarse alarmada. No era un quejido, ni era un aullido. Rayo Gris era lobo, cuando se trataba del dolor, y ni una queja se le escapaba, pero su compañera se dió cuenta de que estaba sufriendo, y dejó escapar un llamadito que fué contestado con un profundo suspiro. De un salto, estuvo a su lado y allí a la entrada, estaba Rayo



Hizo tomar a Gastón su rifle y salir detrás de ella...

Gris, clavado en tierra por un tronco que le había hundido las costillas y roto una pata; un tronco que tenía dos veces el diámetro del cuerpo de un hombre.

La cabecita dorada de Chispa encerraba ese instinto que distingue al perro collie y que algunas veces parece casi humano. Sentía que la muerte de su compañero era casi inevitable y se propuso salvarlo. La tempestad ya se había alejado y las estrellas y la luna se habían asomado nuevamente, pero ella no ponía atención en nada, y seguía cavando, cavando, buscando modo de libertar a su compañero. Sus cachorros la llamaban con insistencia pero ella no les oía y siguió cavando, arrancando la tierra con sus dientes y con sus garras, hasta que la sangre chorreaba de sus patas, pero era todo inútil, sus fuerzas no eran suficientes y Rayo Gris se moría.

Amanecía cuando resolvió abandonar la empresa, y entonces, obedeciendo al instinto del collie, recordó al hombre. El era el único que podía hacer algo. A él lo iría a buscar, sacando fuerzas de flaqueza, y hasta la cabaña llegó, arañando a la puerta con una insistencia tal, que Gastón Rouget y Juanita rodaron fuera de la cama a ver qué pasaba. Una mirada a las patas ensangrentadas de Chispa, una carrera y otra y otra, de ésta, en dirección a la selva, volviendo cada vez al ver que no se la seguía, hizo tomar a Gastón su rifle y salir detrás de ella.

El sol ya estaba arriba y Rayo Gris veía la muerte muy próxima, cuando sintió un ladrido de placer y abrió los ojos para ver a Chispa y a un hombre junto a él. Pero no podía tener los ojos abiertos y quedó otra vez en la obscuridad, sintiendo ruidos y movimientos a su alrededor. Y Gastón usan-

do un tronco como palanca, trabajó por libertarlo y dos horas más tarde, Rayo Gris se encontró traído en brazos a la cabaña, y vio que el hombre el enemigo, le estaba entablillando la pata rota y sintió sobre su cabeza la mano acariciadora de una mujer. A la puerta estaba la pequeña; mirándolo con grandes ojos asombrados, y detrás de ella, Tesoro y Llapa miraban también. Y Rayo Gris no tenía fuerzas, ni ganas, de gruñir y mostrar los colmillos...

Luego el hombre se fué, llevando a Tesoro y a Llapa y la mujer puso a su alcance carne fresca y agua del arroyo, y muchas veces su mano lo acarició sin miedo, con infinita bondad.

Mucho rato después Rayo Gris oyó el llamado de su compañera y vio que ésta saltaba alrededor del hombre y que éste sacaba de un canasto los cuatro cachorros, las dos hijas y los dos hijos de Rayo Gris, y que los depositaba con cariño junto a él. Y Rayo Gris, abrumado con el peso de este misterio tan grande, de este milagro de los milagros, suspiró profundamente y cerró los ojos. Aquel suspiro era de satisfacción, porque al fin el alma que su abuela, la perra danesa, le legara, hallaba satisfacción su anhelo. Ya nunca más huiría de los hombres ni huirían estos de él; ya nunca más gruñiría al tomar el olor a lo humano.

—Vivirá, si mi querida,— dijo Gastón riendo, en respuesta a la muda pregunta en los ojos de su esposa.—Pasará un tiempo sí, y siempre será un poquito cojo, pero vivirá y nunca más se separará de nosotros. ¿No ves al perro en sus ojos? Te querrá a tí, no a mí, que soy negro y pesado, pero a tí, mi querida. ¿Ves cómo te mira? Rayo Gris ha venido a nosotros y nunca más se irá muy distante, ténlo por seguro. (Traducción de L. P.)



Sgt. *[Signature]*
- 122 -

Agosto
de 1921

PACIFICO

MAGAZINE

Precio:
2 pesos



"LA COLMENA"

GRAN PREMIO DE HONOR EXP. 1910

FABRICAMOS:

CORSES, FAJAS, CINTURAS, SONTENSENOS, ETC.
EN SEDA, HILO O TEJIDOS ELASTICOS.

IMPORTAMOS:

ROPA BLANCA FINA EN SEDA, HILO O BATISTAS

ESPECIALIDADES:

CORSES SOBRE MEDIDA
AJUARES PARA NOVIAS

J. SORDO

MADRID
BARCELONA
PARIS

CASA CENTRAL
SANTIAGO

ESTADO 37-53

SUCURSAL
VALPARAISO

CONDELL 47

NOTA: Atendemos Pedidos enviando Giro Postal, Letra Bancaria,
Etc., Etc.

Compañía Cervecerías Unidas

X - X - X. - STOUT - TOLIN. - X - X - X

STOUT - TOLIN - STOUT

Ya se entregó al expendio esta CERVEZA extra fina,
fabricada según el procedimiento INGLES

ESTA ESPECIAL CERVEZA DE INVIERNO ES ELABORADA CON
LA MEJOR CEBADA INGLESA Y OBLON MAS FINO

EL TRIPLE-STOUT-TOLIN es de absoluta
pureza y reúne todas las cualidades de un
poderoso tónico

Precio por las 24 medias botellas puesto en su domicilio:

PESOS - 15 - PESOS

Sírvase dar sus órdenes a

COMPAÑIA CERVECERIAS UNIDAS (En todo Chile)

VALPARAISO - SANTIAGO - TELEFONO INGLES 3136

Compañía General de Perfumería

VALPARAISO

Independencia N.º 852

TELEFONO INGLES N.º 1092

CHILLAN

Avenida Collín N.º 934

TENEMOS EL GUSTO DE RECOMENDAR A NUESTRA DISTINGUIDA CLIENTELA LOS SIGUIENTES ARTICULOS QUE HAN SIDO MEJORADOS NOTABLEMENTE EN ATENCION A LA FAVORABLE ACOGIDA QUE NOS DISPENSAN:

CREMAS.—Fresia, Anthea, Floreale, Etc.

JABONES.—Sanativo, Violetas de Francia, Orchydia, Etc.

COLONIAS.—Ambrée, Imperial, Royal, Rusa, Etc.

POLVOS.—Fleurs de Francia, Mimosa, Etc.

ESENCIAS.—Para el pañuelo, Lociones.

**EXIJALOS EN TODAS LAS FARMACIAS, PERFUMERIAS
Y ALMACENES SURTIDOS**

ESPECIALIDADES.—Se fabrican al deseo de nuestros consumidores.

NUESTRA PORTADA
EL ANILLO DE COMPROMISO
CELEBRE CUADRO DE LA ESCUELA
AMERICANA MODERNA

SUMARIO

Agosto - Núm. 104

El general Mangin.	113
El puente de Cal y Canto.	115
Reminiscencias de viaje.	121
Bridge.	130
En busca del hombre futuro.	135
El alcoholismo litúrgico.	137
Los problemas del Cine.	143
"Le Dogue".	153
El sobreviviente.	159
Srta. Isabel Covarrubias Freire.	166
¿Cuál es su ideal en amor?.	167
"¡Jóvenes, veréis cosas grandes!".	170
La producción agrícola de Chile.	177
El Diario de Carlos Morla.	180
Las hormigas que hunden ciudades.	183
Alberto del Solar.	187
El General don José Miguel Carrera.	191
De cómo fué enmendada la plana al Libertador Bolívar.	195
El tonto forzado.	211
Ojo por Ojo.	213



EL GENERAL MANGIN

CON profunda alegría y admiración sincera recibimos los chilenos la visita del ilustre guerrero francés que circunstancias de su misión traen a nuestras playas.

Nosotros vemos en él al representante genuino de la Francia caballeresca y espiritual, cuya misión en la historia parece haber sido siempre, ver nacer todas las libertades y constituirse en campeón de todos los derechos, al mismo tiempo que retener el centro intelectual del mundo.

Admiramos en el general Mangin al héroe de los momentos más intensos de la defensa del suelo francés, en la pasada guerra, y al mismo tiempo nos es muy grata su persona, por la actuación discreta que supo mantener en el reciente banquete de naciones, en el que nuestra ausencia nos expuso a agravios.

En otras páginas de este número hemos procurado fijar algunos recuerdos del ilustre visitante.



El Puente de Cal y Canto



Por FERNANDO DIAZ GARCES.

HASTA los últimos tiempos de la colonia nada preocupaba tanto los ánimos del cabildo y vecindario de esta muy noble y leal ciudad de Santiago, como las crecidas del Mapocho a la entrada de invierno.

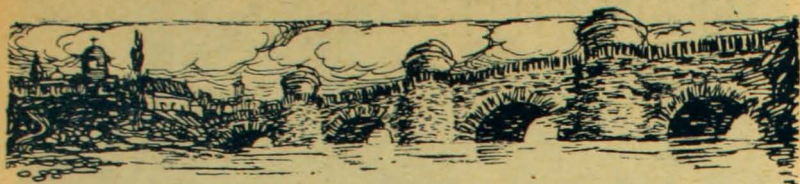
A pesar de que un historiador chileno —don Miguel Luis Amunátegui— en su obra acerca de la conquista de Chile, se expresa en términos injustos y despectivos para el Mapocho, calificándolo como “un riachuelo que debía apagar la sed de los conquistadores”, el río fué, desde 1597, en la época de las lluvias, un motivo de constante sobresalto y de inquietud para los tranquilos habitantes del valle que cruzaba.

En 1609, a raíz de una terrible inundación del Mapocho, que destruyó la mayor parte de la ciudad, completándose esta desgracia según Rosales, con la aparición de una enorme cantidad de ratones, que parecía “una de las plagas de Egipto”, se iniciaron en Santiago, los primeros trabajos de defensa y se echó también, sobre el río el primer puente que debía establecer comunicación entre ambas riberas. Ginés de Lillo realizó estas dos obras.

El puente que era de madera, y de piedra en su base con 7 ojos, tenía un

aspecto sencillo, y modesto, pero demostró, durante 50 años, poseer una extraordinaria solidez y resistencia. La gran avenida del Mapocho, que sobrevino a fines de Abril de 1748, ocasionando a la población perjuicios estimados en más de medio millón de pesos, destruyó el puente y gran parte de los tajamares de Ginés de Lillo, viéndose, el Cabildo en la necesidad de reconstruirlo, en frente de la Recoleta Franciscana, con material más ligero y de poco costo, madera la mayor parte, lo cual hizo que los vecinos denominaran el nuevo, “el Puente de Palo” en contraposición con el antiguo que era conocido con el nombre de “el Puente de Piedra”.

Crecidas posteriores del riachuelo en que debían “apagar su sed” los compañeros de Valdivia, y en especial la del año 1763, socabaron los cimientos de los tajamares y destruyeron también el “Puente de Palo” dejando a la ciudad sin defensa alguna contra el río, y lo que es peor, sin medios de comunicación, a los populosos barrios de la Chimba y de la Cañadilla, considerados, por su vecindad al camino para la Argentina, como las puertas de Santiago. No había pues otro remedio para esta situación, que hacer una obra sólida,



duradera, capaz de desafiar los inviernos por rigurosos que fueran, y al mismo tiempo, bella, para que sirviera de ornamento a la ciudad.

El Cabildo, después de considerar el caso, detenidamente, resolvió contruir un puente de piedra, encargando el estudio de los planos, y la ejecución de ellos a su presidente, el corregidor y justicia mayor, don Luis Manuel de Zañartu, uno de los personajes más interesantes de la época colonial, y cuyo nombre ha quedado ligado, por espacio de dos siglos a dos cosas familiares para los santiaguinos: el puente de Cal y Canto, destruido sólo en 1888, y el dicho popular aplicado a los individuos de genio irascible: "Es un Zañartu".

Pero, antes de hacer la historia del puente, retratemos, siquiera a vuela-pluma a este corregidor Zañartu que ocupa en ella un papel importantísimo, como que fué arquitecto, inspector, y el principal contribuyente: el *fac totum* de la obra.

Don Luis Manuel de Zañartu, es el tipo más acabado y genuino del caballero español antiguo, que se pueda imaginar. Vizcaino, de puro abolengo español, nació en la península, en Oñate, de familia noble, aunque no muy abundante en riquezas si se quiere, pero digna y bien considerada entre sus comp provincianos, por la hidalguía, y ho-

norabilidad legendarias de todos sus miembros.

No se sabe por qué, ni cómo la familia de Zañartu vino a parar a Chile en 1730; pero el hecho es que dos o tres años, después, de esta fecha ocurría un curioso incidente que, retrata, con fidelidad, el carácter de don Luis Manuel de Zañartu, y que lo obligó a regresar apresuradamente a su tierra natal.

El caso es que en Oñate se estableció, un impuesto o contribución territorial, de escasisima cuantía, cuyos efectos sólo alcanzaban a los bienes de los plebeyos. Los nobles o individuos de sangre, quedaban exentos de todo pago.

Parece, evidente que los padres de Zañartu fueron obligados al impuesto, porque don Luis Manuel, se trasladó, sin tardanza alguna a Oñate, en donde su familia poseía propiedades, de cierta importancia, con el propósito de obtener, en primer término, una declaratoria de nobleza en favor de ella, y con esta la exención de todo pago.

El joven vizcaino, entabló pleito, reuniendo todos los papeles, títulos y ejecutorias de nobleza, en un lujoso cuaderno, con extraordinaria tenacidad y paciencia, sin reparar en molestias, ni gastos de ninguna especie, y con tanta vanidad y orgullo, que se calcula emplearía en el más de \$ 20.000 de la época, o sea hoy día seis veces esta suma en el valor actual de nuestra pobre y despreciada moneda.



Mientras tanto la contribución de que deseaba quedar exento Zañartu, era de seis pesos...!

Gusto perro, es este de haberse gastado una fortuna para defender seis pesos, convengamos en ello, pero este hecho retrata de cuerpo entero el carácter y la personalidad del hombre a quien debió la ciudad de Santiago la construcción de la obra monumental que subsistió por espacio de 121 años: el Puente de Cal y Canto.

Y si a esto agregamos que don Luis Manuel era un hidalgo, de elevada estatura, moreno, seco y enjuto de carnes, de mirada severa, enérgico y rápido, como un rayo para obrar, queda completa y presentada, a los lectores la figura moral y física del corregidor y justicia mayor de Santiago.

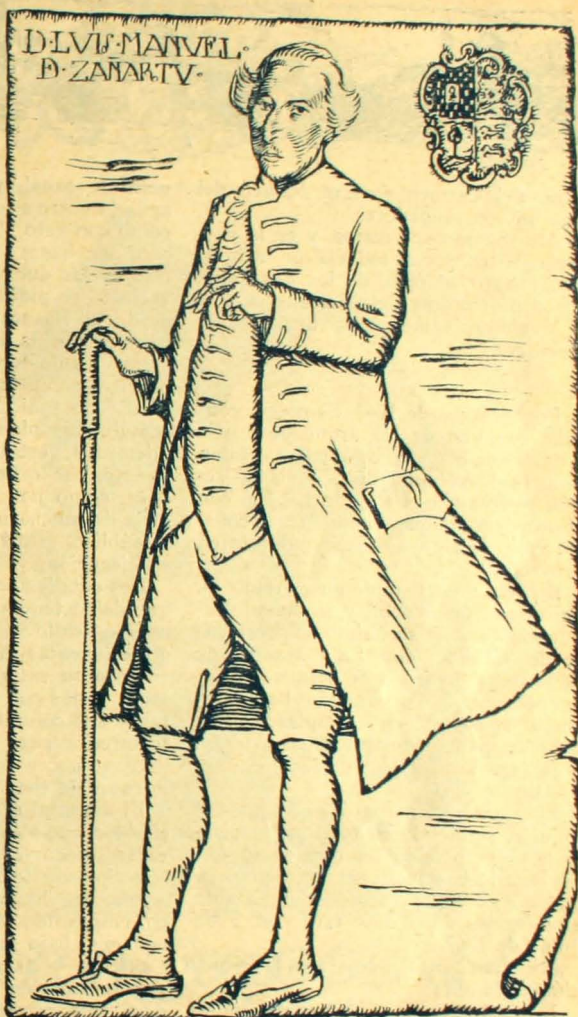
Se cuenta que cuando no obedecían a Zañartu, con prontitud, o contrariaban sus propósitos, el hombre, lleno de ira se arrancaba los cabellos con desesperación y golpeaba el suelo enfurecido.

De aquí vino el dicho popular, aplicado a los individuos irasibles: "Es un Zañartu" o "Se volvió un Zañartu", que aún existe entre nosotros.

Don Luis Manuel casó en 1760, con doña María del Carmen Errázuriz, hija como él de vizcaínos. Su celebri-

dad sólo data de 1762, en que fué nombrado, corregidor por Guill y Gonzaga.

Ambos esposos legaron toda su fortuna, consistente en la chacra del Pino, la población Ovalle, una casa de la Plazuela de la Merced, y dinero en relucientes patacones de oro, al Monas-





terio del Carmen de San Rafael, del cual fueron fundadores.

Allí reposan sus restos, y en la portería, se conserva todavía un magnífico retrato, al óleo, de los dos generosos protectores del Monasterio.

Y ahora, vamos a la historia del Puente.

Por los años de 1763, Santiago, contaba con uno de los arquitectos más notables de la época colonial, el catalán don José Antonio Birt, enviado, según se cree por el Rey de España con el propósito de que atendiera a la construcción de algunas obras públicas en proyecto.

Birt era un artista de gusto refinado, pero de carácter débil y, fácilmente influenciado. A él se dirigió, el presidente del Cabildo, don Luis Manuel de Zañartu en demanda de planos para el puente que la corporación había resuelto construir, en reemplazo de la obra de madera destruida, como débil hojarasca, a principios de 1763, en menos de un día.

El ingeniero, preparó sus planos y dibujos, siguiendo en todo las inspiraciones del presidente, que debió importunar hasta el cansancio, pero su trabajo no fué presentado al Cabildo sino varios años más tarde, el 5 de Junio de 1767.

Mientras tanto, preparaba la ejecución de la obra.

Desde luego, se dijo que era indispensable "formar dos tajamares, a ma-

nera de canal, para que recogida el agua la entre a los ojos del Puente", y como con esto, iban a quedar en la ribera muchas varas de sitio vacías, a más de las que ya tenían tomadas los vecinos, se pidió a cuantos residieran desde el Basural de Santo Domingo para arriba, la exhibición de sus papeles y títulos de dominio, en un plazo breve y perentorio.

El 5 de Junio de 1767, Zañartu presentaba los planos al Cabildo, cuyos miembros, estimaron que el nuevo puente, por lo hermoso y prolijo de la obra, como por su magnificencia serviría de mucha utilidad y de diversión al público, y unánimemente, acordaron su ejecución.

Los detalles principales de esta obra, que debía tenderse al frente de la que es hoy calle de Zañartu, eran: largo, doscientas cuarenta y dos varas y en toda su extensión debía tener once arcos u ojos con una altura de once varas y sus columnas, huecas en la parte interior para la colocación de ventas y ferias, y descansar en sólidos cimientos de siete varas de profundidad.

El material escogido fué la piedra, y el oidor, que sólo pudo disponer de muy escasos recursos, se dió maña para recogerlo, con lentitud, sin grandes desembolsos, lo extrajo del cerro Blanco, empleando 80 reos de la cárcel, en la faena, bajo su inmediata vigilancia. Caneada y lista la piedra, fué transportándose, en largo e interminable desfile de carretas y carretones hasta las inmediaciones del río.





La casa del Corregidor Zañartu.

A fines del 67 se iniciaron los trabajos.

Zañartu desplegó, entonces la más estupenda y arbitraria actividad, que jamás gobernante alguno de Chile ha-

ya demostrado hasta ahora. Se levantaba al amanecer, y para procurarse trabajadores, no sólo hacía llevar al río los presos de la cárcel, con cadenas de hierro, sino también a todos los negros

y vagos de la ciudad. El tratamiento que se daba a estos infelices, recogidos en su mayor parte los días Lunes, era cruel e inhumano: mal alimentados y peor remunerados, su destino, como el de los antiguos galeotes, era sufrir trabajando en la dura y fatigosa obra del Puente, el agua hasta las rodillas, con la cadena de esclavos, sin que valieran reclamos, ni protestas, ni razones ni violencia.

Como el Corregidor, por su temperamento y su carácter inquieto, necesitaba estar si fuera posible, encima de su obra, a cada instante, resolvió levantarse una casa junto al puente, que en el día aún existe en la calle de su apellido vecina a un modesto hotel y bar, mostrando aún, orgullosa, el balcón desde donde Zañartu, con su antejojo de larga vista, seguía, sin fatigarse, todos los detalles e incidencias de la construcción.

A pesar de algunas sublevaciones, promovidas por los condenados al trabajo "de Puente", como se llamaba a

esta pena entre los obreros, la arquería quedó totalmente concluida el año 1778, y en el siguiente se daba término a toda la obra.

El 20 de Junio de 1779, después de doce años de incesante trabajo, Zañartu entregaba al público, su Puente de Cal y Canto, soberbio e imponente monumento, hecho con lágrimas de centenares de esclavos para una eternidad, y con un costo relativamente pequeño ya que no excedió de \$ 200.000.

A la entrada, con toda justicia, se grabó, en piedra esta solemne y sencilla inscripción: "D. O. M. (Deus, optimo, máximo. Al Dios muy bueno y muy grande). Don Luis Manuel de Zañartu, entre otros servicios hizo este puente", con la fecha correspondiente, que hoy día se encuentra incrustada sobre la punta de diamante del puente en las rocas que miran hacia la subida para carruajes, en el cerro Santa Lucia.

Para el pueblo, que consideró siempre a Zañartu un demonio o algo semejante, la solidez del famoso puente se debía a que la mezcla, fué hecha con cemento y un número fabuloso e increíble de... claras de huevos.

El hecho es que 121 años después, fué necesario minar con dinamita ocultamente, los sólidos cimientos, de una pieza, para que la impetuosa corriente del río lo destruyera. Y el Sábado 11 de Agosto de 1888, a las 5¼ de la tarde, se vino al suelo una considerable extensión del Puente de Cal y Canto, que, a no mediar la torpe e inaudita actitud del Gobierno, habría subsistido durante muchos siglos.

La canalización del río Mapocho pudo haberse realizado sin destruir este magnífico monumento del cual quedan tantos y tan hondos recuerdos y que hoy día habría sido la joya más valiosa de una metrópoli empeñada en desdénar lo antiguo, sólido y venerable, lo poco original que tiene, por lo nuevo y vulgar.





Comandante y oficiales del buque que más se distinguió en la travesía

NUESTRA NUEVA ESCUADRA

REMINISCENCIAS DE VIAJE

DE gran agitación fueron, sin duda, para la Armada Nacional los meses de Mayo y Junio del año próximo pasado. Desde los primeros días del mes de Mayo notóse en todas las reparticiones de la Institución inusitado movimiento, y jamás el personal demostró más celo y aptitudes para el servicio.

En las albas cubiertas de los buques de guerra, en las húmedas y heladas oficinas que la Dirección General posee en la Intendencia de Valparaíso, en los salones del Club, en calles y paseos y por ser más general, en cuantas partes se manifiesta el intenso movimiento de la simpática

Marina de Chile, se veían corrillos de jefes y oficiales comentando el tema del día: el viaje a Europa, para traer a la Patria el primer dreadnought. En miles y muy variadas frases se comentaba el hecho de que tal o cual oficial que se encontraba relegado en Punta Arenas o Arica había sido designado, y en cambio aquél o éste, que a pesar de tener gallos en la corte, y haber su pariente diputado o senador enviado dos o tres cartas al Director General recomendándole al susodicho, había sido propuesto y enviado en cambio al desarme en Talcahuano.

Miles fueron las cartas que el benemérito Comandante en Jefe de la Armada

arrojó al canasto, y miles los nombres que tarjó con tinta roja; bastaba el hecho que un oficial "pusiese cuñas", como familiarmente se dice en la Marina, para que su nombre fuese pospuesto a los de igual mérito, y gracias a este sabio sistema se consiguió dotar a nuestra nueva Escuadra de un personal homogéneo en preparación.

Mientras tanto, en los Arsenales de Talcahuano, se trabajaba día y noche en las reparaciones del "Angamos"; en la obra magna de transformarlo de modestísimo buque de carga, en más o menos confortable transatlántico. Donde comúnmente viajan 24 pasajeros había que poner 72 y el sabio arte de ciertos técnicos ideó el grandísimo sistema de colocar tres literas en lugar de una que existía en cada uno de los estrechos camarotes. De esta manera se subsanaba la estricta economía que había impuesto el Fisco respecto a los pasajes por vapor.

Las bodegas del histórico "Angamos", ya transformadas en dormitorios de tripulación cuando el "O'Higgins" fué traído al país, volvieron nuevamente a cobijar en su seno a los 900 hombres de tripulación destinados al "Latorre", verdaderas 900 víctimas destinadas a sancionarse vivas encerradas entre cuatro gruesas planchas de fierro.

Al quinceavo día de entrada a reparaciones, el anciano transporte se hacía a la mar con destino a "Pancho" (apodo con que los náuticos llaman a Valparaíso) y en su monótono cabeceo se notaba la pesadumbre con que veía acercarse la primera etapa de su pesado viaje, etapa que la Cámara joven había llamado con sobradísima razón y parodiando a la gran obra de Semenoff, "El Camino del Sacrificio".

El jueves 17 de Junio hacía el transporte su entrada triunfal a Valparaíso y las 972 almas que debían viajar en él se sentían felices y contentas de ver que el deseado viaje a Europa se acercaba más y más.

Alegre y pintoresco era el panorama que ofrecía el cerro donde está edificado el Depósito de Marineros. Interminable era la fila de seres humanos que descendían con sus cajas y camas al hombro en demanda del bote que debía conducirlos

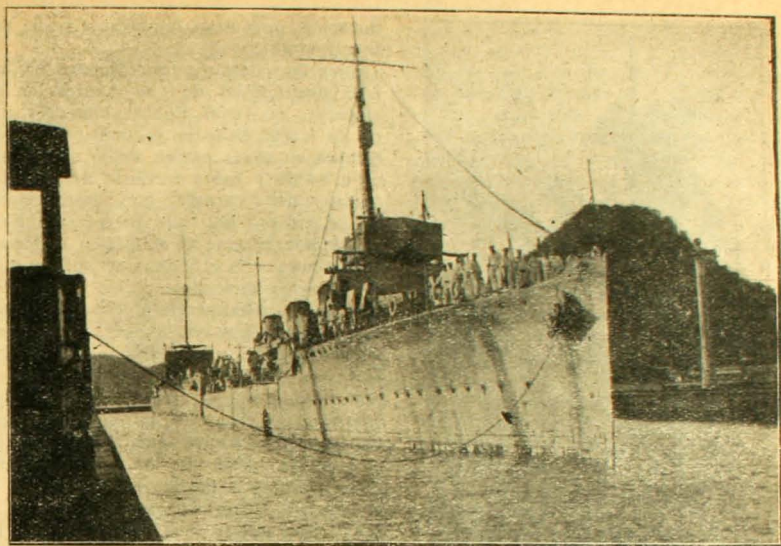
a bordo, y apenas éstos abandonaban la orilla, las madres, las esposas y los chicos que desde el malecón despedían a los suyos, prorrumpían en exclamaciones de buen viaje, y centenares de pañuelos se agitaban en los aires significando el último adiós al padre, al hijo o al marido.

Si Noé hubiese resucitado en ese momento, sin duda alguna habría creído que era de su Arca que se trataba, pues mientras por el costado de estribor subía a bordo la misma interminable fila de seres humanos que vimos descender del cerro, por el de babor se embarcaban en confuso tropelío los bueyes, las gallinas y los chanchos; las sillas, las mesas y equipajes, el vino y las bebidas refrescantes. De cuando en cuando se interrumpía el rodar incesante de los numerosos winches a vapor, destinados a colocar a bordo tanta majamama, para dejar a sus operadores el tiempo suficiente para deleitarse con alguna escena grotesca, resultante de la misma rapidez del aprovisionamiento. Las gallinas, los bueyes y las sillas, todos en alegre comunidad, se daban de tarde en tarde el gracioso lujo de zambullirse en el mar, y más de una vez admiróse el lindo panorama que ofrecía algún representante del reino animal al lanzarse, sentado en una silla, en medio de tan peligroso elemento, mientras los botes destinados al efecto, dotados de robustos marineros, se lanzaban feroces a la pesca de tan peligrosos peces.

Fácilmente se comprenderá que sólo de esta manera era posible embarcar en un solo día de 24 horas las mil y mil cosas indispensables para un viaje de 30 días de duración, una estadía de 7 meses en el extranjero, y un regreso de una escuadra dotada de más de 2,500 hombres. Se puede afirmar, y sin temor a equivocarse, que con el aprovisionamiento del "Angamos" se quebraron todos los records chilenos existentes hasta la fecha, en la materia.

En la tarde del 19 de Junio, un débil temporal azotó la bahía de Valparaíso, motivo más que suficiente para que la Superioridad decretase la inmediata restitución a bordo de todo el personal que se encontraba en tierra.

El domingo 20 lució hermoso sol y en



Williams y Uribe atravesando el Canal de Panamá

la plaza del Puerto se veía un sinnúmero de dorados uniformes que exteriorizaban a sus acompañantes en mil formas el fingido o real sentimiento con que se alejaban.

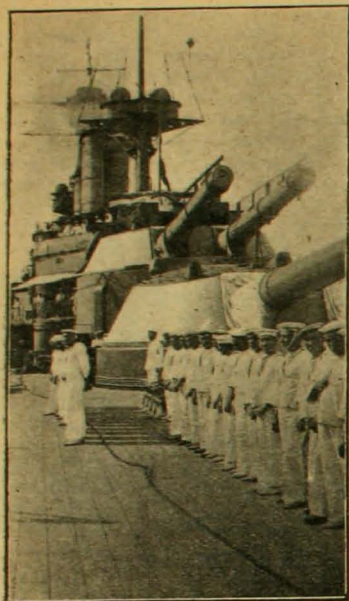
Por fin, a las 3.12 de la tarde, el Comandante del "Angamos" daba la orden de zarpar, y los cornetas poblaron los aires con sus toques de repetido. La masa humana que cubría los cerros, malecones y playas, electrizada y con un mismo movimiento atronó el espacio con un sonoro hurra para los que partían, y las gorras y sombreros volaron al aire, como si toda esa muchedumbre previera y aplaudiera el estoicismo con que ese millar de hombres se lanzaba en esa empresa.

La noche sorprendió al transporte navegando en alta mar y había aún a bordo bastante actividad. Cajones pesadísimos eran trasladados de popa a proa y a babor a estribor; oficiales y marineros, con lámparas o fósforos, trataban de indagar por todos los rincones en qué parte podría haber depositado su equipaje perdido desde hacía dos días. Toda clase

de imprecaciones y denuestos hendían los aires y se confundían con los gritos militares del personal de guardia, las órdenes de los contra maestres, el piteo con que los guardianes dirigían las maniobras y hasta con las frases sentimentales con que algún enamorado narraba a su amigo y confidente las peripecias de su despedida.

Poco a poco fueron ahogándose imprecaciones, órdenes, piteos y confidencias y la tranquilidad más absoluta adueñóse del buque. Disolviéronse los grupos a la hora del "silencio" y sólo una voz desacompañada hizose notar para increpar duramente al pobre midshipman de guardia porque aún quedaba gente en pie y hacía dos segundos que se había tocado silencio.

Las emociones vivas que aún todos conservaban de los últimos momentos habidos en sus hogares y las recaladas obligadas a Coquimbo, Tocopilla e Iquique para tomar más personal para el "Latorre", junto con las simpáticas fiestas con que la sociedad iquiqueña siempre despidió a los marinos, no hizo notar las miles de incomodidades que amargarían el viaje.



Formación de la guardia

La noche del 25 sorprendió al "Angamos" navegando ya en aguas peruanas y el gran deseo de todos de saber cómo habían cerrado las elecciones de Electores de Presidente, no pudo verse realizado, porque sistemáticamente las estaciones radiotelegráficas de nuestros vecinos del norte se dedicaron a interrumpir toda comunicación entre el "Angamos" y la estación de Arica. Tampoco les fué dado a ellos el gran placer de vernos pasar, puesto que nuestro rumbo, trazado directamente a Panamá, nos apartó mucho de sus costas.

La travesía del Canal no ofreció más novedades que la natural estupefacción que debe producir en aquel que lo atraviesa por primera o décima vez. Es esta una obra magna, sobre la que mucho se ha escrito y se ha hablado, pero que hay realmente la necesidad de ver para poder apreciar en su verdadero mérito.

La estadía en Colón fué de cortísima

duración, pues nada importante podía retenernos ahí.

Diez días después fondeábamos en las islas portuguesas de Las Azores, en el puerto de Tayal. Pocos momentos antes de largar el ancla, y como es de costumbre en todas partes, subió el Práctico a bordo y fué a recibirlo uno de los oficiales del "Latorre" que, desgraciadamente, no era del todo fuerte en inglés y que por hacerse el simpático o dárse las de que poseía el idioma, en sonora voz le interrogó diciéndole: "We are here", a lo que, naturalmente, el Práctico hubo de responder sarcásticamente: "Of course, you are". Por las señas que el oficial hizo y por las variadas palabras de diferentes idiomas que empleó para darse a entender, llegamos a la deducción los muchos espectadores que allí habíamos, que lo que había querido preguntar era que si íbamos a quedar fondeados ahí o nos iban a correr más adentro.

En este puerto nos llamó mucho la atención el que casi la totalidad de las señoras usasen grandes capuchas armadas en la cabeza, y que se levantaban más o menos cincuenta centímetros sobre la frente, y a las que la Cámara Joven bautizó con el nombre de "señoras a la vela".

Coincidió con ésto, que en la tarde de nuestro único día de estadía en ese puerto, se levantó un regular viento, y pudimos presenciar el cómico espectáculo que ofrecían cinco o seis señoras que querían avanzar en contra del viento y que "en valde pedaleaban", pues sus pies patinaban en el suelo.

Para cinco días después estaba anunciado nuestro arribo al Viejo Mundo, y con toda actividad se dió comienzo a la faena de remozar al "Angamos" y cubrir sus desnudeces arquitectónicas navales con soberbios brochazos de pintura plomo. La mañana entera se dedicaba, como en el resto del viaje, a los ejercicios físicos, y apesar de que la temperatura a cielo descubierto era bastante repetable, 32° y 34°, había que hacerlo, pues el Reglamento lo ordenaba. Era realmente lamentable ver a esos pobres hombres cómo se quedaban pegados en la brea de las cubiertas, y enorgullecidos la disciplina con que ejecutaban sus movimientos. Uno de

las últimas mañanas, tal vez las más calurosa, y en circunstancias que uno de los cabos artilleros más espirituosos mandaba su división, para entusiasmar a sus subalternos, les gritaba con todos sus pulmones y con la mejor intención: "Hacer bien este ejercicio, niños, para entrar en calor".

Sin mayores novedades que un soberbio arresto de un mes que se nos propinó galantemente por diversos delitos cometidos por la Cámara de Guardias Marinas, arribamos al puerto de Plymouth en la tempestuosa mañana del 23 de Julio. Por extraña coincidencia y como si se hubiera querido hacer notar lo escaso de la compra que había efectuado el Gobierno de Chile, en esos mismos momentos entraba al puerto una Escuadra inglesa compuesta de tres dreadnoughts y quince destróyers.

Ese mismo día bajaron a tierra, a conocer la ciudad, todos los oficiales menos los humildes moradores de la Cámara Joven que, por receta médica, estaban un mes a la sombra.

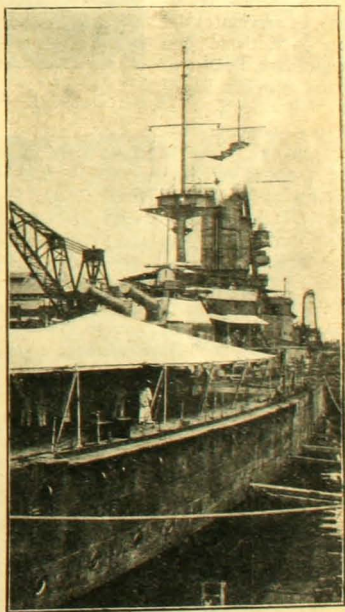
Al día siguiente, a primera hora, poderosos remolcadores nos remontaban río arriba, hasta colocarnos al costado del ex-"Canadá". Demás está decir la ansiedad que en todos reinaba por conocer esta maravilla, a la cual concienzudamente y durante todo el viaje se había ensalzado por medio de conferencias y croquis colocados en todos los departamentos. Había conferencistas que, en medio de su entusiasmo, hablaban de poderosas lanchas, de 30 ó 40 metros de longitud, con telegrafía y teléfonos sin hilos; a los mecanismos de la artillería se los rodeaba siempre de una aureola de misterios; se daba como un dato cierto que en el buque había más de 4.000 teléfonos y aún se agregaba que ni en Rancagua ni en Chillán había tantos.

La distribución de los puestos no era menos amena, y la marinería recibía siempre con júbilo la designación que les recaía como "encargados generales" del departamento tal o cual, de proa, a babor o estribor.

Después de navegar más o menos media hora por el río, y de atravesar por estrechas calles formadas por enormes dreadnoughts, cruceros y destróyers, di-

visamos al fin a nuestro gran "Latorre", humildemente recostado a un muelle y como si estuviese esperando que llegase alguien caritativo que de él se apiadase y lo sacase del estado, realmente cruel, de abandono en que se encontraba. En sus inmediaciones, no menos de un centenar de diferentes tipos de buques de guerra se encontraban en el mismo estado, y la razón de ello es muy lógica, si se considera el gasto enorme que significaría para Inglaterra mantener en servicio activo su poderosísima Escuadra, compuesta de más de 500 buques.

Un poco más allá y en el mismo muelle, se encontraban los tres y quizás más gloriosos buques ingleses. Eran éstos el "Faulkuor", "Broke" y "Botha", precisamente los tres construidos para el Gobierno de Chile antes de la guerra, y los tres que debíamos readquirir llamándolos "Williams", "Ríveros" y "Uribe". Cuando se trató en las Cámaras inglesas de la venta a Chile de estos buques, hubo mu-



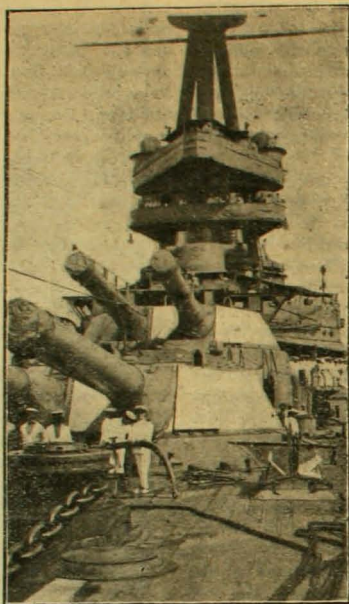
El "Latorre" en el dique

chos de sus miembros que se opusieron a ello, alegando que los más gloriosos buques de guerra que poseían no debían venderse a ningún precio, y que por el contrario, debían mantenerse abiertos para que todos los ciudadanos fuesen a retemplar sus almas en ellos.

En realidad, y por las demostraciones que tenían, el "Broke" con su proa de menos, el "Faulkuor" con parte de su popa volada y 405 heridas en sus costados, y el "Botha" literalmente acribillado de balas en toda su longitud, eran, sin duda alguna, las muestras más fervientes del gran patriotismo que siempre han demostrado los marinos ingleses.

Estos tres destróyers, que junto con el "Tipperary", hundido en la guerra, formaban el resto de la escuadrilla mandada construir por Chile y de la cual son gemelos el "Lynch" y el "Condell", fueron los que más ardua labor tuvieron durante todo el periodo de las hostilidades y así se les vió actuar gloriosamente en Doger Bank, Zeebrugge, Ostende, Jutlandia y en cuanta escaramuza aislada se llevó a efecto en cinco años de la guerra.

Como un dato curioso puede anotarse el que casi todos los nombres de los departamentos que estaban en "español" no fueron cambiados por los comandantes de los buques, pues, según ellos, debía servirles de mascotas las palabras "chilenas". Mascota fué esa, que los acompañó en todas sus actividades sacándolos de ellas triunfantes y gloriosos y mil veces debe haberle estado agradecido el Comandante del "Broke" cuando, regresando de un ataque nocturno y acosado por los torpederos alemanes, se encontró frente a fren-



La torre de combate

te de un crucero ligero, al cual no pudo reconocer por lo obscuro de la noche, y al que, estando en la duda de ser amigo o enemigo, disparó simultáneamente y a cincuenta metros dos torpedos y embistió a toda fuerza de máquina con su espolón, partiéndolo en dos pedazos. Saltó a bordo del inglés la tripulación alemana con sus armas de abordaje y trabóse en él ruda lucha cuerpo a cuerpo, mientras el destróyer avanzaba veloz en demanda de la costa y las balas de los demás torpederos alemanes llovían sobre su cubierta. Gran parte de la tripulación del "Broke" hubo de acudir a los departamentos inferiores a tapar la numerosas vías de agua que le abrían sin

cesar el nutrido fuego alemán, y en su cubierta sólo quedaban escasos marineros que pronto fueron derribados por los asaltantes, circunscribiendo éstos su ataque al puente de mando, donde el Comandante y tres timoneles parapetados tras los estantes de banderas agotaban heroicamente sus municiones y sus vidas, cuando, desde la popa del buque, saltó hasta el puente un gloriosísimo midshipman que, con una espada en una mano y un revólver en la otra, entabló sin igual combate con los asaltantes, derrotando a muchos de ellos y haciendo huir a los demás, no sin haber quedado antes con su cráneo partido por los hachazos de los enemigos y su cuerpo acribillado de balas. De esta manera este dignísimo émulo de Prat salvó la vida de su comandante, salvó su buque y doró las páginas de la historia inglesa con uno de los heroísmos más nobles que se haya jamás realizado.

Siguió el buque a todo andar en demanda del puerto, arribando a Londres

poco después, donde se colocó al midshipman en una carroza de flores naturales, en la cual se le llevó hasta donde lo esperaba el Rey, quién lo condecoró con la Victoria Cross. Pocos momentos después dejaba de existir, rodeado del cariño y la admiración de todo Londres.

Miles de hazañas ejecutaron los buques ya citados, conquistándose la mejor fama de entre todos los de la Escuadra inglesa.

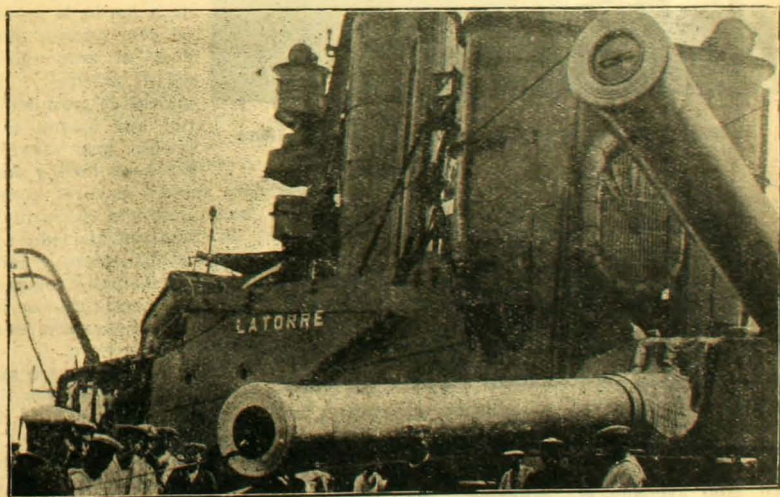
Regresaba, en una ocasión, el "Botha" de un reconocimiento a Heligoland, cuando se vió de súbito atacado por tres torpederos alemanes, los que a gran andar le apuntaban ya sus torpedos. A bordo del buque inglés, la marinería, electrizada por lo inesperado del ataque, acudió inmediatamente a sus puestos, y abrió nutridísimo fuego sobre la división alemana, dejando al cabo de cinco minutos a uno de sus buques fuera de combate y hundiendo a otro, tres minutos después. Un solo torpedero alemán estaba en pie y parece que no estaba dispuesto a rendirse ni a ceder, pues un combate a muerte se entabló con él y no terminó hasta que las sombras de la noche obligaron a sus comandantes a acercarse a sus bases y ponerse a cubierto de probables ataques imprevistos.

El "Latorre" peleó en Jutlandia, siendo solamente alcanzado una vez por una granada de "6" en su torre de combate de proa. Por otra parte, se desempeñó correctísimamente, mereciendo los mejores elogios de los críticos navales ingleses.

Al mando de esta gloriosa Escuadra no podía venir a Chile otra persona que el Almirante don Luis Gómez Carreño, prestigioso jefe, de preclaro talento, incomparables cualidades de mando, respetado y apreciado en todo el mundo por sus extrañas dotes tanto profesionales como de hombre de mundo.

Demás es conocido de los chilenos para que pretendamos hacer un panegírico de él, y demás se le aprecia también en el extranjero por la gente de valer y de renombre. Recuerdo al efecto, que apenas fondeó en Plymouth, el yatch "Endurance", de Lord Admiral Beatty, y antes de que éste hubiese siquiera visitado las autoridades, puso un semáforo al "Latorre" invitando al Almirante Gómez a comer con él.

Las muestras de deferencia que recibía de parte de las autoridades inglesas se sucedían día a día, y hasta los mismos obreros del Arsenal se descubrían respetuosamente cuando lo veían pasar.



Dos "dientes" del "Almirante Latorre"



Sucedíose un cambio de palabras más o menos violento

El 23 de Noviembre de 1920 se hacía a la mar la Escuadra del Almirante Gómez totalmente equipada, y seguía aguas al "Latorre" el destructor "Uribe". Hacia de jefe de la 2.^a División el Comandante Costa Pellé, en el "Williams", prestigioso jefe que siempre llamó la atención de la Escuadra y en muchas partes hasta de los ajenos a ella, por la corrección absoluta de los movimientos que ejecutaba. Lo seguía en la línea, como subordinado, el destróyer "Riveros". La travesía se efectuó sin más contratiempos que un fuerte temporal en el Golfo de Vizcaya y del cual salió averiado el "Williams", que gracias al arrojo, sangre fría y gran pre-

paración de su Comandante no tuvo mayores consecuencias.

En Balboa entró al dique el "Latorre", estando fondeado en la bahía de Panamá las Escuadras del Atlántico y Pacífico, de los Estados Unidos. Esto debe haber hecho época en la historia del dique de Balboa, pues el día de la entrada y el de la salida, no menos de 4.000 almas contemplaban el espectáculo. La marine-ria de las Escuadras Americanas formaba diariamente interminable barra que se dedicaba exclusivamente a observar cada uno de los detalles del buque, y a tratar de indagar o saber algo nuevo de él.

Mucho dió que hacer a todo el personal de a bordo la estadía en este puerto, pues, dado el gran calado del "Latorre" y las mareas de gran amplitud que habían a la fecha, una varadura era cosa fácil y aun-

que no hubiera tenido mayores consecuencias, el hecho solo era molesto. El oficial piloto, directamente afectado con estas cosas, pasaba el día entero y parte de la noche calculando mareas y tomando sondas, para satisfacer a cada uno de los innumerables curiosos que siempre resultan en los momentos de peligro.

Por fin llegó el día designado para zarpar, y más o menos a las 4 de la tarde, llegaba a bordo el Práctico acompañado del Secretario de la Administración del Canal. Dirigióse éste a hablar con el Almirante Gómez para pedirle el cheque en blanco que exigen las autoridades del Canal a todo buque que por él pasa y que

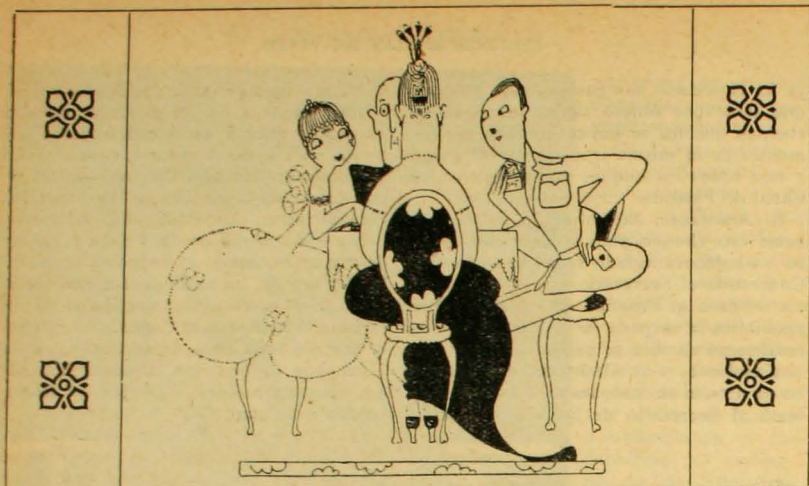
ya ha cancelado sus gastos; este cheque, que tiene por objeto saldar las posibles cuentas que no se hayan cobrado provenientes de la misma travesía, se les exige a casi todos los buques que atraviesan el Canal de Panamá.

El Almirante, naturalmente, se negó a hacer este cheque, pues la Escuadra chilena ya había cancelado todas sus cuentas. Contestóle el Secretario que si no lo hacía retiraría al Práctico de a bordo y que prohibiría la zarpada de la Escuadra. Sucedióse un cambio de palabras más o menos violento, y el Almirante, empuñando en su diestra su inseparable catalejo, contestó al Secretario de la Administración

del Canal que retirara su Práctico y se retirara él de a bordo, y que se cuidara mucho de venir a hacer esta clase de observaciones a un Almirante chileno y en un buque donde tremolaba una bandera jamás pisoteada. Y uniendo a la palabra los hechos, con su catalejo le señaló la puerta.

Inmediatamente después daba la orden de zarpar, y cuando el buque ya se lanzaba del muelle, un automóvil a gran velocidad llegó al costado trayendo al Secretario, al Práctico y al Capitán de Puerto, el que dió toda clase de excusas al Almirante por lo ocurrido, exonerándolo de esa cláusula molesta e ilógica del Reglamento del Canal.





BRIDGE

ALGUNAS INTERESANTES JUGADAS

ES en realidad sorprendente cuán pocas personas saben considerar, rápida y claramente, algunas situaciones del bridge cuando salen algo de lo común. Acostumbradas a hacer determinadas cosas en determinadas ocasiones y por determinadas razones, no parece ocurrirles otra solución.

Una demostración de lo dicho ocurrió con la siguiente distribución de cartas y, aunque he propuesto el caso a no menos de cien personas, ni una sola ha dado la solución correcta. A los lectores de "Pacífico Magazine" les agradecerá, sin duda, proponer la misma cuestión ante sus amigos jugadores de bridge.

He aquí la distribución:

Corazones Q 7 2
Trébol... K Q 7 3
Carots... Q 6 3
Pics..... K J 2

Corazones K J 10
Trébol... 8 5 4
Carots... A 10 9 5
Pics..... A Q 3

	Y	
A		B
	Z	

Corazones A 8 4
Trébol... A J 10
Carots... K J 2
Pics..... 10 9 7 6

Corazones 9 6 5 3
Trébol... 9 6 2
Carots... 8 7 4
Pics..... 8 5 4

Z da y, naturalmente, declara "uno, sin triunfo". Si A conoce las convenciones modernas del juego y su uso, doblará. Ahora, sin mostrale las otras, désele las cartas de Y a cualquiera persona que sepa jugar siquiera medianamente, y con seguridad declara "dos, sin triunfo".

Esto, que parece natural y que ocurrirá en el 99 por ciento de los casos, es, sin disputa, una mala declaración, porque si Y declara "dos, sin triunfo", Z deberá hacer 9 bazas para ganar el juego, mientras que si dobla, haciendo valer 40 la séptima baza, Z podría ganar haciendo estas siete bazas únicamente.

Hay personas que parecen incapacitadas para hacer un buen juego en compañía. Se dejan dominar por la idea de lo que harían con sus propias cartas y miran a su compañero como algo secundario, un auxiliar en el juego que ocasionalmente puede ser útil haciendo alguna observación. Esto se pone en evidencia es-

Tuve ocasión de conocer un caso, curioso e instructivo, de esta naturaleza, mirando jugar en un concurso en Florida (EE. UU.) Los jugadores eran cuatro individuos enriquecidos más por obra de la Providencia que por su trabajo, y para quienes el juego a 10 centavos el tanto era un juego bajo. Dos de estos millonarios deseaban jugar a dollar el tanto, y cuando uno de ellos insistió en que los 10 centavos debía ser el límite, fué tilado, entre broma y broma, de "cicatero". El cuarto individuo era considerado como el mejor jugador en el hotel y, naturalmente, los demás ansiaban tenerlo por compañero. Sorteado, le correspondió jugar con el más rico de entre ellos. Como el "cicatero" insistía en su juego a 10 centavos, se le propuso que se entendiéra con el Buen Jugador, mientras los otros dos llegaban al acuerdo de jugar a dollar el tanto. Después de algunas jugadas, se presentó la siguiente distribución:

El cicatero

Corazones 9 8
Trébol... 8 7 5 2
Carots... Q J 7
Pics..... 10 9 7 2

Diez millones

Corazones K
Trébol... A K J 3
Carots... A K 8 6
Pics..... A Q 8 4

	Y	
A		B
	Z	

Buen Jugador

Corazones 5 3 2
Trébol... Q 10 4
Carots... 5 4 3 2
Pics..... 6 5 2

Corazones A Q J 10 7 6 4
Trébol... 9 6
Carots... 10 9
Pics..... K J
Cinco millones

pecialmente por la forma cómo, jugadores muy buenos en otras circunstancias, se conducen cuando juegan en compañía. No les agrada que se les haga observaciones y parecen considerarlas como correcciones a su modo de pensar. Parecen perder algo de su pericia en el juego cuando se les pide que jueguen en una u otra forma, sin considerar si les agrada o nó.

El hombre de los cinco millones da y declara "dos, corazones", que el hombre de los diez millones dobla, e Y pasa. B, luego de considerar su juego, pasa. Su compañero le llama la atención acerca de que él ha doblado el dos corazones, a lo cual responde el Buen Jugador que lo tiene eso sin cuidado, pero que él no declara con la "basura" que tiene en mano. Z

cumplió lo declarado, hizo dos por cartas a doble valor, manga y juego y cuatro honores, todo en una mano.

Y lo consiguió en esta forma:

A jugó sus dos pares de ases y reyes y en seguida un tercer trébol, contando con que su compañero jugaría pics. Ei de los cinco millones jugó triunfo y en seguida el as de corazones, matando al rey. Esto hizo que el 9 de triunfo del "muerto" sirviera para hacer la otra baza y le permitió jugar triunfo sobre la reina de carots.

El único comentario sobre este resultado fué una observación del Buen Jugador acerca de que si su compañero hubiera jugado la tercera vez un trébol en lugar del as y en seguida rey de carots, dejando a la reina como mayor carta, no sólo habrían salvado el juego sino que también habrían hecho lo declarado. Nada se dijo de su falta en responder al doble.

Me interesé en esta mano porque ví que si el Buen Jugador hubiera sido un poco más disciplinado y respondido al doble de su compañero con un "tres, carots" la posible declaración de "tres, corazones" habría sido supeditada por "cuatro, carots", y "cuatro, corazones" exponía a hacer perder alrededor de 300 dollars.

Si se analiza esta mano se ve que es un juego a carots, y la forma cómo se habría conducido el Buen Jugador para mantener su reputación sería interesante e instructiva.

Se habría iniciado el juego naturalmente con el as de corazones. La jugada siguiente debería ser trébol, ya que la serie de triunfos está coja y el juego pics conduce a una pérdida segura. Ahora, si el rey o as de trébol se juega, el resto es

fácil. Dos jugadas a triunfo, sólo deja el triunfo mayor de la derecha. Jugando el jack de trébol y llevándolo con la reina, el Buen Jugador da a su "muerto" una oportunidad a pics y, si esta jugada resulta, puede ganar el juego.

Después de jugar el rey y jack, el "muerto" devuelve el juego a su compañero con el 10 de trébol y falla con corazones. En seguida juega la carta mayor de trébol y se descarta en un pic. Arrastrando un pic con triunfo y jugando otro corazón para que falle "el muerto", la reina debe ser

jugada y el cinco de triunfo hace la última baza y gana el juego.

Moraleja: Cuando su compañero dobla, declare su propio juego, aunque sólo sea superior en cinco.

* *

Algunos juegos curiosos

Se presentan a veces tales distribuciones de cartas, que apenas se podría imaginar combinaciones tan especiales. Estas manos son llamadas comúnmente "caprichos" porque desafían todas las reglas que rigen una declaración racional, y, en apariencia,

eliminan toda posibilidad de hacer un buen juego.

Apesar de esto, estas manos son amenudo preciosos ejemplos y demuestran en forma terminante que deben ser siempre respetados los principios de declaración y del juego mismo. Lo curioso en estos caprichos es que una declaración racional, de acuerdo con las reglas del juego, puede ser funesta en la realidad. Esto sucede especialmente en los sin triunfo, que amenudo conducen a un fracaso. En muchos juegos sin triunfo se pierde el **slam**,



Capitán Frank Roy, de Watervliet, (N. Y.) famoso autor de problemas de bridge.

BRIDGE

lo cual no puede ocurrir cuando se declara en un juego que llamaremos racional, en oposición a los "caprichos" de que hablamos.

He aquí uno de estos "caprichos", que se presentó este invierno en Belleair, donde puede verse cada noche de 30 a 40 mesas de bridge en pleno juego:

pics" y A negó los pics yendo a "sin triunfo", única forma de indicar, sin ir a "cuatro, trébol", que tiene la serie menor. B hace entonces el juego con "cuatro, pics".

Si Z hubiera interpretado mal el "dos, corazones" de su compañero y comprendido que el doble de B era convencional,

Corazones 6		Corazones Q 8 7 4 2
Trébol... A K Q J		Trébol... 10 9 7 4 3
Carots... A J 8 7 5 4 2		Carots... 6
Pics..... 6		Pics..... 9 4
	Y A B Z	Corazones K J 10 9 5
		Trébol... 6 2
		Carots... Ninguna
		Pics..... A Q J 8 5 2
	Corazones A 3	
	Trébol... 8 5	
	Carots... K Q 10 9 3	
	Pics..... K 10 7 3	

Z da y declara un triunfo, que A, siendo mano, pasa. Parece que Z debería ser aplastado por sus contrarios si se le deja con el sin triunfo, pero no habría caído por más de una baza, excepto si B declara, y entonces no sería ya un sin triunfo. A probablemente entra con trébol y en seguida juega un pic pequeño. Si A no hace todos sus tréboles de una vez, sería difícil evitar que Z hiciera dos pics, dos corazones y dos carots.

Pero no hay temor de que se deje a Z hacer el juego con "un sin triunfo". Y lo substituye declarando "dos, corazones", que B dobla y Z pasa. A sabía, por sus propias cartas, que el doble de B se fundaba en un carta alta de corazones. Para negar los corazones, A declara "tres, carots". Cuando Y pasó, B subió a "tres,

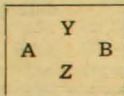
indicando que sus cartas de corazones eran bajas, pudo fácilmente cometer el error de doblar el "cuatro, pics"; pero las declaraciones de A le indican la situación.

Z jugó el as y viendo que el "muerto" no tenía más corazones, jugó triunfo para evitar que A fallara a corazones. B hizo la baza con el jack y jugó en seguida la reina. El corazón jugado por Z mató la reina de su compañero y B jugó el as y luego otro triunfo; después de lo cual se ve claramente que A y B deben hacer el resto: 10 bazas y juego.

Otro juego digno de nota ocurrido en Belleair fué el siguiente, en el cual el compañero del que daba las cartas no creía en la conveniencia de que el juego sea llevado por el que tiene las mejores cartas:

Corazones K Q 9 2
Trébol... 4
Carots... A Q 4
Pics..... A J 6 4 2

Corazones 8 7 3
Trébol... A J 9 8 6 5 2
Carots... 7
Pics..... 9 3

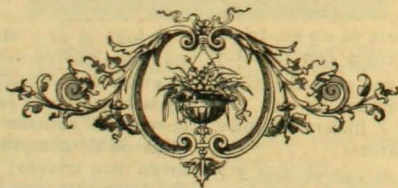


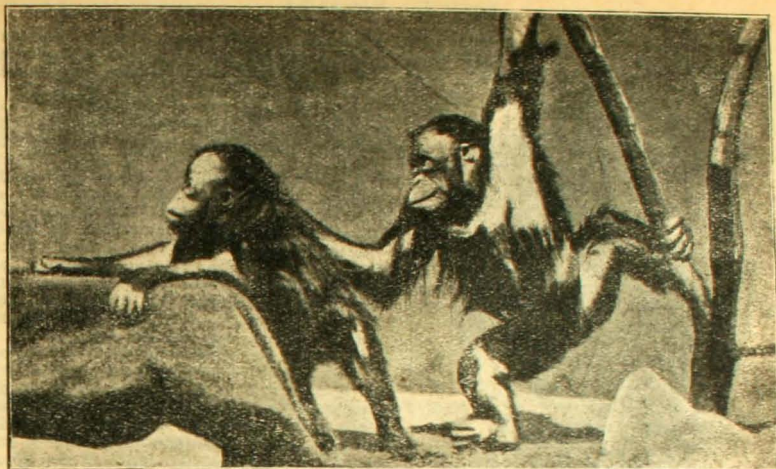
Corazones 10 6 5 4
Trébol... K 7
Carots... 9 8 6 5 2
Pics..... 8 5

Corazones A J
Trébol... Q 10 3
Carots... K J 10 3
Pics..... K Q 10 7

Z da y declara sin triunfo. A, que es mano, pasa. Y, pensando seguramente que su compañero tiene las mejores cartas de trébol, ya que A partió con su cuarta carta mejor en trébol y estableció el contrato para tres jugadas. Si Y hubiera seguido la regla, sacando el sin triunfo con cinco cartas de una pinta mayor (sin importar

las que sean, ni tampoco el resto de la mano) es obvio que un trébol será lo último que pensaría jugar B, y no importa con qué carta salga. Y hace un "grand slam" ya que Y puede descartarse de su trébol perdedor con el diamante largo y echar triunfo sobre el trébol del "mudo".





En busca del hombre futuro

Por JOSE FRANCES

EL profesor neoyorkino Roberto L. Garner ha emprendido una excursión en busca del hombre futuro. Le acompañan, entre otras personalidades científicas, los profesores Collins y W. Furlong, de Filadelfia y Boston respectivamente. El viaje es por cuenta del "Smithsonian Institute" de Washington, cuya espléndida colección zoológica se aumentará seguramente con nuevos e interesantes ejemplares después de esta expedición.

Como es lógico, el profesor Garner y sus compañeros, al acometer esta empresa de buscar al hombre futuro, no se han embarcado con rumbo a Europa. En Europa, la Humanidad, demasiado vieja, atraviesa una crisis fatal para la civilización. Se cumple en ella una regresión a los más feroces instintos. El hombre ha retrocedido hasta la bestia, y el porvenir que pueda brotar de

las tierras encharcadas de sangre y podridas de cadáveres, de las ciudades escombradas y de los odios enloquecidos, no puede ser muy halagüeño.

Así, pues, el señor Garner ha pensado hallar el futuro en la bestia, alentado por el éxito que obtuvieron los culpables en la guerra europea en su propósito, totalmente distinto del generoso y admirable pro-

fesor yanqui. La expedición se ha dirigido al "Africa virgen", como se decía en los ingenuos tiempos del romanticismo literario. Africa conoce ya al profesor Garner, y el profesor Garner conoce los misterios de Africa. En el "Smithsonian Institute" existen un gorila y un chimpancé capturados por él en anteriores viajes de investigación científica.

Porque del gorila y del chimpancé es de donde habrá de surgir el hombre futuro. No es ninguna novedad, porque hasta los académicos de Ciencias



Cabeza de un gorila macho



"Jenny", célebre chimpancé del jardín zoológico de Londres

Naturales saben hoy que Darwin tenía razón. Pero la novedad y, sobre todo, la oportunidad de esta tentativa científica radica que el profesor Garnen solo necesita unos cuantos años para lo que precisó centenares de siglos.

Es necesario que el hombre futuro, al acostumbrarse a no subir a los árboles, pierda también la costumbre de subir sobre los hombros de sus semejantes. Es necesario que el hombre futuro ignore lo que ya a fines del siglo XX llamaba el señor Max Nordau "mentiras convencionales".

Sería un bello sueño sustituir por gorilas relativamente educados los niños bien, que ahora constituyen en el mundo el futuro de nuestra Humanidad. Porque entre un chimpancé y un jovencito de estos que bailan danzas exóticas y persiguen tobilleras en los cines y juegan a militar en los partidos políticos de diversas ideas, la elección no es dudosa.

Sin embargo, tenemos derecho a arrancar de su vida fácil, feliz, por inconsciente y por natural, a los gorilas y a los chimpancés? ¿Merece esta vieja y podrida Humanidad que ahora, ahita de concupiscencias, de ambiciones, de maldades y de odios, se desangra en los campos de batalla, que se la salve, introduciendo en ella los libres habitantes de las selvas?

Este señor Garner del "Smithsonian Institute" de Washington va a hacerles un flaco servicio a los pobres gorilas.

Recordemos algunos precedentes. Aún siendo imaginarios, estos precedentes son un desengaño más para nuestras utopías

anticivilizadoras y una demostración palpable de la crueldad que comete el hombre queriendo despertar la adormecida inteligencia de los monos.

Se piensa en el "Mundo perdido", de Conan Doyle; en el "Libro de la Selva", de Kipling, en la "Isla del doctor Moreau", de Wells; en el "Balao", de Gastón Leroux.

De todos estos libros, el que más honda amargura dejó en nuestro espíritu fué el último, porque en él la imaginación del novelista avanzó hasta los límites de la posibilidad. ¡Pobre y mísero "Balao" vestido de frac, con monóculo, estudiando en una Universidad y bebiendo champán entre parisinas cocotas! En torno suyo, los hombres y las mujeres le ofrecían ejemplos infames o simplemente tristes.

Como el doctor Moreau de Wells, como el doctor Challenger de Conan Doyle, como el doctor, cuyo nombre he olvidado, de Leroux, este otro doctor de la vida real tendrá que confesarse vencido, después de capturar un pobre chimpancé y hacerle enfermar de la melancolía de sentirse hombre sin dejar de ser mono...

Y entonces será llegado el momento de buscar la salvación de la Humanidad a la inversa. Enseñando a nuestros hijos, nó las rutas de Europa, que antes de la guerra nos parecían las verdaderas rutas de la felicidad y del bienestar social, sino las rutas de Africa, con sus selvas donde el orangután aguarda, como un padre bondadoso y fuerte, la vuelta de los hijos pródigos y débiles...



"Cónsul", famoso chimpancé de extraordinaria inteligencia



UNA SECTA EXTRAORDINARIA

El Alcoholismo Litúrgico

Por JENARO PRIETO

LA secta de los Moroví (Adoradores del Espíritu) ha solucionado en los Estados Unidos el doble problema de la paz de la conciencia y el mantenimiento de la buena bebida.

La secta es, según se dice, de un remoto origen cismático, pero sólo ha venido a tomar cuerpo después que la gran República del Norte incorporó a la ley abstencionista un artículo de excepción, por el cual quedan excluidas de la prohibición las bebidas alcohólicas destinadas a las ceremonias del culto.

Como en Estados Unidos hay una amplia libertad de conciencia que permite la existencia de cerca de un millar de religiones, la ley no precisa el culto a que su artículo de excepción se refiere y las sectas más insignificantes y desconocidas pueden acogerse a sus beneficios.

Aunque el jefe de la Policía de Nueva York, con un conocimiento teológico y una sutileza de argumentación más propias de un monje medioeval que de un detective moderno, ha sostenido en más de una ocasión ante el Gobierno la reciente creación de la secta; parece un hecho indiscutible, como al principio dijimos, que la existencia de los primeros

"Adoradores del Espíritu", data del siglo VI de nuestra era.

El jefe de ellos, Amonio Tomón, cayó, al decir de un antiguo cronista, en la nefanda herejía de asegurar que el vino era por su propia naturaleza ("per se, non per accidens") materia de sacramento y contenía en sí las gracias necesarias para la salvación del alma.

Condenado por los Obispos, excomulgado por los Pontífices, anatematizado por los Concilios ecuménicos, Amonio Tomón se refugió en una pequeña aldea, perdida entre las montañas al norte de Asia Menor, según unos; y en la tierra ocupada por los kurdos, según otros, donde logró formar algunos prosélitos.

Sus últimos días—y en esto sí que están de acuerdo todos los cronistas y comentaristas—fueron dignos del error y la pertinacia de su vida. "Perdió hasta el modo de andar ("et deambulandi morem amissit") pues se le veía con frecuencia en cuatro pies—dice Lisímaco de Afrosia;—su lengua articulaba difícilmente las palabras y sufría de horribles accesos de gástricos en que ("et animam exurgitabat") arrojaba el alma". ¡Triste fin de los herejes! Una tarde, a la puerta de una taberna, presa de horribles visiones, y re-





Y, revolviéndose como un energúmeno, entregó su alma al demonio...

volviéndose como un energúmeno, Amón Tomón entregó su espíritu al demonio.

Naturalmente esta versión tomada del Libro de los Ermitaños, capítulo XXVIII, que versa sobre la muerte de los perseguidores y apóstatas, si bien de acuerdo en los hechos esenciales, difiere en absoluto de la piadosa relación que sus adeptos, los actuales Adoradores del Espíritu, leen en los oficios religiosos de los lunes—día santo según ellos—en todas las capillas espirituosas de los Estados Unidos.

"Su espíritu de humildad—dice el Diario—lo llevaba hasta el extremo de an-

dar habitualmente con el rostro en tierra, como las más humildes bestias, o bien apoyándose en los muros al modo de las arañas, para evitar la vista de los transeuntes y en especial de los esbirros que, envidiosos de su virtud, lo perseguían para llevarlo a la cárcel. Y cuando alguien se mofaba de sus extrañas y modestas actitudes, él le respondía con frases entrecortadas, con tal espíritu de suavidad y dulzura que evitaba pronunciar las **erres** o se las saltaba simplemente en las palabras, para quitar toda dureza a la expresión.

Amañte del ayuno, rechazaba el alimen-



to, diciendo que le bastaba la bebida, y en más de una ocasión se le vió devolver de la boca los escasos men-
drugos que en un momento de debilidad había aceptado.

Dormía bajo la mesa, sin despojarse nunca del vestido, asistía diariamente a los antros más miserables, a las más tristes y repugnantes tabernas; alternaba con gente vil, y, deseoso de mortificación, se valía a veces hasta de la injuria para obtener que sus vecinos le abofetearan y tundieran.

Tanta virtud y tanta penitencia tenían que obtener su recompensa, manifestándose, aún a los ojos descreídos, en un florecimiento de milagros.

Y una fría noche de invierno en que Amonio, siguiendo su costumbre, volvía a gatas a su pobre aposento, acompañado de varios discípulos, uno de los cuales cargaba sobre sus hombros un pesado odre de vino, el piadoso varón se irguió dificultosamente, y, apoyado en el ángulo del muro, a la pálida luz de una linterna, exclamó con voz profética:

—He aquí que hemos comprado un solo odre de vino y ahora veo que se han vuelto dos!

Y como los discípulos, cegados por las tinieblas de la incredulidad, le respondieran:

—Maestro: vedlo bien. Si es uno solo.

Amonio, sin replicar, les dió de beber a todos con sus santas manos, hasta que éstos reconociendo su profundo error y llenos de maravilla ante el prodigio, se arrojaron a sus plantas pidiéndole perdón, y en esa actitud sus párpados se cerraron con un sueño reparador y tranquilo.

Pero mientras dormían, Satanás, que vela en sus continuas acechanzas, debió sustraer uno de los odres porque al despertar, los jóvenes discípulos encontraron solamente un pellejo vacío.



—He aquí que hemos comprado un odre y ahora veo que son dos...

Mas Amonio les dijo que había visto en sueños dos demonios, que se llevaban los dos odres exhaustos, y no podía explicar-

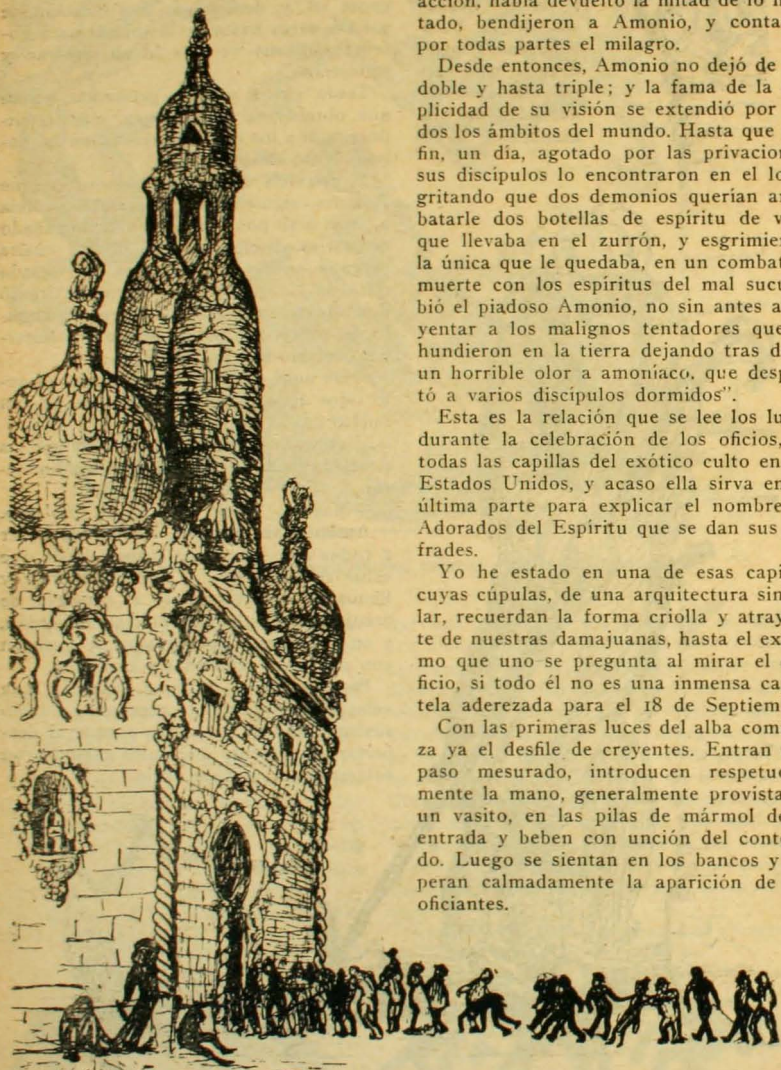
se cómo, apesar de todo, quedaba uno. Y los prosélitos, comprendiendo que el propio Espíritu del Mal, avergonzado de su acción, había devuelto la mitad de lo hurtado, bendijeron a Amonio, y contaron por todas partes el milagro.

Desde entonces, Amonio no dejó de ver doble y hasta triple; y la fama de la duplicidad de su visión se extendió por todos los ámbitos del mundo. Hasta que por fin, un día, agotado por las privaciones, sus discípulos lo encontraron en el lodo, gritando que dos demonios querían arrebatárle dos botellas de espíritu de vino que llevaba en el zurrón, y esgrimiendo la única que le quedaba, en un combate a muerte con los espíritus del mal sucumbió el piadoso Amonio, no sin antes ahuyentar a los malignos tentadores que se hundieron en la tierra dejando tras de sí un horrible olor a amoniaco, que despertó a varios discípulos dormidos".

Esta es la relación que se lee los lunes durante la celebración de los oficios, en todas las capillas del exótico culto en los Estados Unidos, y acaso ella sirva en su última parte para explicar el nombre de Adorados del Espíritu que se dan sus cofrades.

Yo he estado en una de esas capillas cuyas cúpulas, de una arquitectura singular, recuerdan la forma criolla y atrayente de nuestras damajuanas, hasta el extremo que uno se pregunta al mirar el edificio, si todo él no es una inmensa carretela aderezada para el 18 de Septiembre.

Con las primeras luces del alba comienza ya el desfile de creyentes. Entran con paso mesurado, introducen respetuosamente la mano, generalmente provista de un vasito, en las pilas de mármol de la entrada y beben con unción del contenido. Luego se sientan en los bancos y esperan calmadamente la aparición de los oficiantes.



...cuyas cúpulas, de una arquitectura singular, recuerdan la forma criolla de nuestras damajuanas...

A las diez de la mañana salen de una de las puertas laterales para dirigirse al coro los ministros del culto. Marchan en riguroso orden de edad, con largas túnicas de tono oscuro; no visten púrpura ni llevan distintivos especiales, y sólo el color más o menos encendido de sus narices venerables, que ora llega al morado episcopal, ora a la púrpura cardenalicia, permite a los entendidos apreciar su graduación.

Colocados en fila a ambos lados del coro, comienza la ceremonia.

Se escucha primero el rápido batir de los incensarios que los acólitos sacuden a guisa de "cockteleras". Una ponchera gigantesca es conducida bajo palio, en redor de la capilla, donde esperan de rodillas y en correcta fila los prosélitos, mientras los acompañantes, siguiendo una tradición de origen, sin duda alguna, chileno y bomberil, llenan las profundas bóvedas con los acentos graves y solemnes de su canto litúrgico:

La bomba va,
la bomba va,
la bomba va.

.....

Y luego, desde el coro:

"Beba, beba, compañero"

.....

Y, por último, con notas de resurrección y acción de gracias, se eleva el claro cántico de los elegidos:

Me lo he bebido todo
y no me ha hecho mal...

El rumuroso ir y venir del cucharón en la ponchera, interrumpe de cuando en cuando el canto, tornándolo en un dulce gorgoeo de avecilla. Es el momento solemne en que la mano del Sumo Sacerdote aniega en una rebosante cucharada de whisky litúrgico la seca garganta de los penitentes, que inclinan su rostro a tierra, presas de una emoción embriagadora.

La misma ceremonia se repite, con ligeras variantes, en la tarde, a la hora de las vísperas.

Hay fanáticos que pasan en la capilla el día entero. Los menos fervientes aprovechan para hacer sus oraciones al tiempo que antes destinaban a beber su aperitivo.

A esa hora las campanas de todas las capillas espirituosas de Nueva York tañen alegremente llamando a los fieles, y la ciudad se moviliza en masa. Aquello semeja un toque de rebato.

No parece sino que el alma del propio Amonio Tomón vibrara en esas notas llenas de una dulce y suave invitación al reposo y al olvido.

Y, pese al excepticismo del siglo, uno se siente arrastrado a traspasar esos umbrales que apartan del ajetreo de la vida neoyorkina, y allí bajar los párpados, elevar el espíritu y beber una copa por el alma de los legisladores que consignaron en la ley de alcoholes la excepción de las bebidas destinadas al culto.





CONSTANCE TALMADGE,

que reaparecerá muy luego en el Splendid
en "La Vampiro Virtuosa".



LOS PROBLEMAS DEL CINE

POSIBILIDADES DE LA CINEMATOGRAFIA NACIONAL

Por ALBERTO EDWARDS

En este artículo supone el autor que se organice en Chile una empresa productora de películas cinematográficas, y examina sus probabilidades de éxito.

Lo hemos ilustrado con retratos de actores nacionales, y con algunas escenas plásticas elaboradas por aficionados que "jugaban a las películas".

SUPONGAMOS que un círculo de capitalistas emprendedores organizaran una Sociedad Anónima con el objeto de explotar el negocio de producir en Chile películas para el cine.

He aquí una hipótesis que habrá seguramente de despertar inmenso interés entre los numerosísimos y fanáticos admiradores que entre nosotros cuenta el arte fascinador y popular del biógrafo. Ella merece que le consagremos algunas líneas.

¿Podremos esperar que tan bella hipótesis se convierta un día en realidad? He ahí el problema.

Los organizadores de la futura empresa tendrían que plantearse en la única forma posible bajo el punto de vista práctico y comercial. No pueden limitarse a trabajar películas de exclusivo interés chileno, sino que tendrían que ir a competir en el mercado cosmopolita con las producciones análogas de los demás países en que ha surgido esta industria.

Ello parece arduo y sobrado ambicioso; pero, examinando el asunto más de cerca, hay que convenir en que o la cinematografía nacional triunfa por completo en el amplio campo del mundo, o está destinada a fracasar a lo menos financieramente.

Por de pronto, las películas chilenas tendrán que luchar, aún dentro del país, con las producciones de marcas extranjeras fabricadas para el mundo entero con el costo y los recursos de que pueden disponer empresas que cuentan para resarcir sus gastos, con las utilidades que recogen en todo el orbe civilizado. En general, el público no admitirá (por el hecho de ser nacionales) espectáculos marcadamente inferiores a los que está acostumbrado a aplaudir, y para producirlos de parecido mérito a éstos es necesario desarrollar esfuerzos e incurrir en gastos que sólo el mercado universal puede cubrir.

Es claro que la historia y las costumbres chilenas pueden proporcionar elementos al triunfo local de algunas aún-



Una escena oriental típica tomada en una moderna casa santiaguina.

que pocas películas, como ya se ha visto en la práctica; pero es esa una veta que se gasta pronto. La exhibición de costumbres y la historia no son ¡ con mucho la fuerza del cine. En esto se diferencia del teatro, que, contando como cuenta con el recurso del lenguaje, esto es con el elemento de más colorido local, triunfa de un terreno en que el cine escolla.

La pintura de las costumbres alimentó durante muchos años el llamado género chico que tuvo inmenso éxito, aún aquí en América; pero no ha sido capaz de crear ni siquiera el principio de una cinematografía española. Igual fenómeno observamos en Argentina: mientras el teatro criollo ha llevado y lleva allí vida robusta, la cinematografía ha fracasado en forma lamentable. Es que la música, las canciones y los chistes pueden variarse hasta lo infinito; pero el que ha visto un alcalde o un boticario de pueblo en las "tandas" un gaucho o una zamacueca, en la comedia criolla, apenas encontrará in-

terés en ver continuamente los mismos tipos en muchas piezas.

Pero no es sólo con asuntos nacionales como podría tener éxito una empresa del género de la que suponemos. El secreto estaría en atreverse con temas de interés cosmopolita e ir a triunfar con ellas sobre las pantallas de todos los teatros del mundo.

No sé, si el patriotismo y el buen deseo me perturben; pero estoy muy lejos de considerar temerario ese propósito...

¿Quién hubiera imaginado hace pocos años el colosal éxito de los norte americanos en ese mismo terreno? Su teatro era inferior al de la mayor parte de los países europeos; sus artistas no gozaban ni con mucho de fama mundial, como los italianos y los franceses; su literatura apenas se conocía fuera de sus fronteras; su intelectualidad parecía más simple e infantil que la de los países de vieja cultura... Sin embargo, acaso esas mismas condiciones, a primera vista negativas,

contribuyeron a colocarlos en primer lugar sobre la pantalla.

Seguramente que en Chile disponemos de muchos de los elementos que poseen los americanos, y es probable que con alguna paciencia podríamos procurarnos los mismos que nos faltan o parecen faltarnos.

Por de pronto tenemos un clima ideal para el cine, y se sabe cuan decisivo es ese factor. El centro de la cinematografía norte americana no se encuentra en Nueva York ni en Washington, en los estados más intelectuales, ricos y cultos, donde abundan las decoraciones magníficas y las más aturdidoras maravillas del arte y de la industria, sino en una región lejana, separada del centro del país por comarcas desiertas o poco menos y por muchos días de viaje costosísimo, en Los Angeles, ciudad de poco más de doscientos mil habitantes, rodeada de cerros áridos, y cuya naturaleza solo presenta esplendor donde llegan las aguas de regadío, en Califor-

nia, en fin, esto es en el país más análogo a Chile que existen en el mundo, por lo menos en cuanto a su clima.

Es que el cine exige una atmósfera luminosa, muchos días de sol, un temperamento seco y poca lluvia. Estas condiciones no se encuentran en el Oriente de los Estados Unidos y menos todavía en la Europa Occidental. Chile las posee aún en mayor grado que California.

La naturaleza, el paisaje, es otro de los factores esenciales al éxito del biógrafo. El cielo constantemente azul y la atmósfera transparente de los desiertos no han tentado a los industriales, porque en esas comarcas áridas no existe sino una naturaleza desnuda y sin variedad. Por una causa análoga los países tropicales con su vegetación exuberante pero de formas especiales, son adecuadas sino para representar escenas exóticas, y las condiciones actuales del cine exigen una decoración más plástica, más propia para figurar o evocar vistas de los países templa-



La muerte interviene...

dos, que son el centro de la civilización cosmopolita, en cuyas ideas, costumbres y problemas han de inspirarse casi la totalidad de las películas. En California y todavía más en Chile se puede sin trabajo encontrar decoraciones para una escena que se suponga desarrollarse en Inglaterra, en Francia, en Italia, en Rusia, en Siberia, mejor dicho, en cualquiera parte del mundo. Ello sería imposible o casi imposible en tierra tropical.

A este respecto entre California y Chile, la ventaja está de parte nuestra. Allí no existe una cordillera que pueda compararse a los Andes. Aquí, en muy pocas horas de marcha, se encuentran (a lo menos para la fotografía) paisajes ingleses, montañas suizas, campiñas italianas, bosques tropicales, desiertos árabes, y también todo lo que existe en California, salvo las sequioas gigantescas y las maravillas de Yosemite, cosas poco utilizables en el cine. Esto es más cosmopolita y más variado que aquello.

Hay un factor de nuestro paisaje que lo afea no poco ante la visión directa; pero que lo embellece en la reproducción fotográfica. Cuantos han viajado con una cámara conocen ese secreto de muchos de sus éxitos y decepciones. Nuestra vegetación arborescente (siempre verde) aparece a la vista casi constantemente cubierta de una tenue capa de polvo que le hace perder en lozanía y frescura. Pero el verde purísimo de los trópicos y de los países húmedos de la zona templada es detestable para la fotografía, porque, siendo un color poco actínico, aparece en la placa negro o casi negro, y para proporcionarle algún relieve se necesita acudir al truc de las prolongadas exposiciones, cosa imposible en el biógrafo. En cambio los árboles y arbustos un tanto polvorientos de Chile son reproducidos por la fotografía como el ojo vé a los de los otros países, llenos de luz, de sombras, de relieves.

Igual cosa ocurre con los tonos generales del paisaje. El secreto de la naturaleza europea es el suave contraste entre el verde oscuro de los árboles y el verde claro de las praderas. Ningún espíritu observador habrá dejado de notar que ese contraste no existe para el biógrafo, cuando reproduce paisajes de Europa: todo aparece sobre la pantalla uniformemente

oscuro. En cambio, nuestras praderas agotadas y amarillentas por los calores y la sequedad del estío, se destacan en la cámara fotográfica, como el ojo vé las risueñas y frescas praderas de los países húmedos.

Allá la fotografía echa a perder al paisaje y aquí lo mejora. Una vista chilena hace el efecto que haría una vista europea, si los rayos químicos tuvieran el mismo poder relativo que los rayos ópticos. La naturaleza nos ha proporcionado gratuitamente un verdadero filtro acromático.

De lo dicho se deduce que, en materia de factores naturales, los de Chile son inmejorables para la industria del cine. Puede decirse, sin exageración que ningún país del mundo los presenta parecidos.

Pero el escenario del biógrafo, como el del teatro, no solo exige bellezas naturales, sino la huella visible del trabajo del hombre y de la civilización para que pueda representar fielmente los sitios en que se figura el argumento. Una selva virgen de la antigua Galia no evocaría ni de cerca ni de lejos a la Francia actual.

Felizmente también poseemos este factor. Existen en nuestras grandes ciudades (particularmente en Santiago y Valparaíso) barrios enteros de aspecto y magnificencia europea; muchas de nuestras residencias y parques de campo nada tienen que envidiar a los chateaux de Francia y a los sites de Inglaterra; la arquitectura sub-urbana que es la más adecuada al escenario del cine ha hecho entre nosotros progresos inmensos; el campo de algunos de los departamentos centrales se encuentra tan densamente poblado y cultivado como el de los países más viejos... y esto al lado y en contacto de la naturaleza virgen que allá ha desaparecido. Lo que puede haber de frágil y poco acabado en nuestras magnificencias arquitectónicas no se percibe en la reproducción fotográfica.

Hasta ahora las películas chilenas han sido de una señalada inferioridad técnica. Este defecto es fácil de remediar. Sobran en todo el mundo operadores hábiles y en cuanto a las ventajas de una maquinaria adecuada y moderna y de escenarios bien iluminados, podemos aquí procurárnoslas como en los demás países. Es un detalle,

pero de importancia transcendental. La futura empresa fabricante de películas no debe desdenarlo.

El problema del material humano (acaso el más importante de todos) presenta múltiples aspectos.

En el arte eminentemente visual del cine, la belleza física de los actores, aún la belleza en el malvado, es un factor decisivo del éxito. Hay quienes le atribuyen en gran parte el de la cinematografía americana. La mujer francesa, espiritual y graciosa, pero por lo general físicamente mediocre, ha sido vencida sobre la pantalla por las lindas ingenuas yankees.

Ahora bien, no hay que hacerse ilusiones; tomada en su conjunto, nuestra raza no es hermosa. Fuertemente teñida de sangre indígena en las clases inferiores y aún en parte de las medias, su aspecto es más asiático que europeo. La futura empresa cinematográfica chilena no podrá presentar en sus pantallas multitudes interesantes para otros ojos que los chilenos.

Es cierto que la belleza de nuestras mujeres vale tanto o más que su fama; pero es la belleza de una clase social, la más elevada, la única que ha conservado su sangre más o menos pura. En Chile, salvo raras excepciones, el aspecto de un individuo dice algo de su rango, lo que no ocurre en Europa.

En virtud del principio de las selecciones naturales, esas gentes de raza blanca han subido y se conservan en la superficie. Los rotos afirman que los extranje-

ros prosperan rápidamente porque "trabajan con piedra imán". La verdad es que trabajan con superiores aptitudes, que su triunfo es el de las ventajas étnicas.

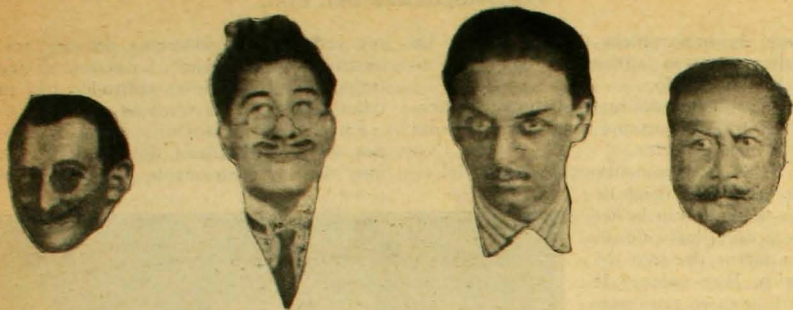
En el Club de la Unión y en los salones de la aristocracia domina una raza muy diversa (físicamente a lo menos) a



Un buen burgués que se improvisa actor de biógrafo.

la que pulula en las cocineras de la calle de San Pablo. Ninguna ley, ningún privilegio escrito lo ha dispuesto así: ello es obra de la naturaleza de las cosas.

Por eso, la inferioridad plástica de nuestro pueblo no es un obstáculo serio para el éxito de la cinematografía nacional. Las masas, las multitudes, figuran raras veces sobre la pantalla, y no es difícil seleccio-



narlas. En cambio abundan entre nosotros los tipos bellos, no sólo como hemos dicho en la aristocracia sino también en las clases medias las cuales naturalmente proporcionarán el mayor número de reclutas a los empresarios del cine.

El tipo de mujer ingenua, de lindos ojos, facciones finas y cuerpo delicado y gracioso, que parece ser el favorito del público en el biógrafo, abunda proporcionalmente en Chile casi tanto como en los Estados Unidos (salvo se entiende en el bajo pueblo). No nos faltan tampoco en la clase media, cada día más mezclada de elementos europeos no españoles, tipos de belleza varonil. Además las visciditudes sociales y económicas van multiplicando los casos de familias aristocráticas que

han descendido de su antiguo nivel sin perder sus características físicas de raza.

La educación, los modales, el buen gusto de la clase media dejan algo y mucho que desear en Chile; pero estos detalles los aprenden (sobre todo las mujeres) con mayor facilidad de lo que al principio pudiera imaginarse. Esta es la tarea del director de escena y no está por cierto al alcance de cualquier patán.

Debe buscarse a un gran señor verdadero para este destino.

Nada más ridículo en el teatro o en el cine, que el pobre diablo que quiere hacer de aristócrata sobre la escena, sin tener idea cabal de como es ello. Imaginan que con presentarse con imperio, lan-



Las actitudes dramáticas no son un escollo demasiado rudo.



Tipos chilenos, filmables.

zando grandes bocanadas de humo y fingiendo actitudes hieráticas y pomposas están al cabo de la calle. El gusto en el arreglo de las habitaciones y en la arquitectura escasea también en Chile (aún en la aristocracia de más campanillas). Tampoco es posible olvidar este detalle.

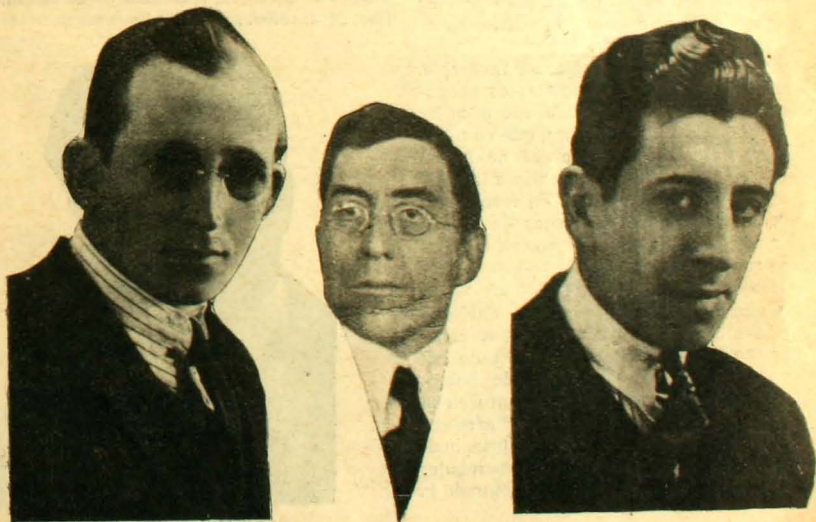
Por desgracia en ningún punto es más ciega la vanidad humana. Nadie se imagina a sí mismo grotesco y cursi. He allí pues un escollo y serio para la cinematografía nacional como ya se ha visto en algunos de los ensayos que conocemos.

Respecto de las aptitudes de los chilenos como actores, habremos de confesar

que es un enigma que sólo el tiempo y la experiencia podrán resolver.

No basta el antecedente de nuestro innegable fracaso en el teatro. Se trata de dos artes gemelos pero diverso, como lo demuestra el caso ya citado de los norteamericanos.

Debe notarse, en primer lugar, que en el cine no tiene importancia alguna el elemento de la dicción, indispensable al éxito de la escena hablada, sobre todo en el verboso y declamador teatro español. Nuestra pronunciación imperfecta, descuidada y lánguida ha sido sin duda el mayor de los escollos con que han tropezado las mu-





chas tentativas de nacionalización del teatro que hemos visto fracasar... Ese escollo no existe en el cine; sin embargo, nuestra ineptitud manifiesta para una de esas artes, no prueba ni con mucho nuestra aptitud para el otro.

Existe con todo un síntoma favorable, que sería decisivo, si pudiéramos asegurar que se trata de un fenómeno peculiar a Chile o más acentuado aquí que en otros países. Así como los triunfos de la escena teatral no sedujeron jamás a los chilenos, la pantalla les atrae en forma casi inverosímil. De cien señoritas de la clase media noventa y nueve desean con delirio ser artistas del cine.

¡Hay vocación!

Algunos sonreirán, creyendo que ello no basta... Se equivocan. No hay error más común ni más craso (sobre todo entre los intelectuales) que el de imaginar que los grandes triunfos, tanto en la política como en las letras, en el arte como en los negocios, se deben principalmente a facultades nativas excepcionales del orden cerebral. El primer factor de la

vida es la voluntad. En arte, la vocación lo hace todo o casi todo. La historia de Demóstenes el tartamudo que llegó a ser el primer orador de la Grecia, es muy vieja pero se repetirá mientras exista el mundo. En el siglo último la hemos visto reproducirse en Sarah Bernhardt y en Disraeli... Léase el libro de Smiles sobre el carácter... Allí sobran ejemplos.

Si se comparan las grotescas películas norte-americanas de la primera época con las de hoy se creería que las unas y las otras son obra de diversos pueblos, muy desigualmente dotados. Ese aparente milagro es de la voluntad; porque ésta nunca falta en los Estados Unidos sobre todo cuando hay dinero por ganar.

La vocación, como el ansia del lucro, también cura y fortifica los caracteres.

Hay otra circunstancia favorable. La complicación psicológica del teatro moderno encuentra difícilmente intérpretes en estos pueblos nuevos de alma más simple. Esta dificultad no existe para el biógrafo, donde al contrario, se convierte en una ventaja.

Sarah Bernhardt la gran actriz francesa vale menos sobre la pantalla que Mary Pickford o cualquiera de esas candorosas adolescentes norteamericanas que apenas saben sino mirar, sonreír e interpretar el amor sin dobleces ni laberintos de los idios de antaño...



Pero llegamos al grande, al supremo escollo, al que ha condenado al cine español de la península a un irremediable fracaso. En los propios Estados Unidos, en la tierra más faltaseadora e imaginativa del mundo, se ha producida ya, según se dice, la crisis del plot, la falta de argumentos capaces de despertar un interés nuevo en los auditorios del mundo ávido de las emociones de la fantasía.

¿Tenemos o no imaginación? He aquí el problema. Dilucidarlo sería asunto largo y embrollado...

Por de pronto el público chileno prefiere la literatura y el teatro imaginativos. De ello no cabe duda. Las producciones descriptivas y coloreadas de los ingenios españoles, son aquí admiradas verbalmente por muchos, pero leídas por pocos... Aburren y fatigan... Sirven a los intelectuales para conciliar el sueño o aprender gramática.

Existe el caso de un gran literato ibérico que ha hecho su fama con obras de arte realistas, y su fortuna editando inverosímiles novelones de aventuras traducidos del inglés.

Nuestra escasa literatura nacional cuando ha sido espontánea y libre de la influencia artificiosa de las convenciones sujeridas en el colegio, esto es cuando no ha sido española ni francesa, tuvo una tendencia imaginativa muy marcada.



Un yankee... de Perquenco?

No debe juzgarse de este problema por los rumbos actuales de la juventud que presume de intelectual, porque en ella apenas subsiste algún rasgo chileno, algo que no sea artificial y aprendido; acaso es extravagante y revolucionaria en arte, porque su temperamento no simpatiza con los rumbos y modelos que quisieron imponerle. Busca otra cosa y es natural que en su inexperiencia se estravíe.

Pero hace cuarenta años, cuando la erudición a la violeta y la enseñanza pseudo clásica no había aún prodigado sus estragos, surgió espontaneamente en Chile una literatura altamente imaginativa, algunas de cuyas obras de gran éxito en su tiempo, hacen recordar y de cerca las mejores de la literatura melodramática de otros países y se leen hasta hoy con interés palpitante.

Hace poco más de un año recomendé a un amigo, hombre de talento, buen conocedor del biógrafo, y que ha demostrado él mismo facultades de imaginación nada vulgares, que leyera una de esas novelas agregándole que ella podría servir de tema para una película.

Dos días después vino a verme entusiasmado.

—Los norte-americanos no han producido,— me dijo,— nada mejor; no hay só-

lo aquí el tema para una película: la película está hecha.

Como ese libro olvidado hay otros muchos.

—¿Y por qué no se ensaya usted,— le dije—, en la novela imaginativa y de aventuras?

El se puso a reir de buena gana. Aquello le pareció el colmo del absurdo, lo que nunca se le hubiera ocurrido. ¡Proponerle semejante cosa a un hombre serio!

Pero el hecho es que ha escrito varias y todas nuevas e interesantes, aunque siempre ha tomado esta tarea un poco a la broma. Se le conoce hoy en las páginas de esta Revista con el nombre, ya popular, de don Diego de Zamora.

Tales son las ideas que al volar de la pluma me ha sugerido la hipótesis de la próxima creación de la cinematografía chilena.



LE DOGUE



ANTE LA VISITA
DEL GENERAL
MANGIN

A pesar de todos los pruritos igualitarios y antiaristocráticos, estamos pronto siempre a rendir nuestra admiración a los hombres que indiscutiblemente descuellan. La soberbia constantemente predicada a la nulidad, no ha llegado todavía a impedir al común de la gente el interesarse vivamente por conocer las vidas y las intimidades de los de los hombres que realizan grandes hazañas, o prestan grandes servicios, o marcan su sendero trágicamente de sangre y lágrimas, llámense ellos Lloyd George, Dempsey, Carpentier, Kaiser Wilhelm, o Mangin, o Joffre.

El hoy General Mangin nació en 1866, en Sarreber, cuando la Lorena era completamente fran-



El General Mangin

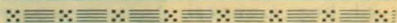


cesa, cuando no había pretendido desnaturalizarla todavía la germanización. Su familia era de jurisconsultos, y pertenecía a esa áurea medianía, que parece gozar del privilegio de producir, forjadas en el reposo de varias generaciones que transcurren su vida honrada y plácidamente, hombres de elección, capaces de desplegar en sus actividades el vigor acumulado por sus mayores.

No fué sólo el General, el que se dejó arrastrar por el bello ejercicio de las armas; como en casi todas las familias francesas de significación, hubo en ella muchos militares, todos ellos gloriosos: uno de sus tíos murió en China; otro sucumbió después de haber hecho las campañas de Italia y de México en el segundo imperio. Uno de sus hermanos cayó en Marruecos, donde los feroces Kabilas han derramado tanta generosa sangre española y francesa; otro murió en Tonkin, cuando las sublevaciones que amenazaron anegar la incipiente colonización francesa en el Oriente. Un tercero, que antes de la gran Guerra era miembro de la comunidad de los Padres Blancos, y misionaba en el Sudán, abandonó sus trabajos para acudir al llamado de la fanfarra guerrera en 1914.

Noble familia que, casi puede decirse, por todos los países del mundo ha ido fecundando la tierra con su sangre o con su fe...! Símbolo acabado de la gran familia francesa.

Mangin fué destinado al Africa en muy tiernos años de su mocedad: Su padre, un carácter, no concebía la formación de un hijo en la fácil vida ciudadana, recelaba para él los atractivos



Los "peludos" del General Mangin se apoderan del fúnebre bosque de la Caillete, a principios de 1916.

de la vida ociosa y entretenida, y no tenía fe, para confiarle el desarrollo de su criterio y de su intelectualidad, en la educación convencional de las escuelas. Pensó en el ardiente sol, en la naturaleza áspera, en la vida de contingencias e iniciativas que sólo en las grandes colonias puede encontrar el europeo, y lo mandó a Dakar, a vivir rodeado de población negra, y a tener por compañeros de armas a los spahis, esos valientes y leales guerreros que ha sabido levantar el espíritu francés del seno de las tribus sometidas.

La hoja de servicios del oficial Mangin tiene anotaciones que testimonian innumerables campañas, variadísimas aventuras, servicios valiosos, muchas y muy gloriosas victorias; teatros de esas aventuras fueron el Sudán extenso, el Congo enmarañado y selvático, las todavía misteriosas regiones donde tiene sus fuentes el Nilo, el Africa Oriental, el Tonkin, por donde han pasado tantos buenos soldados de Francia, y por último, Marruecos. Y como timbre imborrable de tan larga hoja de servicios, cinco gloriosas heridas.

No extrañará, pues, que a los cuarenta años fuera ya Mangin General.

Cuando al estallar la guerra con su enemigo tradicional, necesitó Francia echar mano de todos sus recursos de hombres, fué probablemente en sus colonias donde encontró el venero más rico: allí estaban los soldados fogueados, allí los experimentados generales. De allá se llamó al General Mangin, para confiarle, como a hombre de primera fila, el mando de las primeras tropas que tomaron la ofensiva contra los alemanes invasores de Bélgica.



El general Castelnau llega a la División Mangin a llevarle las felicitaciones de la Francia.

Dinant y Namur quedaron anotados en su hoja de servicios.

Cuando la batalla del Marne, se encontraba frente de la 5.^a División del III Cuerpo de ejército. Era esta división un organismo escogido, compuesto todo él de soldados de primera fila, soldados de "choque", de los que por autonomasia cuadran en el sobrenombre de poilus, que se hizo general al soldado raso francés, y que tiene en sí una insinuación de ferocidad, de viril rudeza. En aquella batalla histórica, el ariete que quebrantó el centro alemán, fué la quinta división, y la punta del ariete, por lo menos espiritualmente, lo fué su invicto general. Esta división fué trasladada con frecuencia y con premura a puntos muy distantes: se la llevaba a los puntos más duros de la línea, para romperlos con su choque aplastador, o a aquellos en que la ola germánica desbordaba, para recibir en un muro de pechos generosos el golpe que las defensas materiales no habían podido parar.

¿Cuál era la fuerza que daba a esa hueste tal cohesión? El espíritu de Mangin.

Guardiana de la integridad nacional, esta división recorrió sobre el mapa un itinerario caprichoso, según los urgentes llamados del peligro, pero esa línea ondeante lleva escritos los nombres épicos de Neuville, Laberinto, Mort Homme, Chemin des Dames, la Caillete,

que todos tenemos en la punta de la lengua, de tanto haberlo leído en las noticias de la guerra.

La llave de Francia, y acaso el nudo que, cortado, habría traído consigo la total desorganización de su defensa, fué Verdun. Ebrio de ambición de gloria, tomó a su cargo quebrantar esa resistencia el propio hijo del Kaiser. Los corazones de todos los franceses pendían de las noticias del asedio de Verdun; todos los hombres civilizados del orbe, con encontrados sentimientos, tenían sus miradas fijas en la plaza.

Ejércitos alemanes numerosos como hormigueros se batieron sobre la línea de fuertes que rodeaban aquella ciudad heroica, la hicieron vacilar, redoblaron sus esfuerzos, la quebraron al fin con la toma de los fuertes de Vaux y de Douaumont. Un estremecimiento recorrió la Francia.

Pero allí estaba Mangin, jefe a la sazón de un ejército. Y Mangin recibió orden de reconquistar aquellos fuertes, que ya no lo eran: sólo unas

eminencias de amontonados escombros guarecían a los alemanes vencedores.

Una orden del día seca. Unas disposiciones precisas. Se dió la carga memorable, y los dos fuertes fueron recuperados, con espantosos estragos de los invasores, que bien pudieron renunciar desde ese momento a seguir peleando: tan de-



Mangin dirigiendo el trágico ataque al fuerte de Douaumont.



¡El campo de la Victoria!

finitivamente muerta estaba su empresa.

Ansiosos de rendir un homenaje a nuestro huésped, hemos tenido la suerte de poder ofrecer a los lectores de "Pacífico Magazine" el mejor retrato del General, producto del pincel de Lucien Jonas, quien lo tomó en pleno campo de batalla, dos días después de la retoma del fuerte de Vaux, es decir, cuando llegaba a su apogeo la gloria del retratado, y probablemente cuando su fisonomía estaba iluminada por el resplandor más intenso del alma.

Se necesita audacia para pretender de un general que está en el máximo de la obligación, que pose para el pintor, pero M. Lucien Jonas, que tenía valor temerario para andar a caza de temas guerreros en medio de la lluvia de shrapnells, no temió el enojo de Mangin, y sencillamente le expuso su deseo de que le concediera unas cuantas horas para retratarlo.

El General debe haberlo quedado mirando asombrado... Pero concedió

la autorización; eso sí que el pintor debía tomar su boceto durante un Consejo de Estado Mayor que iba a celebrarse. El General prometió estar muy quieto.... Y lo cumplió, a pesar de que en la animada discusión de los planes para la próxima jornada, hizo un papel dirigente, sin mover casi un músculo de la cara.

A la media hora terminó el consejo, y con él, la sesión de pintura; el General se acercó al pintor con curiosidad, y talvez, secretamente con cierto espíritu burlón, que se figuraba que el pintor no habría alcanzado a hacer nada de provecho.

Al ver el retrato, el General Mangin lo declaró perfecto, tal como estaba, agregando que era inoficioso dar una sola pincelada más. Ese era él—

Terminaremos copiando lo que sobre este estudio dice un psicólogo:

"Si echais una mirada inteligente sobre ese retrato singular, comprenderéis sin esfuerzo que Mangin es un dogo. Su cara rapada, redondeada, cortada; su cabeza chata, coronada de pelo tieso y militar; sus orejas atentas a las palpitaciones de cada instante; su

boca lineal ensombrecida bravamente por un bigote cortado; su mirada verde, que penetra como flecha en la cosa que intenta inspeccionar; toda su manera fisonómica le delata como dogo perfecto.

Lo curioso es esto: que esa fisonomía no es arte de azar, sino plasmación del alma interior. Mangin, más

que ningún otro general existente, es el tipo del galo que nos describía César, con largas palabras que podrían reducirse en una sola: dogo. Y ese vocablo, para dar a entender una modalidad estratégica, es de significación tan alta, que en él se encierran nada menos que la victoria final de la gran guerra, y la salud de Francia."





—Ud. me ama y soy mujer; no puede pensar en dejarme morir así...

EL SOBREVIVIENTE

Por KATHERINE HARRINGTON

Uno de los dos podía escapar de la muerte. ¿Cuál? El más apto para sobrevivir, resolvió el hombre.

LA mujer se enderezó, y se oprimió la frente con las manos heladas. El sol ardiente arrancaba humo de sus ropas empapadas. Con ojos extraviados contempló la inmensidad del cielo y mar que ante ella se extendía; pero se le iluminó la cara al fijarlos en su compañero.

—Pablo,— preguntó:— no puedo acordarme ¿cómo es que me encuentro aquí?

El hombre no contestó; le echó una

mirada rápida, casi furtiva, y volvió a clavar sus ojos en el mar.

Hacia el este, se divisaba una isla desolada, de origen al parecer volcánico, separada de ellos por una milla apenas de aguas mansas, en tanto que hacia el norte y el sur se extendía la blanca raya de las rompientes, interrumpida de vez en cuando por manchones oscuros, testimonio de la línea de arrecifes que ceñía la isla. Pero lo que atraía su atención era el horizonte lejano.

Sólo después de un tremendo esfuerzo mental pudo ella reconstruir los acontecimientos que habían precedido a su estado de inconsciencia.

—¿Tú me has salvado, Pablo?

—Te estrellaste contra una roca y quedaste aturdida; yo conseguí pescarte.

Si en lugar de arrojar esta contestación por encima del hombro, él se hubiera vuelto, habría percibido la caliente oleada de sangre que afluyó a las mejillas de ella, al pensamiento de que había sido él... él quien la había salvado. Cuando volvió a hablar, la voz le temblaba un poquito, con la alegría de saberlo.

—¿Pero... la demás gente, Pablo...?

—Han muerto,— fué la lacónica contestación.

Aún entonces, el naciente horror que despertaba esta noticia, fué sofocada por la gratitud de haber sido, entre tanta gente que navegaba en el vapor, salvados ellos dos, ellos dos, que eran todo el uno para el otro. ¡Cuan bueno era Dios!

—Gracias sean dadas a Dios, dijo con fervor.

—¡Ah! ¿aún recaes en aquello?— se burló él, con su sonrisa de inaguantable desdén.

—No puedo remediarlo,— contestó ella como escusándose;— en el vapor era diferente. Cuando nos peseábamos, conversando, por la cubierta, me sentía arrastrada por tus palabras. Pero ahora, no se trata de palabras, Pablo: son hechos. ¿No reconoces que no es la casualidad la que nos ha salvado?

—Un milagro, entonces...

—La casualidad no ha sido. ¡Fíjate! De todo el vapor, sólo tú y yo, que nos queremos...

El hombre soltó una risa que sonó hueca.

—No tengo la presunción de aceptar que haya una Providencia cuya única misión fuera preservarnos, a ti y a mí. Por lo visto, tú no te das cuenta de que cada uno de los demás pasajeros puede haber tenido las mismas ideas que tú; puede haber amado, y sido amado.

Se calló como esperando una obje-

ción, pero la mujer se tapó la cara con las manos en silencio.

Acabas de decir,— continuó él,— que lo que vale son los hechos no las palabras. Pues bien, voy a presentarte los hechos de tu milagro tal como yo los veo.

En primer lugar, yo soy un hombre fuerte, y me conservo siempre bien dispuesto físicamente. Como consecuencia, cuando se acerca el peligro, soy dueño de mis músculos y de mis nervios. Esto es, entiéndelo bien, lo que explica mi presencia, aquí. Si agregas a esto que, al salvarme yo, te ví a ti mal parada, senti la vanidad de ser tan fuerte; que la fuerza me alcanzara para los dos, encontrarás sencillamente expuesto todo el caso, sin átomo de misterio sobrenatural.

Ella levantó hacia él los ojos, en los cuales se había apagado la alegre luz.

—¿En buenas cuentas, quieres decir que me salvaste por motivos de vanidad?

—Esa es la verdad, lo reconozco; pero no puede negarse en ello alguna parte también al instinto sexual, que conduce naturalmente al macho a proteger a su compañera.

—Me horrorizas hablando así del amor...

—Eso es porque eres una sentimental desahuciada, Cristina. Pero la verdad es que a nada conduce tanta habladuría, porque estamos muy distantes de estar salvados todavía. Más te agradecería que me ayudaras a resolver el problema de como vamos a abandonar este peñasco.

—¿Y nadando hasta la playa?

—Me temo que hay razones que hacen imposible el nadar.

—¿Qué razones...? ah...

En ese instante se le presentó el recuerdo de la manada de tiburones que pululaban en seguimiento del vapor.

—¡Mira! exclamó él.

Siguiendo la dirección de su mirada, vió la mujer una forma diabólica que hendía las aguas muy cerca del estrecho asilo. Después que desapareció, todavía siguió ella mirando como fascinada.

—Sí;— continuó él, meditabundo—



...yo conseguí pescarte...

vo venía viendo a un pobre diablo que iba a llegar a este peñasco antes que nosotros; de repente levantó los brazos, y se hundió, sin un grito, dejando solo un rastro de roja espuma. Entonces yo empecé a patallar desesperadamente, y pude mantenerlos a raya; pero no te imagines que era una ganga, nadar, avanzar, sostenerte a tí, y agitar el agua, todo a un tiempo, y sin descanso. Te aseguro que no quedaba lugar para estar esperando milagritos... En el momento en que pude alzarme aquí contigo, el agua hervía de bichos de estos. Nada agradable el espectáculo.

Después de un silencio, continuó.

—Algunos de los hombres atravesaron los arrecifes, y siguieron nadando hacia la isla, pero sola para ser acogotados uno por uno en esas aguas mansas. Uno, aquel muchacho alegre y vivo, que tanto te gustaba, alcanzó a llegar hasta más de la mitad; pero es seguro que no le alcanzaron las fuerzas para seguir pateando el agua, y no tardé en oír un grito débil, y ví que todo había terminado.

—¡Ay! Mira,— suspiró ella.

A poca distancia de ellos revolucionaban dos dorsos negros, manifestamente en espera de ciertos objetos que flotaban en el remolino de la resaca producida por el arrecife. Muchos an-

tes que ella se dió él cuenta de lo que aquello significaba realmente; y al pensar que aquellos restos mutilados eran todo lo que quedaba de hombres que habían sido sus compañeros, se le demudó el rostro en un espasmo de asco y horror incontinentes.

Blanqueó al sol el vientre de uno de los animales, al tumbarse para devorar uno de aquellos restos. Un momento después la escena se repitió al pie mismo de la roca que los amparaba, y la mujer lanzó un alarido.

Al volverse a ella, la vió sacudida por un ataque de vómitos y sollozos convulsivos, cuya violencia amenazaba acabar con su vida. El ataque de nervios fué declinando en lágrimas, hasta que el hombre, compadecido al fin, interpuso su cuerpo entre ella y aquel cuadro, y la oprimió entre sus brazos, tratando de consolarla con mal hilvanadas palabras.

—Sosténme, sosténme fuerte— gimió ella; él estrechó más aún su abrazo, y fué calmándose el temblor, y volviendo las fuerzas.

—¿Tendremos que esperar aquí hasta que nos recoja algún buque, u otro de los botes del nuestro?— preguntó débilmente.

—Mucho me temo que no alcance nadie a llegar a tiempo.

Femenina, ella trató de rehacerse al oír estas palabras, y de dar aliento a su compañero.

—¿Porqué, Pablo? Bien pocas probabilidades teníamos de llegar hasta donde hemos llegado. ¿Porqué te acobardas? ¿Cuánto tiempo crees que aguantaremos sin comer ni beber?

—No es ese el asunto, Cristina: lo que hay es que la marea alta pasa por encima de esta roca...

Había tenido impulsos de ocultarle esta nueva desgracia mientras fuera posible, pero lo había dominado, porque entendía que la verdad debía respetarse ante todo. Dado ese paso, toda su compasión le abandonó, y volvió a convertirse en la máquina de pensar.

—Cómo vez, tenemos tan poca probabilidades en nuestro favor, que bien podemos expulsar de nuestros pechos toda esperanza.

Hizo una pausa, como para que ella se diera cuenta de todo el espanto de esa noticia, y continuó:—Nos quedan algunas horas todavía porque la marea está bajando.

—Y muy luego,—agregó la mujer— la veremos subir, contemplaremos como nos invade, palmo a palmo... y después... Oh Dios mío, Dios mío, no lo permitáis, Señor...

Se arrodilló y repitió muchas veces la misma plegaria vehemente, hasta que, con la idea de que estaba demostrando su cobardía, que la haría despreciable a los ojos de él, le dió fuerzas para contenerse, y, levantándose, lo llamó timidamente.

—Pablo,...

El le había vuelto las espaldas, y no contestó.

—Tú me desprecias, porque estoy entregada a mis nervios. ¿Me desprecias, Pablo?

Pablo, mírame...! ya he vuelto a ser razonable. No perdamos el tiempo. Esta pequeñísima fracción de tiempo que nos queda; vivamos cada segundo de ella. Tenemos tanto que decirnos, los dos, antes de... Por un momento se sintió decaer, pero continuó con valor:—Al fin y al cabo, no es una novedad que teníamos que morir; únicamente estamos un poco más cerca de la muerte que antes, ¿para qué vamos a preocuparnos de ella hasta el último instante? Ahora estamos vivos, los dos, tú, y yo, y no te olvides, no hace más de tres noches, me digiste que me amabas...

El se desprendió de su brazo, y mostró con la mano un objeto que parecía flotar en dirección al peñasco, y que ella reconoció por el barril de galletas que habían echado al bote en que trataron de salvarse.

Durante algunos minutos sólo se preocuparon de seguir sus movimientos con ansiedad, y después de algunos esfuerzos infructuosos, consiguieron atraparlo. Ella esperó hambrienta que lo destapara, y cuando iba a echarse un bocado, se quedó con la mano levantada, intrigada al ver que él estaba vaciando todo el enorme barril. Ya iba a hacerle la observación, cuando se le



...tengo fuerza bastante para dos...

ocurrió por primera vez, que aquella vasija constituía... un medio de salvación para... uno de los dos.

Al ver aquello, cayó de sus manos la galleta. Todo lo que había en ella de sentimental y noble había muerto de repente, y arrojándose a sus pies,

hecha un mar de lágrimas, lo conjuró frenética a cederle aquel medio... En su pánico horrible, no pensaba en quien tendría que morir para que ella se salvara. El la interrumpió con dureza:

—Basta de llanto; no estamos para histéricos.

Su rudeza consiguió el resultado buscado de calmarla instantáneamente, y él continuó: —Uno de nosotros dos va a salvarse, probablemente, y ese tiene que ser el que mejor merece la vida, el más útil para la raza, ¿entiendes? Si llegas a convencerme de que tu vida es más valiosa que la mía, tú yo será este único medio de salvarse, y aquí me quedará yo; si no, tú te quedarás.

Cristina le quedó mirando, con los ojos dilatados. Acostumbrada como estaba a sus teorías, jamás se le había pasado por la mente que pudieran encerrar otra cosa que una especie de perversa filosofía, fecunda en apasionadas discusiones, pero en nada relacionada con la práctica de la vida.

—No, Pablo, no es posible que sientas eso que estas diciendo—murmuró—. Pero si yo soy mujer, y todas las leyes de la caballerosidad te obligan a salvarme!

—Pura poesía... sentimentalismo... Pero, tú que me quieres, Pablo, ¿cómo puedes hablar así? No es posible que estes dispuesto a abandonarme, a una suerte tal. Piensa Pablo, ... estar sola, viendo por momentos acercarse implacable la muerte, y qué muerte.... devorada por un pescado. Sería espantoso... horrible, acabar así...!

—Más sentimentalismo,—replicó él, impasible: Razones, quiero razones...

Desesperadamente, trató ella de concentrar sus facultades.

—Yo era tan feliz, Pablo, y no era mala... Mucha gente que me quiere y me echaría de menos.... Además, mi fortuna: gran cosa es la fortuna, ¿no es un gran poder la fortuna? Te prometería hacer tanto bien con la mía.... Pero, si yo muero, me heredaré Jim Treversk, que, como tú sabes, es un borracho, un disipador, así es que así es que, es necesario que yo me libre, ¿no ves? aunque no sea más que por la responsabilidad de mi fortuna....

Se calló, sin aliento, escrutando la cara de Pablo, a ver si daba muestras de ceder.

—No te preguntaba tu valer como

miembro de la sociedad—contestó aquél—sino como mujer, como ser humano, como perpetuadora de la raza. He oído tus razones, ahora escucha tú.

En primer lugar, tienes en contra el sexo: esto no debería ser, pero es así, desde que tus antepasadas mujeres dejaron de ser hembras robustas, de torax desarrollado, para convertirse triunfalmente en madamas buenas para nada. Tal como están las cosas, yo, hombre, estoy mejor preparado para resistir la adversidad, soy más fuerte para doblegar obstáculos; como hombre, tengo aptitud para engendrar más hijos.

Dejando a un lado el sexo, además, tu constitución es inferior a la mía. Hace un momento no más, has caído enferma ante un espectáculo horroroso. Mi cerebro es también más vigoroso y sano; tú, en los momentos difíciles, caes en pasión, en histerismo, en supersticiones... Yo sigo siendo un animal racional. De los dos, soy yo el capaz de previsión, de valor, de fuerza, todo en grado incomparable con tus aptitudes. Yo puedo salvarme, tu podrías fracasar. Bien claro está el derecho es mío.

Y empezó a arrastrar el barril hacia el agua.

—Mátame antes de irte,—suplicó Cristina.

Pero él se embarcó en el barril, y lo impulsó lejos de la roca.

Ella no entendió las palabras que le dirigió en los momentos de apartarse, prometiéndole tratar de salvarla una vez que alcanzara la playa, pero si hubiera oído, muy luego se habría convencido de las pocas probabilidades que tenía Pablo de cumplir su promesa, porque apenas se apartó el barril de la roca, lo cogió la corriente de la baja mar, que lo arrastró rápidamente mar adentro, a pesar de los esfuerzos desesperados de su tripulante que remaba con rabia con dos tablas arrancadas de la tapa.

Al fin se convenció de que estaba perdido, y abandonando estoicamente la brega, pareció dedicarse a contemplar la solitaria figura que se alzaba sobre la roca.

En los primeros instantes, la mujer quedó paralizada, en la postura en que él la había dejado: luego, inesperadamente, empezó a lanzar una serie de desgarradores alaridos. Pablo pudo contemplarla algunos momentos, convertida en un símbolo trágico de la desesperación, y después la vió arrojar de bruces en el peñasco que la sustentaba, y no volvió a escuchar voz alguna.

Varias horas habían transcurrido, cuando la desgraciada vino a levantar la cabeza: sólo se dió cuenta de si había estado postrada mucho rato o poco, cuando observó cuanto había bajado el sol hacia el horizonte. Nada se veía en la desamparada inmensidad

del mar; no; Cristina se cansó los ojos de balde; pero cuando, con desaliento volvió lentamente hacia tierra la mirada, se quedó un instante estupefacta, y en seguida se levantó de un salto.

Parecía un sueño...! La marea había seguido bajando: tanto había bajado, que casi sin mojarse los pies, pudo llegar en un momento a la árida playa..... árida, pero inaccesible a los tiburones...

Volvió a escrutar el horizonte, tratando de encontrar un punto oscuro que ya no se divisaba por ninguna parte. Entonces apreció todo el valor irónico de lo acontecido, y rió de buenas ganas.





Srta. ISABEL COVARRUBIAS FREIRE

Fot. K. Nanyo



¿Cuál es su ideal en amor?

Aunque, a primera vista, la pregunta me atemorizó, porque (mis amigos de "Pacífico" me perdonen) creí encontrarle sus ribetes de indiscreta, bien considerada, no sé que haya nada más natural que volver a repetir en público aquella confesión que, ya hace años, entregó todo el encanto del secreto y de la intimidad. Porque hoy, como entonces lo declaré primero ante Dios y en seguida sobre mi firma ante un grave notario, sigo creyendo que mi ideal en materia de sentimiento lo realiza ampliamente mi marido.—**Juana Quindos de Montalva.**

No puedo separar mi ideal de la realidad.—**Victoria Ruíz de Claro.**

A riesgo de tener un disgusto conyugal, daré con toda franqueza mi opinión. Con los tipos femeninos no sucede lo mismo que con los de cambio, en que los más bajos son peores. En materia de mujeres me gustan todos los tipos y hasta las "tipas".—**Estanislao Fabres A.**

Decididamente, en punto a mujeres, soy un tipo anormal: hasta ahora prefiero la propia.—**Nicolás Penna Lynch.**

No me atraen las de grande abolengo; sabido es que las razas que presumen de antigua descendencia ascentral son degeneradas.—**Eliodoro Matte Ossa.**

Considero que la primera cualidad de un hombre debe ser la rectitud y nobleza de carácter, para que sepa dominar sus pasiones y proceder con justicia. — **Marta Orrego de R.**

¿Que cuál sería el ideal en el amor?

—Pues bien: El de la mujer que transparente su alma en el cristal de sus ojos; que exprese su pasión en el metal de su voz, y demuestre en el andar la evolución de su raza, y la personalidad de su carácter.

Tal mujer lleva en sí misma la sinceridad, lo cual con un tanto de "beauté du diable" (no con belleza clásica, que esa no es emotiva) constituiría el supremo ideal: Armonía.—**Manuel Mackenna S.**

Sin temor de que te asuste mi franqueza, te anticipo que aún no he encontrado el tipo de mujer que no me guste.

Mas, si encantarme consigue cualquier tipo de mujer,



en cambio, no puedo ver al tipo que la persigue.

Por lo cual te participo que todo tipo me agrada, y solamente me enfada el tipo de las con tipo.

Armando Hinojosa.

COMO NO LA QUIERO

Aquí la traigo, ¡ñor; es una bestia cabría, pa delatársela a usía y la pulsée el doutor.

La pillé en el correo, le ije que la quería, y me pasó una avería que me come con color:

¡De que la tengo e querer a ella solita dende hoy!
¡Benaiga con la mujer!

Y me sigue pa onde voy,
y me saca e mi ser,
que ni sé ni onde estoy!

Antonio Orrego Barros.

COMO LA QUIERO

Ojos que sepan decir
lo que yo quiero saber,
labios que hayan de tener
lo que les voy a pedir;

Pecho que pueda latir
al compás de mi querer;
un corazón de mujer
en que quepa mi sentir.

Y que el día que la vea
y se encuentren nuestros ojos,
el Destino diga: —Sea.

Que encienda el Diablo su tea,
y entre anhelos y entre enojos,
nos envuelva la marea.

Antonio Orrego Barros.

Señor don Jenaro Prieto

Estimado amigo:

Accediendo gustoso a la simpática y halagadora pregunta que usted me hace de "Cuál es el tipo de mujer más de mi agrado", debo confesarle, ante todo, que con esta pregunta me pone usted en el más penoso conflicto de mi vida; pues no qui-



Sr. Arturo Lamarca Bello

siera yo que al indicarle un tipo dado de mujer, fuera yo a tener que privarme en adelante de aquellas otras que, sin ser mi tipo predilecto, tienen, sin embargo, por esta misma razón, la novedad y el encanto de lo que no nos es habitual.

Pues, no me negará usted que, contrario a todas nuestras inclinaciones, hay muchachas encantadoras que nos hacen salirnos de nuestras casillas... Y estas debilidades del tirano de nuestro corazón son indispensables para mejor apreciar lo que buscamos o lo que tenemos; además, se agita tanto el pobre dentro de nosotros, que es justo, a veces, complacerlo...

No quisiera, pues, que si la suerte me pone un día al lado de una morena reladronamente bonita, a quién yo le expresara la sugestión de su belleza, me dijera ésta, con una actitud altiva y desdenosa y haciendo una cruz en sus labios con un dedo finísimo: Chit!, cálese, farsante! Conozco su tipo; a usted sólo le gustan las rubias. ¿No sería ésto desconcertante? Pero, por otro lado, qué satisfacción más intensa, aprovechar esta oportunidad para desahogarme y describirle a usted ese tipo único de mujer que perseguimos toda la vida, que creemos hallar muchas veces, que saboreamos un día y que en realidad no encontramos jamás. Qué tentación, pues, al sentirse ella retratada, ¿no me ahorraría quizás la molestia de buscarla?

Es tan caprichoso el temperamento femenino que no me extrañaría que al confesarle a usted mi verdadera inclinación, hubiera alguna mujer que se propusiera probarme que yo estaba equivocado y en tal caso cómo no darle la razón... sí, como ella dice, puede probarme que la tiene... Así, pues, bien pensado, nada se pierde con decir la verdad y ahí va la mía:

Conforme a la observación que usted nos hace de contestar a su encuesta en la halagadora y fantástica hipótesis de que el Supremo Hacedor, en un rapto de buen humor ha delegado sus facultades creadoras en "Pacífico Magazine"; he querido, pues, imaginarme que por intermedio suyo y con un gesto de su bondad infinita me ha llamado para decirme: "Hijo mío, tú, que has vivido casado nueve años y con una misma mujer, quiero recompensar tu abnegación y paciencia y para esto voy a obsequiarte el tipo de mujer que más te agrade, creándolo a imagen de tu fantasía y semejante". Pues, en tal caso, agradeciendo en extremo tan encantadora benevolencia y obligado por la magnanimidad de mi bienhechor a decir la verdad absoluta, me atrevería a observarle: Señor, vuestro infinito poder y omnipotencia ha creado tan diversos y tan encantadores tipos de mujeres, que en cada uno de ellos no parece sino que hubierais querido dejar un testimonio de vuestro amor o un reflejo de vuestra luz. De este modo todos los que somos real y devotamente admiradores de la Naturaleza y especialmente de la naturaleza femenina; en cada cuerpo y en cada alma hallamos una vibración de vuestro propio ser, de tal modo que no podríamos apreciar en un tipo determinado de mujer todos los infinitos adornos y delicadezas de

su naturaleza tan divinamente repartidos para mayor exaltación de nuestro afecto. Nó! tal preferencia significaría una ingratitud de nuestro corazón hacia la belleza del cielo y por lo tanto desconocer la grandeza de vuestra obra. De ahí que nuestro corazón, en su veneración infinita hacia Vos, no puede desentenderse de ninguno de los hechizos de las infinitas formas de cuerpos y almas de mujeres que habéis creado, y para bien apreciarlas en toda la gracia de su concepción nos vemos obligados a admirarlas en rasgos separados, tomando cada una de esas partículas secretas y furtivas que constituyen la sugestión y el misterio de ese mecanismo tan prodigioso y encantadoramente complicado que es la naturaleza femenina.

Si las mujeres se parecieran unas a otras y todas tuvieran una misma sensibilidad, no me restaría más que agradecerlos la belleza y las virtudes de la que ya me habéis obsequiado; pero, desgraciadamente para nuestra tranquilidad, todas son diferentes y cada una tiene su manera de amar y de sentir... Sólo los fatuos y los desheredados de vuestra bondad se atreven a decir que son todas iguales y el amor un mismo sentimiento. Los que así piensan me hacen el efecto de los arromadizados que, perdiendo el paladar y el olfato, encuentran todos los manjares con un mismo sabor, por más exquisitos que éstos sean. De ahí que para ellos el amor sea tan pasajero como el propio romadizo después de algunos días de cama... Pero vos, Señor, que estáis en todos los corazones, comprendéis que para que una sola mujer pueda traducir en realidad aquella alegoría luminosa y fantástica, triunfo de la forma, de la armonía y del color, que evoca nuestro gran sueño romántico, sería preciso que esta criatura concentrara y tradujera en sí, como el rostro de una noche luminosa, todas las demás luces y formas de la belleza consoladora. Por esta razón me permitiría observaros que del mismo modo que para pintar un cuadro necesitamos por lo menos los siete colores del arco iris para llegar a una armonía de matices, así también, para llegar a la concepción de una mujer relativamente perfecta, y hacer de ella el objeto único de todos los afectos, necesitaríamos a la vez que ella participara, por lo menos, de siete de las gracias entre las muchas que vuestra bondad infinita ha repartido.

Cediendo así a la concepción de esta criatura excepcional, os diría: Formad, Señor, ante todo, un cuerpo sano, de mediana estatura, donde vibre la delicadeza y la frescura de la primera juventud; modeladlo conforme al color y a la morbidez de formas de una americana del norte, entendiendo que sus grandes ojos pestañudos y adornados han de ser de un azul intenso y profundo y su cabellera ondulada y rubia. Perdonadme si abro un parén-

tesis para su boca; pero es la facción que más me inquieta. En su rostro de leche, ligeramente sonrosado, quiero que élla se dibuje sanguínea, entreabierta y sensual, dejando entrever unos dientes divinos que, por consiguiente, dejo a vuestra elección. Pasando a las formas de su alma, quiero que brille en ella el chispazo de luz de la vitalidad ardorosa española; el pudor ingenuo y místico de una religiosa, confundido, si es posible, con un poquillo de esa endiablada picardía de la francesa y con mucho de su exquisito refinamiento; y para complemento de tan gratos halagos, poned en la sinceridad de su temperamento la lealtad indeclinable y cándida de la mujer chilena, para absoluta tranquilidad de mi espíritu.

Estas siete virtudes, a igual que los diez mandamientos, podrían encerrarse en dos: Amadme a mí sobre todas las cosas y no recelar jamás, si por mi parte, amara alguna otra prójima como a ella misma...

No dudo que este sér sería para mí el más acabado que saldría de las manos de la Naturaleza y feliz el mortal elegido por ella para asistir a tan deslumbradora acción de gracias...—Lamarca.

Mi ideal de mujer lo constituye un ángel de caridad y dulzura, de maneras delicadas y suaves; una mujer en cuya alma viva latente y pronta a despertar la abnegación espiritual y angélica de la **enfermera**; mujer que fuera capaz de amar a un hombre enfermo del alma y lleno de torturas mentales, un hombre solitario y neurasténico, pero intensamente apasionado, que ama con el vigor de una juventud físicamente sana y fuerte la vida, la luz, el aire, el campo, las flores, el placer; pero que tiene miedo,—verdaderas fobias,—a la maldad de los hombres, a los egoísmos bastardos, a la calumnia mordaz y sangrienta.

Y quiero, finalmente, que ese ángel de dulzura sea rubio, de ojos verdes oscuros, de mirada ingenua y dulce.

Y queda dicho con esto que quiero mucho, acaso lo imposible. — Armando Moraga.

Mujeres bellas, las hay de distintas hechuras y figuras; mientras más se asemeja a la perfección, tanto mejor.

Los caracteres son todos diferentes, pero el ideal es uno solo. Lo esencial es que la mujer, después que haya aceptado unirse al hombre de su agrado, tenga esa imaginación artística para estudiar a su compañero, tratando de serle eternamente agradable; con lo que cada hombre viviría creyendo que su compañera es la más perfecta del mundo.

Su Atto y S. S.—Juan Camadro, (Río Negro).

“¡Jóvenes, veréis cosas grandes!”

Testamento espiritual del Cardenal Gibbons

El “American Magazine” envió a uno de sus representantes para pedir una entrevista al Cardenal Gibbons, la que fué concedida.

En ella el Cardenal, puede decirse, concentró toda la experiencia de su larga vida, previendo quizá su próxima muerte, para señalar una vez más, y en forma bien definida, el camino que debe seguir la juventud para encontrar éxito en la vida y hacerla feliz y las normas de conducta que deben adoptarse para formar el carácter, que es la base del éxito.

CUANDO penetré—dice el repórter—en el aposento, estaba el Cardenal sentado en un sillón de forma antigua, pero confortable, con un libro en la mano. Era el mismo aposento sencillo, casi austero, donde él ha escrito tanto y escuchado los problemas, los planes, las esperanzas y preocupaciones de tantos visitantes de toda clase. El sol penetraba por la ancha ventana iluminando su cabellera gris, sus facciones aristocráticas y dando un tono más vivo a su bicoca roja. Lucía sus años, sin tener el aspecto de un anciano; se le daría 60 o 65 años, tal vez 70, pero 86!! ¿Quién, viéndolo por primera vez, podría suponer que tenía 86 años el que se mostraba tan alerta y con tan vivo y juvenil interés por el mundo y sus asuntos?

Cuando entré se levantó y extendió su mano. No es tan alto como yo imaginaba por sus fotografías: un hombre delgado, de estatura media, tal vez menos; con una mirada penetrante y un espíritu que va derecho al fondo de las cosas.

—He estado enfermo,—dijo sonriendo,—muy resfriado, y he tenido que restringir mis compromisos. Pero su editor me escribe que esta entrevista será leída por millones, incluso a lo menos un millón y medio de jóvenes. ¿Quién podría negarse a tanta juventud, a tanta potencia e influencia futuras?

Su mirada aguda se fijó en mí.

—Usted es joven también; me gustan los jóvenes.

—Noto,—contesté,—que su Secretario y acompañantes son todos jóvenes.

—En eso está parte del secreto para defenderse de los años,—repuso él con una sonrisa que le prestó a su fisonomía un viso de juventud.

—Cuando un hombre empieza a mirar atrás es un anciano; yo nunca miro atrás. Usted recuerda que la mujer de Lot miró para atrás y fué destruida; mirar para atrás es siempre destrucción, el principio del fin. Después de pasar el término medio de la vida, uno debe rodearse de los que tienen todavía una perspectiva de largos años.

El Cardenal se había vuelto un tanto, hasta recibir el sol en sus facciones nobles.

—Hasta los cuarenta años busqué siempre la sociedad de personas mayores,—siguió diciendo;—desde entonces mantengo un contacto vital con los que son menores. Es una buena regla de conducta; hasta mi reciente enfermedad, solía pasear de 5 a 6, y, ¿a quiénes elegía por compañeros? A estudiantes del Seminario. Ellos me hablaban de sus esperanzas, de sus ambiciones y de sus planes. Y ¿sabe usted lo que les digo? Yo les digo: jóvenes, alentad grandes esperanzas; colocad vues-

tras esperanzas en Dios, en el prójimo y en vosotros mismos; colocadlas en América porque el porvenir está lleno de grandes oportunidades, mayores que las que ofreció ninguna época anterior. Pero sólo las aprovecharán a su tiempo los que tienen el valor y la previsión de esperarlas.

Hablaba muy ligero, sin tropiezo ni buscar palabras. Era la voz de un hombre que juzgaba la vida buena, a pesar de las confesiones de miserias y fracasos confiados a sus oídos; de un hombre cuya mirada se conserva fija en adelante.

—No vaya a hablarle de la muerte,—me había advertido el Secretario.—Se mantiene más joven de espíritu que cualquiera de nosotros; se me ocurre que le gustaría seguir viviendo unos cien años más.

—Me preguntan algunos si el mundo va mejorando,—continuó diciendo Su Eminencia;—me admira que esa cuestión pueda suscitarse por personas que piensan las cosas. Muchos males subsisten todavía, la guerra, la pobreza, las enfermedades, los desengaños; pero piense usted por un instante en los adelantos que han tenido lugar en los años que yo he vivido. En la época en que empezaba el desarrollo de mis actividades en la vida, millones de seres humanos de este país estaban sujetos a la esclavitud. Era una institución social reconocida, tan poco discutida casi como la costumbre de poseer cualquier otra clase de propiedad.

Calló un instante. Bien se echaba de ver que el tema tocaba heridas largo tiempo cerradas, pero sensibles todavía a la punzada del recuerdo.

—Nunca se me olvidará un viaje que hice cuando niño, por el Mississippi, desde New Orleans a esta ciudad. Venían en el vapor un negro joven con su esposa, que habían tratado de escapar, y eran reconducidos a su amo, bajo guardia. Conversé con el mozo, y me dijo que, una vez llegados a la plantación, no solamente los

apalearian, sino que, seguramente, en castigo de su escapada, serían los dos vendidos a distintos dueños, separados como animales, probablemente para no volverse a ver las caras en esta vida... Y esto, por amar la libertad, por haberse dejado arrastrar por la natural pasión del hombre, de ser libre.

Ahí tiene Ud. lo que era la esclavitud, la institución que ahora está desterrada para siempre de América, como de casi todos los países del mundo. ¿No es esto sólo un gran adelanto, realizado verdaderamente en esta generación?

Y aparte de ése, se han contemplado en el mundo otros inmensos progresos en el último siglo. Del analfabetismo, el uni-

versa entero ha pasado al alfabetismo, en este período: fijese que antes, el saber leer y escribir era privilegio de lo que hoy llamamos gente educada; en los primeros años del siglo diecinueve, era muy raro el trabajador que sabía firmar. Hoy no hay un país civilizado en que todo niño y niña no tengan la oportunidad de aprender. Y las reservas del pensamiento humano, los libros están abiertos de par en par para ricos y pobres.

Hé ahí una mejora portentosa; pero estamos de tal manera habituados a

presenciarla, que no nos damos cuenta de su importancia. El analfabetismo está hoy día prácticamente tan abolido como la esclavitud.

Otra cosa que he visto disminuir poco a poco en el mundo es la intolerancia, que va siendo reemplazada cada vez más por la solidaridad y por la mutua inteligencia. ¿Ha oído nombrar usted alguna vez los Tubos de Sangre?

Yo confesé que la frase era nueva para mí, y él sonrió.

—Pues era algo demasiado conocido en los tiempos en que empecé a ejercer mi ministerio. Era en los tiempos en que la intolerancia y el sectarismo llegaban hasta el odio del extranjero, y hasta existir



El difunto Cardenal Gibbons

aquí, en Estados Unidos, un partido que hacía de él un programa.

Los tubos de sangre eran unas tripas llenas de sangre de buey, que algunos desalmados empleaban en las elecciones para marcar a los que no pensaban como ellos. Muy honroso, para un país consagrado a la amplia libertad política y religiosa.

Hoy han desaparecido los tubos de sangre; va desapareciendo el sectarismo, y año tras año, hombres y nacionalidades comprenden mejor su solidaridad.

Pocas cosas podrían señalarse de tanto valor para la juventud como el hábito de contemplar cualquier cuestión desde el punto de vista de los demás hombres, de reservar el juicio, y de mantenerse parco en criticar.

Usted tiene presente la parábola del buen samaritano. Yendo de camino, encontró un hombre, a quien veía por primera vez, un extraño, un hombre de distinta raza y opuesta creencia; pero ese hombre estaba en desgracia; sin vínculos de raza ni de fe, el samaritano se detuvo y auxilió al caído. ¿Se imagina usted por un instante que esa buena acción no fructificó para él en ciento por uno? ¿No cree usted que la noticia de ella se extendió y que decía la gente: "Con un hombre como ese conviene tener trato y negocios?"

Claro está que él no ejecutó su bondad con ninguna mira interesada, pero la buena voluntad es el más poderoso factor en los negocios humanos, nadie puede medir su poder, ni menos predecir en qué momento va a hacerse sentir su influencia.

Diga en mi nombre a nuestra juventud: Sed tolerantes; olvidad los prejuicios que os separan de los demás hombres, y tened siempre ante la mente los fuertes lazos que a todos nos unen, como hijos de Dios que hacemos juntos la misma peregrinación. Y, seguramente, la recompensa será proporcionada a vuestro trabajo.

Una y otra vez he visto hombres que no tenían otro fin en la vida que acaparar para ellos cuanto podían, y los he visto al fin caer confundidos y despojados. No pueden ellos comprender por qué, después de tantos esfuerzos, les han aventajado otros hombres que aparentemente descuidaban sus intereses personales, pero

que, a lo largo de su vida, iban sirviendo a otros, sembrando bondad. Ellos no saben que los que así desinteresadamente sirven a los demás, reciben sin saberlo la ayuda constante del bien querer de sus prójimos, y que Dios, a cuya mirada no se escapa ni la caída de una hoja, no deja nunca un acto de abnegación, o un servicio sin pagar.

Esto que ahora le estoy diciendo, tiene más sabor a religión que a negocio; pero la verdad es que no hay éxito en los negocios que no sea verdaderamente un éxito espiritual. Los hombres no son simples cuerpos con sus apetitos y necesidades: antes son almas, y la empresa que se levanta tomando como cimientos las grandes leyes del altruismo y de la tolerancia y de la bondad, se hace de cimientos perdurables. Diga esto en mi nombre a nuestra juventud, y dígales que es el mensaje de un hombre que ha tenido ocasión de tratar con hombres de negocios afortunados, durante muchos, muchísimos años.

Pregunté a Su Eminencia qué cualidades señalaría él especialmente como esenciales para el éxito. Era lógico que su primera insinuación se refiriera a la salud; y lo que dijo tiene un valor más grande a causa del caso personal del Cardenal.

Cuando muchacho era fanático del atletismo, y ostenta en una mano una cicatriz de herida recibida en el cricket. En el football era jugador notable, a pesar de su constitución débil. Si hubiera sido más robusto, es probable que hubiera muerto hace tiempo, lo que parece paradoja, pero es efectivo. Acostumbra decir que debe su larga vida a la desgracia de la mala digestión.

Cuando era estudiante en Santa María, él y uno de los profesores, el Padre Dissez, eran considerados tan débiles, que se dudaba de que pudieran vivir algunos años. Pero esta misma falta de fuerzas les obligó a velar por una severa vigilancia sobre su salud, y particularmente el Cardenal Gibbons debía luchar con una miseria estomacal tan grave que hubo de fijarse como una máxima inquebrantable el limitar su comida a un bocadillo, y de obligarse a hacer un paseo a pie todos los días, de cinco a seis, sin fallar nunca, lo mismo que el retirarse a las nueve.

Entre sus compañeros de estudios ha-

hía verdaderos atletas, grandes muchachos que prometían vivir mucho más que él, y casi sin excepción han desaparecido ya todos. Mientras que el Padre Dissez alcanzó a celebrar sus bodas de oro sacerdotales, y en cuanto al Cardenal Gibbons, el día de mi visita se había levantado a las seis de la mañana y lo encontré realizando el trabajo de un hombre en todo el vigor de la vida.

"El mejor seguro de vida,—ha dicho un médico notable,—es hacerse de una buena enfermedad incurable en la juventud". Y el caso de Su Eminencia prueba bien a las claras que los que tienen poca robustez al principio y tratan de conservarla comiéndola moderadamente, durmiendo mucho, y con ejercicio moderado, viven casi siempre más que los que consideran sus fuerzas como una reserva inagotable.

—Sin trabajo,—prosiguió Su Eminencia,—no hay talento ni influencias que valgan. Me admira el modo de pensar de algunos jóvenes modernos; consideran el éxito como un amo complaciente, liberal con sus más preciados dones y poco exigente en cambio. ¿Qué dirían si pudieran ver el programa de un día cualquiera de aquellos que envidian? Teodoro Roosevelt, que fué mi amigo por tantos años, ha dejado una correspondencia que representa por sí sola más trabajo que el suficiente para llenar toda una vida activa; y eso no era sino una pequeña parte de sus actividades. Con la altura a que se sube se alarga la jornada de trabajo. El joven que tenga un dejo de pereza haría bien en resignarse desde un principio a lo que le ha de tocar: una vida mediocre.

Sin un gran esfuerzo prolongado no subirá muy alto y aunque la suerte lo levante no quedará en esa altura porque más cuesta mantenerse en una situación elevada que alcanzarla. Un jefe no se atiene a las horas de oficina. Para conseguir algo importante, además del trabajo, hay que mencionar la paciencia. ¡Oh, impaciencia de la juventud! ¡Qué fuerza de arrastre hay en ella y qué causa permanente de ansiedad e infelicidad! Es únicamente cuando envejecemos que nos apercibimos de que nada grande y significativo se hace en un día. La juventud empuja sus es-

peranzas dentro de una semana, un mes, un año. El hombre maduro tal vez en diez años; pero sólo los que han vivido mucho comprenden la lentitud con que se opera cualquier cambio importante. ¡Qué corta es la visión de Historia que tenemos aún los más sabios! ¿Hasta dónde alcanza? Algo así como unos seis mil años y más allá se extienden los miles y millones de años durante los cuales el Altísimo ha esta-

ULTIMO MENSAJE DEL CARDENAL
GIBBONS A LA JUVENTUD AMERICANA

"Jóvenes, esperad grandes cosas. Esperad grandes cosas de Dios, de vuestros camaradas y de vosotros mismos. Esperad cosas grandes de América. Porque os encontráis ante grandes oportunidades, más grandes que las que jamás se han presentado. Pero sólo las gozarán los que hayan tenido el talento y el valor de esperarlas.

"He vivido tres veces la vida media de los lectores de esta revista. He contemplado centenares de hombres escalar el éxito. Y de todos los medios en que se apoyaron, el más importante era la fe.

"Ninguna cosa grande llega para un hombre, a menos que tenga valor aún en los días oscuros, para esperar cosas grandes; para esperarlas de sí mismo, de sus prójimos, de América y de Dios".

do modelando el Universo, lentamente, tan lentamente; en conformidad a sus planes.

No conocí a Abraham Lincoln; murió pocos años después que yo empecé mi vida activa; una sola vez contemplé sus facciones y eso fué en sus funerales. Pero nunca he olvidado la impresión que como joven recibí de su extraordinaria paciencia. ¡Cuán largo tiempo esperó el desarrollo de los acontecimientos! Cómo soportó sin quejarse las obstrucciones y la contradicción! Yo decía a los jóvenes: estudiad a Lincoln, aprended a dominar la impaciencia; contad con la contradic-

ción y el desengaño como parte integrante del programa de la vida, como material de que se forma el carácter y la humanidad. No imagineis haber perdido vuestros esfuerzos por no haber alcanzado vuestro objeto inmediatamente. No se pierde nunca un trabajo honrado, de algún modo encuentra colocación en la eterna trama del Altísimo que va preparando un mundo mejor, más feliz, más bondadoso. Los hijos de Aquél a cuyos ojos mil años son como un día, no tienen más deber sino el obrar honradamente, entregando el resultado a la confianza y fe en El.

En tercer lugar mencionaría la economía como una condición esencial del éxito; sé que eso es trivial; sí, muy trivial, muy viejo y, sin embargo, por más a menudo que se repita, el mundo de los que lo toman a pecho es muy escaso. Me acuerdo de la campaña que hicimos contra la Lotería de Luisiana. Por fin pudimos barrer de América ese mal que todo lo iba invadiendo; pero lo que no destruimos fué el espíritu que había hecho posible la Lotería y que hoy día, como en el pasado lejano, sigue su obra destructora en el corazón y en los asuntos humanos.

¿Qué es lo que causa esos periódicos abatimientos de los negocios, tal como el que presenciarnos? Por supuesto que se deben al concurso de varios elementos; pero seguramente uno de los más importantes es la avidez, el afán humano de extenderse, de abarcar mucho, de alcanzar una posición que les permita vivir sin trabajar.

Eso va contra la ley natural. Una de las características más llamativas del Universo es la economía divina: se ha detenido Ud. a pensar en ello? No se desperdicia ni una hoja seca; ella contribuye al próximo retoño que brota del terreno enriquecido; la menor gota de agua es utilizada incesantemente; el río la lleva al mar, de donde el sol la levanta para dejarla caer de nuevo sobre arboledas y prados. La ley de Dios es ley de economía y nadie contraviene a esa ley en asuntos personales o de negocios sin pagar su pecado. He visto millonarios, cuyas riquezas parecían ilimitadas, empobrecer de golpe en un período de crisis; su existen-

cia había sido demasiado dispendiosa, su avidez desproporcionada con sus alcances. Y he visto gente comparativamente pobre, que había guardado plata, aprovechar esas crisis para hacer inversiones sin comprometerse con gravámenes onerosos. No desperdiciéis, la naturaleza no desperdicia. Tomad en cuenta los años malos que han de venir, así como la naturaleza los toma en cuenta y los compensa con los años de abundancia. Año tras año continuad el esfuerzo diario, como la naturaleza cuenta con la perpetua e invariable procesión de las Estaciones. En eso y no en la suerte ni en los ricos frutos de la especulación está el verdadero secreto del éxito.

Hablamos después de libros, y manifesté la fuente inagotable de goce que se encuentra en el trato íntimo con los sabios, los ingenios y los pensadores de todas las edades, encarnados en sus escritos, y la lástima que causa pensar cuan pocos son los que se acercan a esa fuente. Agregó que de joven había leído extensamente las obras de los grandes maestros ingleses— Addison, Johnson, Goldsmith, Moore y los demás— y que no podía negar que habían influido profundamente en dotarlo de un estilo fácil y preciso.

—Grande cosa es—dijo—para un joven saber expresarse por escrito con sencillez y energía. Esto ayuda de un modo indecible a pensar con precisión. Nadie puede escribir de modo que convenza, sino tiene ideas claras. No hay razón que justifique a un hombre de negocios que se exprese en lenguaje tosco e incorrecto. Los maestros del idioma están listos para enseñárselo. No tiene más que ir a la librería más cercana y adueñarse de ellos.

En sus años últimos, se ha complacido especialmente en la lectura de la Historia, y más que todo en la Historia de América. En los últimos meses, ha estado leyendo la vida de Jhon Marshall, en cuatro tomos, y las nuevas biografías de Jefferson, Jackson y otros leaders americanos.

—He conocido a todos los Presidentes, desde Abraham Lincoln, y la transmisión del mando a Mr. Harding, agregará uno más a la larga lista de mis amigos que han ocupado la Casa Blanca. No todos los

Presidentes han estado dotado de las mismas condiciones; pero, ¿se ha detenido Ud. alguna vez a pensar cuán magnífico testimonio es en favor de la Democracia el hecho de que no hemos tenido nunca de Presidente, un solo hombre malo, o débil, o incompetente?

Ese es uno de los motivos porque digo: —Juventud, espera de América cosas muy grandes! Porque, cualesquiera que puedan ser los períodos de acción y reacción, el rumbo de América es recto y ascensional. El pueblo merece depositar en él la confianza, y no llegará muy lejos en una democracia el hombre que no tenga fe en ella.

Aproveché una pausa para interrogarlo sobre la situación actual en el mundo de los negocios.

—Ha sido un período de prueba para todos, Eminencia; sobre todo, me parece, para los jóvenes.

—Lo sé muy bien—contestó tranquilamente—esa es una de las razones por qué me alegré de verlo llegar precisamente en estos tiempos; tal vez un tercio de vuestros lectores son tan jóvenes que no habrán visto nunca un período de depresión en los negocios. Los ha sorprendido, ha golpeado su imaginación con la misma fuerza que le sucedía al primer hombre ante el espectáculo de la puesta de sol. Se lo imagina a Ud. expiando al sol que va desapareciendo, sintiendo el frío y la obscuridad que aumentan y sin la experiencia que enseña con la mañana, el calor y la luz volverán de nuevo?

Así es la juventud; pero nosotros, los viejos, hemos visto tantas veces ponerse y salir el sol! Hemos visto tanto de lo que se llama pánicos. Me acuerdo muy bien los días de prueba que fueron consecutivos a la Guerra Civil, las semanas dolorosas del 73 y tantas otras circunstancias. Sin embargo, volvió el péndulo al

extremo opuesto; vino otra vez la prosperidad y los hombres aleccionados por sus desastres se encontraron mejor preparados para hacer sano y desprendido uso de sus prosperidades.

El Señor prueba al que ama. Dura es para la juventud la enseñanza de ese versículo de la Biblia; sí, muy dura! Pero nosotros, los viejos, sabemos su significado. Es por un acto de amor que el Padre impone la adversidad, y nó por castigo. No se presta la naturaleza humana a la tensión de una prosperidad sin alternativas. Ni los individuos, ni las naciones son todavía bastante perfectos para resistir el debilitamiento de la fibra moral que resulta inevitablemente de la riqueza fácil-

mente adquirida. Se olvidan los hombres de las enseñanzas sencillas de su niñez; demasiado a menudo olvidan las obligaciones del hogar, de la abnegación y de la religión. Que venga un contratiempo y desaparecen las fáciles ganancias de los días prósperos y, una vez más, aprendemos cuán inestable es la riqueza. ¡Qué base tan miserable ofrece para hacer descansar en ella la vida! Otra vez volvemos a nuestro ho-

gar, a la vida sencilla, a las ideas claras, a nuestras iglesias, a Dios. Así sucede cuando brilla el sol de tiempos mejores, concretamos nuestra actividad a la vida sencilla, sabemos mejor como conviene vivir.

El verano, el invierno, la primavera y el otoño, son cada una parte del Eterno plan. Las penalidades del Invierno son tan necesarias como el calor y confort del Verano, en el gran Mecanismo Divino para la formación de la humanidad, de esa humanidad de carácter y de ideales, que es la que más necesita el mundo; jóvenes como aquel que rezaba de rodillas en el dormitorio de Rugby, indiferente a las burlas de sus condiscípulos; hombres afe-



El Cardenal Gibbons imponiendo al Gran Almirante William S. Benson las insignias de la División Militar de San Gregorio el Grande.

rrados a la verdad, a la virtud, a los pensamientos elevados, tanto en la prosperidad como en la adversidad. Tales hombres no son el producto de la sola bonanza; necesitan pasar por el molde que les da consistencia: adversidad, desengaños, dificultades. Aquellos pierden ánimo en tiempos como los presentes, pues necesitan como niños de la vida regalona. Pero los de buen temperamento se alegran porque saben que los caracteres de más valer se forman en la prueba de la adversidad.

—Ese es el mensaje de Pascua a los hombres de negocios, Eminencia?—le pregunté—porque yo le había dicho que este artículo sería publicado en el "Magazine" para Pascua. Pareció recogerse y su voz tomó un tono más grave, más amplio, como si contemplara la gran congregación de los que habían de leer después sus palabras.

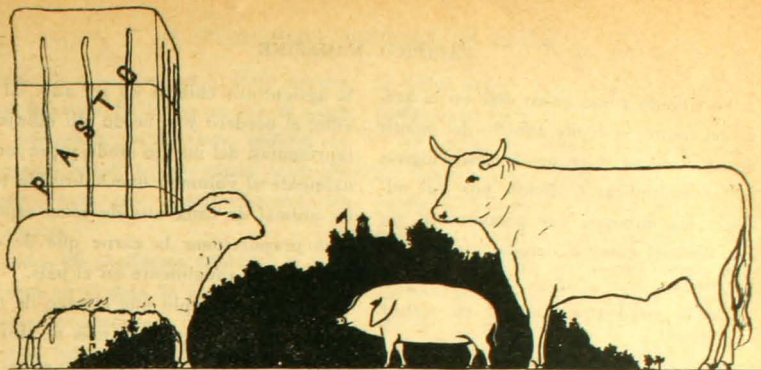
—Ese es el mensaje de Pascua—replicó. Ud. me habla de la depresión y descorazonamiento reinantes. Se imagina Ud. cuál sería la depresión y el desengaño de los que seguían al Maestro en la vida dolorosa del Calvario, la semana que precedió a esa primera Pascua? Piense Ud. en la terrible destrucción de sus esperanzas! El domingo Jesús había hecho su entrada a Jerusalén, en medio de la multitud que gritaba Hosanna y sembraba la calzada con sus mantos a su paso; era Rey de la ciudad en ese día, nada era bastante bueno para El; nada parecía imposible para los corazones llenos de esperanza y entusiasmo de los que habían seguido sus pasos y, el viérnes, solamente cinco días después, lo ven salir de la ciudad por ese

camino de amarguras que lo condena a la agonía final en la Cruz, entre dos ladrones. ¿Cuáles serían los sufrimientos de los que le siguieron? ¿Qué observador humano pudo imaginar que de ese pequeño grupo, con el corazón partido de dolor y perseguido por la burla despreciativa, saldría un mensaje, un Evangelio que iba a conquistar el mundo? ¿No parecía locura el no creer que se había asistido al final de un incidente? Y sin embargo no era el fin, sino el principio. De la tumba de sus esperanzas se levantó una Gloria mayor que se transformó y cuyas conquistas sobrepasaron toda expectativa.

Ese es el mensaje de Pascua, el mensaje de la eterna Fe. En la hora más obscura, la loza del abatimiento es levantada, surge la Gloria y únicamente dejan de tomar parte, en el esplendor de la Resurrección, aquellos cuyas esperanzas han muerto, mártires de sus dudas.

Dije al empezar: "Jóvenes, alentad grandes esperanzas", y lo vuelvo a decir al concluir. He vivido casi tres veces más que la edad media de vuestros lectores. He observado la marcha ascendente de los que han tenido éxito; he visto algunos centenares, y digo que de todos los elementos esenciales para obtener éxito, el más importante es la Fe. Los que dejan caer los brazos a la primera nevazón, no alcanzarán a aprovechar el sol de Primavera. Nada de importancia le toca al que no tiene, en los días sombríos, el ánimo de alentar sus esperanzas, contando consigo mismo, con sus prójimos, con América, y con Dios.

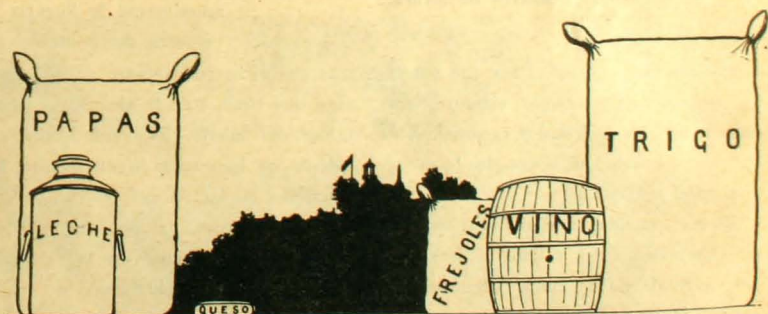




Volumen comparado con el Cerro de Santa Lucía de un chancho, una vaca y un cordero, en que se figura la carne consumida en el país en un año.

LA PRODUCCION AGRICOLA DE CHILE

LAS cifras estadísticas, por lo regular, nada dicen a la imaginación. En realidad, sólo podemos percibir la significación de las cantidades cuando ellas corresponden a los usos ordinarios de la vida. Si se nos dice que la casa de un amigo se encuentra a diez cuadras de distancia y que le cuesta por alquiler trescientos pesos mensuales, comprendemos perfectamente lo que una y otra cantidad significa. En cambio, cuando los astrónomos nos hablan de millares de millones de kilómetros, para la más vulgar distancia de un



Cantidades de trigo, papas, frejoles, vino y leche consumidas en Chile anualmente, comparadas con el Cerro de Santa Lucía.

astro situado como quien dice en la ace-
ra del frente, se repite aquello del mentir
de las estrellas: bien pueden esos dignos
sabios multiplicar o dividir por mil mi-
llones los números que pronuncian, sin
que nuestro cerebro perciba siquiera la
diferencia.

Con la estadística, aunque en menor

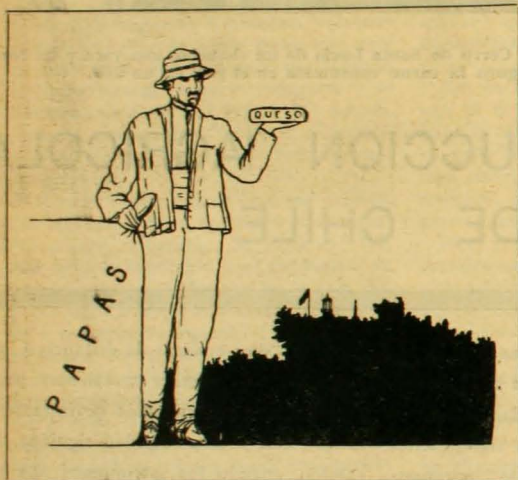
la agricultura chilena en un año. El no-
villo, el cordero y el cerdo allí dibujados,
representan del mismo modo y proporcio-
nalmente el volumen que habría de tener
un animal de cada una de estas especies
para proporcionar la carne que de ellos
se consume anualmente en el país.

Se ve por ejemplo que el saco de trigo
debería ser más de dos ve-
ces tan alto como el cerro y
con una anchura proporcio-
nada. Un tarro capaz de
contener la leche que nos
bebemos cada año sería tan
alto como dicho cerro (69
metros); una cosa pareci-
da ocurre con el vino, mal
que le pese a los prohibio-
nistas.

Es de advertir que si to-
dos los habitantes de Chile
se redujeran en volumen y
peso a un solo individuo,
éste tendría unos doscien-
tos metros de altura. Por
tanto, el saco capaz de con-
tener el trigo que come
anualmente le llegaría has-
ta cerca del hombro, mien-

tras que el barril bastante grande para el
vino que toma sólo le alcanzaría hasta la
mitad del muslo. Es verdad que en el
cálculo se han tomado en cuenta hasta
los niños en lactancia.

El precio total (al por mayor) de los
principales productos de la agricultura
chilena, fué de \$ 429.852.000 en 1910, de
\$ 577.171.000 en 1916 y de \$ 719.817.000
en 1919.



Si todos los habitantes de Chile se redujeran en volu-
men y peso a un solo individuo, éste tendría unos dos-
cientos metros de altura.

escala, ocurre lo mismo. Para que sus ci-
fras nos digan algo, es casi siempre nece-
sario reducirlas a términos razonables, ya
sea por comparación, o usando de proce-
dimientos gráficos.

En los grabados que acompañan estas
líneas, pueden verse a lado de la silueta
del Cerro de Santa Lucía, algunas figu-
ras que indican el volumen que ocuparían
algunos de los principales productos de

LA PRODUCCION AGRICOLA EN CHILE

Estas cifras tampoco nos dicen mucho por sí mismas. El largo de los cheques cuya fotografía publicamos, indican su proporción relativa. No basta ello, sin embargo, para que nos formemos una idea exacta.

Si todos los productos relatados se consumieran en el país, lo que es aproximadamente el caso, cada familia de cuatro personas habria pagado diariamente por ellos (caso de comprarlos al por mayor y en bruto \$ 1.25 en 1910, \$ 1.70 en 1916 y \$ 2.10 en 1919. Claro es que lo que las familias pagan en realidad por estos artículos es bastante más, porque los precios al detalle son considerablemente más elevados que los al por mayor, y algunos artículos (como el trigo) sólo llegan al consumidor después

de haber sufrido transformaciones industriales costosas.

Así, pues, las cifras arriba apuntadas no indican sino relativamente el costo medio de la alimentación de una familia, tanto por la circunstancia indicada, como por que no se han tomado en cuenta en el cálculo los artículos de importación, como el azúcar, el té, el arroz, etc., etc.



EL DIARIO DE CARLOS MORLA

Por HERNAN DIAZ ARRIETA

A veces algunas personas aficionadas a la literatura me preguntan:—¿Qué cree Ud. que deberé escribir?— Yo siempre les contesto:— Escriba su vida desde el año en que nació hasta nuestros días y siga escribiendo todo lo que le pase todos los días hasta el de su muerte. En mi interior agregó:— Si Ud. tiene talento, aunque no sepa nada hará una obra inmortal; si no lo tiene, le resultará el libro más fastidioso del mundo, por mucho arte literario que le ponga...

No es poco decir. Escritores profesionales, de verdadero temperamento, se esterilizan y se pierden **buscando tema**, describiendo cosas que no han visto, analizando impresiones que no han sentido, esforzándose por descubrir tierras inexploradas— ¡como si hubiera algo inexplorado en literatura!— y por inventar tipos, escenas e intrigas sorprendentes y transcendentales, mientras desdeñan esa cosa ex-

traordinaria, llena de misterio y de su gestión profunda que se llama la vida cotidiana, la ordinaria realidad.

En el fondo, ningún artista copia sino lo que ve ni cuenta sino lo que le ha sucedido. Por más que haga, no puede salirse de sí mismo y quiera que no quiera siempre está dibujando su propio retrato. Hubo un siglo enemigo del yo, que lo maldijo por boca de Pascal: "la moi est haïssable" constituye como el lema del siglo XVII francés. Sin embargo, tanto los novelones de la señorita de Scudéry, situados en el lejano Oriente, tejidos de aventuras maravillosas, donde el gran Ciró se enamora de la incomparable Mandane, como la tragedias de Racine, copiadas del teatro griego, con sus argumentos de la Biblia o de la historia romana, no hacen sino reproducir a manera de espejo fidelísimo la vida del Hotel Rambouillet y de la Corte del Rey Sol. Quitados los disfraces y las máscaras, cada personaje toma su nombre verdadero y este nombre le agrega interés en ves de disminuirlo.

¿Por qué entonces, no hacen como el duque de Saint-Simon, mirar intensamente lo que pasa y transcribirlo con todos los detalles disparejos que prestan relieve de interés a la visión real como a la visión artística?

Todo descansa dentro de nosotros mismos; somos, desgraciadamente, el principio y el fin del universo, el centro y la circunferencia del sistema cósmico. Así como Descartes encontró que la más sólida de las certidumbres era el "yo pienso, luego existo", podemos decir que el fondo del sentimiento, el más firme, el más completo, el más pleno, está en nuestro propio corazón; y si nadie tiene el derecho de publicar un libro sino a condición de expresar algo que conozca mejor que los demás, si no quiere gastar papel en repeticiones vacías y ampliificaciones muertas, el



Sr. Carlos Morla Lynch (Almor)

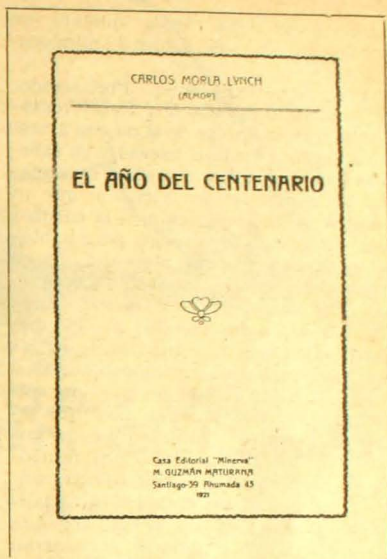
hablar de sí mismo, el confesarse y revelarse sin mentiras se impone como una obligación. Porque ¿podrá alguien conocernos como nos conocemos nosotros, alguien podrá deslizarse hasta los últimos resquicios de nuestro pensamiento esa mirada implacable, apasionada y penetrante con que nos observamos la conciencia secreta? Y ahí está todo, lo interior y lo exterior, puesto que el mundo no existe sino en cuanto se refleja allá adentro.

Yo no sé si Carlos Morla se ha formulado estas reflexiones al escribir su Diario y publicarlo en parte. Probablemente no. Las grandes cosas se hacen por instinto; si se las piensa mucho, se deshacen. Pero a mí me parece que tanto lo que ha escrito de bueno como en lo que ha hecho de malo, su obra literaria constituye el más espléndido ejemplo de cuanto acabo de afirmar.

Durante mucho tiempo, yo lo tuve por el peor de los escritores chilenos y extranjeros. Me exasperaban sus principios vagos, sus leyendas medioevales, sus aventuras al claro de la noche, entre castillos y torreones arruinados, toda esa pacotilla poética que el Romanticismo gastó y que ya sólo puede resucitarse en són de burla, como don Ramón del Valle Inclán con La Cabeza del Dragón. Me parecía haberlo leído en alguna parte, hasta el cansancio, mejor, más fresco, de primera mano, y encontraba un atentado contra la paciencia y el buen gusto gastar tiempo y papel en repetirlo sin necesidad.

Un día, por inadvertencia leí cierta Crónica del Centenario. ¡Qué sorpresa! Era la vida misma reproducida en un biógrafo móvil, luminoso, coloreado; rostros conocidos cruzaban de paso, con sus rasgos inconfundibles, dibujados para la eternidad; las escenas cómicas se sucedían sin esfuerzo y tal cual nota de sentimiento poético surgía inesperadamente, como se oyen algunas notas de música, por la calle, cuando va uno a sus ocupaciones.

Era delicioso y en adelante busqué las Crónicas para leerlas antes que los demás artículos; y siempre observaba, después de haber recorrido el día-



rio, que esas dos o tres columnas me parecían vivas y palpitantes de sangre, mientras las otras no eran sino letras.

Sin duda, las fantasías de Carlos Morla constituían una parte de su yo íntimo. Es inútil querer escaparse de esa cárcel que llevamos desde la cuna. Pero eran su yo lejano, la irradiación vaga de sus vagas imaginaciones, influidas por lecturas de libros. Sus Memorias, en cambio, nos acercaban al centro mismo del foco personal y la vida, que se desvanecía pálida e indistinta en aquellas páginas, fulguraba en éstas con claridad solar.

Sin embargo, el género del Diario Íntimo está desacreditado. Y no desacreditado ante los imbéciles, cosa que carecería de toda importancia, sino ante muchos espíritus superiores. Recordaré siempre la impresión que me produjo una página de Renan sobre Amiel en que el gran crítico lanza anatema contra los investigadores del yo y se asombra de que, habiendo en el vasto universo tanta ciencia desconocida, siendo tan enorme el campo de la ig-

norancia humana, haya quienes se preocupen de sus asuntos minúsculos...

Todo tiene explicación. Precisamente, lo fácil, lo agradable y lo interesante que resulta hablar de sí mismo arrastra a algunos hasta el exceso y ya sabemos que todas las virtudes, extremadas se convierten en vicios y que ni el amor, ni la abnegación ni la caridad escapan de esta ley. Luego, para hablar de sí mismo y decir algo que tenga valor general hay que decir la verdad, hay que ser cruel cínicamente sincero... Y estos dos escollos son los que hacen tan raros, tan difíciles de hallar los buenos Diarios Intimos.

El Diario de Almor no tropieza con ninguno de ellos. Casi se diría que no habla de sí mismo, tan atenta es su mirada directa al transeunte, al funcionario, al personaje oficial o extra-oficial; y sólo por un esfuerzo de análisis comprendemos que el hilo con que las escenas y los tipos se encuentran atados lo tiene de la mano una especie de muchacho burlón y sentimental, agudo y cándido, de una incomparable lucidez para traspasar fisonomías e incurablemente bondadoso hasta en el sarcasmo. Un refinamiento de raza selecta lo hace tomarse poco en serio a sí mismo y cuando los demás danzan, danzar él también con gestos nada graves. ¿A qué Ministro bendito se le ocurriría nombrar semejante Introdutor de Embajadores? Si un rebaño de ovejas se diera por cuidador a un lobo no me causaría más divertido asombro que ver a este observador nato, con el veneno del Diario Intimo verdadero en la sangre, colocado en el más espléndido puesto de observación que pueda imaginarse. Solamente los personajes administrativos tienen estos aciertos...

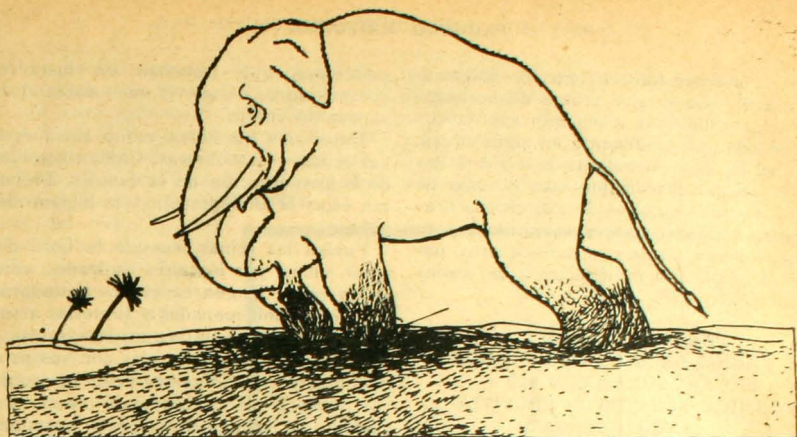
Porque el Diario de Carlos Morla "traspira verdad", como se dijo del de los Goncourt. No necesitamos haber conocido a los originales para decir:— Esto es cierto, esto está visto y está bien visto.— Sin pretensiones de profundidad, a cada paso saltan en sus

páginas características nacionales, rasgos típicos de nuestro modo de ser, cosas que no pueden haber sucedido sino en Chile, entre chilenos netos, de la alta, de la baja o de la media clase. Lo que otros se esfuerzan laboriosamente por hallar, él lo encuentra botado en el camino y lo coge sonriendo, lo muestra sin hacer alarde. Dice la verdad— esa cosa terrible, esa cosa escondida, disimulada y enterrada— con el gesto de un niño y en su mirada trasparente se ve hasta el fondo, pura, limpia, ridícula y pequeña, la realidad.

Francamente, estas Crónicas me parecen una gran cosa. Talvez pierdan algo leídas en volumen. La mala costumbre de vagabundear con la imaginación contraída en sus fantasías poéticas lleva a Carlos Morla a amplificar innecesariamente la forma. Le falta freno, límite. Carece de la disciplina literaria indispensable para contrarrestarla influencia periodística y alarga, aclara, diluye a veces. Luego la necesidad de publicar, lo obliga a suprimir detalles sabrosos, ocultar nombres que orientarían y desdibujar algunos contornos demasiado precisos. Envidia a los que dentro de ciento cincuenta años puedan leer el libro tal como es, como los contemporáneos de Saint-Simon nos habrían envidiado, si hubieran sabido el reguero de luz y de fuego que, desde su mansarda de Versalles, proyectaba el gran memorialista sobre la corte francesa de su época.

Pero la forma ¿qué importa? Un espíritu fuerte crea su forma y acaba por imponerla. La cuestión consiste en poseer ese espíritu; lo demás viene por añadidura.

Irónico y sentimental, veraz como un "enfant terrible", sin escrúpulos gramaticales ni de discreción convencional, Almor nos presenta su libro con un gesto simpático y esa mirada cándidamente azul, con una chispa de malicia en el claro fondo, que sólo tienen los poetas elegidos. Recibámoslo como un regalo que enriquece nuestro tesoro artístico.



LA / HORMIGAS QUE

HUNDEN CIUDADES

LOS ANIMALES IMPERIALISTAS

Por el Dr. SAIMBRAUN

UNA noticia extraordinaria acaba de venir, que supera en fantasía a los cuentos históricos que nos llegan todos los días, hiriendo la curiosidad de las gentes doctas e indoctas: la ciudad de Vichitas, en Kansas, ha sido minada, asaltada, hundida y saqueada por un poderoso ejército de hormigas.

Aún procediendo de Estados Unidos, la noticia es exacta. Aquel país, tierra de lo práctico y del positivismo, es la cuna de los cuentos fantásticos, de las mentiras poetizadas y de los blufes, ciertamente. Pero el asalto a esa ciudad por un enorme ejército de hormigas, no es leyenda fantástica ribeteada de megalomanía anormal, sino realidad estricta, que tiene su ubicación en el tiempo y en el espacio.

Siempre han sido las hormigas blanco de la curiosidad de la plebe y de los entendidos.

El pueblo, molestado en sus graneros, en sus plantaciones y en sus despensas por la insaciable actividad de esos insectos, ha maquinado desde los antiguos días los medios más ingeniosos para librarse de ellos. Vanamente. Tomadas todas las precauciones, las hormigas se rien bonitamente de ellas. Y penetran en las herméticamente cerradas bodegas, vaciándolas en horas, grano por grano. E invaden extensiones inmensas de arbolado y de hortalizas, tragando millones de hojas y llenando de negros pulgones hectáreas enteras.

El nigromántico y la meica han sido siempre amigos de las hormigas. En los días paganos de Grecia, en los círculos dudosos donde Venus era venerada, una destilación de hormigas machos constituían la base del más preciado de los afrodisíacos. En los tiempos fanáticos de la Roma imperial no podía aspirar a grandeza alguna—buena o mala—quien no sor-

biese devotamente el "agua de magnanimidad", que—hecha a base de hormigas cocidas—infiltraba a sus bebientes la virtud de la preponderancia en algún orden. Y en los siglos nebulosos de la Edad Media, en que los diablos eran echados de los poseídos a golpes de exorcismos brujales, aún se conserva la fórmula para enardecer a alguien en amor a otro, pasando de la fría indiferencia a las ansias amorosas:

PER FOR † MICAM
 AGIOS DEUS † AGIOS SUMMUS
 SIC, SIC, SIC † AMEN SIC
 FORMICA, ALBA † TIBI PRUPITIA
 AMOR † SURGAT
 AMOR † FACUNDUS
 BORIAC, MANE † THECEL, PHARES
 IN PI † FERENTIAE
 DEMON SIT † ANATHENA
 PER ISTAS † FORMICAS.

No es cosa exclusiva de plebes y nigrománticos el ocuparse de esos bichos diminutos. Grandes observadores se han dedicado a su observación paciente. Desde Aristóteles, que cinco siglos antes de Cristo andaba persiguiendo esos insectos, hasta el viejo Fabre, recién muerto, que se metía con exagerada indiscreción en sus mismas cámaras nupciales, no hay naturalista que no nos haya salido con alguna cosa extraña de la vida de las hormigas, que ha resultado más interesante que una novela fantástica.

Su cuerpo es un conjunto de grandes misterios. Su sistema nervioso, simplicísimo, a simple vista, es un aparato de una complejidad extraordinaria. Sus ojos, pequeños como son, son un compuesto de unos 700 ojos simples, colocados en diminutas facetas poliédricas. Sus antenas,—boca, mano y telégrafo,—sirven para charlar a la vera de un grano de trigo y echar discursos en sus reuniones colectivas; para palpar la bondad e importancia de las cosas y saludar graciosamente a los transeúntes fórmicos; para hacer señales claras desde lejos y transmitir, sin hilos ni pilas eléctricas, las órdenes o las súplicas a los parientes que andan al alcance de este telégrafo sin hilos. Sus maxilas son tan

poderosas, que tronchan en instantes cuerpos duros de un volumen doble al de su cuerpo entero.

Tienen las hormigas, como las abejas, sus reinas y sus obreras. Cuidan aquéllas de la perpetuación de la familia. Procuran éstas la alimentación y la higiene del nido.

Vuelan las reinas, cuando la hora del amor suena, por los aires asoleados, cantando en su lengua canciones tentadoras y haciendo mil monadas y tonterías a sus alzados galanes. Una vez madres, sabias y recatadas, se cortan las alas con sus propios dientes y las ilusiones con su propia voluntad. Y hacendosamente curan del cuidado de la numerosa prole hormigácea.

Las obreras, dadas a la labor, hacen de criadas y de obreras. Sacan dulcemente las crisálidas al sol, para que se calienten; montan la guardia alrededor de los nidos; andan en busca de granos y abrigo; lavan las distintas piezas de la habitación; castigan fieramente a los intrusos; entieñen piadosamente a sus muertos, llorando desoladamente alrededor de los inertes cadáveres.

El género hormigáceo, como el género humano, tiene sus pueblos guerreros. Una casta de hormigas hay que llevan su espíritu bélico al grado más extremo del imperialismo insectil.

Son las hormigas gigantes, que no tienen menos de dos centímetros de largo, y miran con desprecio y conmiseración el medio centímetro escaso de sus hermanas vulgares.

Los instintos guerreros de esas hormigas son feroces. Viven en batallones, que salen alineados, con sus airoso jefes en vanguardia, levantando y moviendo marcialmente sus negras antenas.

Holgazanas y fachosas, abominan del trabajo. Necesitando quien les haga sus domésticos menesteres, organizan **razzias** formidables a casa de esclavos. Mandan, día tras día, columnas volantes de explosión, que descubren los puntos débiles de algún nido codiciado, donde los huevitos han sido puestos recientemente. Planean, luego, un plan de campaña, discu-

tiéndolo cuidadosamente sobre el mismo terreno. Salen un amanecer, en columna cerrada, cuya formación nunca deshacen. Tras ella varias columnas secundarias, en distintas direcciones, simulan ataques imaginarios, para despistar la dirección del verdadero ataque y atraer

fuera del nido a buen golpe de hormigas de la tribu enemiga. Luego, enhiestas las feroces antenas, cercan el nido, organizan el asalto, abren brechas, combaten fieramente, hasta invadir la ajena morada, donde entran unas mientras otras vigilan en las afueras. Salen, luego, las invasoras, con las larvas ajenas sobre sus lomos. Y el ejército vencedor retorna a su nido con centenares de prisioneros, los pequeñuelos ajenos, que crían cuidadosamente, convirtiéndolos en esclavos del nido, siervos de la gleba hormigal, sobre los cuales pesan todos los quehaceres de la tribu conquistadora.

Los instintos aristocráticos de esos insectos imperialistas son rarísimos. Como los reyes medievales y los multimillonarios de hoy día, tienen sus bufones a sueldo, dedicados a hacer monadas ante sus señores y hacer reír a la tribu. Para ello, las hembras excluidas, se dedican cada año a la caza de algunos pulgones, que crían contrahechos a golpe de antenazos y mordiscos. Luego, en las horas de descanso de la ciudad insectil, los bufones, en medio del círculo del pueblo, entretienen con sus bufonadas, bailoteos y ridiculeces a la plebe ávida de excentricidades.

Esas tribus de hormigas guerreras no

son del todo despreciables para el hombre. Pequeñas como son, su gran malicia da no poco que hacer frecuentemente.

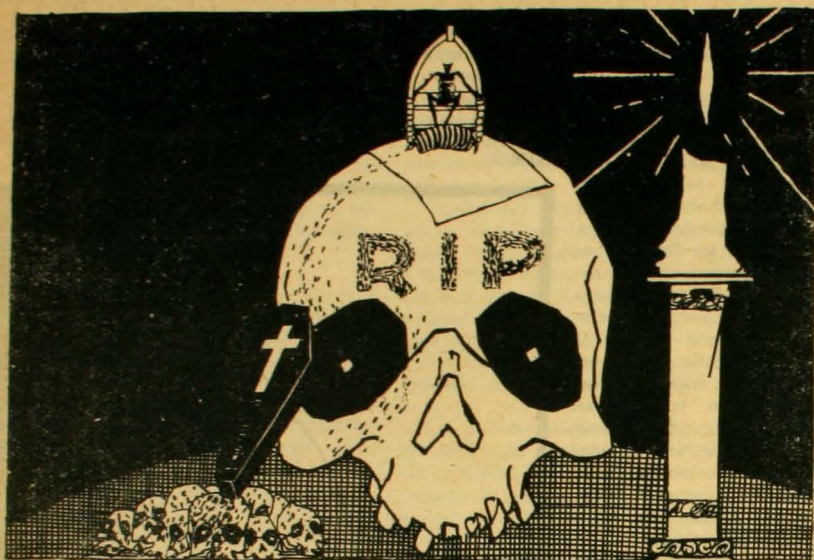
En las aldeas negras de Africa, ellas se tragan en horas algún bebé, que sus padres han descuidado. Millares de ellas,



... ellas se tragan en horas algún bebé...

que espían las ocasiones, se lanzan a una sobre la guagua indefensa. A las pocas horas, quedan de lo que fué un niño los huesos pelados, mondos y lirondos.

Los elefantes temen a esas hormigas terriblemente. Ellas vigilan traidoramente



las rutas nocturnas por donde aquellos animalazos salen de sus escondites para pastar. Millones de insectos, en horas no más, minan por ambos lados un punto del camino, no tocando cuidadosamente la superficie, para que el elefante nada advierta. Y éste se cae cuan voluminoso es en las galerías hundidas bajo su propio peso. A las pocas horas, el inmenso animal ha sido comido vivo...

Grande como es en malicias, la historia de esos pequeños insectos gigantes, no se registraba en ella, todavía, una ciudad en-

tera minada y hundida. Ello ha sucedido en la pequeña Vichitas, que millones de hormigas han traicioneramente minado, construyendo debajo su ciudad guerrera, bien oliendo, tal vez, un succulento almuerzo de carne cristiana y blanca, de calidad superior a la de las oleosas guaguas negras de las aldeas africanas. El mundo avanza y los gustos se refinan.



ALBERTO DEL SOLAR

Por LILIAN

RENDIR un tierno recuerdo a la memoria del ilustre escritor y poeta chileno, don Alberto del Solar, me es tan triste como grato en estos dolorosos instantes en que lo hemos perdido para la eternidad. Evocar su alma noble y elevada es fácil tarea para todos los que tuvimos la suerte de vivir un poco en su intimidad.

Pocos hombres como él han sido dotados en más alto grado de ese don exquisito de agradar y conquistarse las simpatías de cuantos lo trataban. Nunca cansábase uno de oírle conversar; su palabra tenía algo halagador que atraía y poseía a la vez un encanto envolvente y una exquisita seducción. Su inteligencia sutil y vasta, sus modales nobles y delicados se revelaban en todos los actos más insignificantes de su vida. Cuanta amistad cultivó, guarda de él algún recuerdo gentil, pues agradar era su idiosincrasia.

Desde muy niño,

chispazos, reveladores demostraron ya el refinamiento de su espíritu, igual que la ternura y nobleza de su alma.

Leamos sus páginas de su "Diario de Campaña"—tenía sólo 19 años—y



Alberto del Solar, oficial del Regimiento "Esmeralda", a la edad de 19 años.

le vemos ya, valiente, noble, altivo, simpático e intrépido soldado galantemente cortés con las mujeres. Estos rasgos característicos de su persona, que se revelaban ya en la edad del guapo oficial del Regimiento Esmeralda en la época de la guerra de 1879, vemos que no lo abandonan en todo el camino de su vida.

Los lazos del amor lo ataron a la nación hermana, si bien en la Argentina formó un feliz hogar al lado de su noble y amada esposa, nunca olvidó que era chileno. Su prolongada ausencia lo hizo redoblar su legítimo amor a la patria. Amó a su patria como a una diosa, amor insaciable que nunca se extinguió en su ardiente corazón de hombre; amor que como una flor fecunda cultivó con predilección y cuyo aroma esparce en todo momento a su alrededor, ya sea en sus escritos, ya sea en sus conversaciones más familiares, siempre siente el orgullo de haber nacido chileno. Hacer amar o conocer nuestro suelo le era la tarea más grata.

Entre otras, recuerdo esta simpática anécdota: viajando por España, se encuentra con una amiga, la Marquesa de Castel León, dama de la Infanta, quien le confiesa su culpa de no saber como era la bandera chilena y el inspirado poeta sale en busca de una preciosa banderita en miniautura y se la remite con las siguientes estrofas:

"Marquesa de Castel León
Ilustre amiga española
Cuyo apellido aureola
Altivo y viejo blasón
Y en quien nombre y corazón
Van compitiendo en grandeza,
Pues si el uno, en su fiera
Evoca el emblema hispánico,
Rinde el otro, soberano

Las almas, por su nobleza.
Lo que anoche prometí
Cumpló, señora, puntual,
Y, aunque oscuro el madrigal,
Pobre el verso y baladí
Valgan el "blanco", el "rubí"
Y el "azul", donde destella
La dulce y radiosa estrella
De mi amado pabellón,
Con su excelsa tradición
Que es hispánica centella."

Gestos como este, dignos de su ingenio y de su ardor por hacer conocer "su amado pabellón" podrían citarse muchos.

La mayor parte de su vida la dedicó a las letras, al estudio; sus obras son numerosas, de las que someramente citaré algunas, pues tanto en prosa como en verso tiene inspiraciones hermosas, dignas de enorgullecer nuestra literatura nacional.

El "Diario de Campaña", ya citado, fué su primera obra. Es esta una serie de páginas íntimas sobre la campaña de la guerra con el Perú, en la que tomó parte y se batió como oficial del Esmeralda. Es un libro lleno de episodios históricos y de una simpática exaltación juvenil, que mereció el aplauso entusiasta de muchos hombres ilustres, entre ellos don Patricio Lynch y don Ramón de Campoamor. Aparte del interés histórico, muy grande para los que sentimos arder en nuestras venas la sangre de chilenos, hay en él descripciones maestras de estilo animado, episodios y anécdotas llenas de frescura juvenil.

En 1886 escribió "De Castilla a Andalucía" "Huincabal" en 1888, que es una narración araucana de sumo interés y poesía. "Don Manuel Dorrego", ensayo histórico; "Rastaquouere", que trata de la vida de los sudamericanos.

en el extranjero. Más tarde escribió "Contra la Mareta"; "El Faro", novela que se desarrolla en la isla de Chiloé. Tiene magníficas descripciones de la Naturaleza. "El mar en la leyenda y en el Arte", como así mismo su poema en verso "El Océano", lleno de fuego y poesía, revelan cómo el autor se siente atraído a la majestuosidad del mar. Ama el Océano y lo ama como él mismo en su elocuente lenguaje se expresó de Byron: 'Ama el Océano cual si propio espíritu hubiese surgido del soplo poderoso que agita las olas; gusta de confundirse con ellas, de sentirse mecido y azotado por su vaivén'. Igual puede decirse de él, que tuvo poéticos y delirantes gritos de fuego en esa atracción poderosa que le profesa al mar y que enciende y despierta su delicada alma de poeta.

"El Diamante Azul", poema inspirado en la catástrofe del "Titanic" y el "Edelwiese", son también poesías exhaladas en la atmósfera tranquila, poética, casi religiosa del majestuoso follaje del melancólico Chateaux des Cretes, situado en una de las montañas de Montreux, a orillas del lago Lemán; castillo romántico, cuyas murallas hospedaron al gran Gambetta, mansión señorial que el señor del So-



Alberto del Solar en el tiempo que era Secretario de la Legación de Chile en España.

lar habitó con su familia durante una larga permanencia en Suiza. "Le Docteur Morris", pieza de tea-

tro escrita originalmente en francés, de delicado argumento, que fué representada en París, como también lo fué su versión española en una soirée de gala por la célebre actriz Rosario Pino, en el teatro Odeón de Buenos Aires y más tarde en la Comedia de Madrid.

Mucho más podría decirse de su labor literaria, pero sería largo mencionarla entera.

Raras veces puede disfrutarse en la vida de una gloria! Es siempre en la posteridad que se aprecia en toda su justicia los seres que dotados de talento pasaron por el mundo dejando las huellas reales de ello! Cuán triste verdad es el considerar que la apoteosis de una inteligencia tenga siempre que levantarse encima de una tumba!

Recientemente, en 1918, después de enviar una "nouvelle", me escribía con cierta melancolía: "La prensa de mi país me tiene tan olvidado, que ya no me menciona cuando algo escribo y lo envío. Atribuyo esto a que se trata de una generación nueva y que la anterior vamos siendo olvidados. Such is life."

Como don Alberto Blest Gana, su gran y buen amigo, el destino los llevó fuera del país, más, debemos comprender cómo a través de los mares, por una fuerza irresistible, estos literatos quedaron atados de corazón al país natal y nos toca ahora a nosotros de cultivar a través de las edades el fruto de sus inteligencias que vengan ellas a florecer en el campo fértil de nuestra literatura nacional.



EL GENERAL DON JOSE MIGUEL CARRERA

Centenario de su fusilamiento en Mendoza

Pór F.

CIEN años hace, el 4 de Septiembre de 1821, caía fusilado en Mendoza, el general don José Miguel Carrera,

primer Director y Libertador de Chile, y uno de los hombres más audaces, geniales y patriotas que recuerda la historia de nuestra emancipación política.

La vida de Carrera es un tejido de gloria cortada a cada paso por la trama del infortunio y del dolor.

Joven y ardoroso, con una preparación guerrera y cívica, alcanzada a costa de heroicos sacrificios, en la península y en los Estados Unidos, el General Carrera amó a su Patria por sobre todas las cosas de la tierra.

No poseía experiencia en el trato con los hombres; carecía de dirección, de guía y de consejo.

El amor a Chile, la pasión por la gloria que entreviera en las brillantes jornadas de Noviembre de 1811, lo cegaron por completo.

No encontró la fortuna, como otros, en los campos de batallas; fué

desgraciado y su mala estrella lo hizo aparecer ante los ojos de sus compatriotas, afrentado, hasta con las sombras de una traición.



General don José Miguel Carrera



El General Carrera en la prisión de Mendoza

Pero lloró las lágrimas amargas del vendido y del proscrito, en tierra extranjera, perdida la Patria, abandonada la familia a los azares de una guerra cruel y despiadada en que los suyos iban a ser el blanco de las iras de los antiguos amos de la pobre colonia española.

Y sobre esto, bebió gota a gota, saboreándolo con el ávido paladar de un sediento de desgracia, las amarguras de la ingratitud, del odio y del desprecio.

Ha transcurrido un siglo y la historia, juez imparcial de la vida de los hombres, al hacer plena justicia a este mártir de nuestra libertad, lo ha colocado en el número de los más insignes Padres de Chile.

El Gobierno ha hecho bien, con honrar la memoria del general don José Miguel Carrera, celebrando el centenario del día infausto y doloroso, en que cayera, sereno y bello como un dios griego, con su diestra colocada sobre

el corazón, para señalar el sitio en que debieran caer las balas.

En la mañana de aquel día, a las 11¼, salía de la Cárcel de Mendoza, llevando el uniforme favorito de los días de lucha: traje de jinete, chaqueta bordada de paño verde, pantalón de paño con bota ceñida desde la rodilla, chaíeco claro con botones de metal, gorra redonda de campaña, cubierto todo, por una manta de lana blanca, de fino tejido.

Aún tuvo que escuchar, de labios de una dama la última injuria, que lo aguardaba en ese suelo. Carrera, hizo un saludo, gentil y caballereco a otra que lo reconoció con cariño.

¡Hubo siquiera una nota de ternura y de simpatía en la hora suprema del ilustre patriota!

Y después de haber pedido morir de pie, con los ojos libres, escuchó las últimas palabras del sacerdote que lo asistía; sonó una descarga; un redo-

ble de tambores, y Carrera cayó desplomado al suelo.

Echemos un velo de olvido sobre los sucesos que siguieron a la muerte de Carrera; a la glorificación de su asesino, un arriero de Mendoza, nom-

brado brigadier de nuestros ejércitos en recompensa de su crimen, que empañan la gloria de dos próceres de la independencia americana.

Ellos, como él, fueron también víctimas—mejor es creerlo así—de su época, de su período de crisis y de egoísmo, ingrato para Chile.





Junto a las márgenes del caño Capitán, se levanta una quinta de humilde apariencia...

De cómo fué enmendada la plana al Libertador Bolívar

Por MIGUEL DE FUENZALIDA

I

AQUELLA noche del 10 de Octubre de 1932, el cielo amenazaba borrasca sobre las tierras que rodean el majestuoso estuario del Río de la Plata. Una atmósfera inmóvil, húmeda, caliente y sofocante; el horizonte cuajado de estratos negruzcos; lejanos fulgores de relámpagos; un aire de lluvia próxima.

Las islas bajas que forman el enmarañado delta del Paraná, se hallaban medio inundadas, por la extraordinaria crece de las aguas. Durante una semana no había dejado de llover en toda la inmensa cuenca superior del gran río, desde Matto Grosso hasta el Paraguay y Corrientes.

Junto a las márgenes del caño Capitán, a algunos kilómetros del elegante balneario del Tigre, se levanta una quinta de humilde apariencia, bordeada de palmeras y lagunajos. Si algún viajero, desafiando las inclemencias del tiempo, hubiera atravesado por el río aquella noche, se habría admirado al ver filtrarse al través de las ventanas de aquella al parecer abandonada casuca, un tenue rayo de luz... ¿Quién velaba a esa hora en medio de la soledad y las tinieblas? ¿Era una oculta aventura del crimen o del amor?

Un hombre solo se encontraba sin embargo allí, paseando nervioso a la luz de menguada lámpara de acetileno una reducida y desmantelada estancia. Era un personaje entre los cincuenta y los sesenta años, con el cabello prematuramente encanecido, y la frente surcada por las arrugas de largas luchas y meditaciones. Casi todos los

habitantes de la gran confederación del Plata se habrían admirado al reconocer en ese hombre despierto e inquieto a las 3 de la mañana, y en tan apartado y misterioso sitio, al Embajador de Chile en Buenos Aires, don Jorge Matte Gormaz.

El distinguido diplomático, no pudo al fin contener su impaciencia. Encasquetándose su sombrero de finísima pita, regalo del Presidente del Ecuador, bajó en dos trancos la escalera del chalet, y salió al campo. Gruesos goterones comenzaban a caer.

Sus ojos inquietos escrutaron ansiosos el horizonte por el lado del este.

—Ya sería hora sobrada de que llegase, se dijo maquinalmente... ¿Le habrá ocurrido algo?... Bien puede extraviarse en una noche como ésta....

Como respondiendo a su interrogación, se dibujó sobre el cielo sombrío, como un tenue punto primero, como un gigantesco pájaro un instante más tarde, la silueta de un aeroplano. El señor Matte corrió hacia el potrero cubierto de plantas montaraces que espaldeaba en dirección opuesta al río, el solitario chalet.

Casi al mismo tiempo aterrizaba el aeroplano.

Un personaje moreno, de anteojos, joven aún, saltó del aparato... Era nada menos que el Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, que en forma tan callada y misteriosa, acababa de violar (por altas razones de Estado y sin que nadie en el mundo lo supiera) el artículo de la Constitución que prohíbe a los Ministros salir de la República sin permiso del Congreso.

—¿Qué me trae Vd.? le preguntó

anhelante el Embajador... ¿La neutralidad o la guerra?

—Ambas cosas, repuso breve y grave, el señor Barros Jarpa.

Lá estupefacción se pintó en el rostro del señor Matte...

—Hoy mismo he asegurado al Presidente Noel, dijo, que Chile mantendría su neutralidad a toda costa.

—Es que casi le traigo nuestro apoyo. Al fin el Presidente Errázuriz se ha decidido....

—No entiendo en verdad... ¿Y qué dice en Chile el partido boliviano? ¿Cómo recibirán esta noticia los pacifistas internacionales de la izquierda?..... Explíqueme Vd.....

—Entremos primero a la casa porque comienza a llover, repuso el señor Barros Jarpa, con esa su entonación serena y escéptica, célebre en todo el continente.

Un instante más tarde, ambos personajes se encontraban sentados junto a la pequeña mesa del único cuarto alumbrado y habitable de la casita.

—Tengo que regresar antes que amanezca, dijo el señor Barros Jarpa. Pero entre hombres razonables, no existe problema que no pueda dilucidarse en una hora.... ¿Tiene Vd. un Atlas Geográfico?

—La verdad que no acabo de comprender a Ladislao, dijo el señor Matte, mientras extendía sobre la mesa un mapa de la América del Sur.... Todas sus cartas íntimas acaban en lo mismo: que aseguremos nuestra neutralidad a los argentinos; pero.... lo que Vd. sabe..... Chile no puede iniciar impasible la conquista total de Bolivia.... Eso es ir más lejos que el antiguo virreinato del Plata.... y allí en el altiplano tenemos amigos, a lo menos amigos de cuando en cuando, con reticencias e intercadencias.... A esos hombres de la meseta no se les puede exigir mucho en materia de sinceridad y constancia.... Por eso nos contentamos con poco.

—Voy a ser breve y a sintetizar la cuestión en cuatro palabras, como dice nuestro venerable correligionario y amigo el señor Yáñez, repuso Barros Jarpa. El tratado secreto que tenemos

firmado desde 1927 con la Argentina, nos impuso una sola condición: la de mantener nuestra neutralidad en todas las complicaciones internacionales que pudieran resultar de la gran obra que el Gobierno de este país iba a emprender entonces: la reconstitución del antiguo Virreinato del Plata. Neutrales fuimos en la guerra Brasileña que terminó el año pasado con la anexión a la Argentina del Uruguay y del Paraguay, partes ambas indiscutidas del antiguo virreinato. Cumplimos con nuestro deber. Vino en seguida la cuestión Boliviana, y el negocio comenzó a complicarse.

—¿Cree Vd. que habíamos prometido demasiado?

—No, señor, no lo creo.... Después de un siglo en que la América Española sólo supo despedazarse en Estados minúsculos, que ni siquiera conservaron la integridad de las antiguas colonias, había comenzado una era nueva, rumbos más amplios.... Se comenzó a caminar hacia la unidad, hacia la concentración: Colombia, el Ecuador y Venezuela, restablecieron la gran Colombia de Bolívar; las repúblicas de Centro América se unieron en sólo Estado; era natural que la Argentina pensase también en el *uti possidetis* de 1810. El virreinato del Plata, comprendía al iniciarse la guerra de la Independencia, no sólo la Argentina del siglo pasado y principios del actual, sino el Uruguay, el Paraguay, y oiga Vd. bien: una gran parte, pero no toda Bolivia.... El desmembramiento de la vieja nación argentina fué una fatalidad histórica para este país.... No quiero culpar de ello a nadie, ni siquiera a ninguna nación amiga: al Brasil, por ejemplo. Pero nosotros no podíamos razonablemente evitar que el gran pensamiento argentino se realizara un día u otro. En Chile, desde los partidos conservadores hasta los más avanzados, todos están inspirados en las ideas modernas, que llevan al mundo, no hacia una unidad absoluta y quimérica, posible acaso dentro de algunos siglos, sino hacia la constitución de organismos nacionales y cada vez más fuertes y extensos; pero nuestra



—Tengo que regresar antes que amanezca, dijo el señor Barros Jarpa. Pero entre hombres razonables no existe problema que no pueda dilucidarse en una hora...

seguridad exigía compensaciones y las obtuvimos...

—Hasta ahora sólo en el papel.....

—Ahí está el punto delicado del problema. El primero sobre el cual deseo obtener de Vd. una opinión..... Nadie sabe aquí (salvo los iniciados en las cláusulas del tratado secreto) que

el precio de nuestra neutralidad será toda la Patagonia al oeste del divortium aquarum y al sur del límite norte de la hoya del río Santa Cruz, y la Tierra del Fuego Argentina.... Dueño mañana de Bolivia el Presidente Noel, ¿cumplirá lo pactado?

—El es un perfecto caballero, bal-

buceó el señor Matte... Dejará el mando y la vida, antes de faltar a las promesas de un tratado solemne.

—Ni por un momento lo dudo; pero, ¿será bastante fuerte para obtener de su nación, enorgullecida y victoriosa, un sacrificio territorial, pequeño en comparación de lo que ha conquistado y va a conquistar, pero al fin un sacrificio?.....

El señor Matte se levantó nervioso y puso a medir la estancia a largos pasos mordiéndose febrilmente los labios....

—Yo creo en el Presidente y en la buena voluntad argentina, balbuceó... Lo he asegurado día a día al Gobierno.... En cuanto al porvenir... Vd. exige demasiado... No soy profeta... Pueden ocurrir complicaciones inesperadas.... ¿Que responsabilidad tan enorme!

—Cuando se obra de buena fe no hay responsabilidades enormes... Tranquílcese Vd., señor Embajador... No hay por otra parte para nosotros sino un camino seguro y honroso: el de cumplir con lo tratado.... Pero la del diablo, la de todos los diablos, es que, aún cumpliéndolo, vamos a aparecer ante el mundo como traidores.... Vd. comprende que por algo he atravesado en esta forma la cordillera....

—¿Sucedé algo de nuevo entonces?

El señor Barros Jarpa, movió lentamente de arriba a bajo la cabeza, en señal de afirmativa. Después, sacando del bolsillo unos papeles, los puso silencioso en manos del señor Matte.

El Embajador paseó febrilmente la vista por aquellos documentos. Su rostro al leerlos se puso livido.

—¡La guerra o la deshonra! balbuceó.....

El señor Barros Jarpa le miró en forma enigmática.....

—De Vd. depende, le dijo lentamente, que no sea la deshonra ni la guerra.

¿Qué contenían esos papeles?

Es lo que vamos a relatar.

II

Aquel mismo 10 de Octubre de 1932, en que se desarrolló la dramática y

nocturna escena que acabamos de referir, otra de muy diverso género se representaba en la capital del Perú.

Iban a dar las doce del día: la voluptuosa y vetusta ciudad de los virreyes, iba desprendiéndose lentamente de la niebla matinal; algunos rayos de sol pálido se filtraban al través de las nubes.

En una amplia y lujosa sala del Palacio de Gobierno, el Presidente don Próspero Laguna un criollo alto y moreno de facciones regulares mirada ardiente y cabellos grises, se encontraba sentado con aparente negligencia, frente a un amplio escritorio de caoba estilo Luis Felipe. Apesar de su calma estudiada, era obvio que el cerebro de ese hombre trabajaba con actividad febril en aquella soñolienta mañana. De pie y junto a él podía discernirse la desmayada figura del Canciller don Melitón de la Parra, seco, aviagrado, de faz biliosa y macilenta, cuyos ojos equívocos se paseaban desde el rostro del Presidente hasta un legajo de telegramas que tenía en la mano.

—Un rayo de sol en el cielo, y aquí abajo un vislumbre de esperanza... ¿no es así, Melitón? dijo el Excmo señor Laguna.

—Por lo menos, repuso el aludido con agria sonrisa, hace meses y aún años que nuestra situación no es tan buena como hoy... Me rectifico... Es menos mala, y he ahí todo...

No es fácil ni cómodo gobernar este endiablado país, continuó el Presidente con cierta nerviosidad... Aquí no tenemos derecho a equivocarnos: en Roma no había sino un paso entre el Capitolio y la Roca Tarpeya; en Lima, el palacio de los virreyes y el Panóptico distan algunas cuadras, pero esa pequeña distancia se recorre más rápidamente de lo que fuera de desear. ¿Estás seguro, Melitón, de que no emprendamos juntos y muy luego esa jornada?... Recapitulemos... Mi conciencia está tranquila... ¿Hemos podido hacer otra cosa?... Vamos... Responde...

—No, Presidente... Nuestro juego ha sido sencillo: en todas las dificul-

tades y complicaciones de esta azarosa época, el Perú no ha podido escoger... Su camino estaba trazado de antemano. Aquí para la opinión pública no hay sino un objetivo y un odio: Chile. Esta circunstancia nos ha ahorrado y nos continúa ahorrando muchos quebraderos de cabeza... Yendo hacia allá el país nos acompaña en la adversa como en la próspera fortuna.

—Pero, corriendo incesantemente tras la venganza, hemos perdido de vista acaso lo esencial. Mientras todos los pueblos de América han visto renovarse sus ideales internacionales y ensancharse sus horizontes, mientras al oriente se reconstituye el antiguo virreinato del Plata y al norte la gran Colombia, el pueblo que fué cabeza de la América durante la dominación española se encuentra amarrado a una política envejecida, que, aún en caso de éxito solo puede darnos Tacna y acaso Tarapacá... Mientras tanto, persiguiendo el desquite de 1879, hemos contribuido con nuestra acción y hasta con nuestra inercia, a hacer imposible para el porvenir lo que debió ser nuestro sueño eterno: la reconstitución del viejo virreinato del Perú, la anexión de Bolivia y Guayaquil, la ruina de la obra demoledora de Bolívar, como ya lo intentó Santa Cruz hace cerca de un siglo... ¡Ah, Melitón! ¿Si nos habremos equivocado? Hoy nadie puede impedir que la Argentina se anexe a Bolivia. Dejamos neciamente escapar la posibilidad de evitarlo. La guerra argentino y brasilera, tan porfiada y dudosa, se habría decidido de otra suerte, si hubiéramos auxiliado al Brasil. Recordarás que el gobierno de Río Janeiro nos aseguró entonces repetidas veces que, caso de prestarle nuestro apoyo, el no vería con malos ojos la unión de Bolivia y del Perú. Nos habría cumplido porque estaba en su propia conveniencia el evitar para lo futuro el excesivo engrandecimiento de la Argentina y la posibilidad de que Bolivia se incorporase alguna vez a la colosal nacionalidad que se está organizando con la cabeza en el Río de la Plata.

—¿Es a mi viejo amigo don Prós-

pero Laguna, al Presidente del Perú a quien estoy escuchando? repuso doliente y admirado don Melitón de la Parra. Yo quiero suponer que hubiésemos auxiliado al Brasil... ¿Acaso no recuerdas por que no lo hicimos? ¿No estábamos seguros de que en tal caso, Chile se habría aliado francamente a la Argentina y ese auxilio más poderoso que el nuestro para el Brasil, habría inclinado aún más la balanza en favor de Buenos Aires? Nuestra neutralidad era más conveniente al Brasil que nuestro apoyo. Al fin así lo hubieron de comprender hasta en Río de Janeiro. La del diablo es que el Brasil llevó la peor parte, que la Argentina se anexionó al Paraguay y al Uruguay y que hoy amenaza a Bolivia, y que hoy como ayer nada podemos hacer para evitarlo...

—Melitón, dijo solemnemente el Excmo. señor Laguna... Te equivocas. Hoy es o puede ser el momento oportuno... Vuelve a pasar la vista por ese despacho... ¿No comprendes lo que está diciendo? ¿Es que tus viejos ojos de diplomático ya no saben leer?

—En efecto... la situación de Chile va a ser horriblemente comprometida... Por eso decías hace un momento que brilla un rayo de esperanza... Chile va a perderse sin duda... Loado sea Dios que me permitió ver la aurora de este día...

—No, Melitón, no lo decía por eso... Aguarda... ¿Qué aún no comprendes? Es que tu obsesión es Chile.

Y el Excmo. señor Laguna se inclinó junto al oído de su ministro. Sus labios balbucearon muy bajo, unas palabras muy tenues, tan calladas y misteriosas como las del criminal que confiesa el plan de maquinación siniestra.

El señor de la Parra le escuchó anhelante... Poco a poco su rostro, siempre pálido, se puso verde... Sus ojos lanzaban llamaradas de ira... Era evidente que un tremendo combate de opuestas pasiones se venía librando en su alma...

—¡Imposible! ¡Imposible! balbuceó cuando fué capaz de hablar... No hay en el Perú un Gobierno bastante fuer-

te para intentar tal cosa... Este sí que es el camino del panóptico...

—Aguarda, no te exaltes, recusa el Presidente... Dices que no tenemos sino un camino que tomar... pero, te lo juro, es el que acabo de exponerte... Escucha...

La una y media señalaba el reloj del palacio cuando terminó la conferencia entre aquellos dos hombres.

Don Melitón de la Parra salió de la sala presidencial añejado, tembloroso, casi sin poder sostenerse.

Un ujier le entregó un despacho telegráfico. El no hizo sino recorrerlo con la vista...

—Ha caído Cochabamba, exclamó sin darse cuenta. No hay un instante que perder.

Bajó rápidamente la escalera y, precipitándose en un automóvil, gritó al cochero:

—A Chorrillos y a todo escape.

El automóvil partió como una exhalación.

Aquella misma tarde, en Santiago de Chile tuvo lugar el largo y agitado consejo de Ministros que dió por resultado el misterioso viaje aéreo del señor Barros Jarpa, a cuyo feliz término hemos asistido esa noche en una islilla pantanosa del delta del Paraná...

III

¿Qué acontecimiento nuevo se había producido en el campo proceloso de la diplomacia sud-americana? ¿Por qué los hombres encargados de mover los peones en el complicado tablero de ajedrez en que se jugaban los destinos del continente, se encontraban agitados, temblorosos, indecisos?

¿No habían tomado las naciones de un modo definitivo sus posiciones en la lucha final?

Retrocedamos por un momento, algunos años.

El desenlace de la gran guerra europea de 1914 a 1918 no trajo, como algunos ideólogos lo soñaron, ni el fin de las guerras ni la unidad de las nacio-

nes, bajo un solo ideal humanitario; pero, en cambio, surgieron desde entonces en el mundo ideas nuevas y más amplias sobre los problemas internacionales.

Las lecciones de la experiencia habían sido elocuentes. Los economistas y los hombres de estado comprendieron desde luego que el secreto del éxito de la Inglaterra, de los Estados Unidos, y de la Francia misma consistía en que esas naciones eran algo más de lo que habían sido las más poderosas potencias del mundo antiguo, esto es, verdaderos organismos económicos completos, que encerraban en su territorio y en el de sus colonias todas las producciones de la tierra, desde las del trópico hasta las del polo, y que, por lo tanto, podían bastarse a sí mismas, como planetas dentro del planeta, en las trabajosas luchas por la riqueza y el predominio.

Se reconoció así mismo que la Alemania, apesar de sus grandes condiciones de organización y trabajo, no había alcanzado a constituir un organismo económico tan completo, por haber llegado un poco tarde al reparto del mundo colonial; que esa era una de las causas de su debilidad relativa, y que la larga decadencia del Austria, y la pobreza de Italia se debían a que esos pueblos no salieron de su viejo ideal Europeo de poderes continentales y de escaso territorio, para ir a buscar colonias y mercados por toda la redondez del mundo.

Poco más tarde, la ruina y la impotencia económica de los fragmentos de naciones en que la saña de los vencedores de 1918 despedazaron a la Europa Central, vinieron a probar una vez más que el porvenir del mundo era exclusivamente de las naciones vastas, dueñas de todas clases de productos y con inmensos mercados de consumo y riqueza.

La transformación de la industria manufacturera, exigía también cada vez con más imperio, mercados muy amplios. Solo era negocio fabricar en grande y ello no es posible con un centro de ventas limitado. Se vió que los éxitos manufactureros de los Estados Uni-

dos por ejemplo se explicaban principalmente por que allí hay más de cien millones de consumidores, y no es lo mismo fabricar para cien millones que para cinco.

Estas verdades evidentes hicieron muy luego la conquista del mundo, y al antiguo ideal de las lenguas y de las afinidades de raza, vino a sobreponerse en parte el anhelo de formar grandes entidades capaces de luchar y vencer en el campo de las actividades económicas. Así los checos, los eslavos, los austriacos y los húngaros se convencieron muy luego que los inconvenientes de su unión bajo el cetro de los Habsburgos, eran muy inferiores a los que resultaron de su dispersión en nacionalidades minúsculas. Por las mismas razones no hubo en adelante catalanistas, apesar de todas las antipatías de lenguaje e interés, y el Portugal y la España se unieron en 1930 en un solo estado. La Bélgica y la Francia se unieron también el mismo año de esta narración, y la Holanda con su inmenso imperio colonial vino a completar en esta fecha la Alemania reconstituida.

En la América Latina este movimiento mundial tuvo inmensos resultados. Se sabe que las colonias españolas, al independizarse en 1810 carecieron de capacidad política para fundirse en una confederación análoga a la de las colonias inglesas, y que, al contrario, muchas de ellas se disolvieron en pequeños estados, como fué el caso de la capitania general de Guatemala, y también el de los virreinos del Perú y del Plata.

Las nuevas ideas trajeron la reacción. En 1927, Colombia, Ecuador y Venezuela se fundieron en una gran república, como Bolívar lo quiso a principios del siglo XIX; la Capitania General de Guatemala quedó unida también de nuevo al año siguiente.

La solución del problema no fué tan sencillo para la Argentina. Los estadistas de este gran país, comprendieron muy luego, que el antiguo virreinato del Plata, que comprendía también el Uruguay, el Paraguay y la mayor parte de Bolivia, podría ser en lo futuro

una entidad económica de inmenso vigor, una de las grandes naciones de la tierra, dueña de los productos de todo el planeta, desde las abrasadas regiones del oriente amazónico y paraguense de Bolivia, hasta las llanuras de clima europeo de las pampas; que a más ello les daría la riqueza minera que le faltaba a su país.

El Uruguay y el Paraguay, no tardaron en comprender que su patriotismo lugareño y provinciano, era un obstáculo para el progreso de esos fragmentos de naciones, hijos artificiales de la anarquía que siguió a la independencia, y en ambos países dominó pronto la idea de anexarse a la Argentina.

La doctrina Mac Cormick, proclamada en Estados Unidos en 1928, parecía haber hecho desaparecer todo obstáculo a la realización de este pensamiento. En efecto el citado Presidente de los Estados Unidos declaró solemnemente dicho año, que el gobierno de la Casa Blanca no se opondría en forma alguna, a los movimientos que en América Latina se iniciaran en el sentido de organizar naciones o colectividades políticas o económicas más vastas.

Pero estaba escrito que la reconstitución del antiguo virreinato del Plata no se efectuaría sin guerra. El Brasil creyó que su vieja política del Imperio le obligaba a evitar el engrandecimiento argentino. Vino pues el rompimiento. Chile fué neutral en la contienda, en virtud de un tratado secreto, por el cual se comprometió a no mezclarse en ninguna de las complicaciones a que diera lugar el movimiento de expansión iniciado en Buenos Aires. Nuestro país recibiría en cambio, como antes lo hemos oído, toda la Patagonia, al oeste del divortium aquarum continental y al sur del límite norte de la hoya del Santa Cruz, y toda la Tierra del Fuego argentina. (Protocolo Matte-Noel de 15 de Julio de 1929).

La fortuna de las armas, largo tiempo indecisa se pronunció al fin por la Argentina y los plebiscitos de Octubre y Noviembre de 1931, realizaron

la fusión en una de las tres repúblicas del Plata.

El caso de Bolivia era más complicado. Ese país cayó desde 1926 en una espantosa anarquía, en la que los ideales anexionistas no tuvieron poca parte. En general los bolivianos orientales (Sucre, Cochabamba y Santa Cruz de la Sierra) eran partidarios de la Argentina. En cambio los del altiplano se dividían entre los partidarios de la Independencia, y los que deseaban que su país formase con Chile y el Perú una vasta confederación, con su capital en Tacna.

Este último pensamiento que comenzó a agitarse en Chile, desde 1924, era por desgracia quimérico. Los odios y las vanidades nacionales eran demasiado poderosos, sobre todo en el Perú y entre ciertas clases dirigentes del altiplano.

En valde se repetía en las clases cultas de los tres países que era indispensable buscar nuevos rumbos internacionales, si las tres repúblicas del Pacífico del Sur no querían permanecer débiles, aisladas e impotentes, en medio del movimiento de renovación y concentración que iba transformando el continente. Se publicaron estadísticas muy municiosas probando que una confederación que abrazara desde las selvas del Alto Marañón hasta el Cabo de Hornos, constituiría una de las más poderosas entidades económicas del mundo, a la cual no le faltaba ningún elemento de riqueza: las producciones vegetales de los trópicos y las de la zona templada; todas las sustancias minerales conocidas, un planeta en fin dentro del planeta.

Don Guillermo Subercaseaux escribió sobre este tema una obra famosa que fué muy leída en Bolivia y hasta en Lima e Iquitos. Su descripción geográfica era completa y decisiva: pasaba en revista las riquezas incalculables de la montaña tropical y de las llanuras amazónicas del Perú y de Bolivia, los productos mineros de la sierra peruana, del altiplano boliviano y del norte de Chile, las de la agricultura templada y las minas de carbón y las pesquerías y selvas del sur de Chile.

Todo fué inútil: en el Perú y hasta en Bolivia solo se vió por lo general en el proyecto la amenaza de la absorción por Chile y la inevitable conquista de esos mercados por las manufacturas chilenas, que disponiendo de caídas de agua y de carbón estaban en las mejores condiciones para triunfar dentro de una línea común de aduanas.

La idea hubo de ser abandonada. Como ocurre muchas veces el sentimiento venció a la razón.

Dados estos antecedentes, parecería natural que Chile hubiese mirado con antipatía y hasta con hostilidad los proyectos de la Argentina respecto de Bolivia; pero la política del altiplano, aparentemente muy hábil, pero en realidad como de costumbre ondulosa y equívoca, no nos permitieron interesarnos por la suerte de ese país artificialmente creado por los recelos de Bolívar, más que por la naturaleza de las cosas.

En Bolivia los enemigos de Argentina no hicieron el menor esfuerzo por acercarse a Chile. Al contrario, celebraron con el Perú un nuevo tratado secreto, que envolvía la promesa de una futura confederación de ambos países, según la antigua idea de Santa Cruz. Chile, no sólo sería excluido, sino que sus riquezas minerales del norte conquistadas por la confederación, completarían el cuadro económico perseguido por esos mal aconsejados políticos. Nunca se habló tanto de reivindicaciones y desquites en esas frías alturas como en esos momentos, cuando la más vulgar prudencia indicaba otra cosa.

Chile pues hubo de colocarse en el terreno de una neutralidad benévola ante los avances de la Argentina, ya que la vecindad de un amigo (aún muy poderoso) es preferible a la de un enemigo por débil que sea. Ello tendría además, como hemos visto, sus compensaciones.

IV

Tal era el estado de las cosas en la primavera de 1932. Después de no pocas vicisitudes y revoluciones, se ha-

bía organizado en Bolivia un gobierno afecto a la reconstitución del virreinato del Plata. El plebiscito estaba fijado para el 20 de Octubre.

El 1.º de ese mes, el Representante de Bolivia en Santiago, pidió una audiencia reservada al Ministro de Relaciones Exteriores, señor Barros Jarpa.

La entrevista fué breve y dramática.

—Antes que termine el mes, dijo el diplomático boliviano, la nación que represento habrá dejado de existir...

—Por voluntad de ella misma...

—Puede ser; pero entretanto, yo quisiera hablar con Ud. y con franqueza sobre el particular.

—¿Con franqueza? ¡Vaya! Hable usted...

—Chile no intenvendrá... Me lo han asegurado.

—No, señor, no intervendrá.

—¿En ningún caso?

—En ningún caso.

—¿Y si Bolivia declarase su voluntad de unirse a Chile?

—El Gobierno que usted representa, repuso el señor Barros Jarpa, sin inmutarse, ha declarado bien a las claras que el interés de Bolivia consiste en formar con la República Argentina una gran nación. Dentro de las ideas modernas, nosotros no podemos oponernos a ese pensamiento.

—Personalmente, dijo el diplomático de la meseta, estimo lo mismo... Es mi opinión... pero, fíjese bien en mis palabras: se trata de un modo de ver personal, del que parece participa mi Gobierno. Bolivia puede pensar de otra manera...

—¿Teme usted por el resultado del plebiscito?

—No, señor: temo que no llegue a verificarse... Existen ciertos antecedentes sobre los cuales me permitirá guardar reserva... Yo sólo tengo instrucciones para hacer a Ud. una pregunta... ¿Qué haría Chile si Bolivia declarase su intención de unirse a Chile.

El ministro de Relaciones Exteriores solo guardó silencio por un momento.

—Chile, señor, le repuso en tono indiferente y breve, Chile... **tendría que verlo...**

Ese **tendría que verlo** ha llegado a ser, como se sabe, una frase histórica. Imposible era comprometerse menos, ni contestar en forma más oportuna.

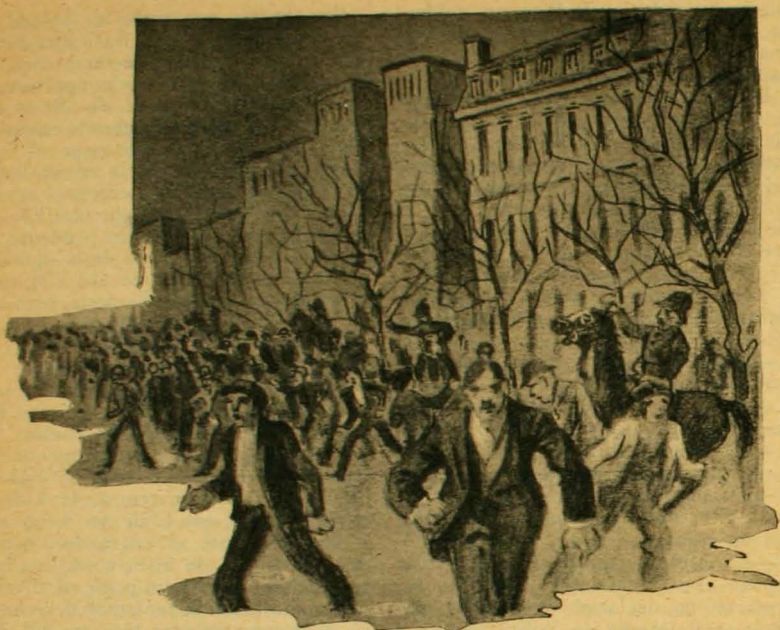
La entrevista no pasó de allí, y en consejo de Ministros celebrado esa misma tarde, quedó resuelto que el Gobierno de Chile seguiría la misma línea de conducta que hasta entonces como si tal cosa no hubiera ocurrido. Era lo único decoroso y lo único prudente.

Entre tanto una parte de la opinión pública en el país comenzaba a agitarse aunque levemente. Se decía, pero no en voz alta ni con escándalo, que el próximo plebiscito boliviano, iba a colocar una lápida mortuoria sobre el pensamiento tan popular durante la pasada presidencia del señor Aguirre Cerda, de la confederación del Pacífico, y que si no toda una parte al menos de Bolivia, pertenecía a la zona natural de influencia y de comercio de la América Occidental; que Chile, tan benévolo y generoso ante el engrandecimiento de sus amigos de ultra cordillera habría debido pensar un poco en sí mismo y que también teníamos derecho a no dejarnos arrebatar toda expectativa de futura grandeza.

Esos días fueron de rumores contradictorios. Se hablaba de una nueva intervención del Brasil, y de significativos avances hechos por la cancillería de Río de Janeiro a la de Santiago. En algunos círculos que se decían bien informados volvió a tomar cuerpo la abandonada idea de la confederación del Pacífico; pero, en general ese pensamiento no tuvo acogida en la opinión.

El Domingo 9 de Octubre de 1932 se verificó en el óvalo de San Martín un gran meeting, convocado por la Liga Patriótica Militar. El tono general de los discursos fué de protesta por la actitud pasiva del gobierno frente a los acontecimientos que se estaban desarrollando en el altiplano. En concepto de los más ardorosos, la absorción de Bolivia por la Argentina significaba para Chile el definitivo abandono de toda esperanza de engrandecimiento en el porvenir.

El ex-Presidente don Pedro Aguirre Cerda fué encargado de poner en ma-



Las tropas habían difícilmente conseguido defender la Legación.

nos de su Excelencia las conclusiones del meeting.

—Chileno y patriota como vosotros, contestó el Excmo. señor Errázuriz sólo puedo aseguraros que los intereses de Chile han sido y continuarán siendo cautelados por el gobierno. Los altos deberes del cargo que desempeño me impiden ser más explícito, pero vuestro Presidente os lo jura, ciudadanos, Chile no será debilitado.

Al día siguiente, en las primeras horas de la mañana, estalló en Santiago como una bomba, la noticia de haberse producido en el altiplano uno de esos acontecimientos desconcertantes e imprevistos, de que Bolivia parece tener el secreto.

En la noche del 9 a 10 de Octubre, se habían sublevado al mismo tiempo y como obedeciendo a un plan prescrito de antemano, los cuerpos militares que guarnecían las ciudades de La Paz,

Oruro y Potosí, los cuales componían en conjunto más de la mitad del ejército boliviano. Depuestas las autoridades afectas a la Argentina, fueron instantáneamente reemplazadas por juntas de notables que esa misma mañana declararon en una circular telegráfica dirigida a todos los gobiernos de América, que "en concepto de la nación boliviana, los intereses sociales y económicos del país se hallaban vinculados a la unión futura de las tres repúblicas del Pacífico del Sur, y mientras este pensamiento no fuera posible, a la unión con Chile, la cual debería quedar consagrada en un plebiscito que tendría lugar antes de finalizar ese mismo mes".

Se comprende la excitación que la nueva de este singular acontecimiento produjo en América. En Chile, el sentimiento público, a duras penas comprimido los días anteriores, se manifestó amenazante.

Las turbas recorrían las calles de la capital pidiendo una movilización inmediata.

—No se trata ya, decían los oradores de defender como ayer la independencia de una nación vecina amenazada sino la misma integridad de la República. Debemos de hoy más considerar a Bolivia como una parte de nuestro territorio y a sus habitantes como hermanos. La Argentina misma no puede hablarnos ya de neutralidad. No se trata ya en efecto de una cuestión ajena sino propia.

Desde las diez de la mañana estaba reunido en la Moneda el Consejo de Ministros... Todo el mundo comprendía que cualquiera fuese la inocencia del Gobierno de Chile en la revolución del altiplano, no era menos cierto que, producido ese movimiento, el iba a traer como consecuencia, o la deshonra de Chile, si dejaba abandonados a su suerte a los mismos que habían declarado solemnemente su deseo de unirse a la República, o, en caso contrario, la guerra con la Argentina.

Una inmensa multitud aguardaba en actitud nada tranquilizadora en la plaza de la Moneda y en las calles vecinas el desenlace del consejo de ministros, al cual se había invitado, según luego se supo a las principales personalidades de todos los partidos.

Transcurrieron dos horas de anhelo y expectativa...

Al fin, bajo el amplio portalón del Palacio la multitud vió aparecer juntos al Ministro de Relaciones Exteriores, a don Pedro Aguirre Cerda y al jefe de la oposición don Robinson Paredes, todos tres en amigable consorcio.

Nada menos que este fenómeno, inverosímil pocas horas antes, fué necesario para calmar un tanto los ánimos.

¡La movilización!... ¡La movilización! clamaba la multitud.

El señor Aguirre Cerda, el hombre público que en esos momentos representaba más genuinamente los sentimientos patrióticos, hizo seña de querer hablar.

Un profundo silencio se produjo en el inmenso gentío.

—Ciudadanos, dijo con voz sonora, podeís descansar tranquilos en la seguridad de que el Gobierno cumplirá con su deber. La hora es solemne, y en ella todos los chilenos sabrán, estoy seguro, agruparse al redor del Presidente de la República cuyos sentimientos, os lo aseguro, son idénticos a los vuestros. Acabo de aceptar la cartera del Interior en un Gabinete Universal de salvación patriótica; el señor Barros Jarpa continuará a cargo de las Relaciones Exteriores; el señor Paredes toma la cartera de la Guerra, don Francisco Huneeus la de Hacienda... Estos nombres bastarán lo creo para que el país comprenda que desde este momento Chile no tiene sino una alma y que esa alma está encarnada en el gobierno de la República... Sin que ello signifique la idea de una agresión contra país alguno, ni menos contra nuestros buenos amigos y aliados del otro lado de los Andes, el Gabinete, en previsión de futuras contingencias siempre posibles, dada la gravedad de los acontecimientos producidos, ha resuelto decretar la movilización del ejército a contar desde el día de hoy.

Un inmenso, un estruendoso viva Chile acogió las palabras del Ministro.

V

Ya el lector habrá comprendido los antecedentes de la extraña escena que en un rincón ignorado del delta del Paraná se representó en la noche en que comienza nuestro relato.

Desde aquella tarde la gran capital del Plata se hallaba hondamente agitada. También allí las turbas clamaban por la guerra. Nadie se hubiera atrevido a tomar en voz alta la defensa de Chile. En concepto de las pasionadas multitudes, los acontecimientos del altiplano habían sido sigilosamente preparados en la Moneda. El rompimiento era inevitable. Las tropas habían difícilmente conseguido defender la legación de Chile contra el ataque de turbas exaltadas hasta el delirio.

Al clarear la mañana del 11 de Octubre, el Ministro de Relaciones Exterio-

res de la Argentina, don Vicente Fidel López, se encontraba ya en su despacho, rodeado de los demás miembros del Gabinete y de los más representativos personajes del país.

A las siete y media el señor López celebró una breve entrevista con el Embajador del Brasil don Tedodato Sampaio y Gómez de Silba. Apenas se había retirado el diplomático fluminense, un automóvil cerrado se detuvo junto a las puertas de la Casa Rosada.

Un minuto después, el ujier del Ministerio de Relaciones Exteriores anunció al Embajador de Chile don Jorge Matte Gormaz.

Don Vicente Fidel López no pudo reprimir un gesto nervioso. Se levantó de su asiento, densamente pálido, y esperó de pie mordiéndose los labios.

El señor Matte, llevando impresa en el rostro la fatiga de una noche de vigilia, sin afeitarse, descuidadamente vestido, penetró en la sala.

—Las palabras, me parece que son inútiles, dijo el señor López, en tono amargo y sombrío. Haré que extiendan a S. E. los pasaportes...

—Vicente, repuso el diplomático chileno con voz conmovida, solo pido un minuto a tu vieja amistad... Escúchame...

—¿Qué quieres que escuche? ¿Recriminaciones?... ¿No ha sido leal nuestra actitud?... ¿Esperas justificar la de Chile?

—¿La actitud de Chile? Ella tampoco necesita justificación, ni vengo a eso... Existe entre este país y el nuestro un tratado de alianza no menos respetable porque es secreto. En cumplimiento de instrucciones recibidas de mi Gobierno he venido a declarar una vez más nuestro firme propósito de darle cumplimiento.

El señor López retrocedió asombrado. Después de un momento de silencio dejó vagar por su labios una sonrisa irónica.

—Seguramente, dijo, la revuelta en el altiplano y la movilización del ejército de Chile, son los medios escogidos por ustedes para cumplir con el tratado... Vamos... mejor será que no perdamos el tiempo...

—Cuando se trata de la paz o de la guerra entre dos naciones amigas, no se pierde el tiempo... ¿Insistes en no oírme? Desde luego cuanto tengo que decir puede ser escuchado por toda la América... ¿Te negarías a que nuestra conversación fuera protocolizada?

—¿Para qué?

—Creo tener derecho a exigirlo; pero no hago de ello por ahora cuestión... Además voy a ser breve. Declaro, en primer lugar y solemnemente en nombre de Chile, que es un nombre respetable, que mi gobierno es del todo extraño a los acontecimientos ocurridos en Bolivia.

—Esa inocencia será difícilmente creída en la República Argentina.

—Pero Chile puede probarla mañana y la probará seguramente, y si ustedes declaran la guerra por una simple sospecha inmotivada, no recaerá sobre nosotros la responsabilidad del rompimiento.

—¿Y la agitación popular en Chile? ¿Y la movilización que ustedes han decretado?

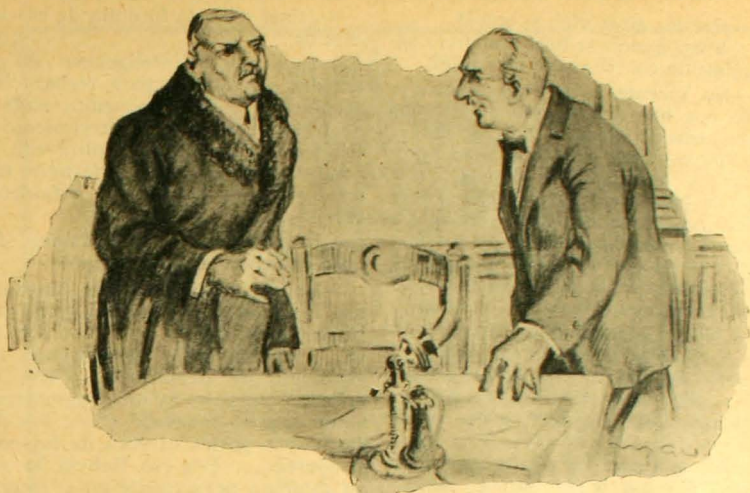
—Los tumultos ocurridos en Santiago, al igual de los que en estos mismos momentos se están produciendo en Buenos Aires, prueban solo una cosa: que los autores del golpe no han calculado mal y que si no lo remediamos a tiempo, pueden arrastrar a dos países a la guerra, lo que Dios no quiera...

—¿Y quienes son los autores del golpe? ¿Acaso no es a Chile a quien aprovecha?

—A nadie aprovecha lo que va contra su honor, repuso el señor Matte con acento de dignidad... ¿Por qué culpar a Chile? ¿Fuimos nosotros los vencidos en la última guerra? ¿No es más natural suponer que las dificultades provocadas a la Argentina vengan de quien busca ansiosamente el desquite? ¿Fué Chile o el Brasil el que puso obstáculos a la anexión del Paraguay y del Uruguay? ¿La actitud del Perú, que tú bien conoces, también es obra de Chile?

—Pero en nombre de Chile se ha levantado el antiplano...

—Eso es lo habil, lo maquiavélico



—Quisiera creerte... pero, ¿esa movilización?, dijo López poniéndose de pie.

—Una medida de prudencia, que la situación justifica, contestó el Embajador Matte...

de esta intriga... Es imposible inventar una combinación más adecuada para producir un rompimiento entre Chile y la Argentina, y ahora me toca preguntar a mí. ¿A quién aprovecha este rompimiento?

El señor López se puso de pie simulando apenas la intensa agitación de su alma.

—¡Ah! exclamó, al fin... Quisiera creerte... pero ¿esa movilización?

—Una medida de prudencia que la situación justifica demasiado... además... no lo he dicho todo...

El señor Matte se detuvo, como vacilando...

—Mi Gobierno, agregó lentamente y con voz tan tenue que parecía un suspiro, mi Gobierno también se siente amenazado por la tempestad que comienza a desencadenarse.

—No entiendo... Explicate.

—Chile tiene al norte un enemigo que vela eternamente, un enemigo que sólo respira odio y venganza. Los últimos acontecimientos han venido, por desgracia, a solidarizar los intereses del Perú con los del Brasil. La anexión de Bolivia amenaza igualmente a

ambas naciones: la una, el Perú, ve desvanecerse un viejo sueño, el de reconstituir la obra de Santa Cruz, el de formar en el país de las mesetas una gran nación de incalculable riqueza, como fué el Perú en los tiempos del virreinato. En cuanto al Brasil, ya hemos visto por experiencia con cuanto recelo contempla el engrandecimiento de la Argentina.

—Demasiado cierto es eso por desgracia.

—Ahora bien; ayer tarde no más, y con pocos minutos de diferencia, la Cancillería de Chile ha recibido la seguridad de que antes de veinticuatro horas el Brasil y el Perú declararán la guerra a la República Argentina...

—¡Eso es demasiado! exclamó el señor López... No ignoro lo que acabas de decir... Pero es imposible que lo hayas tú sabido... Ningún telegrama ni cifrado ni de otra suerte ha atravesado los Andes desde ayer...

—Anoche me lo ha referido personalmente en la quinta de las Palmeras, junto al río Capitán, el Ministro de Relaciones de Chile...

—¿Vino acaso por los aires?

—Por los aires vino y volvió.

—Y esa guerra se hará contando naturalmente con el apoyo de Chile?

—No, Vicente, no cuentan con eso... Sólo nos han pedido que declaremos solemnemente nuestra neutralidad... Un apoyo militar excedería a sus esperanzas y quizás a sus deseos... Se sienten bastante fuertes para vencer solos. La ayuda de Chile significaría para ellos complicaciones sin término: por de pronto los peruanos partidarios de la unión con Bolivia, resisten todo acuerdo entre ambos países y Chile...

—Chile... ¿declarará su neutralidad?

—A ello y a nada más nos obliga el tratado secreto celebrado con ustedes... Sin embargo, Chile ha pedido un plazo para responder, y ese plazo vence hoy a las dos de la tarde... Hasta este momento la neutralidad nos obliga sólo con la Argentina; mañana nos obligará también con respecto al Brasil, y tu sabes que las obligaciones que Chile contrae se cumplen siempre, en todo caso y suceda lo que suceda.

La Argentina se encuentra en visperas de una guerra difícil, sangrienta y de incierto resultado. El apoyo que el Perú prestará al Brasil es ya de por sí importante. Apoyados ambos países en la fortaleza natural del altiplano que la revolución acaba de entregarles, será casi imposible desalojarles de allí. El ferrocarril del Madeira y el del Mamoré por una parte y el de Mollendo a Puno por otro significan dos espléndidas vías de aprovisionamiento para la meseta, colocadas de tal suerte, que sólo la victoria final de ustedes vendría a interrumpirlas... No te hagas ilusiones: hay guerra para muchos años... Dios sólo sabe el resultado... Sólo existe un medio de evitar tamaña calamidad... Por eso también ha movilizadto Chile... Vengo a ofrecer a la Argentina nuestra mediación armada... Si la acepta, todo quedará concluido esta misma tarde: quince mil hombres apostados en Calama ocuparán inmediatamente el altiplano... Si la rechaza, declararemos lisa y llanamente nuestra neutralidad.

—¿Cuál sería la fórmula de esa mediación?

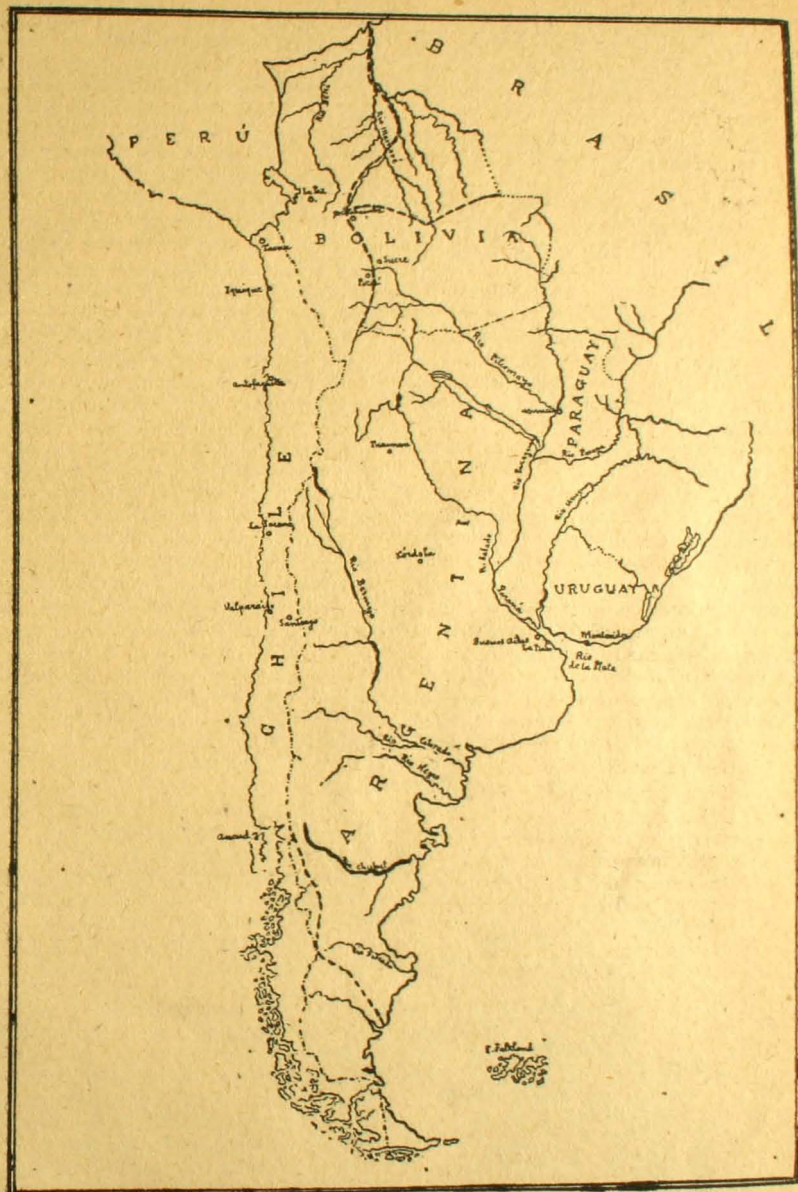
—Hablo en la inteligencia de que ustedes son libres para rechazarla o aceptarla... No imponemos nada... Se trata de un simple ofrecimiento... En todo caso Chile cumplirá con los compromisos de honor que tiene contraídos... ¿Queda bien establecido este punto?

—Sea, repuso el señor López, después de reflexionar un instante.

—Bolivia, dijo el señor Matte, es una creación artificial del genio del Ilustre Libertador cuyo nombre lleva... Organizado únicamente con el objeto de debilitar al Perú, ese más que un país, es un conglomerado heterogéneo, montado sobre los Andes, cuyas partes carecen de intereses armónicos... Por eso Bolivia ha sido un conflicto permanente en el interior como en el exterior... En 1879 provocó la guerra del Pacífico; en 1898, su ondulosa diplomacia casi provocó un nuevo y más terrible conflicto entre Chile y Argentina... A ustedes y a nosotros, a la América entera interesa que desaparezca esa causa de perturbaciones... Los habitantes mismos de Bolivia así lo sienten... ¿Estamos de acuerdo?

—¿No he de estarlo? El plebiscito por celebrarse iba a tener ese resultado.

—Es que frente a ese mismo plebiscito Bolivia está dividida contra sí misma; nueva prueba de que esa nación no constituye un todo armónico... Sus llanuras orientales, a lo menos las que forman parte de la hoya del Plata, sus valles de este lado de la cordillera, continuación natural de las provincias sub-tropicales de la Argentina, Salta, Jujuy, Tucumán, es natural que miren hacia acá... Pero el altiplano es otra cosa... Yace al oeste del divortium aquarum continental, sus comunicaciones, los intereses naturales de su comercio lo llevan hacia el Pacífico, sobre todo desde que la apertura del Canal de Panamá, ha puesto a Arica, Antofagasta y Mollendo, más cerca de Europa que el mismo Buenos Aires.



Igual cosa ocurre con los valles de las Yungas y casi toda la cuenca del Mamoré.... ¿Comprendes ahora?

—Si comprendo.... Pides que partamos..... ¡Imposible! Ustedes han comprometido su neutralidad en el supuesto de que la Argentina lo tenga todo... ¡Imposible!

—Bien, entonces, cumpliendo nuestro compromiso, seremos neutrales... Pero, entendiéndolo bien.... Haz planteado mal el problema. No se trata de decidir si Argentina tendrá todo o parte de Bolivia, sino acaso y probablemente de un dilema muy diverso.... ¿Van a repartirse a Bolivia, Chile y la Argentina, o el Brasil y el Perú? Bien puede que sea esto último lo que ocurra....

Por un largo rato los dos estadistas permanecieron silenciosos.

—¿Puedes dejarme en una nota las exigencias de Chile? dijo al fin el señor López.

—Siempre que no les des ese nombre.... Chile nada exige... Se limita a proponer. Como el tiempo urge, seré breve.

Y escribió el diplomático chileno sobre una hoja arrancada a su librito de memorias, la famosa nota que hoy se conserva en el Museo Histórico de Buenos Aires.

Dice lisa y llanamente estas palabras:

“Chile ofrece su mediación armada que la Argentina acepta, bajo las siguientes bases: de acuerdo con los deseos manifestados por los habitantes de las diversas provincias de Bolivia, y ante la necesidad ineludible que las naciones modernas experimentan de formar grandes organismos económicos y sociales capaces de vida propia, el territorio de la República mencionada será dividido en la forma siguiente: Para la Argentina, las llanuras orientales que forman parte de la hoya del Plata, y las vertientes también orientales de la cordillera real, con las ciudades de Sucre, Cochabamba y Santa Cruz de la Sierra y sus dependencias naturales. Para el Brasil, las llanuras amazónicas al oriente de

la cuenca del Mamoré, y las vertientes septentrionales de la cordillera transversal que corre al norte de Cochabamba. Para Chile, la región del altiplano, los valles de las Yungas, la cuenca del Beni y la del Mamoré, con las ciudades de La Paz, Oruro y Potosí y sus dependencias naturales. El Brasil ofrecerá como compensación a la Argentina, ochenta mil kilómetros cuadrados de territorio, entre los ríos Paraná y Paraguay, al norte de la antigua República de este nombre. Quedan subsistentes los convenios anteriores entre Chile y la Argentina, tocantes a la Patagonia oriental y austral y a la Tierra del Fuego.”

—Está bien, dijo solemnemente el señor López... Consultaré el caso en Consejo de Gabinete.....

—De acuerdo; pero teniendo presente dos puntos importantes: el primero, que Chile debe dar una respuesta al Brasil antes de las dos de la tarde de hoy.... segundo... que sería oportuno estuviese presente a la conferencia el señor Ministro de la Guerra.

Nadie ignora que la mediación de Chile fué aceptada, y que este hecho constituye el momento inicial de una nueva era en la historia de la América Española.

Chile y la Argentina forman hoy en el número de esos pueblos que, según el ideal contemporáneo, encierran todos los elementos necesarios al progreso económico de las naciones, que son planetas dentro del planeta.

Los grandes anhelos de los que en Chile habían proyectado la confederación del Pacífico, fueron cumplidos, aunque por camino diverso: esta República, desde las abrasadas y fértiles regiones ecuatoriales del Beni y del Mamoré, hasta los helados archipiélagos del Cabo de Hornos, tuvo en adelante los productos agrícolas de todos los climas y más abundantes y variadas riquezas mineras que país alguno, ya en el altiplano, ya en las pampas salitreras, ya en los desiertos y estepas de Atacama y Coquimbo.

EL TONTO FORZUDO

Por JUAN DUVAL

PROSIGO con mi estudio de los tontos, iniciado en el número anterior.

Una variedad bien pintoresca es la del tonto forzudo, en quien el desarrollo excepcional de las mandíbulas no alcanza a compensar, por cierto, la falta de sienes despejadas, ni la amplitud del tórax suple las exigüidades del espíritu.

Con menos retóricas, diré que este moderno Sansón es bruto como él solo.

Desde niño demostró tan hercúlea contextura que lo apodaron Herculón en el colegio, donde no supo nunca las lecciones y donde nadie le soportaba, en cambio, un chopazo sin rodar por tierra.

En cuanto a adulto, es fuerte como un toro y más porfiado que los asnos, tan maestro en atletismo como lego en lo que se refiera a ilustración.

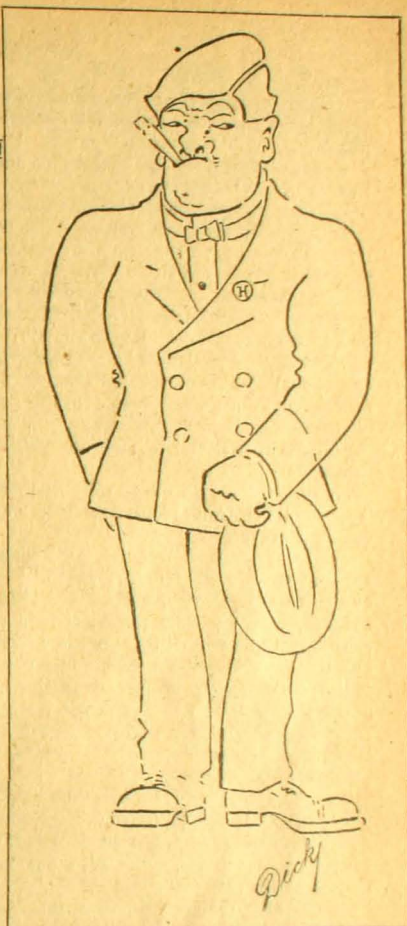
Ahí lo tenéis en el dibujo anexo, con su fisonomía sin luz, dogo de tipo, cuadrado de corpulencia cual de cacumen, físicamente satisfecho de su poderosa complexión, seguro (lo que confirma su estulticia) de aguantarle siquiera medio round a Dempsey o Carpentier.

Cuando opina, emite con voz ronca frases simples y aliñadas de interjecciones no siempre citables en los magazines cultos como este.

Y así suele exclamar, vaya un ejemplo: "¡Por la gran flauta! Lo que es a mí, no me viene con paroleadas ningún piye, porque yo le saco a cualquiera la hualputa. No hay poncho que me haga flecos para hacer escupir a combos a los futres".

Las frasecitas citadas bastan para definir al personaje.

Un día me correspondió encontrarme, para mi desdicha transitoria, en aquel carro-comedor que durante algún tiempo formaba parte del expreso a Valparaíso, con tres de estos tontos forzudos y matones cuya compañía, cultivada en tiempos juveniles de bohemia y remolinda, rehuía a la sazón, ya convertido en mozo serio, aunque no grave.



—Mi amigo Duval, venga a tomar unos copones con estos amigos viejos—díjome, a poco de apercibirse de mi entrada, uno de los fortachos de mi anécdota, justamente el que he querido representar en la caricatura adjunta.

No había más remedio que acceder a la insinuante invitación. Desairarla era exponerse a un boche, a un ojo en tinta. Los dichos amigos estaban cuñados por anteriores libaciones. Brutos, forzudos y beodos, eran ineludibles para cualquier sujeto con más ideas que bíceps, en un recin-

to reducido y, todavía, en un convoy nocturno en marcha, a cuarenta kilómetros por hora.

—¿Qué toma, pues, mi amigo?—apuntó otro de los invitantes.

—Nada, gracias,—repuse cortemente.

—No hay de eso en la cantina. Pida no más algo que haya y que no sea cosa como leche. Yo le veo poca pinta de niño de teta para que se ande retacando por un tragullo más o menos. ¿Sabe, mi amigo? Como que lo voy desconociendo... ¡Tan malito para el ponche y la mistela que era el gallo cuando andábamos de farra!... ¡Póngale no más! ¿Qué le pedimos?

—Bueno; entonces tomaré un whisky con agua.

Traída mi copa, no me apuré en beberla para diferir nuevas invitaciones, que era fácil prever.

—Sórbase luego el traguito, mi amigo,—prorrumpió el tercer matón,—mire que si nó agarra gusto a vidrio... ¡Mozo!, tráete otro whisky con agua para el caballero y que sea al tiro, porque parece que tiene buen declive y está con mucha sed. Entre ponerle o no ponerle, mejor es ponerle, amigo! ¿Qué no recuerda las parrandas donde la María Piojo? Entonces si que le poníamos. ¿Se acuerda, don Duval?

No había más remedio que someterse y complacer a mis persuasivos camaradas, persuasivos de argumentos concluyentes como son los expresados por los puños según la dialéctica del filósofo Queensberry.

Con los vasos de alcohol que se iban sucediendo, yo no estaba muy seguro de ademanas y veía las cosas un tanto indeterminadas de contornos. Como dejara caer un guante, el mocetón de mi apunte me impidió agacharme a recogerlo:

—Déjelo ahí no más, señor. Mañana barren.

Omito otros dicharachos y atenciones de mis abusivos compañeros (compañusas, como ellos se decían al chocar copas sin fin). Sólo contaré al lector que, después de muchos whiskys, pude escabullirme en Llay-Llay y volver a estar entre gente culta, sin lagartos excepcionales, de mi estilo.

Al llegar a casa, con el cerebro refrescado por el aire de la noche, abrí, a guisa de desquite contra tanta imposición de fuerza bruta, una de las maravillosas encíclicas de León XIII cuyas manos de cera, largas, finas, transparentes, casi exangües, de octogenario, bendecían a los todopoderosos del planeta que se hincaban a sus pies, sometidos a su reinado espiritual. Y me consideré más ser humano, menos animal pensante que en el carro-comedor del tren expreso entre Santiago y Valparaíso...

Nota ilustrada.—Una gentil lectora de "Pacífico" me ha pedido que despoje del tongo, encasquetado hasta las orejas, al "tonto petimetre" del último número para saber—la curiosidad femenil será eternamente indagadora de cuanto hay, de lo importante y lo banal—cómo tiene conformada la cabeza aquel cretino elegante.

La suerte me hizo fácil complacer esos deseos: cierta mañana encontré al personaje en una peluquería y pude tomar un apunte de sus líneas extraordinarias, sin

sombrero. Tal como aparece en el dibujo inserto es el mate de mi caricaturado, mate de dimensiones harto reducidas que pudiera interesar, como a la gentil lectora, a algún frenólogo incipiente.

Sin cuello, sin corbata y cubierto del trapo blanco que el peluquero le ha adosado, no se ve elegante, ni mucho menos, el bien vestido petimetre de mi artículo anterior.—J. D.





Por E. SOUVESTRE

LOS que sólo han visto la guerra en el Circo Olímpico o en el museo de Versalles, creen generalmente que consiste en una serie de campamentos, de cercos, de marchas, de batallas, que se suceden regularmente y sin más interrupción que el entreacto necesario para exhibir una decoración nueva. Creen que es como una gran máquina que impulsan los soldados para sembrar la muerte y con la que fabrican la gloria de la jornada.

Pero tal concepto es equivocado. Lejos de ser un trabajo continuo, la guerra es la obra de la inspiración y del azar y en ella hay más intermedio de reposo que de luchas o combates.

Estos no constituyen la regla sino la excepción; son como las tempestades en el mar; se está siempre expuesto a ellas, pero sólo rujen de tarde en tarde: Sea cual fuera la lucha de todas las campañas, hay treguas durante las cuales los instintos del hombre se sobreponen a los odios de raza y hacen olvidar que allí existe el enemigo para no acordarse sino de que vive bajo su mismo cielo y son iguales en miserias y alegrías.

La guerra más terrible que se ha hecho en nuestro siglo, aquella que dió lugar la ocupación de España por los ejércitos franceses, dió numerosos ejemplos de esas treguas en que los enemigos renunciaban a sus odios y durante las cuales yo recorrí todo el mediodía de la península Ibérica, sin exponerme a ningún riesgo. Bien es

verdad que mi profesión de cirujano me escudaba, y que de otra parte yo hablaba el idioma del país, conocía sus usos y costumbres y que cuando llegaba a cualquier parte lo primero que hacía era colocarme bajo la protección de algún convento.

Esto me hacía atrevido. Visité, Andújar, Córdoba, Granada y corriendo-me hacia la provincia de Murcia, visité Lorca, Cieza y Calasparra.

Cuando llegué a esta última población me sentí tan fatigado, que en vez de pedir asilo a los frailes, me refugié en el primer mesón que se cruzó en mi camino.

Reinaba en él una agitación extraordinaria. El mesonero gritaba dando ordenes, los criados y las mozas de servicio iban de aquí para allí, a fin de de obedecerlas y el patio se hallaba atestado de húsares que ensillaban sus caballos, mientras algunos criados con librea disponían o arreglaban un magnífico y elegante coche.

Iba a preguntar a un húsares la causa de todo aquel movimiento, cuando oí que alguien pronunciaba mi nombre. Volvime y reconocí a uno de mis paisanos que cuidé en Jaen estando herido.

—Voto al chápipo! Veo que no me he engañado, dijo: es el señor Lalle-mant, nuestro buen cirujano!

—Y vos sois el sargento Pedro Cordier, exclamé yo.

—¡Ola! ¿recordáis mi nombre? Vaya una memoria.

—¿No recordáis vos el mío?

—¡Ah! para ello tengo mis razones; razones visibles puesto que me salvásteis un ojo.

—¿Y qué tal vuestra herida en la frente?

—¡Curada! radicalmente curada, gracias a vuestra ciencia. ¿Pero no estáis de guarnición en Jaen?

—Sí.

—¿Pues cómo diablo os veo en este país de salvajes?

Esto me recordó que el sargento—que había nacido en el barrio de San Marcelo—creía de buena fe que una vez fuera de París y sus barreras no se trataba más que con salvajes.

Respondió diciendo que había ido allí para visitar las bellezas de Murcia.

—Las bellezas? interrogó sorprendido. ¿El señor cirujano encuentra aquí bellezas? Pues se harán invisibles a mis ojos toda vez que sólo veo aquí montañas que echan a perder los cascos de los caballos, mujeres de color cetrino y queso un si es o no rancio.

—Vaya, maese Cordier, observé yo: bien se ve que odiáis la España; sois hombre apasionado.

El sargento se encogió de hombros con desdén.

—¿Yo? dijo. ¡Pobre país!... ¿A qué odiarle? Ya se sabe que fuera de París no hay gente civilizada. Aquí sucede lo que en todas partes: cada uno tiene su carácter y sus preocupaciones. En Alemania donde hice la guerra, encontré cerveza y mujeres rubias; aquí sólo encuentro el olor de aceite rancio.

—¿De aceite rancio?

—Es el distintivo de este pueblo. Comed un gazpacho, bebed un vaso de vino, pasad al lado de un fraile y sentiréis siempre el mismo olor.

Ahora mismo le ha faltado muy poco para que el general diese un torniscon a un criado porque le trajo leche con el sabor o perfume nacional.

—¿Con qué hay un general aquí? pregunté yo, viendo que el sargento me hablaba de lo que yo quería saber.

—¡Cómo! ¿No lo sabiais?

—Pues si señor: tenemos aquí el padre Guillermo.

—¿El barón?

—Que acaba de visitar las guarniciones de la provincia.

—¿Y vuelve a Murcia?

—No; por ahora no se moverá de su castillo.

—¿El general tiene un castillo?

—Se lo trajo en dote su esposa.

—¡Ah! en efecto: ahora recuerdo que oí hablar de su matrimonio con una española.

Cordier movió trismente su cabeza, echó una mirada en torno suyo y dijo en voz baja:

—Sí: el viejo jabalí tuvo la ocurrencia de casarse con una mujer española. Vaya un dislate!...

—¿Y por qué? Creo que es muy hermosa.

—¡Bah! replicó el sargento adelantando el labio inferior en que se tradujo su desdén: es como todas las moras del país: una piel como el cuero de Rusia, y unos ojos negros y brillantes que parece que van a asesinarnos. Y puesto que sois tan buen filósofo, yo, señor cirujano, os pregunto: ¿os casarías con una mujer joven teniendo cincuenta años, once heridas y nada más que un ojo? Sin contar que la mora se unió con él refunfuñando y con la única idea de salvar a su familia, la cual se metió en una conspiración contra nosotros.

—¿Es decir que el general llegó a enamorarse?

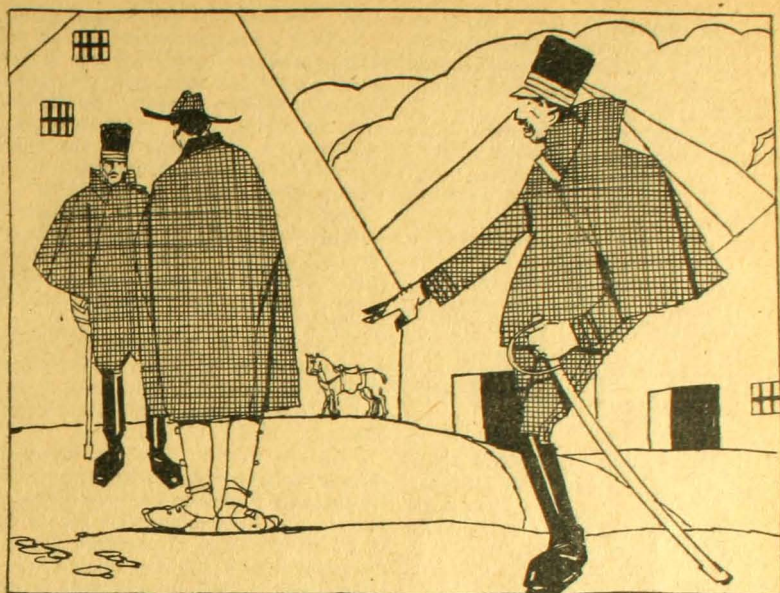
—Como un pichón, señor cirujano, como un pichón!

—Y bien, cada uno toma la vida por el lado que le cuadre; ¿qué importa la edad y los achaques del general, si ha encontrado la dicha en este tardío enlace?

—¡La dicha!... repitió el sargento, dando otra ojeada en torno suyo para convecerse de que nadie sino yo podía oírle.

—¿No lo creéis así?

—Rayo del cielo!... Harto lo saben nuestras espaldas. Su malhumor (porque nada tiene de lo que pudiera agradar a doña Estrella), le convierte en un perro rabioso. Nosotros los pobres soldados pagamos el que tenga los cabellos grises, la barriga enorme y sobre todo el que sea tuerto. He aquí lo



Volvíme y reconocí a uno de mis paisanos...

que más le duele: basta el que vea un hombre con dos ojos para que se convierta en su enemigo. En fin, ya conocéis el refrán: a la vejez viruelas.

—Y doña Estrella? interrogué yo que me sentí interesado por las confidencias del sargento.

—Oh! lo que es ella mira, escucha y no dice nada. El diablo adivine lo que piensa!... Esto quizá lo sabe el señor Pérez...

—Un amigo?

—No: es pariente suyo que según se dice militó entre esos honrados bandidos a quien llaman **guerrilleros**. Por lo demás, aunque español, no me ha parecido muy feo. Hace ocho días que está aquí y nunca deja a la señora.

—Y cómo lo tolera el barón?

—Teme que de despedirle se enfadaría su mujer. Por que hay que advertir que doña Estrella le lleva por el diestro y hace de él cuanto le place; y él al mismo tiempo que la obedece rabia como si fuese un condenado. En

su sumisión hay mucha bilis. Es un tigre amansado en el que se hará muy bien de no fiar mucho la mora.

—Qué puede temer?

—Lo ignora; más el padre Guillermo puede abrir de un momento a otro el ojo que aún le queda y si ve claro... les jugará una pasada de fraile.

Al oír esta ocurrencia que aludía a la antigua profesión del general, quien había vestido los hábitos del monje, yo sonrei. En el ejército se le llamaba generalmente el **padre Guillermo** por que había pasado gran parte de su vida en un convento. Sus enemigos hasta le acusaban de haber guardado en la profesión militar los hábitos de dureza, de egoísmo y de astuta venganza que se adquiere en el claustro. Pero si como hombre su reputación era equívoca, en cambio como militar era excelente. Se hablaba de su valor sereno y testarudo; de su actividad infatigable. Su táctica no era brillante; pero su tenacidad suplía la falta de ciencia. Napo-

león, que juzgaba pronto a los hombres y que los calificaba usando de imágenes, decía de él que era un buey de guerra que allanaba los obstáculos a fuerza de cornadas.

Cuando el sargento acababa de darme estos informes, un criado del mesón apareció en el dintel de la puerta y dió orden para que se trajese el equipaje del barón.

—¿Manda que nos pongamos en marcha? preguntó Cordier.

—Quien lo manda es la señora.

—Entonces a caballo, dijo el húsar. A doña Estrella no le gusta esperar mucho. ¿No vais hacia el castillo de Lucar, señor cirujano? me preguntó.

—Nó, me quedaré aquí esta noche.

—¿Y mañana?

—Volveré a Jaen.

—Entonces ya no nos veremos.

—Es probable. Adios, amigo Cordier.

—Adios y buen viaje.

Nos estrechamos la mano y el sargento se juntó a sus húsares que habían montado ya a caballo.

En aquel instante el general Guillermo salió de la posada.

Jamas le había visto; pero todo en él correspondía al retrato imaginario que yo de él me había formado. Era de baja estatura, regordete e iba envuelto en un capote militar de paño nuevo y lustroso, lo cual acrecentaba aún más la vulgaridad de su facha.

Unas botas de montar que por el deseo de aparecer elegante había elegido demasiado estrechas; una gorra de terciopelo colocada de modo que su visera diera sombra al ojo tuerto; guantes de piel de cabra enormes y una corbata de cuero formaban su traje, el cual, bien que escrupulosamente elegido, no disimulaba en nada su fealdad extravagante.

Dió algunos pasos en el patio, se colocó frente al pelotón de húsares y les dirigió esa mirada especial que caracteriza a los tuertos. Luego como nada tuviese que reprenderles les volvió bruscamente la espalda y dirigió su único ojo a la puerta de la posada.

Doña Estrella acaba de aparecer en su dintel acompañada de su pariente.

Su cutis revestía esa dorada palidez más viva y más simpática que la más deslumbradora frescura, y sus negras pestañas velaban unos ojos cuya mirada brillaba como el rayo. Sus formas eran redondas, bien proporcionadas, esbeltas y a cada uno de sus movimientos había algo voluptuoso que se comunicaba a todo el mundo.

Pero a ese conjunto de hechizos le faltaban las adorables gracias de la juventud: era una belleza que hería como la centella: fascinaba sin agradar: al verla uno se sentía turbado, pero no dichoso.

Al aparecer en la puerta del mesón iba apoyada en el brazo de su primo y al ver al general lo soltó y se dirigió con rápido y ligero paso hacia el coche.

Pérez la siguió. Era un joven de unos veinticinco años, rostro noble, talle elegante y andaba con esa dignidad teatral que caracteriza a los nietos del Cid. Cuando llegó al carruaje pareció que vacilaba en subir al mismo; pero doña Estrella le hizo una seña y poniendo pie en el estribo penetró en su interior.

El barón, que mientras daba sus ordenes lo miraba todo por el rabillo del ojo sano, se interrumpió y llevó la mano a su corbata como si ésta le ahogara.

—¿Escoltaremos desde lejos el carruaje, mi general? preguntó el sargento.

—¿Por qué desde lejos? preguntó con rudo acento el padre Guillermo.

—Perdonad; más como el general irá con su señora.

—¿Y bien?...

—Pensé que el escoltarle desde cerca podría incomodarle.

La frente del ex-capuchino ne nubló.

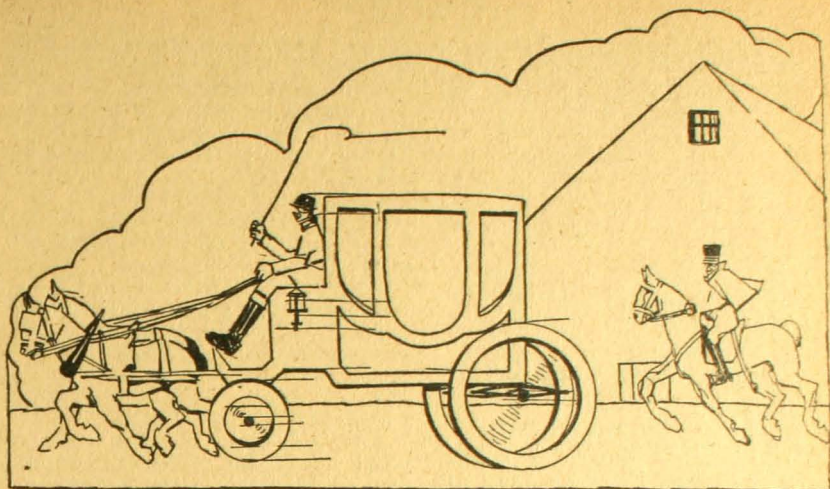
—¿No ves animal, gritó colérico, que va en ella el pariente?

—¡Ah! es verdad; ¿entonces iremos al estribo?

El barón clavó una mirada feroz en el sargento y dijo:

—Darás la escolta según se acostumbra y si lo has olvidado irás al calabozo a recordarla!

El húsares apoyó sin replicar su sa-



El coche, seguido por los Húsares, partió al galope.

ble en el hombro y el general entró en el coche, gritando:

—¡Marchen!

El coche, seguido por los húsares, partió al galope.

Yo pensé que hallaría buena comida y buena cama en la posada; pero el refrán de **no hay que contar en la huéspedada** es en España una verdad como el puño y probablemente debió ser formulado por un abuelo de Sancho Panza. Los que me habían precedido en el mesón habían agotado las provisiones y hasta la buena voluntad del mesonero que quiso indemnizar en mí la forzada complacencia que había usado con el general y su escolta.

Cuando pedí cena y cama respondió muy formal que ya no tenía lumbre, que los cuartos estaban ocupados y que buscase alojamiento en otra parte.

Desgraciadamente aquella era la única posada que en Calasparra había.

Quise ablandar al mesonero empleando sucesivamente, el ruego, las promesas y hasta las amenazas. Pero todo fué en vano; permaneció inquebrantable. Lo más que pude obtener, gracias a la intervención de mi guía,

fué una pequeña ración de carnero que comí con repugnancia y un felpudo que hizo las veces de cama en un granero.

Pero tan grande era mi cansancio que me tendí en él cuando quedé dormido.

Los recuerdos del día anterior hubieron de perseguirme en mi sueño. Sufrí una pesadilla en que se mezclaron las más extrañas y confusas visiones. Soñé que me hallaba en la Plaza Mayor de Jaén en día de revista; pero sin pantalones y ciñendo espada; el general Guillermo estaba empeñado en hacerme comer un rancho en que había mezclada raspaduras de cascos de caballos montados por los húsares y doña Estrella y el mesonero habían formado un complot para meterme a capuchino.

Me hallaba en este punto de mi sueño, cuando algunos violentos golpes dados en la puerta del granero me hicieron despertar con sobresalto. Oí a varias personas que permanecían en lo alto de la escalera y que pronunciaban mi nombre.

—¿Qué hay? ¿qué se ofrece? interrogué yo buscando instintivamente mi

espada que siempre colocaba al lado de mi cama.

—Soy yo, señor cirujano, respondió una voz conocida.

—¿Sois Cordier?

—Sí; no temáis; abrid pronto.

Tiré de los cerrojos y el sargento entró de un modo brusco.

—¿Qué ocurre? pregunté sorprendido.

—Vengo a buscaros de parte del general, dijo Cordier dejando sobre un mueble la luz con que se alumbraba; desea veros sin pérdida de tiempo.

—¿Ocurre alguna desgracia en el castillo?

—¡Nó!

—¿Entonces qué diablo me quiere?

—No lo sé; pero hace media hora vinieron a despertarme por orden del general; le encontré en el salón andando a grandes pasos con las manos en sus mangas como en día de batalla.—Sabes dónde se podría hallar un cirujano? me preguntó. En seguida pensé en vos y contesté que el del octavo regimiento se hallaba en Calasparra. Entonces dijo: —Ve por él y tráelo. Sañ del castillo y aquí me teneis.

—No veo por qué he de ir allí tan pronto, observé yo; si no hay nadie enfermo ni herido, iré más tarde.

—No! no! replicó el sargento con viveza; el general dijo que fuéiseis al castillo conmigo y hay que obedecerle. Fuego del cielo! si no fuésemos los dos tendríamos que arrepentirnos. No sabéis hasta donde llega el rencor de un fraile. Vaya, levantaos. He traído un caballo que podréis montar en seguida.

Me vestí echando pestes al padre Guillermo y salí del mesón decidido a mostrarle mi desagrado si era que me hacía ir al castillo sin tener para ello un motivo razonable.

Luego que dejamos Calasparra, el sargento puso al galope su caballo y yo tuve que imitarle.

Cruzamos una campiña sin senderos cortada aquí y allí por piedras, malezas y hondonadas que debíamos franquear o rodear con tiento. Mi caballo estuvo a punto de caer dos o tres veces y a cada uno de sus tropiezos yo en-

viaba al general mis maldiciones. Por fin el guía se detuvo.

—Ya hemos llegado, dijo.

—¿Llegado? exclamé yo sorprendido, pues sólo veía montañas.

—No veis algo, allí abajo, a vuestros pies?

—¿Un punto negro?

—Es el castillo de San Lucar.

—¿Cómo...! y está en el fondo de ese abismo?

—¿No sabéis que en este país las crestas de las montañas son tan peladas como la tonsura de un sacristán? Si se quiere agua y verdura hay que bajar.

¿Pero cómo llegaremos al fondo del precipicio?

—Por una senda; pero es muy estrecha y habremos de andar llevando los caballos del diestro.

Cogimos por un sendero que formaba una especie de cornisa sobre el abismo. Los caballos andaban con repugnancia con el cuello tendido y sin estar seguros de sí mismos. Por fin a los diez minutos de andar por sitios peligrosos llegamos a una explanada en cuyo extremo se levantaba el castillo.

Sólo se percibía en él una ventana abierta y por entre sus transparentes cortinajes se veía andar una sombra. Cordier me la indicó, añadiendo:

—Es el general.

El salón donde me introdujo tenía pavimento de mármol y se veía tapizado con una tela de cuero color de violeta. Estaba iluminado por una lámpara de plata de forma gótica cuyos luminosos rayos no iban más allá del velador que la sustentaba. Frente este último y con sus dos manos metidas en las mangas de su capote veíase el general, quien miraba unas cartas y un juego de naipes que andaban por allí dispersos. Al otro lado y medio oculto en la sombra se veía a Pérez que estaba inmóvil y sentado.

Cuando la puerta se abrió y me anunció el sargento, ambos volvieron su cabeza; pero el general fué el único que se levantó:

—¡Por fin! dijo; ¡Rayos del cielo! ¿Dónde estábais, señor cirujano?

—¿Yo? exclamé, sorprendido ante recepción tan brusca; yo no estuve en parte alguna; vengo aquí porque me han traído.

—Voto al infierno... ¡Cuanto habeis tardado!...

—El tiempo necesario para llegar hasta aquí, mi general.

—¿Estábais durmiendo?

—De noche esta es mi costumbre.

El padre Guillermo me dirigió una mirada feroz; más yo me sentía de tan mal humor que hubiese hecho frente al emperador mismo.

—Siento haberos molestado y os diré el motivo.

—Ya escucho, mi general.

Hizo una señal a Cordier para que saliese y cerró la puerta.

—No tengo el honor de conoceros, señor cirujano, me dijo con un acento mitad grave, mitad irónico; pero el sargento me ha dicho que sois el cirujano más hábil del ejército.

—No soy bastante hipócrita para desmentirle, repliqué.

—Afirmo que le devolvisteis la vista.

—Y dice bien.

—Así, pues, ¿sois oculista?

—Ejerczo la profesión.

—¿Y teneis los instrumentos necesarios?

Hélos aquí, respondí yo sacando mi estuche de campaña y dejándolo sobre el velador maquinalmente.

—Disponedlos, interrumpió el barón: vuestra destreza se debe poner a prueba.

Esto hubo de recordarme la extravagancia del general de que Cordier me había hablado. Así es que dije:

—Dispensad, mi general; pero creo que teneis una idea equivocada de mi ciencia.

—¿Por qué?

—No se puede ejercer sin ciertas condiciones. Así como para hacer un buen pastel un cocinero exige una liebre, de igual manera el oculista para ejercer su arte debe tener un órgano de la visión.

—Y bien... ¿Qué queréis decir?

—Quiero decir que cuando el órgano no existe es imposible devolver la

vista: ninguna ciencia podrá devolver a mi general el ojo que ha perdido.

El exclaustro se levantó de su sillón dando un brinco.

—Queréis insultarme, caballero? preguntó lívido por el coraje.

—¡Cómo!... ¿por ventura no se trata de vos?

—¿Quién os habla de mí, caballero? ¿Creéis que os hice venir para decirme que yo era tuerto? Creéis que yo no lo sé, que yo no lo deploro y que todo no me lo dice?

—Perdonad, mi general; pero como os informais acerca de mis conocimientos oftalmológicos, creía que me llamábais en la esperanza de que yo os podría devolver el ojo.

—Nada de esto.

—Entonces...

—Mandé por vos para que sacáseis uno a ese caballero, dijo el exfraile mostrando a Pérez.

Yo retrocedí asustado; más el español no hizo el más pequeño movimiento.

—Ahora comprenderéis lo que me ha impulsado a dirigiros mis preguntas, dijo el excapuchino.

—¡Voto a mi abuela! dije yo con despecho, que no valia la pena de despertar a un infeliz molido por el cansancio y la fatiga y traerle aquí a galope con riesgo de romperse la crisma, para darle este bromazo.

—¡Oh! dijo el padre Guillermo; ¿creéis que es un bromazo! ¿Habrá que convencerlos de que hablo formalmente? ¡Cuerpo de Cristo!... ¡Pues me parece que no estoy muy alegre!

Había en su acento una vehemencia que hubo de sorprenderme. Fijé en él mis ojos: estaba lívido; su única pupila brotaba chispas y una ligera espuma, humedecía sus labios.

—¡Con que estoy de broma!... añadió cubriendo con su puño cerrado las cartas que había sobre el velador. Vaya señor Pérez: decidle que esto no es juego de niños: no a mí sino a vos toca indicarlo.

Pérez se levantó y entonces observé que estaba pálido. Dió algunos pasos hacia mí y me dijo en francés, de un

modo lento y como si buscara sus frases:

—Haced lo que dice el barón; yo también lo quiero.

—Os debo hacer tuerto como él? pregunté yo en español.

—Sí, como él, respondió Pérez.

—¿Estáis delirando?

—Es indispensable, caballero.

—Entonces consentís en ello por la fuerza.

No: voluntariamente. Es necesario.

—¿Más por qué es necesario?

—No debeis saberlo.

—¿Concluiréis de una vez? gritó el general cansado de aquel diálogo.

—Es que no sé aún si debo tomar vuestra original proposición por lo serio, dije yo; pero de todos modos contestaré a ella sin vacilar un momento.

—¿Qué contestáis?

—Que me niego a ejecutarla.

El barón, que andaba por el salón a grandes pasos, se detuvo en frente mío.

—Escuchad, me dijo; hablemos con franqueza: es posible que todo esto os sorprenda, que os asuste; quizá temeréis la responsabilidad del acto cuya ejecución reclamo; pero lo he previsto todo y esto podrá tranquilizaros.

Y me tendió un cartucho envuelto en un papel que yo abrí y que leí enseguida. Era una declaración del español en la cual se decía que yo obraba a petición suya y obligado por sus amenazas.

—¿Esta firma es la del señor Pérez? interrogué yo, cuya sorpresa iba creciendo.

—Sí; respondió el español.

—¿Y este cartucho?

—En él hay vuestros honorarios.

Lo dejé en el velador.

—Es demasiado para una acción inocente, y demasiado poco para una acción criminal, dije yo muy serio. El general y el señor Pérez tienen que buscar cualquier otro cirujano.

—Así, ¿no queréis ejercer vuestra profesión? interrogó el exclaustrado.

—Mi profesión, general, consiste en curar enfermedades y no en darlas.

—¡Id al diablo! replicó el exfraile, lleno de coraje. Quería evitar al señor

Pérez el riesgo que corre quitándose un ojo sin las reglas del arte, más ya que rehúsais prestarle este servicio, se lo sacará el mismo.

—¿Yo? dijo el español.

—¿Teneis miedo? interrogó el barón, mirándolo frente a frente.

—¡General! gritó Pérez con un movimiento horrible.

—Lo comprendo, exclamó el viejo soldado con acento de desprecio; queréis aprovechar la resistencia del cirujano para salir del compromiso. Creéis que no os puedo obligar a que cumpláis vuestra palabra; y como el valor corre en vos parejas con la lealtad, creéis que estáis dispensando de pagar vuestra deuda de honor.

—¡Mentís! gritó Pérez.

Y abalanzándose al velador, cogió un bistrú de mi estuche y se lo clavó en su ojo izquierdo.

El movimiento fué tan rápido, tan inesperado, que yo que no pude menos que lanzar un grito de sorpresa y no tuve tiempo de detenerle.

—Ya está hecho, caballero, me dijo, devolviéndome con frialdad el bistrú.

—¿Se ha quitado efectivamente el ojo? preguntó el general, que se quedó inmóvil y sorprendido.

—¿No lo veis? repliqué yo, mostrando el reguero de sangre que inundaba el rostro de aquel hombre.

—Quizá tan sólo lo ha herido.

—Se lo ha sacado, general, se lo ha sacado! repliqué yo, examinando el golpe dado en mitad de la pupila.

El barón corrió hacia la puerta y la abrió de par en par.

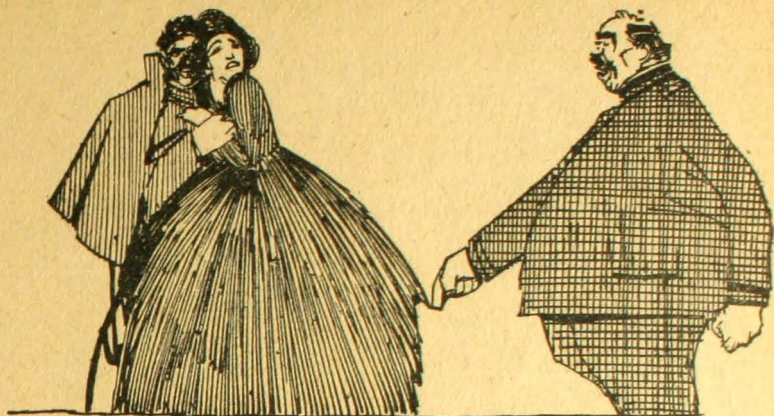
—¿Dónde está doña Estrella?, preguntó.

—Aquí; respondió una voz.

—Que venga.

Pérez comprendió sin duda la intención del general, ya que dió unos pasos hacia otra puerta; más las fuerzas hubieron de faltarle y se dejó caer en un sillón. Corrí hacia él. En aquel momento doña Estrella se presentó en el dintel, donde se detuvo echando una rápida mirada en aquel vasto salón cuya obscuridad no le permitió ver a Pérez.

—Venid, señora, interrumpió el ge-



...Mas se lanzó a Pérez, que la recibió en sus brazos...

neral, cogiendo su mano para que entrase.

—¿Qué ocurre? preguntó con voz altanera; ¿por qué me despertasteis? ¿Por qué me hicisteis esperar? ¿Qué se me quiere?

El barón la arrastró al velador.

—¿Conoceis estas cartas, señora?

La joven se estremeció; primero se puso roja como la grana y después se volvió pálida; mas su cabeza siguió eriguida mirando al general con fijeza.

—Las conozco, dijo con voz resuelta.

—¿Y os atreveis a mirarlas?

—¿Porqué no?

—Porque son las cartas de una infame, señora, dijo el barón furioso, y esta infame sois vos.

—Aquí el único infame, replicó friamente la española, es el que obliga a una joven sin defensa a casarse contra su voluntad.

—¿Así, pues, convenís en que todo es cierto? exclamó el general cuyos dientes rechinaron. Ni siquiera os defendeis? ¿no os dá pena ni vergüenza, y glorificáis vuestra traición? ¡Oh! señora: ya veo que no teméis el que yo os aplaste! ¿No sabéis que he leído estas cartas impregnadas de vuestro horror por el **viejo esposo tuerto** y de amor por el galán joven y hermoso? ¿No comprendisteis que quiero vengarme de él y de voz?

—De Pérez? interrogó la española, quien se sintió impresionada.

—Hubiese podido matarle; tenía derecho a ello y un español lo hubiese hecho; pero nosotros no somos asesinos. Quería por otra parte una venganza que durase. Le hice venir aquí, saqué una baraja y le obligé a jugar...

—¿Su vida?

—No: su ojo; y yo he ganado, mirad:

Cogió la lámpara y la acercó a Pérez de un modo brusco.

Doña Estrella no había percibido aún a su amante; al verle exhaló primero un grito de sorpresa y luego otro de horror.

—Ah! vos no esperabais esto, interrumpió el general soltando una cargada diabólica; ya lo veis: he tratado a Pérez como se puede tratar a un amigo: he hecho de él otro yo; ahora no habrá diferencia entre el tuerto francés y el tuerto español.

La joven no respondió; más se lanzó a Pérez que la recibió en sus brazos y la cubrió de besos.

Al presenciar esta escena el rostro del general se demudó horriblemente. Ante aquella muestra de audacia se extinguió su triunfal regocijo. Sintió en su corazón algo como una mordedura de víbora; lanzó un rugido y se dirigió corriendo a una mesita donde había un

par de pistolas. Yo adelanté hacia él con las manos extendidas.

—¡Dejadme!... ¡dejadme!... gritó colérico.

—No cometais un asesinato, general dije yo.

—¡Quiero matar al miserable!

—Pensad que os concedió la satisfacción pedida. No seais menos leal: está bajo la salvaguardia de vuestro honor.

El baron vaciló y enseguida bajó sus pistolas.

—¡Que salga de aquí, balbuceó pudiendo apenas contenerse; pero que salga inmediatamente!

Doña Estrella abrió una puerta y el joven salió por ella.

El general dejó sus armas sobre la mesa; pero el esfuerzo que acababa de hacer había exaltado su cólera y quiso desahogarla en su esposa.

—Ahora, la dijo, hay que arreglar nuestras cuentas; acercaos, señora, y responded.

Temiendo las explicaciones de uno y otro yo quise mediar en el asunto; pero el general me interrumpió diciendo:

—Es necesario que hable; quiero saberlo y oírlo todo. Acercaos, señora, y dejad vuestro aire insolente.

Estas cartas iban dirigidas a Pérez; ¿dónde están las tuyas?

—Las he quemado, respondió la joven.

—¡Mentira!

Doña Estrella le miró con desden.

—Mentira, repitió el general. Quiero verlas. Quiero que confeseis vuestra vergüenza; que me digais cuando ha empezado este amor y cuanto ha durado. Responded, señora, responded: Probad que me oís, que estais sufriendo. ¿Teneis el corazón de bronce? ¿No sabéis rogar ni llorar? ¡Pues bien: de rodillas, desgraciada, de rodillas!

Y cogiéndola con violencia la hizo caer a sus plantas.

—¡Habla ahora! gritó; ¿que tienes que decirme?

Irguió su pálido rostro y clavando en el general sus dos ojos como si fueran dos puñales, dijo:

—Solo tengo una cosa que deciros: Os habeis vengado de Pérez como un

verdugo y ahora os vengais de mí como un cobarde.

El general dió un grito de rabia y levantó sobre la joven sus puños; más dió en seguida unos pasos hacia atrás y dijo asustado por su misma cólera:

—Llebadme de aquí, señor cirujano!

Le cogí del brazo y solo cuando llegamos al patio del castillo pudo recordar su palabra.

—Un verdugo y un cobarde! exclamó: he ahí dos frases que únicamente se pueden vengar con sangre!

—Si las pronunciara un hombre, sí; pero una mujer!...

—¿No oisteis como las pronunció? Es culpable y aún amenaza. Me desprecia, me odia, desea mi muerte, quizá la está meditando!...

—¡Oh!... general!...

—No la conocéis. El alma de esa mujer es un infierno. Ignorais lo que ha pasado; quizá creéis que yo he justificado su traición con mis exigencias. No es así: fui para ella más que un padre, más que un amigo, más que un amante; me postré a sus plantas como un perro que acepta los puntapiés y que sin embargo se considera feliz si alguna vez se le acaricia. Satisface sus deseos, respeté sus preocupaciones, adoré sus caprichos y mientras me convertía así en su esclavo, la miserable me sacrificaba a otro: se burlaba de mi debilidad, y mis achaques solo servían para divertir a ella y su amante!

Al llegar aquí el general se cubrió el rostro con sus manos y echó a llorar.

Me impresionó hondamente. El amor despertado en aquel fraile convertido en soldado, y el cual había pasado de los rigores del claustro a los del campo de batalla, ofrecía todas las violencias de la juventud sin que la atenuaran sus gracias.

Era uno de esos amores tardíos que inspiran la risa porque nacen fuera de tiempo y en las que los viejos desahogan las pasiones que comprimieron durante toda una vida.

El barón me lo confió todo: me habló de su matrimonio, de sus inútiles esfuerzos por hacerse amar de doña Estrella, de sus sospechas y del modo co-

mo descubrió su traición. Yo trate de consolarle.

Por fin dijo:

—¿Qué haríais? ¿Qué conducta seguiríais con ella?

—Vuestra situación, respondí yo, es tan triste como difícil; pero ya que me pedís mi parecer...

—Hablad.

—Creo que habeis de separaros.

—¡Separarme de ella! exclamó palideciendo; no es posible. Haría pública mi deshonra.

Hay desgracias que deben ocultarse. Yo así recompensaría su traición: mi ausencia dejaría su amor al campo libre, en tanto que si permanece a mi lado yo seré su obstáculo.

—Que ella echará por tierra.

—¿De qué modo?

—El general, no hace mucho que indicaba ciertos temores...

—Fuí exagerado. Por otra parte me pondré en guardia. A fuerza de cuidados e indulgencias la traeré al buen camino.

Miré lleno de compasión al exclaustrado. A la idea de dejar aquella mujer lo olvidaba todo; no tenía nada; no la odiaba y hasta se acusaba para justificarla.

Adivinó lo que yo sentía, puesto que se ruborizó y me dijo:

Esta es cuestión que se arreglará entre ella y yo. Pídoos mil perdones por haberos molestado. Haré que se os acompañe a vuestro mesón de Calasparra.

Vino el sargento llevando dos caballos del diestro. Al despedirme del general me dijo en voz baja:

—Creo inútil deciros que cuanto habeis visto y oído es un secreto que se ha confiado a vuestra delicadeza. La menor indiscreción de vuestra parte sería una traición y una injuria.

—Descuidad, mi general.

Estrechó mi mano y me dirigí a Calasparra desde cuyo punto volví a Jaén.

Algunos días después de haber llegado a esta ciudad, supe que el castillo de Lucar había sido entregado de noche y a traición a una banda de guerrilleros que asesinaron al general Guillermo y a sus húsares, llevándose a doña Estrella. En el parte donde se daba esta noticia se añadía que según los datos recibidos aquella banda tenía por jefe un hombre desconocido; pero se sabía que era un joven de elevada talla, de hermosas proporciones y que llevaba una venda en su ojo izquierdo.



COMPañIA DE LOTA Y CORONEL

GERENCIA EN VALPARAISO

Blanco 749-755, Casilla 945, Teléfono Inglés 41
Nacional 931

MINAS de CARBON de PIEDRA
EN LOTA, CORONEL Y CURANILAHUE

FABRICA
DE LADRILLOS, BALDOSAS Y CAÑERIA DE CREDA

AGENTES PARA LA VENTA EN VALPAPAISO:
COMPañIA MARITIMA y COMERCIAL, Blanco N.º 1001
Teléfono Inglés 150 - Teléfono Nacional 224 - Casilla 594

AGENTE PARA LA VENTA EN SANTIAGO:
Don LUIS VIDE LA HERRERA,
BANDERA 75 (Bolsa de Comercio) - CASILLA N.º 1853

Con este número dejó de publicarse
esta Revista.